

Doce familias con un vínculo de sangre y poder. Un brutal asesinato y un legado escondido en el subsuelo de Cáceres. Y la antigua verdad que será revelada.

M. GEMA MARÍN

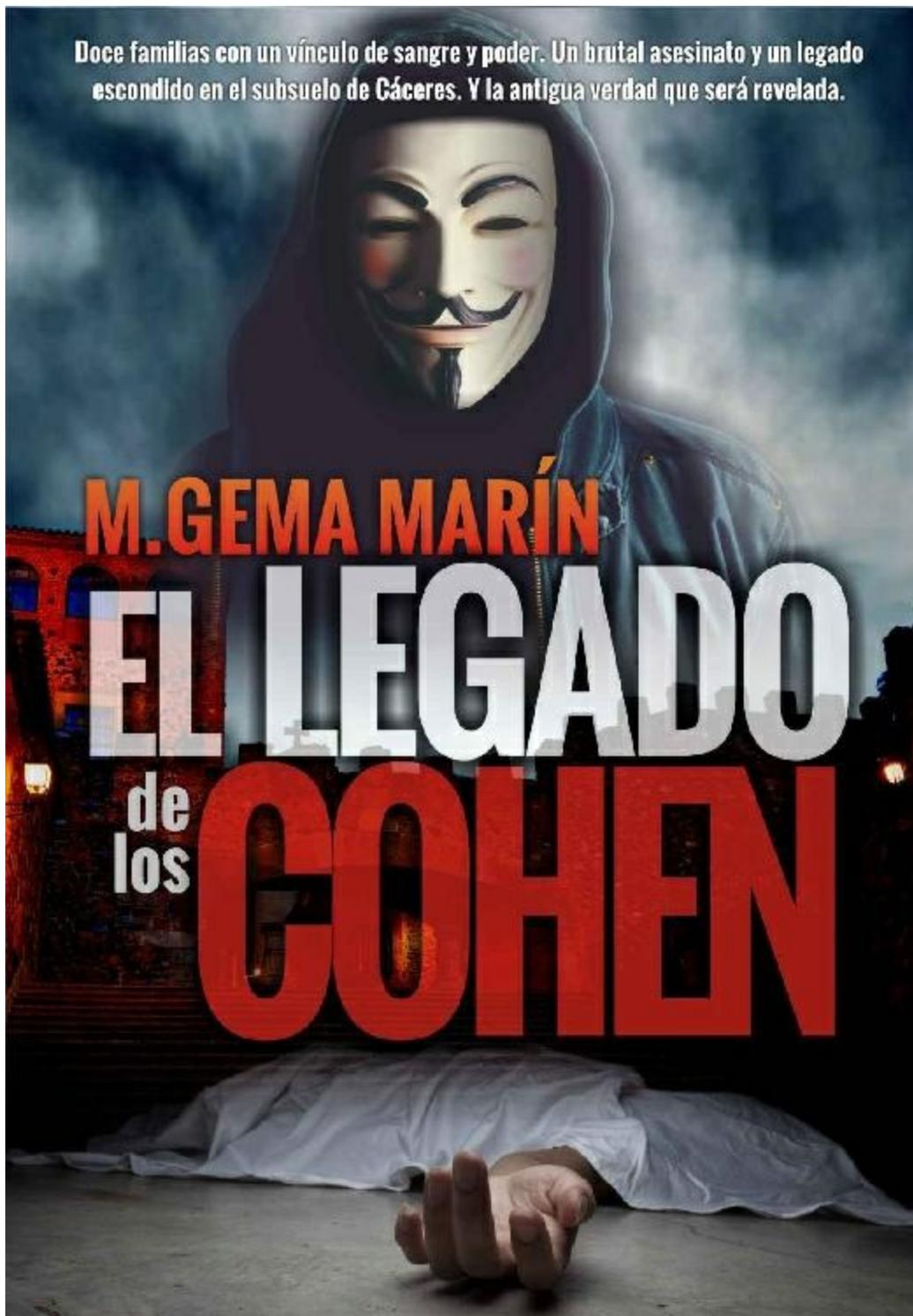
EL LEGADO

de
los

COHEN



Doce familias con un vínculo de sangre y poder. Un brutal asesinato y un legado escondido en el subsuelo de Cáceres. Y la antigua verdad que será revelada.



PARTE UNO : La Torre Redonda

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

PARTE DOS: Fer de Fer

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

PARTE TRES :La noche más larga

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Epílogo

Notas de la autora

Agradecimientos

EL LEGADO DE LOS COHEN

M.GEMA MARÍN

PARTE UNO : La Torre Redonda

Capítulo 1

Qazris, 10 de Marzo de 1173

—Ten fe, Nuño.

Las palabras del Maestro resuenan en mi mente.

El olor de la sangre y de la carne quemada me provoca arcadas que abrasan mis entrañas, llevo semanas sin comer. Otras torres han sido tomadas y desde lejos se ve el humo que empieza a teñir de gris el cielo azul de la villa.

Abriéndose paso: el odiado pendón almohade.

—Bebe.

Don Suero Rodríguez, mentor y mejor amigo, me ofrece la bota, apenas quedan unas gotas de agua.

—Están dentro—dice refiriéndose a los almohades, han logrado traspasar los muros de la ciudad—, los nuestros no van a llegar a tiempo de salvarnos.

—El Maestro Pedro dijo que tuviéramos fe—le digo, como si con la mera pronunciación de esas palabras pudiera hacer desaparecer el horror que tenemos

encima.

—Cerré los ojos del Maestro hace cuatro horas. La fe salvará tu alma, más tu cuerpo... tu cuerpo, es cosa nuestra —explica señalando a los treinta y nueve compañeros que nos acompañan—: a diferencia de nosotros.

Le miro sin dar crédito, no entiendo esas palabras. Ninguno de nosotros se salvará hoy.

—No temas— continúa Don Suero— hoy estaremos con Dios y con nuestro Señor.

—¡Mi señor, están subiendo la cuesta!— Fernando Odoraéz, lugarteniente de la guardia, saca pecho y se lleva la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Moriremos luchando!

—No tendremos oportunidad de luchar, se nos echarán encima, son cien a uno.

—No voy a rendirme, mi señor—digo como el valeroso caballero que *casi* soy.

—Nadie lo hará, lucharemos hasta el fin, es nuestro sino, nuestra orden, que se haga la voluntad de nuestro Dios.

Trato de ocultar mi miedo apretando una mano contra la otra. Nunca imaginé acabar así. Pero si es lo que la Providencia me tiene reservado: que así sea.

—¡Nuño!—Don Suero me llama desde el otro lado de la estancia—, acércate, muchacho. Acompáñame.

Me echa la mano por el hombro y bajamos las escaleras hasta la planta baja

de la Torre Redonda. Continuamos bajando un par de niveles más hasta llegar a

la cripta.

—¿Qué ocurre, mi señor?

—Hoy no vas a morir.

—¿Qué dice, mi señor?—pregunto extrañado—.¿Han llegado nuestras tropas?¿Nos salvamos? Ya le dije que tuviera Fe, ¡fueron las palabras del Maestro!

Don Suero niega con la cabeza.

—No se trata de eso, mi querido chico. Nosotros sí moriremos hoy, pero tú no, tú vas a salvarte.

—¡Pero qué dice, señor!Yo no quiero salvarme, quiero morir junto al resto de los caballeros.

—El legado de nuestra orden debe conservarse por el resto de los tiempos, no puede morir a manos de los infieles. Ayúdame.

Don Suero Rodríguez se aparta la capa y mueve una de las losas que cubren las tumbas. Me sorprende el poco esfuerzo que hace para mover la piedra.

—¡Señor, eso es profanación!—grito asustado.

—Tranquilo, chico.

Tras la losa no hay ningún cadáver, solo oscuridad acompañada de una leve brisa.

—Sigue siempre de frente a la brisa, lo sabrás porque la sentirás en ambas orejas, no te desvíes, la ciudad está llena de pasadizos y podrías perderte fácilmente.

—Pero mi señor—protesto indignado—, yo quiero morir como un soldado de Dios, no como una rata de alcantarilla.

—Querido hermano, la misión que te encomiendo hoy es más importante que tu reunión con nuestro Santo Padre, eres joven y tendrás otras oportunidades de

encontrarte con Él. Hoy tienes que poner a salvo nuestro legado, el de los cuarenta hombres de honor que hemos sobrevivido a este asedio y que hoy moriremos defendiendo la Ciudad Santa y nuestra Fe.

Y sacando una pequeña bolsa que cubre un objeto de forma cilíndrica de uno de los lados de su capa, la pone en mis manos.

—Este es nuestro legado, ponlo a buen recaudo y luego corre hacia Santiago, allá encontrarás otros hermanos con los que poder volver a recuperar el honor de

nuestra orden. Si con el sol is, y con el sol volvéis, noble caballero seréis. Os

juro que allá donde hoy vaya mi alma, os procuraré todo lo que en esta vida necesitéis. Id pues, mi joven Espadero y acometed la misión más difícil de vuestra corta existencia.

Desde las planta superiores nos llegan golpes atronadores. Don Suero se arrodilla y dice entornando los ojos:

—Mi Dios, mi Salvador, que este nuestro sacrificio no sea en vano. Apiádate

de nuestras almas, pues sé que en menos de lo que esperamos, estaremos en
Tú

presencia. Acompaña al chico hasta el fin de sus días y no permitas que el
honor

de nuestra orden quede sepultado bajo la ignominia por el resto de los
siglos. Es

nuestra hora, parte con Dios.

El hombre se incorpora y, en un gesto que vulnera las normas de la orden,
me da un afectuoso abrazo y me entrega una de las antorchas que iluminan la
cripta de forma permanente.

Me introduzco en la oscuridad del pasadizo.

—¡Nuño!—me llama de nuevo Don Suero.

—¿Mi señor?

—Sella la salida, volverás a necesitarla—dice señalando unas cuerdas dentro
del pasadizo—les entretendremos durante unas horas.

Un estrepitoso ruido les llega desde las plantas inferiores, los musulmanes
han franqueado la puerta de entrada.

—Señor...

—¡No hay tiempo! ¡Tira de las cuerdas y corre!

Hago lo que me dice mientras escucho el sonido de la losa volviendo a su
sitio original, con una antorcha en la mano y mi puñal de misericordia en la
otra,

echo a correr.

Enseguida, la oscuridad más desoladora se apodera de mí. La entrada al pasadizo está sellada. Siento la brisa en ambas orejas. Trato de mantener la mente centrada en ese leve roce.

El agua se filtra por las paredes del formando charcos que debo sortear por los bordes. En más de una ocasión pierdo el equilibrio y topo con ratas que se asientan en la orilla de los charcos.

Toda la ciudad está llena de pasadizos. Nosotros somos sus guardeses, tenemos la orden de patrullar y revisar los que comunican las torres defensivas.

Una vez a la semana, el grupo encargado revisa que los mecanismos que sellan

las entradas y salidas funcionen de forma correcta. Así evitamos que el enemigo

pueda conquistar la ciudad desde su parte más sensible: las entrañas. Pero desconozco por completo el pasadizo en el que estoy.

Hemos bajado tres niveles desde el nivel de la ciudad, los pasadizos de las torres defensivas están a dos niveles y fueron sellados días atrás. Sé que en

huecos disimulados y bien aclimatados hay provisiones para subsistir un par de semanas más.

Me pregunto si habrá provisiones en el pasadizo en el que estoy.

Continúo caminando a paso ligero y otras me van saliendo al paso: tengo que

detenerme para seguir la orientación que me marca la corriente. En varias ocasiones tengo que cambiar la dirección, incluso el sentido. Creo que retrocedo,

que desando el camino, desconfío. Pero mi único lazarillo es la brisa, así que por

caprichosa que sea, tengo que fiarme de ella.

—Ahora, cuando yo cuente diez, volverás al presente.

Capítulo 2

Marzo de 2107

—¿Un café?

Andrea levanta la cabeza de su tablet y se queda mirando al chico unos segundos antes de decir algo.

—Tengo clase de «Arte antiguo y medieval».—Dice arrastrando un poco las erres debido a su acento eslavo. Es cierto, aunque de buena gana le soltaría cualquier otra excusa con tal de no ir a la cafetería de la facultad, a estas horas

debe estar atestada de estudiantes con ganas de cháchara.

—Bueno, pues estamos por allí, por si pasas de la clase—hace amago de irse pero se vuelve, como si se le acabase de ocurrir lo que va a decir—: por cierto¿al

final te inscribiste en las clases de meditación?

—Eh...— Andrea ni siquiera recuerda la conversación sobre esas clases—, aún no, tengo que pasarme.

El chico sonrío, y ella reconoce un leve temblor en sus labios al despedirse.

No recuerda su nombre, pero sí sus intenciones y también que trabaja en la oficina de seguridad del campus. Atracción, curiosidad. Más de lo segundo que

de lo primero. Inexplicablemente, despierta curiosidad entre la gente de esta ciudad perdida en el culo del mundo. Hay otros estudiantes de Erasmus, pero ninguno causa tanto interés como ella. ¿El motivo? Su nacionalidad polaca y su

condición de judía. Debió haber previsto otra ciudad para el segundo año de su

programa de estudios. En Salamanca, la ciudad en la que cursó el primer curso

de la carrera, había otros estudiantes de nacionalidad eslava y ella pasaba desapercibida. Pero en Cáceres ella es la única.

Faltan cinco minutos para el cambio de clase. Como siempre, esperará que

los pasillos estén desiertos y que todo el mundo esté en su sitio. Así no tendrá que escuchar susurros a su paso ni ser blanco de miradas indiscretas. No es que

le moleste que cotilleen de ella, no. Es solo que le incomoda ser una atracción de

feria.

Ella nunca mira a nadie, no siente interés por nadie. Solo está atenta a su camino. Es pequeña y menuda, aunque vista con ropa ancha, se nota a la legua

que está delgada. Su rostro es fino, muy blanco y sus ojos son azul transparente.

Posee un perenne aire de tristeza. Quizá sea eso lo que aviva la curiosidad de los

demás. En una ciudad tan tradicional y clasista como Cáceres, que alguien de su

edad no se relacione con chicas como ella, que no vista de marca o que no

lleve mechas, sale de ojo. O tal vez sea el aburrimiento de sus habitantes lo que incita

al cotilleo.

Echa un vistazo al reloj colgado en la pared que hay sobre el mostrador del bibliotecario, ya han pasado cinco minutos. Los pasillos estarán despejados.

Recoge sus apuntes y encaja la silla en la mesa antes de abandonar el cajón de

estudio. Algunas cabezas, las habituales de la biblioteca, se levantan a su paso,

ella las percibe pero no las mira.

Conforme lo esperado, los pasillos de la segunda planta lucen vacíos, los alumnos se han repartido entre las aulas, la cafetería y la biblioteca. Vestida con

una sudadera XXL que oculta su silueta femenina y cuya capucha le acorta el cuello, entra sigilosa por la puerta trasera de la clase de cuarto curso. El profesor aún no ha empezado con la exposición y nadie repara en su impuntual presencia.

Su sitio en la última fila sigue reservado para ella.

—Buenos días, chicos, ¿estamos todos? —pregunta el profesor echando una mirada con la que abarca toda la clase. Se trata de Álvaro Dávila, Alvarito, como

le conocen en la sociedad cacereña. El diminutivo no le molesta en absoluto. Él

está por encima. Es una ilustre y joven eminencia en cuanto a historia de Cáceres

se refiere, además de Doctor en Historia del Arte. Por unos instantes sus inteligentes ojos se detienen y reparan en la figura desgarbada y poco femenina

de la última fila. El gesto no pasa inadvertido al resto de la clase, que sigue la mirada del profesor y todas convergen en Andrea. Oficialmente, todos se han percatado de la presencia de la chica en la clase. Algo que la incomoda y agobia

sobremanera.

El profesor baja la mirada a su ordenador y pulsa una de las flechas del teclado para comenzar con la presentación.

—Como sabéis la clase de hoy y las del resto de esta semana van sobre la Orden de los Caballeros de Santiago.—Se oye un murmullo en el aula—. Como

más de uno conocéis, es un tema que me apasiona, a quien le interese, puede consultar algunos de mis libros en la biblioteca. Pero no es mi intención hacer ningún *spoiler* en esta clase —se escuchan algunas risas—, en fin, señores, percibo ansiedad por comenzar, así que comencemos.

El profesor hace una breve pausa mientras se enciende el proyector, esta vez sus ojos se posan en los ventanales del aula que dominan los edificios de la universidad, luego contempla un punto indefinido del cielo y finalmente, cuando

todos están en silencio, empieza la clase.

—La hipótesis más aceptada es que se trata de una orden religiosa y militar surgida en el siglo XII en el Reino de León, a raíz de los sesenta años de luchas

intermitentes entre moros y cristianos por la posesión de *Qazires*, nuestra ciudad.

Tened en cuenta que Cáceres fue la ciudad más disputada durante la Reconquista.

»La ciudad estaba ocupada por el Imperio almohade hacia 1165, cuando fue conquistada por sorpresa por el caballero Gerardo Sempavor y un grupo de aventureros portugueses que le acompañaban. Pero aquel temerario guerrero fue

capturado cuatro años más tarde durante el ataque a Badajoz, intercambiando su

libertad por la entrega de Cáceres.

»En 1170 el rey Fernando II regresó desde Badajoz a León, haciéndose cargo de Cáceres. El 29 de julio el rey, el obispo de Salamanca y trece caballeros (el

número que resulta de sumar Jesús de Nazaret y sus 12 apóstoles) fundan la Orden de los frates de Cáceres. El honor de ser el primer maestro fue concedido

a Pedro Fernández de Castro, conocido como «el castellano», un veterano

caballero que había peregrinado a Tierra Santa, donde conoció la Orden del Temple, concibiendo la idea de hacer otra en León a su vuelta. Fernández de Castro «el castellano» fue quien capturó a Sempavor, considerándosele el mejor

ejemplo para esta nueva congregación de caballeros que iba a quedarse al cargo

de la defensa de nuestra ciudad.

»Con espíritu religioso acuerdan congregarse con el fin de combatir contra la

multitud de sarracenos que llegaban de África. Aunque también se encargaron de

proteger a los peregrinos de camino hacia Santiago, su función principal era la defensa de la expansión del Islam«

Andrea piensa en su familia, y en lo extraño que es no echarlos de menos. El

primer año fuera fue el más duro. Fue idea de su madre que se acogiera al programa de intercambio y a ella le pareció bien. Puestos a estudiar Historia, qué

mejor ciudad Salamanca o Cáceres. Pese a que los tiempos estaban cambiando,

aún existía el riesgo de caer en una de las mafias que pululaban por todo su país.

Apenas le costó defenderse en el idioma, un mes de clases particulares fue suficiente para entrenar el oído. El hecho de que el castellano se lea igual que se

pronuncia ayudó bastante.

Desde el privilegiado sitio en el que se encuentra, observa a sus compañeros.

Se dice que es cuestión de tiempo que entable amistad con otras alumnas

universitarias, pero en el fondo sabe que esa situación tardará en darse. Le aburren las conversaciones banales, esas sobre chicos o sobre fiestas, tan asiduas

en el campus universitario.

—Los miembros de la nueva Orden—continúa el profesor— fueron

conocidos inicialmente como los *Freires* o Caballeros de la Espada. Para abreviar, en Cáceres se les llamó *Cáceres y Espaderos*, reafirmando así su identificación con la fortaleza que defendían. Su símbolo era una Cruz de

Cristo

en forma de espada, de color rojo sangre. La sede pudo estar en la Torre Redonda de la muralla, hoy adosada al palacio de los Carvajal.

»El primer Maestre de la Orden fue, como ya he dicho, don Pedro Fernández, Señor de Fuentencalada, descendiente de los Reyes de Navarra y de los Condes

de Barcelona junto a él estaban grandes noble leoneses, como don Rodrigo

Álvarez, III Conde de Sarriá ,don Fernando Odoarez, Señor de la Barra o don Pedro de Arias.

»El convento de los frailes se estableció en la que hoy es la Iglesia de Santiago donde aún podemos ver vestigios de aquella época».

—¿De ahí el nombre? —interrumpe uno de los alumnos de las primeras filas.

—Correcto, esto les llevó a llamarse Caballeros de la Orden de Santiago, tal como la conocemos en la actualidad.

»Alrededor de esta iglesia, el resto de hermanos de la orden situaron sus dependencias. De ahí nombres como la calle Cuesta del Maestre, la Torre de los

Espaderos, o los apellidos Espadero y Cáceres en nuestra ciudad.

»El Emir almohade Abu Jacob Yusuf envió un gran ejército para recuperar la ciudad. El 10 de marzo de 1173 las tropas del general Abu Hafs asaltaron las murallas de Cáceres.

«La superioridad almohade hizo que la defensa fuera inútil, las torres fueron cayendo una a una, la iglesia fue tomada, y el conventual también.

»Estando la ciudad perdida, los últimos caballeros se negaron a rendirse, retirándose a una torre donde los pocos supervivientes continuaron luchando hasta que todos ellos fueron masacrados. Sus cuarenta cabezas fueron cortadas y exhibidas como trofeo y escarmiento para los cristianos. Esa torre es conocida como la Torre de Bujaco (apelativo que es una derivación del nombre del emir).

En recuerdo de aquel terrible acto de barbarie, la Orden celebra cada 10 de marzo la fiesta de sus caballeros mártires, con una misa en su honor».

—Disculpe, profesor. —Desde la última fila, el saco desgarrado con sudadera XXL y capucha Come Cuellos, tiene levantada la mano. Todo el aula

se gira, ¡el saco judío habla!. El profesor la mira desde la tarima y en su mirada

hay una mezcla de complacencia y orgullo de la que pocos o ninguno de los alumnos llegarán a saber nunca el motivo. Andrea siente la presión de toda la atención concentrada en ella y hace un esfuerzo por enderezar la espalda—.

Disculpe, verá , la Torre de Bujaco es una torre albarrana, y esta modalidad de

torre se introdujo en la península por los almohades, que fueron precisamente quienes tomaron la ciudad a los fratres...

Un silencio de expectación recorre toda el aula. Todos los alumnos giran de nuevo la cabeza hacia el profesor, esperando la respuesta.

—Continúe, por favor —la anima el profesor desde su tarima.

Otra vez las cabezas se vuelven hacia ella. De repente la chica es consciente de que es el centro de atención de todos y teme el incendio que está a punto

de

producirse en sus mejillas. Siente el impulso intencionado de las palabras de Álvaro y se aprovecha de él. Si permanece en silencio por más tiempo, tendrá que salir corriendo por la puerta por la que ha entrado.

—Por tanto —aclara— la construcción de esa torre es posterior a la batalla que usted está contando.

Fingiendo una leve ofensa, el profesor le pregunta:

—Ah, ¿y en qué torre cree usted, señorita Cohen, que se refugiaron?

—En la Torre Redonda de los Carvajal —afirma Andrea con pasmosa seguridad.

Un rumor atraviesa todo el aula, desde la penúltima grada, ya que en la última está la señorita de sudadera XXL, hasta la primera fila.

—¿Tiene algo que avale su teoría? —pregunta el profesor asombrado, más por la intervención de la chica que por el contenido de sus palabras.

Andrea, en realidad, no tiene nada. Bueno, eso no es del todo cierto, más bien no tiene nada que pueda contar. Por supuesto que tiene algo que avala su teoría.

Se encoge aún más dentro de la sudadera, gesto gracias a Dios imperceptible para su interesada audiencia.

—No, *señorrr*, solo que la construcción de la Torre de Bujaco es posterior a esa batalla.

—Y de entre todas las torres que había en Cáceres en esa época ¿por qué escogieron la de Carvajal?

Andrea sabe el motivo, pero no hay que ser muy lista como para saber que es

mejor no contarlo en público. Contarlo a otra persona, también es otra cosa.

Como cuando se salta unos pasos de un stop con su moto y se ve obligada a retroceder. Se arrepiente de haber levantado la mano. No debía haberlo hecho, se

ha querido hacer la listilla ante el profesor. Pero es que la historia que estaba contando trajo a su cabeza lo vivido días atrás en la consulta de Montaña... Si pudiera echar atrás el tiempo y permanecer *wci ąż y cichy*[\[1\]](#) en su sitio. Shhh...

No puede contar por qué lo sabe, sus compañeros la cuestionarían aún más.

Incluso se reirían de ella. Ha metido la pata con el comentario, lo último que pretendía era poner en evidencia al profesor, pero el impulso de decirlo ha sido

más fuerte. El profesor, a quien Andrea envidia y estima, culto ,erudito y muy buen amigo, les estaba contando una leyenda, no la realidad.

—Disculpe, profesor —se oye decir a sí misma, otra vez—. Quizá es mejor

dejarlo así. La leyenda tiene un indudable valor en sí misma, es la parte romántica que muchas veces da sentido a recordar todas estas historias y además aporta cierto trasfondo identitario, muy necesario en esta ciudad cuyos

ingresos se deben en gran medida a su historia. Solo creo que es bueno desligar en lo posible lo real de lo legendario, sin que una parte deba suprimir a la otra.

Tan fascinante es soñar lo que pasó como intentar saber lo que realmente pasó.

La clase recibe las palabras de Andrea sumergida en un silencio de expectación. *¿Alguien como ella puede hilar las palabras así?*

Andrea percibe la respiración cortada de sus compañeros. El profesor,

inmóvil en la palestra, mira hacia la parte alta de las gradas. Su cara refleja admiración por el razonamiento de la alumna. Andrea, cuyos nervios en el estómago pueden desencadenar un torrente de vómito sobre el pupitre, sólo puede mirar la imagen de Gerardo Sempavor mostrando una cabeza cortada, paralizada en la pantalla del proyector desde que ella levantara la mano.

Tras unos instantes de vacilación, Álvaro Dávila, Alvarito para los amigos, emocionado por la intervención de su alumna, elige las palabras adecuadas y apostilla:

—Gracias por su aportación señorita Cohen, no puedo estar más de acuerdo con usted, tener leyendas es signo de una gran cultura popular, que hay que respetar y salvaguardar. Ahora, si le parece, continuamos con la clase. —

Acciona de nuevo el botón del puntero láser y la diapositiva con la agresiva imagen de Gerardo Sempavor da paso al monasterio de Santiago de Uclés—. La

casa matriz de la Orden pasó entonces a la Villa de Uclés, pero los caballeros de

la Orden nunca perdieron la esperanza y la fe de reconquistar la cuna de su origen, la Villa de Cáceres. Así que volvieron a conquistarla en 1183, junto al Rey Fernando II, para volver a perderla en 1213. Permaneciendo musulmana bajo el nombre de *Qazris*.

»El 23 de abril del año 1229 es reconquistada definitivamente por Alfonso IX, monarca del reino de León y de Galicia con la ayuda de las Ordenes Militares entre ellas la de Santiago. Una vez reconquistada la Villa, los antiguos

Frates reclaman la ciudad para su Orden, pero el rey se se niega ,la quiere para

él. Cáceres está ubicada en un enclave estratégico, rodeada de tierras y villas perteneciente a la Orden Militar de Alcántara, Calatrava o Santiago. Así se inicia

un pleito entre la Orden y el rey...«

Hace rato que Andrea Cohen ha desconectado de la clase de forma

voluntaria. Tiene ganas de que termine. Si las circunstancias fueran otras, ya haría rato que habría marchado, dejando la clase a medias. Pero si lo hace ahora,

todos van a pensar que se ha ofendido por la situación que ella misma ha creado.

O también pueden pensar que quería llamar la atención.

Más le vale espabilarse cuando suene el timbre para llegar a las escaleras antes de que el resto de alumnos invadan los pasillos.

Aunque esa tarde, antes de irse, pasará primero por el edificio de oficinas y subirá a la planta en la que se encuentran los despachos de los profesores. Como

ya ha hecho en más de una ocasión, llegará hasta la puerta del profesor de Historia del Arte, sí, el mismo que en este momento está concluyendo la clase, y

esperará paciente su llegada.

Antes de que eso ocurra, telefona a la consulta de Montaña y al no poder localizarla, le deja recado a la recepcionista para que le devuelva la llamada lo

antes posible. «Dígale que me llame, es urgente» Sabe que todos los pacientes dicen lo mismo, pero ella nunca la ha llamado, siempre se ha limitado a la rutina

de sus reuniones. Fiel al horario marcado, respeta siempre el calendario.

Salvo esta tarde.

Capítulo 3

A la misma hora en la que Andrea entra en la clase del profesor de Historia del Arte para dejarlos a todos con la boca abierta discrepando sobre el lugar en el

que los cuarenta hermanos fueron degollados, el supermercado está vacío y

Montaña Solís paga la compra con una visa electrón. Le llevarán el pedido a casa.

Debe volver a la clínica, esa tarde la esperan cuatro pacientes.

Desde que trasladó la consulta a la clínica el volumen de trabajo ha crecido tanto que se ha visto obligada a limitar el número máximo de pacientes diarios.

Algo necesario para mantener la cordura, la salud mental y el amor a su profesión. El motivo del aumento es que la clínica le deriva todos los pacientes

de las mutuas, cosa que ella aborrece. Prefiere los privados, ¿por qué? el margen

de beneficio es mayor, las terapias son más variadas, los problemas son más de

verdad. Además, puede poner en práctica muchas de sus técnicas y evaluar el evolución o involución de sus pacientes.

Sin embargo, los pacientes derivados de mutuas acuden a ella básicamente

por dos motivos: terapia de parejas o bajas de larga duración. Es un precio

asumible por estar acompañada del resto de personal de la clínica y de un vigilante de seguridad veinticuatro horas. Asumible respecto a pasar consulta *sola* en su propia casa.

Durante la mañana atiende a los pacientes de las mutuas y por la tarde, a los privados.

Mientras conduce en dirección a la plaza de Cánovas, la música del coche se detiene y le entra una llamada por el manos libres. En la pantalla aparece el nombre de Silvia, una de las socias y amigas del despacho que compartía en Madrid.

—Buenas, buenas, ¿cómo vamos por las provincias?—pregunta en tono jocoso.

A Montaña le alegra la llamada. Las echa de menos, a ella y a Lola, la otra socia.

—Ya ves, sobreviviendo —responde con fingido tono apesadumbrado—, ¿y las chicas de la capital?

—Pues echándote mucho de menos, ¡para qué te voy a engañar!

—¿Leíste mi email?—pregunta sin desviar la vista de la carretera.

—Sí, joder, la próxima vez avisa, estuve desconectada unos días en Londres y al aterrizar y leerlo... —hace una pausa y añade—: me tienes intrigada.

—Silvia, era tan real...es que hasta yo podía sentir su angustia.

—¿Y el acento le desapareció de repente o fue gradual?

—De repente—explica mientras gira a la derecha—, conforme empezó a

hablar. Ni rastro, como si no fuera ella.

Hay un silencio entre las dos mujeres.

—Lo había leído, pero la verdad es que nunca me había pasado.

—Fue increíble—dice Montaña echando una mirada al retrovisor—, las sensaciones de la chica fueron claras, semejantes a lo que estaba experimentando: miedo, ansiedad... tenía la piel erizada y la ropa empapada en

sudor. El pelo estaba pegado a las sienes y la voz empezó a ser inaudible según

se le iba secando la garganta. No tuve ninguna duda de la certeza íntima y absoluta de la realidad que mi paciente experimentó —dice contundente.

—Ya, pero dices que estudia Historia del Arte, ¿no crees que podría estar influenciada?—pregunta Silvia. Montaña percibe la desconfianza en su tono y añade:

—Para nada—responde negando con la cabeza—, dio las claves y después yo comprobé todos los datos.

—Sí, sí, estuve leyendo algo de la historia de Cáceres, lo de los cuarenta hermanos.

—Es que fue tan nítido...en cuanto tenga un rato te paso el archivo de la grabación.

El semáforo está en rojo, detiene el coche y observa sin mirar a los peatones que cruzan el paso de cebra.

—Joder, ¿en serio? Me encantaría escucharlo.

—Pone los pelos de punta...por la angustia—advierde Montaña.

—¿Y qué tal está la chica?

—Sorprendentemente bien, desde que empecé a tratarla con Terapia

Regresiva el cambio que ha experimentado es espectacular, aún le queda bastante pero vamos por el buen camino.

—Me alegro, ¡ah!, por cierto te tenía que contar otra cosa: el otro día tomamos un queso con denominación de origen «Hacienda La Tejedora», ¿es tu

abuela la mujer que aparece en la etiqueta?

Montaña mira el reloj, se le va a echar el tiempo encima.

—No los suelo comprar—responde desganada—, pero supongo que sí, mis abuelos no tienen hijas, así que sí... ¿estaba bueno?

—Espectacular ,niña, pero lo más fascinante es que fue en un restaurante de Londres,¿hasta allí llegan los productos de la finca de tus abuelos?

—Debe ser que se mueven bastante.

—¿Debe ser?¿Aún no os habláis?

—No, no les he visto desde que llegué.

Montaña era, es, socia de un gabinete de psicología en Madrid. Tras terminar la carrera, ella y sus dos socias, Siliva y Lola, se conocieron en el curso de hipnosis terapéutica y decidieron embarcarse en la aventura de montar el negocio por su cuenta. Al principio alquilaron un diminuto despacho en un edificio de oficinas en el mismísimo Paseo de la Castellana. Las tres se

turnaban

para atender a los pacientes, incluso solían referirse a sus colegas del gabinete para darse importancia. Lo cierto es que los clientes empezaron a aumentar y el

despacho empezó a quedárseles pequeño. Fue entonces cuando dieron el salto a

un pequeño piso, apto para negocios, en Príncipe de Vergara, en pleno barrio de

Salamanca. A pesar de lo elevado de los alquileres en esa zona, gracias al padre

de una de las socias, encontraron un chollo. Decoraron el piso entre las tres, encargaron una página web a un diseñador y el negocio empezó a ir rodado.

Cada una tenía un despacho y eran ellas mismas quienes cogían las citas.

Durante un año estuvieron así, hasta que el piso se les empezó a quedar pequeño,

necesitaban una secretaria o al menos, a alguien para que les cogiera citas pues

era complicado atender el teléfono y estar con un paciente. Se les iban los clientes.

Dieron con un piso más grande y más caro en María de Molina, pero más

acorde con sus necesidades. Hubo que hacer una pequeña reforma pero al final,

los tres despachos, la recepción y la sala de estar quedó como si durante toda la

vida hubiera sido un gabinete de psicología. En un mes, el negocio volvió a despuntar y de forma más profesional, gracias a la secretaria que habían

contratado a tiempo parcial.

Tras colgar con Silvia, por unos instantes, le viene a la cabeza el recuerdo fugaz de una conversación entre sus padres. Ella tendría apenas nueve o diez años. Estaban comiendo en la mesa de la cocina del piso de la calle Gil Cordero.

—Se empeñan en ponerla a mi nombre.

—¿Pero por qué?

—No lo sé, es una forma de tenerme... —va a decir algo inapropiado y se corrige ante la presencia de la pequeña— a su lado. Se jactan de que ha sido un

negocio redondo ¡qué vergüenza cada vez que me encuentro con alguno de los

propietarios!

—¿Les chantajearon?

—¿Qué es chantajear, mamá? —pregunta una jovencísima Montaña.

—Aún es pronto para que lo sepas cariño, cuando seas un poco más mayor, te lo explicaré.

Montaña pudo ver cómo su madre le hacía una mueca a su padre para que dejara de hablar. Pero más tarde, mientras su madre fregaba los platos y su padre los secaba y los colocaba en los armarios, la niña jugaba en el pasillo y

escuchó:

—A los que se negaron a vender les dieron unas palizas de muerte—

susurraba su padre.

—¡Dios mío Rodrigo! ¿Qué vamos a hacer?—la voz de su madre era de preocupación.

—¿Sabes cómo la van a llamar? La Tejedora, para restregárselo durante toda la vida.

—No firmes por favor...

Su padre se llamaba Rodrigo y falleció hacía diez años por un infarto al corazón. Pese al tiempo transcurrido, la terrible sensación de pérdida no la ha abandonado.

Su madre padece alzhéimer desde hace casi cuatro años, está internada en una residencia; aunque ella fue testigo de su declive, le cuesta hacerse a la idea

de que aunque esté...en realidad se ha ido para siempre.

Capítulo 4

Una hora más tarde, ya en su consulta, Montaña Solís mira de refilón la pantalla del pc; no es que suela hacerlo cuando está con un paciente, pero al ver

el nombre de Andrea Cohen, se inquieta. En casi cinco meses de terapia, la chica

nunca la ha llamado. Aún quedan veinte minutos para finalizar la sesión que tiene entre manos. Intuye que algo ha debido desestabilizarla. Justo ahora que los

avances empiezan a ser visibles, sobre todo en las últimas semanas.

Cuando quiere volver al presente, se ha perdido en el diálogo del paciente que, tumbado en el sofá, continúa hablando sin percatarse de su momentáneo lapsus.

Hace un esfuerzo y deja de pensar en Andrea.

—¿Y cómo te sentiste? —pregunta, realmente interesada en las palabras del hombre.

—Eufórico, por fin imponía mi voluntad a la suya, ¿sabe? Creo que es lo que me hacía falta, ver que aún tengo voz en mi casa.

—Suele pasar que por evitar una discusión, transigimos. El problema viene cuando eso nos causa malestar. Al transigir debes ser consciente y hacérselo saber a la otra persona, no quedártelo para ti.

—Sí, doctora, tengo memorizados los puntos que debo cambiar... perdón — y se corrige—: evolucionar, y los pongo en práctica.

—El cambio es evidente. Estás más tranquilo y más seguro de ti mismo. Solo tienes que ver a la persona que entró por esa puerta hace dos meses y la que ha

entrado hoy. Tu lenguaje corporal lo dice todo.

El paciente se incorpora en el diván y mira su reloj.

—Uf, qué rápido se pasa el tiempo con usted, es ya la hora.

—Es buena señal, antes se te hacía eterna la sesión. —Montaña se levanta, predisponiendo al paciente a hacer lo mismo.

—¿Me da cita para la próxima semana?

La psicóloga le mira pensativa. No es necesario verse la próxima semana, ya no.

—Te propongo algo mejor: te daré cita para dentro de dos semanas. Creo que cada vez me necesitas menos.

El paciente la mira inseguro mientras se pone la chaqueta. Es una mirada que pretende ser tranquila pero solo lo pretende. En realidad teme volver a perderse

si deja de recibir terapia. Montaña lo sabe. Ha visto cientos de veces esa mirada,

siempre es lo mismo, así que toma la delantera:

—Paco, sabes que no podemos seguir con la terapia eternamente, ya has visto que la solución siempre ha estado en tu mano, yo solo te ayudé a dar con ella. Siendo tú mismo ¿ves que no pasa nada?

—No sé doctora, no sé...—dice negando con la cabeza.

—Bien, probemos a vernos en dos semanas, si nos va bien, seguimos así, si nos va mal, volvemos a vernos cada semana, ¿te parece bien?

—De acuerdo —acepta un Paco reticente.

En cuanto cierra la puerta, coge el teléfono y marca el número de Andrea. La chica descuelga al segundo tono.

—¡Montaña!, por fin, disculpa que te llame fuera de hora.

—No pasa nada cariño, ¿qué ocurre? ¿va todo bien?

—Sí, ya estoy más tranquila, no te preocupes que no he vuelto a tener esos pensamientos.

Montaña respira aliviada al otro lado de la línea. Se lleva el teléfono a la ventana, desde donde puede contemplar el emblemático parque de Cánovas, centro pulmonar de Cáceres.

—Cuéntame.

A pesar de las palabras de la chica, Montaña la percibe alterada.

—Ha ocurrido algo en la clase de Arte Medieval...estábamos hablando de la Orden de Santiago y de sus inicios con los frares de Cáceres.

Silencio en la línea.

—¿Andrea?

—Sí, *disssculpa*, bien pues el profesor dijo que fueron asesinados en la Torre de Bujaco y yo...yo no pude evitar levantar la mano...

—Pero eso es genial ¿no?—interrumpe Montaña

—Y contradecirle, ¿recuerdas la sesión del otro día?

—Claro que sí. —Montaña inclina su espalda hacia la derecha para estirar el costado izquierdo.

—Yo sabía que la matanza de los frares no ocurrió en la de Bujaco, ocurrió en la Torre Redonda de los Carvajal, ¿recuerda doctora *mias* palabras?

Montaña se dispone a inclinarse hacia la izquierda, pero se queda inmóvil.

No es la primera vez que le ocurre algo similar. Por supuesto que recuerda las palabras de Andrea en esa regresión tan reveladora.

—Sí, las recuerdo.

—Yo sabía el motivo por el que escogieron esa torre, el profesor no ¿entiende lo que le quiero decir?

—Lo entiendo, Andrea, pero debes tranquilizarte, estas cosas pasan.

—No fui capaz de decirle que esa torre era la única que tenía una cripta que comunicaba con el exterior—la comunicación se interrumpe por unos instantes.

—¿Andrea?

—Ay, doctora —se queja pesarosa—, no estoy preparada para un debate y más cuando no puedo explicar de dónde viene lo que sé.

—Andrea, tranquilízate. Lo sabes, sabes por qué eligieron esa torre, pero, de momento, no sabemos qué sentido tiene. Si es que tiene algún sentido.

—Lo sé doctora, no me interprete mal, no voy a indagar en mis otras vidas, bastante tengo ya con esta. Es solo que, no sé, levanté la mano como si tuviera

un, un...¿cómo se dice cuando algo te obliga a estirar a levantar?¿A que algo vuelva a su sitio?

—¿Muelle?¿Resorte?—Cuando Andrea está nerviosa las palabras no le vienen con facilidad.

— ¡Wiosnia[2] ! Justo, como si tuviera un resorte en el hombro.Y luego, cuando vi a toda la clase mirándome y al profesor pendiente preguntándome si

había algo que avalase mis palabras...pensé que no debían saberlo y me callé.

Menos mal.

—Si así lo sentiste, está bien Andrea, en la próxima sesión seguiremos avanzando. ¿Estás más tranquila?

Otra vez silencio al otro lado del teléfono.

—¿Andrea?

—Sí sí, doctora, no se preocupe, estoy tranquila, me intrigó la coincidencia y se lo tenía que decir, eso es todo.

—Ya sabes que puedes llamarme cuando quieras.

—Sí, lo sé, ¿nos vemos el jueves?

—Nos vemos el jueves, que descanses ,cariño.

—Usted también, *dobranoc* [3].

La tarde ha sido intensa. Montaña procura que las sesiones no se alarguen más de cuarenta y cinco minutos. Si llegan a cincuenta se ve obligada a interrumpir al paciente, siempre por lo sano. Es uno de los puntos del acuerdo inicial. El tiempo de cada sesión debe ser de calidad y superar los cuarenta y cinco minutos le provoca ansiedad, ya que solo dispone de quince minutos para

preparar la siguiente consulta. Considera justo que si un paciente es puntual, su

profesionalidad no le permite demorarse con el paciente anterior.

Mientras conduce de vuelta a casa, *hogar dulce hogar*, piensa en la sensación tan diferente que de pequeña tenía de la ciudad. Hay momentos en los que percibe el gran cambio que ha experimentado Cáceres desde que se fue. Antes de

marcharse a estudiar la carrera en Madrid, no existía nada entre la ciudad y su actual urbanización, todo era descampado. Ella entonces vivía con sus padres en el piso de la Avenida Gil Cordero, que sigue desembocando en la entrada al parque de Cánovas. Ahora hay nuevos polígonos repletos de empresas, nuevas

carreras en la facultad y el ambiente cosmopolita y encantador atrae a numerosos estudiantes del programa Erasmus, como Andrea Cohen.

Hace dieciocho años que huyó de la ciudad. Nunca la echó de menos hasta que volvió a ella.

Sus raíces están aquí, le guste o no. Sus abuelos, el recuerdo de su padre invitándola a un chocolate en Acuario o en Vivaldi. Las tardes en el Kiosco de

Cánovas paseando con su madre.

Guarda el coche en el garaje y sube en el ascensor hasta el último piso. No vive en un ático al uso, es el último piso de un bloque de tres, a diferencia del resto, el suyo tiene una enorme terraza orientada hacia la zona de Las Acacias.

Antes de la ducha, va a la nevera y saca una botella de vino tinto, un Ramón

Bilbao de edición limitada abierto varias noches antes. Aún le queda para una copa. Pica algo de queso fresco que aún le queda y da una vuelta por la casa, asegurándose de que puertas y ventanas están cerradas.

Usa el fijo de casa para hacer una llamada.

—Buenas noches, residencia El Palmeral—responden al otro lado de la línea.

—Hola, soy Montaña Solís.

—Hola Montaña, ¿qué tal está?—es Bruna, una de las enfermeras habituales de su madre.

—Muy bien, gracias ¿cómo ha ido el día?

—Hoy ha estado un poco nerviosa, más de lo habitual, con el frío que hace apenas podemos tenerlos en el jardín y eso les afecta.

—¿Pero ha tenido algún ataque?

—No, no, nada de eso —se apresura a decir la enfermera—, solo ha estado un poco más nerviosa pero no hemos querido darle ningún calmante, es normal.

—¿Algún momento de lucidez?—pregunta esperanzada.

—Ay, cariño—responde la enfermera con sincero pesar—, sabes que cuando eso ocurre, te llamamos enseguida... lo siento.

—Lo sé Bruna, lo sé, es solo que ...—intenta controlarse, pero la voz se le quiebra en el último momento—, eso... que la echo mucho de menos.

—Ya lo sé, niña, no llores por favor, quédate tranquila, está en las mejores manos.

Montaña aparta el auricular por unos momentos y se muerde el puño.

Necesita un abrazo.

—Iré pronto a verla—dice aún entre lágrimas.

—Aquí estaremos esperándote, ahora descansa tranquila. Ella está durmiendo plácidamente.

—Buenas noches Bruna y gracias por todo.

—No hay de qué, preciosa.

Ya más tranquila, entra al baño para darse una ducha.

Más tarde, en la cama, saca uno de los cuadernos que lleva siempre consigo.

Lo hojea un poco, hasta la siguiente página en blanco.

«Andrea Cohen», escribe con portaminas en el encabezado de una hoja

«Llamada a las nueve de la noche, en clase de arte medieval el profesor habla de

los hermanos de Cáceres y de que se escondieron en la Torre de Bujaco. Ella reacciona levantando la mano y ajena a las miradas del resto de sus compañeros,

rebate el argumento del profesor. No fue en Bujaco, fue en la Torre Redonda que

hoy está anexionada la Palacio de los Carvajal. El profesor la anima a que argumente su teoría. Ella vuelve en sí, y siente vergüenza de la situación. No quiere entrar en disputas con el profesor y exponerse a sus críticas y a las de sus

compañeros. En estos cinco meses es la primera vez que se atreve a levantar la

mano en su clase. Importante, subraya, no ha preguntado nada, ha expuesto su teoría. Paso importante. Revisar la sesión del dos de febrero».

Capítulo 5

Alvarito, el profesor, como se le conoce de toda la vida en Cáceres, por ser

el menor de sus hermanos, sale conduciendo su Golf IV del aparcamiento del campus. Tiene una cita a las nueve de la noche, así que le da tiempo a pasar

por

su casa en la urbanización *Los Castellanos* y darse una ducha rápida.

Mientras conduce, su mente divaga de aquí para allá. La conversación con

Andrea le ha parecido...¿cómo decirlo? ¿inverosímil?¿alucinante?, no sabe qué

adjetivo otorgarle, ¿increíble?

Años de estudio y de investigación le han demostrado que el poder de la mente es extraordinario.

Tras el encuentro con la chica, lo primero que ha hecho es tomar nota de todo

en su cuaderno y guardarlo en los archivos de su ordenador. Hay que profundizar

en sus palabras y su memoria ya no es lo que era. Satisfecho por el día que está a

punto de concluir, se mira en el espejo retrovisor y se dedica una complacida sonrisa.

« Pero, en serio, ¿te la crees? »

A falta de confirmar los nombres que ha mencionado.

«Sí, me la creo »

Además, la chica está en manos de toda una profesional.

Él lleva años investigando la historia de Cáceres y por fin encuentra una pista

verídica que le confirma que sus pesquisas no van del todo desencaminadas.

Se

emociona tan solo de pensar en la idea de encontrar algo relacionado con el

Maestro, el verdadero Maestro. Sabía que «El Castellano» no volvió de Tierra Santa con las manos vacías. Los informes que solicitó al Vaticano apuntaban en

esa dirección. Y ahora la conversación con Andrea...

Mejor se lo calla, no va a decir nada. Podría poner en peligro a la chica y la profesional verse comprometida.

Busca qué ponerse en el armario y se viste frente al espejo. Al salir de casa, le entra un mensaje.

«Quedamos en la Torre de Caleros, hay algo que quiero enseñarte».

Cambio de planes:¿Torre Caleros?

Se mira los zapatos que se ha puesto para la cena, no son los adecuados para caminar por esa zona de la ciudad, pero se le hace tarde. No es extraño que su compañero de cena cambie el sitio de encuentro en el último momento. Se trata

de una persona inestable, gobernada por impulsos que se esfuerza en mantener a

raya, pero todos le deben pleitesía. No ha preguntado si serán ellos dos los únicos asistentes, espera que no. Ese hombre le produce una indescriptible aversión.

Conduce por la circunvalación y observa las luces de Cáceres. Su hermosa

ciudad, si Enrique de Borbón dijo que *París bien vale una misa*, él, Álvaro Dávila, dice que *Cáceres bien vale una novena*. Una ciudad que con el paso de los años se ha ido convirtiendo en una jaula de oro para él.

La bordea por la Ribera del Marco, también conocida como Del Concejo o de

la Madre. Como en todo sistema bien integrado, unos elementos no tendrían sentido sin otros. Cáceres no hubiera existido si no fuera por la Ribera, y al contrario.

La noche es oscura. Tan solo la luna en cuarto menguante colgando de sus extremos, da testimonio de la existencia del cielo. Deja el coche aparcado en el

solar más cercano a la Torre de Caleros y consulta el móvil. No hay nuevos mensajes.

Echa una mirada a su alrededor, es el único coche aparcado, *¿en serio la cita es aquí?* Cuando está a punto de regresar para esperar a su acompañante en el interior del coche, dos focos aparecen en la oscuridad acompañados del ruido de

un motor. Es él. Se da la vuelta y aguarda a su acompañante en la entrada de la

torre.

—Entremos —le ordena el recién llegado con voz perezosa al tiempo que le echa el brazo por el hombro. Es un abrazo que al profesor le llega a oprimir.

El recién llegado porta una linterna en la otra mano con la que alumbró el camino por el que pisan, lleno de herramientas y sacos de cemento.

—La están rehabilitando —observa el profesor.

Silencio.

Suben por unas escaleras y al llegar al piso de arriba, su acompañante le mira sin retirar el brazo opresor de sus hombros.

—¿Qué estás haciendo, *Alvarito?*—pregunta el de la voz perezosa. No es su

voz genuina, es una de las que adopta cuando interpreta uno de sus papeles.

—¿A qué te refieres? —pregunta con cautela el profesor. Advierte que está en un momento crítico. En realidad, esa sensación la ha tenido desde que recibió

la invitación a cenar ¿por qué no la habrá hecho caso?. Es como una especie de

clarividencia bajo el fuego enemigo.

—Sabes de sobra que no me gustan los juegos, ¿qué te traes entre manos?—

insiste de nuevo el de la voz perezosa.

Al profesor no le gusta nada todo aquello. ¡Joder! Precisamente él que sabe de

lo que es capaz su acompañante, ha caído en una trampa.

—Será mejor que nos vayamos —propone con una seguridad nacida de los nervios.

—Sí claro, pero tengo que enseñarte algo.

Es una presa cazada. Lo sabe y se odia por ello. Ha aceptado sin más una invitación de ese hombre, él, que se creía inmune e imprescindible para todos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta temeroso

El de la voz perezosa deja la linterna sobre algo parecido a una silla o a un

mueble, se mete la mano bajo el jersey y saca algo.

—¿Has visto esto?

—¿Qué es? —.Por un momento el profesor experimenta alivio.

—Esto amigo mío es toda una reliquia.

A pocos segundos de morir, Álvaro cree que está en el infierno pues ante sus ojos aparece el rostro diabólico del vengador V de Vendetta, Guy Fawkes^[4], siente un escozor en el brazo, le está inyectando algo.

Capítulo 6

A pesar de la fecha en la que están, mediados de marzo, el invierno aún se resiste a abandonar la ciudad. La helada de la noche deja las macetas de la terraza con una capa de carámbano tan densa que hay días en los que no llega a

derretirse. Desde luego las macetas tienen ganas de vivir.

La mañana se presenta tranquila. Es una mañana como tantas. Montaña no tiene citas hasta las once, así que ha telefoneado a Paola, su entrenadora personal, para ver si le hace un hueco. No es lo habitual, pero por tratarse de ella, clienta que paga religiosamente el mes completo aunque solo asista a una clase,

le ha hecho un hueco en el gimnasio. Puede estar con ella una hora.

El pedido del supermercado llega puntual. Desayuna ligero, té y avena con fruta. Se viste con ropa deportiva y mete en la bolsa ropa para cambiarse después. Baja de muy buen humor al garaje.

El gimnasio de Paola está situado cerca de Doctor Fleming, una calle conocida por albergar numerosos locales de copas y cafés. La calle en cuestión

era, es, la arteria principal de la famosa zona conocida como La Madrila, que junto con la Calle Pizarro y la Plaza Mayor son los tres sitios donde se concentran los cacereños. Numerosos bares de Doctor Fleming fueron

cerrados

por la crisis, resurgiendo ahora como cafés-concierto, todos con un diseño cuidado, confiado a decoradores profesionales.

Deja el coche en uno de los párquines subterráneos y sale abrigada a la calle.

Cáceres es una ciudad de climas extremos. A esa hora, las nueve de la mañana,

no hay mucha clientela en el gimnasio.

—¿Madrugaste hoy? —Lalo, el recepcionista le da los buenos días.

—Ya ves, aburrida que estaba en casa.

—Pasa anda: Paola acaba de llegar.

Le franquea el paso por el torno y ella baja las escaleras. Recorre con al mirada la sala hasta toparse con la entrenadora, que la observa desde el cuadrilátero.

—¡Dos vueltas a la sala y sube arriba! —le ordena.

—Buenos días al menos ¿no?

La mujer, más cercana a los cincuenta que a los cuarenta, responde con un gesto negativo.

—Buenos días, ¡ahora me *hacés* tres vueltas y arriba! —le dice alzando la voz.

—¡Qué boluda!

—¿Subimos a cuatro?

—¡No, no!

Paola, ex luchadora experta en artes marciales y especializada en *kickboxing*,

la ha ayudado a mejorar sus técnicas de boxeo y a dar patadas defensivas. Se ha

volcado con ella.

Se habían conocido tres años atrás, justo cuando Montaña llegó a Cáceres y

abrió la consulta en su propia casa. Paola, recién llegada de Argentina, sin trabajo y con unos ahorros que menguaban día a día, estuvo a punto de caer en

una fuerte depresión. Leyó el anuncio de Montaña en El Extremadura, un

periódico local, y llamó al número de la consulta. Nada más salir de la primera

sesión, la argentina fracasada se sintió menos fracasada. Y al salir de la cuarta sesión, ya no quedaba nada de aquella chica fracasada.

En un mes estuvo preparada física y psíquicamente para presentarse a varios

gimnasios a pedir trabajo. En dos meses empezó a trabajar como entrenadora personal durante las mañanas. Y así, doce meses más tarde, abrió su propio gimnasio con una clientela selecta y estable.

—¿Preparada?—pregunta la entrenadora mientras sujeta la bolsa de boxeo.

Montaña asiente.

—¡Dale duro!

La psicóloga obedece y una ristra de puñetazos se estrellan contra la bolsa.

Aprender a defenderse aumenta su confianza, además, golpeando bolsas y almohadillas disuelve la tensión.

Resulta paradójico que recomiende a sus pacientes disciplinas como el pilates

o el yoga y ella opte por el *kickboxing*.

En realidad no le quedó más remedio que aprender, ya lo había pensado antes, en Madrid.

—*Cuando el alumno está preparado, aparece el maestro.*

Esas fueron las palabras de Paola cuando Montaña fue a pedirle ayuda.

—*No sé por qué me pasan a mí estas cosas, de verdad...*

—*Shh, tranquila, es arriesgado meter a desconocidos en casa y si son pacientes, aún más.*

—*Solo quiero saber defenderme.*

—*Pues has dado con la persona adecuada—dijo abrazándola con cariño.*

La clase la deja como nueva.

—Gracias, jefa, sacas lo peor de mí —le dice al despedirse con un abrazo.

—Con eso ahora solo *tenés* lo mejor para tus pacientes. —Paola le devuelve el abrazo.

Camino de la Regenta y con el paladar salivando por las tostadas, le suena el móvil. Es un número conocido desde hace bastante tiempo atrás. De sus años en

Madrid. Un número cuyo propietario le complica la existencia cada vez que se pone en contacto con ella.

—Buenos días inspector ,Asbel —saluda con fingido fastidio al descolgar.

Escucha la respiración de una sonrisa al otro lado.

—Ya veo que no se ha olvidado de mí—dice una voz cálida y afectuosa.

—Le aseguro que me gustaría —replica cerrando los ojos como si estuviera en una ensoñación.

—Créame que no lo pongo en duda.

—¿Tengo tiempo para tomarme un café? —pregunta Montaña cuyos ojos ya están devorando la palmera de chocolate expuesta en la vitrina de la cafetería.

—Si es en la comisaría y frente a la máquina de *vending* ,sí.

—Oh venga ,inspector... ,acabo de salir de una clase de gimnasia y estoy famélica.

El inspector exhala el aire de un cigarrillo y pregunta:

—¿Puedo contar con usted para las próximas tres horas?

A punto de soltar una palabrota, Montaña se controla y agrega con retintín:

—Me temo que no,¿sabe que yo también trabajo y que tengo pacientes a las once?

—Montaña —dice con la voz cálida como antes pero cambiando el afecto por la seriedad—, es urgente, no puedo decirle más. Cambie las citas de esta mañana.

—Perdone, Asbel, yo trabajo con personas ¿sabe?, son las diez y cuarto y probablemente el primer paciente ya me esté esperando.

—Perdonada, Montaña, usted trabaja con personas y nosotros con cadáveres, ¿tengo que decirle que su deber es colaborar?

Impotente, da un puntapié a la pared de la cafetería y un viandante que pasea con su perro le lanza una mirada reprobatoria. Montaña, ajena, alza la voz:

—¡Cuánto le gusta la palabra «colaborar! Ahí cabe de todo ¿verdad inspector?

—Nos vemos en quince minutos—añade cortante el inspector, y puntualiza antes de colgar—: es urgente.

Montaña también cuelga, pero de mala gana. Antes de que el enfado vaya en aumento, telefonea a la clínica y explica a Montse, la recepcionista, el motivo por el que le es imposible atender a las citas. No puede concretar para cuándo las

podrá cambiar, no tiene ni idea del tiempo que permanecerá en comisaría.

Capítulo 7

No es hora punta y el tráfico ya empieza a ser pesado. Una lluvia suave empapa

la luna del coche. El inspector Asbel Oquillas solo la llama si tiene algo relacionado con su trabajo. Por sus palabras intuye que alguno de sus pacientes

puede estar implicado en algo. Tal vez alguien haya sido asesinado, él ha dicho

«usted tiene pacientes y yo tengo cadáveres», o algo similar.

Por suerte, no es que haya muchos casos así en esta pequeña ciudad, pero cuando hay uno, alcanza gran repercusión.

Siendo Cáceres una ciudad turística, Patrimonio de la Humanidad, se hace

especial énfasis en mantener en secreto cualquier altercado que pueda comprometer la imagen de postal por la que es conocida en todo el mundo.

Dadas las fechas, la Semana Santa está al caer y gran parte de los ingresos de la

ciudad se recaudan en esas fechas, el inspector querrá solucionar lo que sea que

haya pasado sin formar ningún escándalo.

Sube por la Avenida Isabel de Moctezuma y deja el coche en la misma puerta de la comisaría, en la calle Pierre de Coubertín. Calle que, por cierto, no existía

cuando ella se marchó a Madrid.

No le hace gracia acudir a la comisaría a aquellas horas de la mañana, suele estar bastante concurrida.

Está especialmente molesta por haber tenido que cancelar sus citas, detesta fallar a sus paciente. Además, los pacientes de mutuas acostumbran a ser más exigentes y reacios a la recuperación que los privados, prevé que el desplante de

hoy le pasará factura. Espera no tener que cancelar también las citas de la tarde.

La policía ha contado con su colaboración en un par de ocasiones. Una asistencia a tiempo completo años atrás en Madrid, acercó un nexo que en otras

circunstancias no hubiera existido.

Mientras conduce, un escalofrío hace que se estremezca, seguido de una

repentina tristeza. Presiente lo que se va a encontrar. Sabe que la perversidad del

ser humano no tiene límites. Es esta una certeza a la que asiste como testigo en

algunas de sus sesiones y como espectadora siempre que recibe una llamada de

la comisaría, en concreto, del inspector Asbel Oquillas.

Aparca el coche negro en la zona destinada a visitas y coge el paraguas del maletero.

Hay bastante trajín en el hall. Se abre paso hasta el mostrador que franquea la entrada, ante las reprobatorias miradas de los que esperan ser atendidos antes que ella.

—Buenos días, vengo a ver a inspector Oquillas —anuncia dirigiéndose a uno de los agentes.

—Buenos días ,señora, ¿me permite su documentación?

Sabe que es el procedimiento habitual. Para acceder a los despachos tiene que entrar bien por la puerta de «denuncias» o bien por la de «documentos».

Saca el carné de identidad de su bolso y se lo tiende al agente. Este anota sus datos en el libro de visitas y descuelga el teléfono.

—Inspector, buenos días, tiene una visita...Sí, es la señora Solís. De acuerdo.

— Deja el auricular en su sitio y se dirige a ella—: El inspector baja ahora mismo.

—Gracias, estaré fuera fumando.

—Muy bien ,señora.

De nuevo, se abre paso y sale. La lluvia ha arreciado y Montaña se enciende el pitillo cobijada por el marco de la puerta, intentando que el humo no entre en

el interior. Tiene tiempo de darle un par de caladas antes de que llegue Asbel.

—Buenos días, Montaña, ¿qué tal está? —pregunta acercándose a saludarla con dos cordiales besos en las mejillas. Es más alto que ella, de espaldas anchas.

Lleva el pelo muy corto, como siempre. De rasgos marcados. La recibe con la fina sonrisa infantil que siempre le acompaña. Montaña evita mirarle a los ojos,

por miedo a perderse. Prefiere dirigir su mirada hacia la boca. Cree que él no lo

advierte.

Hay una pausa entre los dos.

—Bien, gracias, ¿y usted?¿Cómo va todo?— quiere saber y le ofrece un cigarro que le inspector rehúsa con un amable gesto de la mano.

—Lo estoy dejando, esta vez va en serio —sonríe un poco más y al hacerlo, una arruga que antes no estaba, surca su frente.

—Eso dijo la última vez que nos vimos, ah y también recuerdo que lo dejó en Madrid —apunta la psicóloga.

—Tengo épocas, lo peor es que cuando vuelvo, lo hago con más ansiedad —

y dirigiendo la mirada hacia fuera, pregunta—: ¿se adapta a la ciudad?

Montaña da la última calada y lo apaga en el cenicero de piedra relleno de arena.

—Creo que me estoy acostumbrando, ¿usted?

Algunas personas que están en el hall se disponen a salir, lo que obliga al inspector a acercarse ella. En un acto reflejo, ella da un paso atrás.

—Es increíble lo pequeña que es esta ciudad y el trabajo que da —responde como si no hubiera reparado en el respingo de Montaña.

—¿Vamos? —le pregunta cortando la conversación al inspector. Le incomoda hablar con el inspector de temas no ajenos al trabajo.

—Vamos.

Dejan atrás el barullo del vestíbulo y suben por las escaleras que conducen a los despachos.

La comisaría está distribuida en un solo edificio rectangular que da a un patio común, en el que solo el comisario y algunos inspectores tienen derecho a aparcar sus vehículos personales. El resto del personal lo aparca en un parking subterráneo. Todas las dependencias están conectadas y hay varios accesos a lo

largo de los muros, pero permanecen ocultos a la vista de los ciudadanos.

Caminan en un silencio con el que Montaña se siente molesta.

—¿Qué ha pasado ,inspector?

Ella sabe que, como en otras ocasiones, se dirigen a una sala de reuniones en

la que estarán algunos compañeros del inspector, probablemente estará su jefa, Elena.

Quiere saber de qué va todo antes de reunirse con ellos.

—Tenemos un homicidio —aclara el hombre.

Menuda novedad, piensa Montaña.

—¿Tiene algo de particular?

—Sí, por eso la hemos llamado.

Caminan de nuevo en silencio.

Este hombre la exaspera, siempre se guarda información para él, incluso cuando colaboraban juntos en Madrid. Es como si ella, por el mero hecho de ser

una civil tuviera la obligación de compartir con él todo lo que sabe o puede intuir de las personas a las que investiga. Sin embargo, él, por ser el inspector al cargo, un policía, se cree con el derecho de poder compartir solo lo que le apetece. Pero en esta ocasión no va a ser así, se lo prometió a sí misma la última

vez, su equilibrio mental está en juego.

Montaña deja que Asbel camine delante. Pese a sus intenciones, no puede

evitar reparar en los hombros anchos y el cuerpo atlético del inspector. Este, ajeno a los pensamientos de la psicóloga, percibe que no camina a su altura. Se

detiene y, extrañado, gira súbitamente la cabeza.

—¿Todo bien? —pregunta sorprendido. Montaña se ha quedado atrás,

rezagada a unos metros y le contempla con semblante sereno.

—No, inspector. No todo está bien. Antes de entrar en esa sala en la que me van a exprimir para después criticar mis hipótesis, necesito aclarar ciertos puntos con usted.

Asbel Oquillas, inspector marcial nacido en Vitoria y con más de veinte años de trayectoria a sus espaldas, vacila y la escruta con mirada confusa. Es la primera vez que alguien, sin contar los miembros de su familia, le habla con la seguridad de que no va a transigir con sus instrucciones.

—No entiendo, Montaña, ¿tiene algún problema?—pregunta, y siente que puede perderse en los ojos de la psicóloga, profundos y pensativos. De esos que

perciben y no revelan nada, ni siquiera a él, hombre de mundo, experto en clasificar a las personas y en leer pensamientos.

La pregunta se estrella contra un muro de silencio. La mujer permanece en su sitio, obligando al policía a acercarse a fin de acortar la distancia.

—El problema es muy simple, si *tú* mueves ficha — es la primera vez que se atreve a tutearle—, yo muevo ficha. No voy a consentir que acudas a mí cada vez que me necesites y que me cuentes verdades a medias, que luego yo tengo

que completar leyéndome el periódico, en el mejor de los casos. En el peor, me

dejas a medias. ¿Me entiendes?

—Creo que sí —contesta el policía, aturdido por la inesperada reacción de la psicóloga—, pero debes comprender que existe el secreto de sumario —

arguye a

modo de excusa.

—Y *tú debes* comprender —discrepa y enfatiza de nuevo el «tú»— que cada vez que salgo de este sitio tengo la sensación de ser observada por ojos que no sé

si pertenecen a delincuentes, por agrupar en una sola palabra a tus asesinos, violadores y psicópatas. —Montaña vacila unos instantes, consciente de que se

está dejando llevar por la crispación—. Como decía, tengo que sobreponerme a

la inseguridad de ser una civil que ayuda a poner en la cárcel a delincuentes pero

que desconoce el alcance de su colaboración...y sus consecuencias.

El hombre la escucha respetuoso. Está de acuerdo con su argumento, se lo compra, pero ¿a dónde quiere llegar con semejante arrebató?

—Vamos a ver ,Asbel, si descuelgas ese teléfono para llamarme, hazte a la idea de que estaré en el caso al cien por cien. Sabes que cuentas conmigo —

replica con un dedo acusador—, pero también quiero saberlo todo, no sólo lo que tú consideres oportuno.

—A ver —insiste el hombre, cruzándose de brazos—, si no comparto toda la información contigo ¿no crees que es precisamente por salvaguardar tu seguridad?

Ella abre los ojos todo lo que puede y, sin querer, pues siempre trata de cuidar su lenguaje corporal, pone los brazos en jarras.

—¿Perdona? —pregunta irónica—. Mi seguridad está claro que es cosa mía.

Ambos se observan. Retándose. Sopesándose mutuamente y delimitando sus aspiraciones. El inspector sabe que no tiene opción. La ayuda de Montaña se ha

convertido en los últimos años en algo vital para casos como el que ahora tienen

entre manos. Baja los hombros y exhala con abatimiento. No obstante, antes de

responder, hace una pausa deliberada, como para darle más interés a lo que está a

punto de decir.

Montaña continúa mirándole fijamente, sabe que si desvía la mirada por un segundo, perderá el camino ganado. El inspector descruza los brazos.

—De acuerdo, tú ganas, serás como un miembro más —mira su reloj de pulsera—, ahora vamos, nos están esperando.

El inspector echa a andar, pero al avanzar unos metros vuelve a percatarse de que otra vez está caminando solo. Se gira de nuevo, esta vez con los brazos en

cruz.

—¿Y qué coño pasa ahora? —pregunta molesto.

Montaña sigue sin inmutarse, en su sitio.

Asbel vuelve sobre sus pasos.

—Te escucho —le dice de mala gana

—No respondiste a mi pregunta —aclara ella con voz suave—: ¿Qué tiene de particular este homicidio?

El hombre la mira dubitativo.

La psicóloga sigue impasible.

—Han asesinado a un paciente tuyo en la Torre de Caleros.

Montaña aparenta encajar lo que acaba de oír con total naturalidad, pese a que su estómago ha experimentado un calambre.

—Bien, gracias —es su respuesta antes de echar a andar—. ¿No vienes?— pregunta volviéndose hacia el policía.

Antes de entrar en la sala donde está el resto del equipo, la psicóloga se gira hacia el inspector.

—Otra cosa, Asbel, si tengo la más mínima duda de que tú o tu equipo me ocultáis información, no contarás conmigo a no ser que sea por mandamiento judicial.

El inspector piensa que aquella mañana la psicóloga se ha levantado con los huevos bien puestos, pero se cuida de expresar su reflexión en voz alta.

—No será necesario —responde. Alarga el brazo para alcanzar el pomo de la puerta y franquearle el paso y cuando ésta llega a su altura, le susurra—: Ah, se

me olvidaba, mientras que sigas renovando tu licencia de armas, tu seguridad no

es solo cosa tuya.

—Pues deniégamela la próxima vez.— Están a menos de cinco centímetros y ninguno de los dos retrocede. Montaña intenta disimular el desconcierto que le provocan las palabras de Asbel, ¿cómo sabe lo de su licencia? ¿La ha investigado?

El caso es que tiene una licencia pero no tiene arma. Se trata de una *beretta* de nueve milímetros con acabado de marfil que pertenecía a su padre, la pistola sigue en el piso de su familia, en la Calle Gil Cordero, ella solo la vio una vez, de pequeña...

—¿Estás loco?—escuchó que su madre le decía a su padre. Estaban en el dormitorio de matrimonio, con la puerta semiabierta. Montaña iba a enseñarles

unos dibujos que había hecho durante la tarde. Como siempre le regañaban por

no llamar a la puerta, esta vez fue a hacerlo, pero como estaban hablando, decidió esperar a que terminasen. No pudo evitar echar un vistazo.

—Es por nuestra seguridad, Rosa.

—Pero, Rodrigo, si alguna vez la disparas será para matar a alguien... entonces sí estaremos perdidos.

—La he comprado solo para tener algo con qué defendernos, es con un fin disuasorio, confía en mí por favor.

Atenta tras la puerta, observó cómo el padre depositaba el objeto en una caja que colocaba en el altillo del armario. Días más tarde, muerta de curiosidad, aprovechó que sus padres habían salido para averiguar qué había en la caja.

Los ojos de niña contemplaron por primera vez una pequeña pistola. Una de verdad. No supo que se trataba de una *beretta* hasta la muerte de su padre. Fue ella quien se tuvo que encargar de realizar todos los trámites necesarios para mantener en sus manos el recuerdo de su padre. Desde entonces, renueva la licencia casi por inercia.

—Sabes que no haré tal cosa—dice Asbel dirigiéndole una sonrisa triste y encantadora.

—Sí, lo sé, no lo harás. Ahora, si no te importa —dice apuntando la sala con la frente— podemos volver a *ustearnos*.

Capítulo 8

Álvaro Dávila no había sido un joven ejemplar, aunque cumplidos los dieciocho, su carrera remontó. Expulsado de varios colegios privados, a golpe de talonario.

Entró en el privilegiado colegio de jesuitas de la discreta localidad de Fuente de Cantos, al sur de Badajoz. Colegio famoso por lo estricto de sus normas y la

intransigencia de los sacerdotes. Eran muchas y muy diversas las ovejas descarriadas que volvían al redil tras pasar algunos años con los jesuitas. Ese fue

el caso de el joven Dávila.

Tras terminar C.O.U, volvió a su ciudad natal para Licenciarse en Historia del Arte.

Las habladurías dicen que el talonario de los Dávila volvió a menguar a cambio de que el joven permaneciera trabajando como profesor titular en la facultad, hecho insólito hasta la fecha, pues la carrera no gozaba de muchas salidas y la mayoría de los licenciados tenían que buscar trabajo fuera de Extremadura.

A día de hoy, apenas queda un resquicio de lo que la familia Dávila fue siglos atrás. Nobles venidos a menos por la dilapidación de suculentas herencias que no

supieron administrar. Aunque de nobles no tienen nada, salvo el recuerdo de lo

que fueron y que aún se empeñan en aparentar. Varios hermanos de Álvaro ocupan puestos relevantes, tanto en la Diputación de Cáceres como en la Junta de Extremadura, en Mérida.

La Torre de Caleros, en la parte este de la ciudad amurallada lleva tiempo hospedando a un nutrido grupo de ocupas. Días atrás, el Ayuntamiento decidió tapiar la puerta de entrada y tres ventanas que daban al adarve de Cristo, impidiendo así el paso a los ocupas.

Los albañiles responsables percibieron nada más subir a la primera planta el

hedor a podrido. Creyeron que eran las defecaciones de los ocupas y

toxicómanos que se habían instalado en las distintas plantas. Cual fue su sorpresa al llegar a la amplia cocina de la planta superior y encontrarse con el cuerpo del profesor.

Su desaparición fue denunciada dos días antes, el domingo por la tarde. Al

parecer era habitual que el profesor, cuando no tenía que dar clases, cogiera el coche y se perdiera por la bella comarca de la Vera o por el Valle del Ambroz. Le

gustaba hospedarse en Hervás, un pequeño pueblo al norte de Cáceres, famoso

por contar con un hermoso barrio judío sobre el que estaba escribiendo un libro.

Por eso la familia no temió lo peor, y al darse de bruces con la realidad, la situación les estaba sobrepasando.

Por el momento, los hermanos han pedido al comisario que se guarde silencio respecto a la brutalidad del crimen. Desconocían que una persona como

Álvaro pudiera despertar tanta ira como la que reflejan las trece puñaladas que le

han asestado.

Además de contar con ocupas, en los últimos años, la Torre de Caleros se ha convertido en un sitio asiduo para compra venta de drogas y prostitución masculina. Es de esperar que intenten impedir que el apellido Dávila se vea mezclado con este tipo de ambientes.

—Tengo órdenes de llevar el caso en el más riguroso secreto. Solo ustedes conocen la identidad del cadáver.—Aclara el inspector Asbel Oquillas

recostando su ancha espalda en la silla mientras mira en el proyector, junto al resto de asistentes, las fotografías ya pasadas a diapositivas.

A su lado está el subinspector Ettore Neglia, también de homicidios. Frente a ellos, Montaña, con la misma expresión serena que adopta cuando está con

un paciente. Desde pequeña ha aprendido a abstraerse de las situaciones que pueden

afectarla emocionalmente ante personas a las que no quiere mostrar sus

sentimientos. Más tarde, en la carrera, descubriría que esa habilidad era una herramienta muy útil que la ayudaría a no implicarse emocionalmente en las vidas de sus pacientes.

Al lado de Montaña, está Elena Román, inspectora jefe, quien la saluda con un afable abrazo.

—Siento mucho volver a verla en estas circunstancias —le dice al tiempo que le ofrece asiento.

—Yo también, Elena, yo también.

—Encontramos su tarjeta profesional en la agenda de la víctima —le explica.

—¿De quién se trata? —pregunta la psicóloga sin poder disimular su ansiedad.

Los tres policías se miran, y es Asbel quien toma la palabra.

—Se trata de Álvaro Dávila, profesor en la facultad de Historia.

Montaña mira en en la tablet la foto que Ettore le aproxima sobre la mesa, sin darse cuenta de que se lleva la mano a la boca y aprieta los dedos contra los labios. Se estremece dentro de la ropa.

Alvaro Dávila.

Claro que le conoce, y por doble partida: fue paciente suyo hace más de dos años, cuando ella aún pasaba consulta en su casa del R66 y hace unos días, el

viernes cree recordar, Andrea le comentó lo sucedido con él en clase.

Repara también en el sello de oro que lleva el subinspector en el dedo meñique.

—¿Llegó a ser paciente de usted?—pregunta la inspectora jefe tras sonarse los mocos y guardarse el cleenex bajo la manga con disimulo.

Ella asiente sin salir de su asombro y explica:

—Hace como dos años estuvimos casi tres meses, creo... tendría que mirarlo

—admite recobrando la compostura a medida que se escucha hablar.

—¿Tenía algún problema?¿Algún enemigo que usted supiera?

Montaña se permite una pausa para hacer memoria

—No, que yo recuerde. —La verdad es que no está segura si está mintiendo o no —.¿Qué hay de la forma en que murió?¿Tiene algún sentido tal brutalidad?.

—Con la pregunta, trata de ganar algo de tiempo.

El inspector respira hondo antes de contestar.

—No, en principio, en esos ambientes los ajustes de cuenta están a la orden del día —declara.

—¿Por qué creéis que ha sido un ajuste de cuentas? —inquire Montaña dirigiéndose a los hombres que tiene enfrente.Desde donde está, respira la menta

del caramelo que la inspectora jefe chupa en silencio.

—No descartamos nada, es la hipótesis más factible. No hemos encontrado la cartera y tampoco el reloj. Creemos que se lo han robado.

—¿Hay algún arma?

—No, por el diámetro es como si fuera una especie de punzón, del tamaño de veinticinco o treinta centímetros... —El inspector se detiene, como si pensara o

no en la conveniencia de decir lo que va a decir—: Algunas puñaladas tenían orificio de salida en la espalda.

—¿Todas fueron de frente? —pregunta Montaña como sin dar importancia a la aclaración del inspector.

—Sí, todas —responde Asbel—. El forense dice que todas fueron con la misma arma. Una con una con sección estrecha y en forma romboidal, como terminada en una punta aguda y rígida, debe penetrar a gran profundidad. No hay restos de fibras en sus uñas, creemos que no se defendió.

—Los análisis de laboratorio señalan una gran cantidad de droga en sangre. Es posible que estuviera inconsciente cuando lo mataron —apunta Ettore.

—¿Qué tipo de droga? —pregunta Montaña acercándose las fotografías dispuestas sobre la mesa de reuniones. Está segura de que Álvaro no consumía

drogas, al menos el tiempo que estuvo con ella.

—Heroína —Asbel la mira y adivina sus pensamientos—. ¿Tenía usted constancia de que el señor Dávila tomaba, digamos, de vez en cuando, este

tipo

de droga?—La observa buscando su reacción, pero ella no revela nada.

—No.

—¿Está segura?

—Lo estoy —responde Montaña molesta por la desconfianza.

—La familia sostiene lo mismo, creemos que el asesino pretende hacernos creer que fue a comprar drogas y le robaron, se resistió y se ensañaron con él.

—Es una hipótesis, entiendo —señala Montaña mientras continúa deslizando las imágenes por la pantalla a medida que los policías la ponen al corriente.

Repara en una. En ella aparece el profesor en la boda de un amigo, también de

la alta sociedad Cacerense. Un grupo de jóvenes vestidos con frac, entre los que

está el profesor, han sido fotografiados para el periódico «Hoy» en el Castillo de

las Alguijuelas.

—La torre está llena de restos de los ocupas y toxicómanos que van por allí, están interrogando a los que hemos podido identificar. Nadie le conocía — continúa Ettore.

—Entonces no iba a comprar droga allí —concluye Elena, antes de sufrir un ataque de tos—, disculpadme ...tengo un catarro...

—O puede que sí y que no fuera él quien la comprase.

Esas son palabras de Asbel.

Montaña permanece callada, observando de cerca la fotografía de la boda.

Siente una punzada en el estómago. Junto al profesor reconoce a dos antiguos pacientes y, sin ser consciente, el labio superior le ha empezado a temblar levemente.

Capítulo 9

Julio Céspedes está ultimando los preparativos que va a necesitar durante su estancia en Cáceres. Serán solo dos días, nada más. No le ha costado mucho convencer al obispo. Es habitual hacer varios viajes a Cáceres antes de Semana

Santa para supervisar todas las celebraciones. Si hay algo que Julio odie, son los

imprevistos. Añade un par de trajes en su *trolley* y se ajusta bien el alzacuellos.

Cuando se dispone a cerrar la maleta, suena el teléfono de su dependencia.

—¿Sí?

—Reverendo, el coche le espera. —Es su asistente, al otro lado de la línea.

—Tardaré diez minutos más. —Cuelga de inmediato, sin darle tiempo a objetar nada al interlocutor.

Cierra la maleta y echa a andar con ella. Se asegura de dejar cerrada también

la puerta de la habitación y de su caja fuerte, la que tiene en el armario, no estaría bien que alguien, por ejemplo, la limpiadora husmee en su ausencia.

Cuando llega a las escaleras de bajada, se detiene y coge la maleta a pulso por el

asa superior. No pesa mucho, está acostumbrado a viajar y su equipaje es liviano.

Baja hasta el primer piso y llama a la habitación del obispo. Le gusta decirle unas palabras antes de viajar, algo que Julio detesta, *ni que fuera su madre*.

—Adelante—. La voz entrañable y profunda le invita a entrar. Avanza hacia el obispo y hace una reverencia hasta la cintura, le toma la mano y besa el anillo.

—¡Julio! ¿Ya te marchas? — exclama al tiempo que le ofrece asiento a su lado. Cortesía que Julio rehúsa.

—Sí, Su Excelencia, voy a ver cómo van las cosas por la Diócesis de Cáceres. Tengo pensado visitar las principales parroquias y, aprovechando el viaje, he previsto algunas entrevistas con las organizaciones de La Casa de la Iglesia.

El obispo, de rostro jovial y encarnado, le mira atento, expectante por unos segundos. Como si esperase que Julio le sorprendiese con algo... ¿cómo decirlo?

un acto, una palabra o una mirada que confirmase que en el fondo, tiene buen corazón. Está contento con su servicio, formal y solícito. Y Julio sabe que le gusta. Quizá le falte un poco de empatía en el trato con la gente, pero no es algo

crítico.

Se conocen desde el seminario, donde el obispo, por aquel entonces

sacerdote raso, era el profesor de Teología. Los padres se deshicieron del pequeño Julio cuando este contaba con apenas once años y pocas fueron las

ocasiones en las que regresaron para visitarle. Algo le decía que ese abandono

fue un alivio para el niño. La mayoría de las familias actuaban de modo similar.

Ingresaban a sus hijos en el seminario con la idea de que se lo entregaban a Dios,

así que todo el tiempo del que disponían los chavales era para dedicarlo a Dios.

Desde el principio Julio captó su interés, era un chico retraído pero , al mismo tiempo, dispuesto a luchar contra esa introversión que, intuía, le venía impuesta desde la cuna. A pesar de sus notables logros: terminó los estudios con

sobresaliente y recibió la felicitación del Arzobispo; la expresión desconfiada de

sus ojos no le abandonó nunca. Incluso estando a su servicio, como lo estaba ahora, había un punto de resentimiento que parecía crecer con el paso de los años.

Había recibido algunas quejas de seglares en las parroquias donde Julio había estado destinado. No podía permitir ese tipo de incidentes en su Diócesis. Las parroquias que estaban bajo su mando estaban siendo llevadas por sacerdotes de

su máxima confianza, personas empáticas y sociables, devotas de Dios y más aún, de los seglares. Fue este el motivo de llevarlo a su servicio.

La Iglesia Católica no atravesaba su mejor momento en la historia, pero él no contribuiría a su declive. Julio no podía estar en contacto directo con los feligreses. No es que fuera un caso aislado, había algunos más, pero para todo había arreglo. Unos párrocos se destinaban a gobernar retiros espirituales, otros

volvían al seminario, en calidad de profesores, siempre se les encontraba un hueco, gracias a Dios. Pero Julio...

Julio.

Su Excelencia procura no pensar la palabra; le tiene cariño, por supuesto, desde que lo conoció en el seminario, pero también le profesa una profunda compasión. Desde el primer día supo que no sería feliz, ni al servicio de Dios ni

en ningún otro sitio. Su cerebro había sido sembrado de inseguridad y poca autoestima. Con once años, los que tenía al entrar en el seminario, la semilla estaba tan bien plantada que ni él ni el resto de sacerdotes lograron que el chico

llegase a estar orgulloso de sí mismo.

En cuanto a la relación con el resto de vicarios de la Diócesis, es normal. Sí es cierto que, a diferencia de los demás, Julio mantiene una discreta distancia.

Más bien, quiere pensar Su Excelencia, por su afición a la meditación, como le

explica el propio Julio cada vez que sale el tema.

—Muy bien, Julio, tienes mi confianza para hacer cuanto estimes oportuno.

—Gracias, Excelencia. —Julio se despide aliviado, con una reverencia igual a la que ha hecho a su llegada y besa de nuevo el anillo.

Se fía de él, claro que sí, si tuviera la más mínima duda, no estaría a su servicio. Pero más se fía del chófer que le acompañaba, Agustín, al que siempre

le encomienda que sea sus ojos allá donde él no pueda estar. *Especialmente* al

lado de Julio.

El obispo observa la partida desde la ventana y, tras otorgarle la consabida bendición, le dedica el siguiente rosario. Alma compasiva. Es una costumbre adquirida en el seminario, siempre que alguien parte para un viaje, se le dedica

un rosario.

El vicario percibe la mirada del obispo desde la ventana, sabe de su manía por dar bendiciones y procura no levantar la cabeza. Se queda mirando el césped

que crece en el pequeño jardín frente a la entrada, a su vuelta ordenará que lo sieguen de inmediato.

—Buenos días ,reverendo —saluda cortés Agustín, el chófer.

—Buenos días. —Julio se sube en la parte trasera del coche y abre uno de los libros por la marca de lectura dejada la noche anterior.

Son tres los conductores que trabajan para la Diócesis y todos rezan para que no les toque hacer el servicio al reverendo Céspedes. Por suerte para los otros dos, casi siempre le toca a Agustín. Así se lo hace saber siempre el obispo. Pero

él nunca se queja, está a su servicio y al de Dios.

En esta ocasión, ya se ha metalizado del trabajo que le espera durante los próximos días: acatar órdenes y aguantar alguna que otra humillación.

Si el obispo le pide que vigile de cerca al vicario, eso es lo que tiene que hacer.

Capítulo 10

Julio Céspedes, el vicario episcopal,V.E., no le está agradecido al obispo por

brindarle la oportunidad de estar a su servicio. Es algo que siempre supo que llegaría. Él se lo merecía, estudió mucho en los años de seminarista y trabajó muy duro en las parroquias a las que fue destinado. Se merecía estar al lado del

obispo. Sabe que si quiere, algún día podrá ocupar ese cargo...pero en realidad,

no le interesa.

La tarde en Cáceres está despejada y fría. Parece mentira que la primavera ya haya empezado. Lo primero que hará, como siempre, será hospedarse en el Palacio Episcopal, que para eso es la residencia oficial del obispo, dentro de la

muralla del casco viejo. Tiene una reunión a las doce de la noche y el Palacio cierra al público a las ocho.

Agustín, el Siervo Fiel, conduce con destreza por las calles angostas hasta llegar a Santa María; allí, frente a la Concatedral, está el Palacio ocupando toda

una manzana. Su construcción data del siglo XIII y fue la residencia oficial del

conocido obispo Galarza. A día de hoy, el Palacio Episcopal es el único que, de

entre los edificios del recinto amurallado, puede denominarse *palacio*, según dejó establecido Alfonso IX en los fueros. Una parte de sus estancias

permanecen abiertas a la ciudadanía, por ser centro de servicios religiosos: la planta baja. El resto, la primera planta y los sótanos, pertenecen a la Diócesis de

Coria -Cáceres.

La llegada del vicario ha sido comunicada al ama de llaves, así que todo está pulcramente limpio y ordenado cuando Julio accede a la primera planta. Antes de eso, advierte a Agustín de que no le necesitará hasta las nueve del día siguiente, pues su intención es descansar.

El chófer, atento a las órdenes recibidas, rodea la Plaza de Santa María y vuelve por donde ha entrado. Él se hospeda en la misma Plaza Mayor, en el hotel

Don Fernando, la habitación de siempre, justo enfrente del Arco de la Estrella.

Sitio desde donde puede controlar, en la medida de sus posibilidades y sin que el

reverendo sospeche, las idas y venidas del vicario.

Julio y su ego, su ego y Julio.

El ego de Julio crece siempre que accede al casco antiguo y se baja del coche oficial para entrar con su maleta en la lujosa residencia. Si su difunto padre levantara la cabeza... Si eso ocurriera le diría «¡jódete!».

Pasa por delante de los empleados que tienen los despachos en la planta baja

y sube con porte distante y altanero hasta la primera. Su habitación, como el resto, está decorada de forma sobria. La cama, un escritorio y un armario. Y

dentro del armario, una caja fuerte. Tanto el escritorio como el armario poseen cerraduras de seguridad. Solo él y el ama de llaves tienen acceso a su habitación.

Deja la maleta sobre una banqueta y extrae un teléfono móvil, de prepago, ya que su teléfono oficial está a cargo de la Diócesis. Envía un mensaje:

«A las doce».

A los pocos segundos, recibe otro mensaje:

«A las doce, Maestro».

Deja el teléfono en el escritorio y abre uno de los cajones cerrados con llave.

Saca un tablero de ajedrez con unas fichas muy *particulares*.

Capítulo 11

Son casi las doce de la noche y Montaña Solís no puede resistirse a su dosis diaria. Necesita sentir por la garganta el áspero regusto del vino tinto. Nada más

llegar a casa va directa a la despensa y saca un Malleolus de 2013. Lo descorcha

y se sirve una copa. Dios, ninguna otra bebida le proporciona más placer que una

primera copa de vino tinto. No importa la comida, el tinto por sí solo colma cualquier apetencia.

Se sienta en la mesa de la cocina, sin hambre pese a llevar sin comer desde las dos de la tarde. Va hasta la nevera y echa un vistazo, algo de fiambre no le hará daño a esas horas.

Mientras come, coge el bolso que ha dejado sobre la encimera y extrae un pequeño cuaderno y una grabadora, la enciende. Abre el cuaderno y empieza a

anotar los datos que salen de la grabadora. Suele hacerlo siempre: graba las sesiones con los pacientes y luego toma las notas en su cuaderno.

Tras una hora de escritura ininterrumpida, se sirve un poco más de vino, cierra el cuaderno y contempla las solapas tamborileando con los dedos sobre ellas. Algo le viene a la cabeza. Deja el cuaderno sobre la mesa de la cocina y

va

hasta la habitación que antes utilizaba como consulta y que ahora ejerce de biblioteca y despacho.

Recuerda con fastidio que se ha dejado las cortinas en el maletero del coche, otra vez. No son horas de bajar al garaje. Va hasta uno de los archivadores y coge una carpeta.

Rescata la copa de vino de la mesa de la cocina y se la lleva al dormitorio, junto con la carpeta. Debería darse una ducha, pero está demasiado cansada.

Consulta su agenda, tiene la primera cita a las diez de la mañana. Puede quedarse al menos un par de horas revisando el historial de Álvaro Dávila.

Programa para dentro de dos horas la alarma del móvil; cuando se concentra suele perder la noción del tiempo con facilidad. Deja la copa en la mesita de noche y antes de meterse en la cama va hacia la puerta de entrada para comprobar que está cerrada, hace lo mismo con las ventanas. Comprueba que la

puerta de la terraza también está cerrada y conecta la alarma antes de meterse en

la cama. Abre la carpeta de su difunto paciente y se recuesta en el abullonado cabecero.

Álvaro Dávila no había sido un paciente al uso. Cuando llegó a su consulta no tenía ningún problema personal, ninguna manía y tampoco ningún trastorno.

Lo único que necesitaba era ser escuchado por alguien cuyo deber de secreto le

impidiera contar lo que él tenía que decirle.

—¿No están para eso los sacerdotes?—, preguntó irónica Montaña.

—No confío en ellos y usted tampoco debería, hágame caso—, le había dicho el profesor desde el diván en el que estaba sentado.

Era el primer año de Montaña en Cáceres y aún tenía la consulta en su propia casa. Le extrañaba que alguien de Cáceres de toda la vida acudiera a ella, alguien

relativamente nuevo en la ciudad.

—No está viciada aún y no tiene intereses que defender.

—¿A qué se refiere?

—Si se queda mucho tiempo por aquí, ya lo sabrá.

—¿Por qué no me lo cuenta ahora? Sabe que mi código deontológico me impide decir algo, así que puede hacerse a la idea de que me está aconsejando.

— El hombre se le quedó mirando, como dudando si decir o no aquello por lo que Montaña le preguntaba.

—¿Consejo? Tómese como una advertencia —corrigió pausadamente y a continuación añadió—: formo parte de una gran familia, una familia que trasciende la sangre,— Montaña le observaba, sin pestañear, sin darle importancia a sus palabras, más de la necesaria—. Esa gran familia, compuesta

por doce familias que sí son de sangre, dominan la vida social, económica y política de esta ciudad y de toda la provincia.

—Bueno, en todas las ciudades hay lobbies.

—No lo entiende, en esta familia nadie entra y nadie sale.

—Ya...y usted quiere salir —coligió Montaña.

—No, no quiero salir, todos nos debemos favores, ese es el principio fundamental, los favores que se convierten en obligaciones, pues ninguno sabemos lo que podemos necesitar.

—¿Por qué es eso un problema para usted?Entiendo que siempre ha sido así, ¿me equivoco?

—No se equivoca, siempre ha sido así. Plantea un problema cuando tus valores morales chocan con sus principios.

En esa primera consulta, Montaña pensó que Álvaro tenía un arraigado sentimiento de frustración desde que terminó la carrera y se quedó impartiendo

clases en la misma facultad. Ese, según pudo entender, fue el primer favor que le

hicieron. Más tarde él devolvería ese favor con otros, consistentes, por ejemplo,

en subir la nota a determinados alumnos.

Los favores se podían hacer de familia a familia o dentro de la misma familia de sangre.

Otros favores que le habían hecho era, por ejemplo ser invitado de honor a congresos de arte, o ser nombrado responsable de la restauración de importantes

palacios en el casco histórico de Cáceres. Todo ello ayudaba sobremanera a

la venta de sus libros, hasta el punto de que el profesor se había convertido en un

referente nacional en cuanto a arte antiguo y medieval. Incluso varias películas y

series de éxito habían contado con su asesoramiento.

—*¿Todo se lo atribuye a su familia? ,—le preguntó Montaña antes de concluir la primera sesión.*

—*No lo entiende...no sé si me he explicado bien: es una red.*

Al cortar al grabación se vuelve a preguntar si ha mentido o no al inspector.

¿Y si todos están dentro de la red como decía el profesor? Es todo tan inverosímil.

Antes de quedarse dormida, recibe un mensaje en el móvil.

«¿Puede hablar?», es del inspector. Sin responder y pensando que hay algún avance sobre el caso, pulsa su nombre. El inspector descuelga al segundo tono.

—Espero no haberla despertado—suena ruido de fondo, va conduciendo—, no quise decirle nada esta mañana, pero no dejo de darle vueltas.

—¿A qué inspector? ¿Qué ocurre?

—Verá, cuando usted miró una de las fotos...—vacila unos segundos—, no pude evitar fijarme en el ligero temblor de su labio superior.

Montaña se queda en silencio.

—¿Sigue ahí, Montaña?—pregunta preocupado el hombre.

—Sí, Asbel, sigo aquí.

—He querido llamarla solo cuando estuviera fuera de la comisaría, lo que hablemos quedará entre nosotros, salvo que tenga algo que ver con el caso.

Montaña asiente sin pronunciar palabra y se arropa con el edredón hasta la barbilla.

—¿Montaña?

—Asbel —dice con voz grave—, los acompañantes de Álvaro eran dos antiguos pacientes.

El inspector, intentando no alarmarse, pregunta comprensivo:

—¿Cree que pueden estar implicados?

—No lo sé, el labio empezó a temblarme porque...

—Tranquila, solo quiero ayudarla.

—Porque tuve problemas con ellos en la consulta.

—¿En Cánovas?

—No, cuando pasaba consulta en casa...se pusieron violentos conmigo.

—Dios mía Montaña, ¿por qué no me dijo nada? ¿le hicieron daño?—el tono del inspector ahora sí es de alarma.

—No, pero estuvieron muy cerca, por eso me trasladé a la clínica de Cánovas.

Capítulo 12

A las doce menos cinco el vicario episcopal baja hasta el sótano por la escalera trasera, la no oficial, que comunica las tres plantas del palacio: baja,

primera y sótano.

El sótano está acondicionado como una planta más, con dependencias amuebladas y dispuestas para su uso. Una de estas dependencias fue amueblada

,siguiendo las órdenes del vicario, con una mesa ovalada, doce sillas y un sillón.

La puerta, como es habitual, está cerrada por fuera, Julio es el único que posee la

llave. Con la calma de la que se disfraza cuando está acompañado, introduce la

llave en la cerradura y abre sin tener que forzar.

— *Fer de fer*, señores.

— *Fer de fer*, Maestre —repiten los allí reunidos.

La sala tiene otra puerta más y está iluminada por varias lámparas alógenas,

Julio toma sitio en el sillón y escruta una a una las doce caras que le miran.

Ninguna de ellas muestra signos de incomodidad. Las doce caras están acostumbrados al escrutinio inicial del maestre.

—Quiero saber qué ha pasado con Álvaro —musita con voz suave y sibilina.

Los doce miembros, aun a sabiendas que semejante docilidad no es propia de su anfitrión, continúan fingiendo naturalidad en su presencia.

—Solo sabemos lo que la familia ha querido decirnos, Maestre —declara el vocal de la familia Ribera.

—Un asesinato —apunta resuelto el representante de los Sande.

—¿Y podéis decirme qué hacía Álvaro en la Torre de Caleros? Desconocía esa faceta suya... aunque he de reconocer que nuestro ex miembro tenía la habilidad de sorprenderme—añade el vicario como si, de repente hubiera llegado

a esa conclusión, pero el toque de cinismo es obvio para todos los asistentes.

—Nuestro hermano no se drogaba y no tenía vicios, como nos quieren hacer creer —afirma con vehemencia Arturo Dávila, hermano de sangre del difunto, y

recorriendo con la mirada toda la sala, añade—: y no tenía enemigos más allá de

los que estamos aquí.

Un murmullo reprobatorio recorre la sala. Julio alza las manos en señal de calma.

—Está claro, queridos, que la muerte de Álvaro nos evita un pleito

importante y nos facilita la consecución de nuestro objetivo, pero también nos obliga a avanzar más lento.

El representante de la familia Hernández Mancha alza el brazo. El vicario le invita a hablar mostrándole la palma de su mano, es un gesto excesivo, de una innecesaria cortesía. Pero al vicario le gusta mostrar modales con los que jamás

ha sido educado.

—Estamos muy cerca, reverendo, los Dávila nos han hecho llegar todos los

documentos en los que estaba trabajando Álvaro —informa. A continuación coge el mando a distancia que reposa sobre la mesa, junto con un puntero láser

—. Si me permite. —El reverendo asiente y el hombre acciona uno de los botones. En seguida un proyector baja del techo y la pared del fondo, que aparentaba ser una simple pared blanca, se oscurece, mostrando una pantalla enorme de proyecciones.

—Hemos llegado hasta este punto —indica señalando con el puntero una localización a la altura del actual Parking del obispo Galarza y la Plaza de la Concepción—. El acceso a este pasadizo es por la Torre del Horno, tal como figura en los planos de Álvaro. Hemos tenido que remover bastante pues algunos

tramos estaban completamente vencidos.

El reverendo tiene las manos cruzadas sobre el pecho y los codos apoyados sobre la mesa, con los dedos índices presiona sus labios. Está atento al proyector

con la cabeza levemente inclinada. «¿Cuando encontrarán estos lerdos lo que buscamos?», se pregunta.

—Lo cual, querido, implica un considerable retraso en el plan —masculla con voz suave e ingenua y con mirada tan inocente como un corderillo. Entre la

rabia y la condescendencia. Porque en el fondo, Julio los desprecia a todos, sin

excepción. Son una panda de avariciosos sin escrúpulos. Él también lo es, pero a

diferencia de ellos, él lo sabe y no le importa decirlo. Ellos, sin embargo, se tienen por personas prácticas que aprovechan las circunstancias heredadas gracias a su sangre noble.

Uy sí, noble.

Prolonga sus pensamientos unos instantes más, el silencio que provoca favorece la tensión y la tensión es una de sus bazas.

Antonio Ulloa, el Rey del Ladrillo, pide la palabra. El reverendo, pese a ver su petición, tarda unos segundos en concedérsela. Primero sus taimados ojos se

posan en el plano y luego recorren uno a uno a todos los asistentes. Disfruta tanto con eso...

—¿Qué nos tiene que decir, Sr. Ulloa?—pregunta repitiendo el gesto de alzar la mano con la palma hacia arriba.

—Verá, reverendo, me temo que el equipo que tenemos es insuficiente —el hombre habla con seguridad y cautela, sabiendo exactamente hasta dónde puede

llegar, —en nuestro afán por contratar gente de *nuestro grupo* nos hemos visto tan limitados que apenas contamos con una cuadrilla de cinco personas.

—¿Quieres decir que lleváis casi seis meses ahí abajo y que ahora resulta que el problema es la mano de obra?

—Así es, reverendo.

—Yo creo que no es así, Sr. Ulloa. Yo creo que el problema es la incompetencia.— El reverendo apoya todo el antebrazo en la mesa y acerca

el cuerpo hacia delante, acortando deliberadamente la distancia entre él y los allí reunidos—. ¡Sois todos unos incompetentes! ¡Hasta una pandilla de *boyscouts* hubiera dado ya en el blanco!

Todos le miran a los ojos con rigurosa sincronía.

Hay órdenes tajantes, así lo dictan los cánones heredados: *No se rehuye la mirada del Maestro nunca, bajo ningún concepto*. Así que todos aguantan el chaparrón imperturbables. Con los años han ido haciendo callo. Saben que el Maestro les necesita, igual que ellos a él. El Maestro tiene los contactos, ellos los recursos. Sin embargo, no entienden por qué Julio pone tanto interés en aquel objetivo.

El maestro se vuelve a recostar en la silla y respira de forma sonora, para que los demás sean conscientes de hasta dónde llega su ofuscación.

Inesperadamente, como si de un tic facial se tratase, la expresión de su cara se transforma, pasa de ser un ogro echando humo a un empático patriarca. Echa

de nuevo el cuerpo sobre la mesa y adoptando el tono de un experimentado *coach* personal les habla mirando a todos a los ojos.

El ambiente parece relajarse, pero es solo en apariencia. La mayoría de los allí reunidos conocen muy bien al hombre que tienen enfrente, o eso creen. Lo

cierto es que conocen muy bien una parte. Saben de sus tentáculos y de su influencia. No es trivial que doce de las familias nobiliarias más importantes de

toda la provincia estén allí reunidas. Se corresponden con doce patrimonios que

han aumentado de forma considerable en los últimos años.

Solo hay una norma: nadie entra y nadie sale. Su lema, *Fer de Fer*, significa

pertenencia de por vida. Las familias permanecen en el Concejo gracias a su descendencia. No entran apellidos nuevos, tampoco salen apellidos antiguos. La

tradición ha sido así desde hace doscientos años.

Antes de terminar la reunión, Julio le da su más sentido pésame a Arturo Dávila.

—Siento mucho lo de Álvaro, era un buen hombre —le dice con la mano sobre su hombro y con la cabeza rebajada—, le apreciaba a pesar de nuestras desavenencias.

—Gracias, Maestro, así se lo haré saber a mi familia.

Venga venga, a más tocas en la herencia, ¿a quién querrá engañar este con esa cara de alma en pena?

—Bien, ahora dejadme a solas con los documentos de Álvaro.

Apostado tras la ventana, Agustín, el fiel chófer, no quita ojo a las escaleras del Arco de la Estrella. En realidad piensa que es una tontería, pues hay cientos

de callejuelas intramuros por las que el vicario puede escapar pese a su férrea vigilancia.

No obstante, poco más puede hacer sin levantar sospechas.

Y sí, es una tontería, pero por otro motivo.

A pesar de su celo, el chófer nunca llegará a ver cómo doce miembros de la alta nobleza cacereña descienden las escaleras del Arco de la Estrella cada vez que el vicario episcopal visita Cáceres. No es capaz de verlos porque los sujetos

abandonan el Palacio Episcopal por la segunda puerta de la sala de reuniones.

Una puerta que conduce a un pasillo que desemboca en una galería húmeda que

conecta con uno de los cientos de pasadizos que recorren el subsuelo de la ciudad amurallada, este en concreto comunica el Palacio Episcopal con la Casa

de la Iglesia, conocida popularmente como La Casa de los Trucos.

Capítulo 13

Es jueves y Andrea no tiene clase por la mañana. Montaña ha conseguido cambiar la cita de la tarde y hacerle un hueco entre las citas de las mutuas. Tiene

ganas de verla.

En cuanto le avisan de su llegada, va al hall de entrada a recibirla. La chica, vestida con deportivas Converse y un Barbour azul marino, hojea nerviosa unas

revistas. Tiene el rostro enrojecido y brillante, nada más ver a la psicóloga se levanta de la butaca y va a su encuentro. Se abrazan con aprecio y Montaña siente su cara helada y sudorosa.

—¿Cómo estás? —le pregunta mientras caminan abrazadas hacia la consulta.

Andrea presenta unas preocupantes ojeras color violáceo que delatan el insomnio de la noche anterior. Entran en el consultorio y la chica toma asiento

en el diván, con la espalda erguida. La psicóloga se sienta en su butaca, quedando frente a frente, separadas por el escritorio.

—¿Te apetece un té o un café?

Montaña desconoce si Andrea está al tanto de lo ocurrido con Álvaro. El caso se lleva en riguroso secreto y, por lo que ha hablado con la policía, la identidad del cadáver aún no se ha dado a conocer.

—Gracias, no me apetece nada —responde frotando las manos contra sus muslos una y otra vez—. ¿Podemos *volverrr* a donde lo dejamos el otro día?

No es la hipnosis una terapia habitual en los procedimientos de la psicóloga.

Pero tras cinco meses de terapia en la que habían explorado sus sentimientos, sus

sueños y sus miedos, Andrea no presentaba ninguna mejoría notable. Aquello no

era lo habitual, la mayoría de los pacientes mejoraban casi siempre cuando recordaban influencias más o menos desagradables de su pasado. Reconocían y

corregían sus patrones de conducta inadaptada y eran capaces de ver sus problemas desde una perspectiva tan amplia y objetiva, que les restaban importancia.

Pero Andrea, lejos de mejorar, había empeorado, sentía pánico y ansiedad a partes iguales y no era capaz de controlarse.

En numerosas ocasiones había abandonado las clases o se había salido del aula en pleno examen, por miedo. Miedo a asfixiarse, miedo a suspender, miedo

a tropezar ante todo el mundo...Y lo peor es que no era capaz de recordar desde

cuándo se comportaba así.

Álvaro Dávila, a quien le molestaba especialmente que los alumnos abandonaran su clase cuando él estaba exponiendo, la amonestó en varias

ocasiones. La chica, indiferente, continuó abandonando su clase cuando presentía un ataque de pánico o de ansiedad. Pero cuando empezaron los

exámenes y su comportamiento permanecía invariable, el profesor se percató de

que algo no iba del todo bien. La chica quería acudir a sus clases, había estudiado, prueba de ello era la excelencia con la que había realizado los exámenes, pero solo hasta la mitad. Dejaba en blanco la otra mitad y salía del aula.

La llamó a su despacho y trató de razonar con ella. El nerviosismo salió y Andrea lloró desconsolada. Era la primera vez que alguien percibía su malestar

y, lo más importante: que alguien se preocupaba por ella.

Así fue como Álvaro le recomendó a Andrea que fuera a ver a Montaña.

En los meses de terapia, los recuerdos de infancia rebelaron algunos

episodios de crudeza infantil, pero ningún detonante que pudiera desarrollar un

trauma como el que la chica tenía. Los ataques de ansiedad y pánico seguían torturándola. Tenía tan acentuado el sentido del ridículo y de la vergüenza que sufría palpitaciones cardíacas a cualquier hora del día y en la situación más inofensiva. Hasta donde la chica recordaba, siempre había sido así.

La tarde del dos de Febrero no fue la primera en la que Montaña utilizó la

hipnosis para hacer que Andrea recordase incidentes olvidados durante mucho tiempo, pero sí fue la primera en la que se remontaron a vidas pasadas. No fue

algo premeditado. Ocurrió.

Montaña ha hipnotizado a cientos de pacientes a los que les ha reducido la ansiedad, eliminado fobias y cambiado malos hábitos. En estos casos ha sido ella

la que ha sugestionado las respuestas del paciente. En el proceso hipnótico, los

pacientes siguen las sugerencias que se les dan, dejando, al principio, en manos

del hipnotizador el control total de su conducta, para , al final el terapeuta dejar que actúen por sí solos los procesos automáticos del propio paciente: el sueño, el

hambre o la saciedad entre otros.

Ocasionalmente ha logrado que algún paciente regresara a la primera

infancia, hasta los dos años de edad, despertando así recuerdos de traumas muy

olvidados que trastornaban su vida.

Pero con Andrea, simplemente sucedió.

Así que acepta de nuevo la proposición de la chica.

—Vamos a intentarlo

La chica parece alegrarse. El incidente en la clase el viernes pasado le ha insuflado una pizca de seguridad y quiere seguir tirando de ese hilo.

—Túmbate en el diván y cierra los ojos, suavemente. Puedes apoyar la

cabeza en la almohada.—Montaña se levanta de su escritorio y acerca la otomana al diván, la energía de la chica es muy buena, pese a su excitación, y se

siente cómoda acercándose—. Céntrate en tu respiración... con cada exhalación

se van todas las tensiones y ansiedades... todos los miedos y pesadillas.

Deja transcurrir unos segundos para que Andrea interiorice sus instrucciones.

—Nota cómo los músculos de tus pies se destensan... a continuación tus

pantorrillas están cada vez más relajadas... —Poco a poco le va indicando que

relaje todos los músculos del cuerpo, llegando hasta la mandíbula.

Andrea siente que su cuerpo se hunde más y más en el diván, y una cálida y

confortable sensación de seguridad empieza a adueñarse de todo su ser.

—Sobre tu cabeza, visualiza una intensa luz blanca. —Montaña deja pasar de

nuevo unos instantes—. La luz se extiende lentamente a lo largo de tu cuerpo.

Andrea, guiada por la voz de Montaña, abandona cualquier resistencia y se relaja por completo. Sus músculos, nervios y órganos destensados la llevan a un

profundo estado de paz. Poco a poco va sintiendo más sueño, más paz, más serenidad.

—La luz llena tu cuerpo y te envuelve por completo —transcurren unos

segundos, el tiempo justo para que Andrea se identifique con la luz—. Diez, nueve, ocho, siete...— A cada número el trance de la chica es cada vez más profundo. Está centrada por completo en la voz de la psicóloga y puede excluir

cualquier ruido externo—. Tres, dos...uno... —Tras veinte minutos, el estado de

hipnosis es profundo.

Al cabo de un rato Montaña comienza a iniciarla en la regresión, le da nuevas instrucciones:

—Vuelve a la época en la que eras conocido con el nombre de Nuño.

Las manos de Montaña sudan, es la primera vez que tiene una experiencia así. Observa a Andrea, seguramente no ha estado tan relajada en toda su vida. Su

expresión transmite una calma indescriptible, el entrecejo ya no está fruncido y

se aprecia cómo la mandíbula inferior no está apretada con la superior.

Montaña sostiene en sus manos el cuaderno en el que tiene apuntadas las notas relevantes de la regresión anterior con Andrea: fechas y nombres. Las relee

y respira unas cuantas veces antes de empezar a hablar.

—¿Dónde estás?

—En un mercado, hay mucha gente —titubea.

—¿Sabes en qué año estás?

Montaña no acaba de acostumbrarse a la súbita desaparición del acento eslavo de Andrea siembre que le induce una regresión.

—Es 1184, creo, hemos recuperado la villa de Cáceres, estoy paseando por

la Plaza Mayor.

—¿Qué edad tienes ,Nuño?

—Tengo treinta años —Montaña consulta el cuaderno y hace unos cálculos rápidos, los datos coinciden.

—Cuéntame qué ves y qué estás haciendo.

Silencio.

—Hay mucha gente vendiendo. Hay gallinas, conejos y carne expuesta para comprar. Hay aguadoras por todas partes, sacas de pan y otros alimentos que no

distingo qué son— Andrea hace un esfuerzo por incorporarse, como para fijar la

vista en algo—. También hay una especie de lámparas que se llaman candiles.

—No te preocupes,¿estás solo?

—No, voy con otros hermanos de la Orden. Estamos patrullando la ciudad, hay mucho ruido. Todo está tranquilo, hay alguaciles que se ocupan de las disputas de la gente, nuestra labor es mantener la ciudad a salvo de almohades.

Hay judíos también, quieren repoblar la ciudad porque los hombres están en el frente.

—Nuño, ¿recuerdas lo que te entregó hace unos años Don Suero Rodríguez?

Nuño se queda callado y pasan unos instantes antes de que responda.

—Sí.

—¿Puedes decirme qué era?

—Sí, era un plano del tercer nivel.

—¿Tenía algo de especial ese plano?

—Sí... llevaba a un sitio en el que está oculto algo que tiene mucho valor. El maestre Pedro lo ocultó antes de que la ciudad fuese tomada por los soldados de

Abu Yacub.

Silencio.

—¿Llegaste a verlo?

—Sí.

—¿Fuiste allí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando volvimos a conquistar Cáceres, junto a su majestad Fernando II y otros caballeros de otras órdenes. Hace un año...

—¿Fuiste solo?

—No, fui con el Maestre Pedro.

Montaña consulta sus notas.

—¿Pero el Maestre Pedro no murió en 1173, el día en que huiste de la ciudad?

—Sí, pero él... es el guardián del tesoro que trajo.

Pasan unos instantes, Montaña asimila lo que acaba de escuchar y toma nota.

—¿Por qué lo guarda?

—Porque es algo muy especial, que no puede caer en las manos equivocadas.

Todos los caballeros buscaban reliquias para traerse y exponer en sus monasterios, así ganarían indulgencia. Él no pudo hacerlo.

—¿Por qué?

—Por que lo que trajo no podía salir a la luz.

Respira, esta vez con respiración abdominal, necesita la mayor cantidad de oxígeno en su sangre.

—¿De qué se trata?

—Era un manual dictado desde la misma voz del Maestro.

Montaña no comprende.

—¿No es Don Pedro el Gran Maestro?

Andrea-Nuño, niega con la cabeza.

—El Gran Maestro es Jesús de Nazaret, nuestro señor.

Montaña se retrepa en la otomana.

¿Hay algo en Cáceres que pertenece a la época de Jesús de Galilea?

Ha leído hipótesis sobre la vida de Jesús antes de cumplir los treinta años y una chispa de curiosidad se despierta en su cerebro.

—¿Llegaste a ver lo que trajo Don Pedro de Tierra Santa?

—Sí, y lo leí... Él me dejó. A mi regreso.

—¿Lo has mostrado a tu Maestro de ahora?

—No, no es el tiempo. No lo entenderían.

—¿Cuándo es el tiempo?

Andrea, Nuño, se encoge de hombros.

—¿Puedes decirme qué tiene de especial ese documento?

—Es un manual y es de primera mano.

Andrea, Nuño, continúa hablando:

—Durante tres meses, el tiempo en el que nuestro Gran Maestro estuvo trabajando en unos astilleros del Zebedeo, todos los sábados por la mañana iba a

casa de la familia. Allí, una parte de sus conocimientos fue revelado y puesto por

escrito.

—¿Qué es lo que hay en ese manual? —insiste de nuevo Montaña.

—La primera parte te enseña cómo acceder al futuro y la segunda te muestra el pasado, por eso Don Pedro nos hizo construir la cripta bajo la Torre Redonda.

—¿Quieres decir que Don Pedro supo del ataque a Cáceres?

Nuño-Andrea asiente.

—¿Y por qué no lo evitó? —inquire Montaña.

—Porque incumpliría una de las reglas sagradas: no puedes cambiar el

futuro, solo prevenirlo para evitar un mal mayor.

—¿Qué ocurre si la desobedeces esa regla?

—Que el mal revierte contra ti. Todo está en ese documento, escrito desde la misma Fuente.

Montaña escucha con la boca abierta. Menos mal que la grabadora sigue grabando, pues hace tiempo que ella ha dejado de tomar notas. Aún no sabe si

aquello va a tener alguna repercusión en la recuperación de Andrea.

—¿Hay algo más que quieras decirme del tiempo en el que estás ahora o de ese manual?

La chica permanece en uno de sus acostumbrados silencios. Justo cuando

Montaña se dispone a sacarla del trance, ésta se alza levemente, como para decir

algo importante.

—Ya no soy el guardián del legado.— Y vuelve a tumbarse en el diván.

PARTE DOS: Fer de Fer

Capítulo 14

Los días se han sucedido tranquilos. No ha sabido nada de Asbel; ella

tampoco le ha llamado. La noticia de la muerte de Álvaro Dávila ha sido primera

plana en todos los periódicos, a nivel nacional e internacional, dado el éxito de

sus libros y de sus tesis. En el mundillo intelectual era una eminencia en Historia, particularmente en la de Cáceres y Mérida. La causa de la muerte, según los periódicos, ha sido un infarto al corazón mientras dormía.

Ni palabra sobre la brutalidad de su asesinato.

Algo que Montaña agradece, ya que ha quedado con Andrea esa tarde: no se

trata de una cita en la consulta, sino de un encuentro distendido. En una terraza,

tomando algo.

Después de la última sesión con Andrea, ésta quiso alargar la cita, necesitaba

hablar de lo ocurrido. Montaña vio angustia en sus ojos pero no podía hacer nada; el siguiente paciente estaba esperando y debía atenerse a sus propias normas. Así que acordó con ella verse una tarde fuera de la consulta, en un sitio

donde ambas se sintieran cómodas, lejos de miradas de posibles conocidos.

No es habitual en Montaña mantener relaciones con los pacientes fuera de la

consulta, pero siente ternura hacia la chica y, además, la curiosidad por saber más de lo vivido en las regresiones es superior a ella.

Mientras baja tranquilamente por la Calle Pintores, presiente que la muerte de Álvaro saldrá a relucir en la conversación con Andrea. Agradece que no se haya publicado la verdad.

La gente, pese a ser un día normal entre semana, abarrota las tiendas y tiene

que ir esquivando a los maleducados transeúntes que, con sus bolsas, ni siquiera

se molestan en cederle el paso.

Recuerda cuando de niña bajaba emocionada por esa misma calle con sus

amigas hacia la Plaza Mayor. El punto de encuentro de toda la juventud cacereña

era el Foro de los Balbos, allí hacían botellones y ,aunque ella se marchó con dieciocho años, tuvo tiempo suficiente de recorrer la noche cacereña, desde el foro y los baretos de los portales, como la Furriona, hasta La Madrila.

Ahora todo ha cambiado. Afortunadamente ya está prohibido hacer botellón

en el casco antiguo, en aras de la conservación del recinto amurallado. Aunque

en su momento fue algo que no sentó muy bien los cacereños, a día de hoy, todos

se enorgullecen de que el corazón de la ciudad siga luciendo en todo su esplendor como si, quince siglos después, no hubiera pasado el tiempo.

Llega a la plaza y camina hacia las escaleras del Arco de la Estrella. Qué extraño le parece haber estado allí, días antes , de la mano de Andrea, siendo Nuño nueve siglos atrás. Entonces había un mercado y Nuño paseaba por él.

Gira despacio sobre sí misma y puede imaginarse las gallinas, los sacos de trigo

y los Caballeros de la Espada, esos que acompañaban a Nuño custodiando la plaza.

Sube por las escaleras al lado de la Torre de Bujaco y se fija en que hay un

pequeño puesto de artesanía con todos los objetos extendidos sobre una manta en

el suelo. La mayoría son de latón. La artesana, vestida con holgados pantalones

de estilo *harem* y llena de *piercings* le indica que puede examinar los objetos sin tocarlos.

—¿Los haces tú?— pregunta interesada

—Sí, con estas manos —y le enseña unas manos avejentadas, llenas de cortes y con las uñas ennegrecidas.

—¿Es una tetera?— señala uno de los objetos.

La chica se ríe , destacando una dentadura perfecta que no casa con su aspecto.

—No, es un candil.

Montaña lo observa. Un candil, vaya.

Continúa caminando por la calle Arco de la Estrella hacia la plaza de Santa María. Hace años que no pisa la ciudad antigua.

La estatua de San Pedro de Alcántara sigue en el mismo sitio donde la dejó.

De niña, sus compañeras de colegio y ella se afanaban en besarle los pies una y

otra vez, con la finalidad de encontrar pareja. Se acerca al Santo, con el paso de

los años el roce de los labios de la gente ha hecho que el aspecto de los pies descalzos sea diferente al del resto de la escultura. El brillo dorado de los dedos

contrasta con el tono oscuro que caracteriza la pieza. Montaña los besa, igual que hacía de pequeña, pero esta vez no pide encontrar pareja. Pide algo más humano, más sencillo, lo que todo el mundo quiere además resultar ganador en

la lotería: ser feliz.

La cuesta de Aldana lleva hasta la antigua Rectoría de Santa María, cuyo patio ha sido reconvertido en un conocido bar de copas y tapería, «El Corral de

las Cigüeñas». El patio es acogedor, con palmeras y piedra recubiertas de yedra,

lo que contribuye a crear un ambiente único para disfrutar de un rato agradable y,

además, de buena música en vivo. Un grupo de *soul* toca a media voz en el pequeño escenario.

No hay mucha gente a esa hora de la tarde, cacereños y turistas prefieren pasear por las calles de la ciudad hasta más tarde, entonces llenarán el bar de copas, buscando descanso y fresco. Hay una mesa vacía junto a una de las estufas (ahora apagadas). Se sienta y deja el bolso en la silla de al lado. Al momento, se le acerca una de las camareras.

—Buenas tardes, ¿qué desea tomar? —La chica, con un tatuaje que le trepa por el cuello y vestida de negro, le sonrío a la espera de tomar nota.

—Un té por favor.

—Tenemos una carta de tés combinados que son nuestra especialidad, ¿le quiere echar un vistazo?

—Bueno, tráemela.

Tras echar un vistazo, pide un té moruno.

Andrea llega al momento, echa un vistazo desde la puerta, reconoce a

Montaña y va hacia su mesa con la mochila en la mano. Su residencia está cerca,

pero ha preferido ir directamente de la facultad a la cita con Montaña.

—¡Cuánto tiempo! —bromea.

—Y que lo digas, siéntate anda, ¿qué quieres tomar?

La chica se sienta y deja la mochila en la misma silla en la que reposa el bolso de Montaña.

—¿Huele a... *ja ś min*[\[5\]](#)?—pregunta mirando alrededor.

Montaña le señala una enredadera de jazmín que intenta abrirse paso entre la yedra de la pared.

—Tomaré lo mismo que tú.

—Te aviso que es un té moruno y está que arde—añade levantando la tapa de la tetera y dejando salir el vapor humeante.

— *Doskonały*[\[6\]](#).

Un segundo antes de levantar la mano, la camarera del tatuaje se presenta solícita.

—Tomaré un té igual que el de ella.

La chica lo anota en su cuaderno y les dedica una sonrisa antes de marcharse.

—Oye —dice la psicóloga, acercando su silla a la mesa—, siento mucho lo de la otra tarde, sabes que los horarios de la consulta son estrictos

—Por favor, Montaña —la interrumpe ondeando la mano, como quitando importancia—, no hace falta que digas nada, lo entiendo, lo que te tengo que contar no tiene nada que ver con la terapia. Así que te agradezco mucho que me

escuches fuera de la consulta. —Saca un paquete de tabaco de la mochila y le ofrece un cigarro, la psicóloga acepta—. Sería yo la que te tendría que pedir disculpas por hacerte perder tiempo conmigo.

—Venga hombre, solo faltaba. Eres mi paciente, por tanto, estás entre mis prioridades. —Andrea acerca la llama del mechero hacia la psicóloga y esta le da

una calada al cigarro. —Hacía siglos que no fumaba... bueno, no hace tanto, —

dice recordando que la mañana en la que fue a comisaría se echó un cigarro en la

puerta mientras esperaba al inspector.

—No te vayas a marear.

Ambas se ríen y tras exhalar el humo, aplauden lánguidamente al grupo de *soul* que acaba de finalizar *Me And Mrs. Jones*, De Billy Paul.

—Sé lo de Álvaro —dice Andrea bajando la mirada.

—Lo siento mucho —Montaña posa con cariño sus manos sobre las de ella.

La chica le dedica una sonrisa evasiva antes de decirle:

—Hay algo que quiero contarte y no confío en nadie más.

Montaña la mira fijamente, percatándose del sombrío tono de voz que la chica acaba de adoptar e intentando descubrir si sabe algo más de lo que dicen

los periódicos.

—¿Qué ocurre?

Ambas guardan silencio, un grupo de cinco universitarios cargados con

mochilas y carpetas pasa junto a la mesa en la que están sentadas, tomando asiento a unos metros de ellas.

Los miembros de la orquesta de *soul* descansan unos instantes y beben agua, discuten entre ellos sobre qué canción será la siguiente.

—¿Recuerdas el día en el que levanté la mano por primera vez en clase?— pregunta Andrea bajando la voz y estrangulando su pelo en un moño.

—¿Como un *wiosna*[\[7\]](#) ?

—¡Exacto!—Andrea aplaude ante la estupenda memoria de la psicóloga—.

Resorte.

Montaña lo recuerda, fue el día en el que dijo que los fratres no habían muerto en la Torre de Bujaco, sino en la Torre Redonda. Lo sabía por la regresión que le había hecho días atrás.

—Cuando terminó la clase, bueno, ya sabes que yo salgo antes de que terminen —Montaña vuelve a asentir—, fui al despacho de Álvaro y le conté por

qué sabía lo de las torres. Al fin y al cabo fue él quien me dio tu contacto.

La psicóloga tuerce la boca, extrañada.

—¿Le contaste lo que sucedió en la consulta durante tu regresión?

Andrea asiente pendiente de la reacción de Montaña.

—Sé que no debí hacerlo, pero él fue la única persona, además de ti, ya me comprendes, que me mostró algo de afecto. Parece mentira que ahora esté muerto, ¿tienes idea de todo lo que sabía sobre la historia de Cáceres?

Le da un par de sorbos al té y una calada al cigarro.

Los de la orquesta empiezan a tocar los acordes del piano de Alicia Keys, *If I*

Ain't Got You.

—Oh...Alicia Kiss —reconoce Andrea y continúa—: Estaba buscando algo en los pasadizos.

—¿Quién?

—Álvaro.

—¿Te lo dijo?

—No exactamente.

Se miran, una intentando adivinar. Otra intentando poner en orden lo que va a

decir. Y las dos fuman unos instantes sin intercambiar palabras.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Cuando le conté lo de el legado, salimos de su despacho. Creía que le podían estar escuchando. Estaba paranoico. Fuimos hacia la escalera de emergencia, ninguno de los dos queríamos que nos vieran juntos. Me dijo que llevaba tiempo detrás de algo, pero que no era el único. Sabía que en algún sitio

había escondido algo de enorme valor, relacionado con la época de las Cruzadas,

pero desconocía qué era.

—¿Cómo lo sabía?—las dos mujeres hablan en susurros, en parte para no interferir con la música y en parte para mantener en secreto el delicado contenido de la conversación.

Andrea se encoge de hombros.

—Ya sabes que es historiador. Estaba metido en foros, acudía a encuentros internacionales, estaba especializado en la Orden de Santiago. Supongo que todos sus estudios le inducían a pensar algo así y cuando llegué yo y le conté lo

de la regresión contigo... empezó a... a... ¿se dice conectar?

—Ya, pensó que podía estar relacionado—apunta Montaña, asintiendo.

—¿Tú no ves relación?

Montaña piensa si decir a continuación lo que está a punto de decir. Decide

finalmente que es su obligación.

—Andrea, sabes que estoy especializada en regresiones y que a lo largo de mi vida he realizado cerca de doscientas. Creo en lo que hago y en la capacidad

de las personas para recuperarse, pero si hay algo que mi profesión me ha enseñado, es a trabajar con probabilidades —la chica escucha sin saber hacia dónde quiere ir a parar la psicóloga—, aunque tu regresión... bueno quizás debería hablar en plural, regresiones, parecen reales, siempre he de dejar una puerta abierta a la duda.

La chica la mira sorprendida, se distrae por unos segundos con el sonido de un vaso al estrellarse contra el suelo. Uno de los universitarios se afana en limpiar el desaguisado.

—¿Tú crees?—pregunta volviendo la mirada extrañada a Montaña.

—Eres estudiante de arte, cuentas con datos sobre la época en la que Nuño

—pronuncia estas palabras con delicadeza— vive.

—¿Crees que te miento?

—No, no es eso, mi niña —se apresura a decir la psicóloga—. El

subconsciente humano es tan complejo que catalogar lo que ocurre como una mentira... se queda corto. Tu subconsciente puede llegar a interpretar los datos

como propios y en un estado de relajación como en el que estás en una regresión

podría, perfectamente y sin problema, asumir que tú estás en otra época.

Andrea la mira e inmediatamente se pone a la defensiva.

—¿Y cómo sé lo del pasadizo de la Torre Redonda? ¿Y lo del manual ese o el

legado que se supone que está aquí abajo?— Señala el suelo con la punta de la

bota.— Ni siquiera Álvaro, mucho más instruido que yo, sabía lo del pasadizo.

—Bueno, eso es una teoría, no sabemos si ese pasadizo existe.

—Montaña —dice mirándola segura de sí misma—, existe. Álvaro sabía que había algo, habló de algo que encontraron en un pasadizo bajo el Ayuntamiento

hace unos años, algo perteneciente a unos judíos que llevaban mi apellido y yo le

conté lo que vi. Él sí lo *crreyó*, me dio la *rrrazón*. No sabes cómo se puso de contento.

—A ver ,Andrea, tranquila por favor, desde luego que hay cosas en esta historia que me hacen creer que es verdad, pero trabajando con el subconsciente,

la única certeza es que no hay certezas.

—Bueno, Álvaro está muerto y en la facultad corre el rumor de que se lo cargaron, vamos que no fue una muerte natural— la chica deja que pasen unos

instantes y observa atenta la expresión de Montaña—, ¿y si hubiera sido

asesinado?¿no crees que eso sería una certeza de que estaba cerca de encontrar

algo?

Montaña rehuye la mirada sin ser consciente. La camarera del tatuaje sirve otra bebida en la mesa de los universitario.

— Oh venga ya, *nie zadzieraj ze mn a*[8]...

—¿A qué te refieres?—pregunta extrañada, aunque sabe muy bien a qué se refiere Andrea.

—¿Fue asesinado?¿Lo sabías?

—¿Por qué dices eso?

—Porque ni siquiera te has inmutado cuando lo he mencionado...

La mente de Montaña va a cien. Lo único que saca en claro es que puede que Andrea esté en peligro.

—Necesito algo más fuerte para contarte lo que sé, yo invito.

—Un gin tonic.

—Que sean dos —y ahora Montaña también estrangula su pelo en un moño.

El sol de la tarde cacereña empieza a ponerse y los universitarios están

embelesados con la música; el olor a jazmines y a hierbas aromáticas flota por la terraza y se eleva hacia el cielo a ritmo de *soul* mientras Andrea contiene la respiración atenta a las palabras de Montaña.

Capítulo 15

Como de costumbre, aparca el coche en el garaje y sube por el ascensor

hasta el tercer piso, no sin antes mirar varias veces hacia atrás. De camino a casa, ha ido repasando la conversación con Andrea.

Una vez que los gin tonics estuvieron sobre la mesa, Montaña empezó a relatar lo ocurrido desde que el inspector Asbel Oquillas se puso en contacto con

ella, hacía más de una semana. No había sido necesario entrar en detalles, la chica intuía que la muerte del profesor no se debía a causas naturales.

En la ciudad no se habla de otra cosa. Ha sido un duro golpe para sus alumnos. El rector de la Universidad ha enviado un comunicado de prensa en el

que se anunciaba que el funeral tendría lugar a la mañana siguiente en la capilla

del campus.

Respecto a la *documentación* mencionada en la última regresión, creen que Álvaro no sabía de qué se trataba. Según Andrea, sabía que algo de gran valor

estaba escondido en el subsuelo, pero desconocía su naturaleza.

—¿Crees que sería posible ver el futuro?—preguntó Andrea arrugando la cara por el mordisco que acababa de dar a la rodaja de limón de su copa.

—Creo que es tan descabellado como que podamos ver el pasado... y con las regresiones lo hacemos—respondió ella.

Ya en casa, cumple con su ritual de asegurar ventanas y puertas. Comprueba que todas tengan echado sus correspondientes seguros, se viste ropa cómoda y

descorcha una botella de vino. Nada le apetece más que una copa con un poco de

queso. Se lleva la copa y la bandeja con el picoteo al salón y, acomodada en el

sofá, con cuaderno y lápiz en mano, escucha la grabación de las tres regresiones

que le ha hecho a Andrea.

«He sido relevado de mi cargo»

Son las últimas palabras de Andrea-Nuño. No tiene dudas sobre la veracidad de la regresión. Es decir, la chica lo vive. Cumple con todas las condiciones para

dar por verdadera una regresión. Pero...

Pero.

¿Un manual para acceder al pasado y al futuro dictado por el mismo Jesús de Nazaret? ¿Y en Cáceres? El valor económico y la repercusión social serían incalculables, y también devastadores.

Pues puede ser, la historia dice que Pedro Fernández de Castro, también conocido como Pedro de Fuentecalada, había viajado a Tierra Santa antes de ocupar el cargo en la Orden, allí conoció de cerca la existencia de los Caballeros

Cruzados y concibió la idea de crear una nueva orden militar dedicada a proteger el sepulcro del apóstol Santiago y el camino que conduce a él. En 1170, Fernando II de León, tras la conquista de Cáceres, le concedió la ciudad. A sus

cincuenta y pocos años de edad, Pedro Fernández consiguió realizar su proyecto

en la ciudad de Cáceres que fue la envidia de otras órdenes: la creación de una

orden religioso-militar, la Orden de Santiago. Y aquí le llega la duda ¿sabía que

todo eso iba a ocurrir y preparó el camino?

Y Álvaro lo estaba buscando o, al menos, buscaba algo similar. Sabía que Pedro de Fuentecalada fue a Tierra Santa y lo que trajo de allí no pudo ser expuesto en ninguna Iglesia. Había creado su orden religiosa en la ciudad con los

fratres, así que Álvaro seguía la hipótesis de que lo que sea que trajese, continuaba allí. Sus razones tendría para pensar eso.

Montaña imagina la cara que debió poner el profesor cuando Andrea le contó lo que había pasado en su consulta. Y debió creerla: los datos que la chica dio en su exposición en clase tenían lógica.

Enciende el ordenador y va directa *Google*. En el cajón de búsqueda teclea :

acceder al futuro. En realidad nunca en su vida de psicóloga ha tenido interés por semejante cuestión, su especialidad es la Terapia de Regresión, justo lo contrario.

El círculo de pensamiento del buscador se toma su tiempo, y al cabo de unos largos segundos, arroja cientos de resultados. Escanea con la vista los veinte primeros. Ninguno capta su interés.

De nuevo, teclea en el cajón : *manual para ver el futuro*.

Google vierte otros veinte resultados en la pantalla. Lee por encima los titulares y justo cuando va a cambiar las palabras del buscador, hay uno que le

llama la atención, las palabras antes tecleadas aparecen en el cuerpo de un titular

llamado : *Sociedades y Leyendas*. En él se hace referencia a una antigua sociedad secreta en la que se establecían una serie de rituales mágicos para ampliar los horizontes espirituales de los mortales, así como hacerles trascender

más allá de sus sentidos. Los conocimientos de esta orden provenían de muy diversas fuentes : alquimistas, masones, rituales y creencias egipcias,

cristianismo místico, filosofía, astrología... El texto dice que incluso tuvieron acceso a una especie de manual que contenía dos encantamientos: uno de ellos

permitía ver el futuro y el otro ver el pasado.

A continuación teclea el nombre de la supuesta sociedad secreta: Orden

Críptica de la Estrella Dorada. El buscador apenas le devuelve dos entradas. En

ambas se deja claro que no está comprobada su existencia. La primera hace referencia a información similar a la que acaba de leer. En la segunda se cree que

su existencia tuvo lugar entre los siglos once y quince, y sus sedes estaban

ocultas por toda Europa, incluidas España y Portugal, con ciudades como Lisboa, Burgos, Oporto, Santiago de Compostela y Cáceres.

Apaga el ordenador y baja la pantalla hasta el teclado. Ya ha tenido bastante

por hoy. Descalza, siente el calor del suelo térmico. Aun estando en marzo, la casa está fría y no prescinde de la calefacción.

Vuelve a asegurarse de que todo está cerrado, puertas, ventanas y cortinas echadas. Recoge los restos de la cena y justo cuando los lleva a la cocina, suena

el teléfono fijo. Se asusta, a esas horas solo puede ser o la policía o de la residencia de su madre.

Deja la bandeja sobre la encimera y se lanza sobre el teléfono creyendo que

puede ser de la residencia de su madre.

—¿Sí?—pregunta esperanzada al coger el auricular.

Silencio al otro lado,

—¿Sí? —Insiste de nuevo, un poco confundida.

—¿Es usted Montaña Solís? —la voz suena a través de un distorsionador y

Montaña presiente que no le va a gustar lo que va a oír. Las piernas se le aflojan.

Mira a su alrededor, comprobando que todo está cerrado. ¿Y si cuelga? Puede llamar a Asbel...

—¿Quién es? —se oye decir con un hilo de voz.

—Bien, no se asuste —responden al otro lado—, tiene que hacer que la chica recuerde.

—¿Qué chica?

—Oh, tampoco me subestime, sabe perfectamente de lo que estoy hablando

—escucha la respiración de su interlocutor amplificada por el distorsionador—,

Andrea, haga que Andrea Cohen recuerde.

Para el dueño de la voz distorsionada, ha sido necesario realizar la llamada.

Lleva pegado al micrófono colocado en el lapicero que reposa sobre la mesa del

despacho, antes consulta, desde que la psicóloga entró en la casa. Así noche tras

noche, sin ningún resultado ya que el alcance del *bichito* es limitado. Menos

mal que los documentos del difunto profesor les dan alguna pista.

Los idiotas a los que envió como pacientes consiguieron poco más que asustar a la psicóloga.

Capítulo 16

A la mañana siguiente, Montaña no se atreve a salir a la terraza. Tras la ventana y con una taza de té en la mano, contempla a lo lejos la zona de Las Acacias. Aún no se ha quitado el pijama, tiene frío. Pudo conciliar el sueño gracias a una cápsula de dormidina.

Es miércoles y toca limpieza, pero nada más despertar ha llamado a la señora que le ayuda con las faenas domésticas, para que hoy no fuera a su casa.

«Estoy resfriada y me quedo en casa, venga mañana si no le importa», le ha dicho por teléfono.

Tiene ganas de llorar, *pero de qué le va servir*, no hay nadie que la consuele, no está triste y tampoco asustada. Es solo que no quiere ser ella.

Nota cómo la teína empieza a hacer efecto en el cerebro. Podría llamar al inspector Asbel y explicarle lo ocurrido. Sin embargo, recuerda un fragmento de

una de las citas con Álvaro, hace casi tres años:

Todos están dentro, no puedo fiarme de nadie y usted tampoco.

Lo que entonces le pareció un delirio, ahora empieza a cobrar sentido. Ella no le dio más importancia al supuesto Concejo. Interpretó que se trataba de un

lobby, o, quizá, familias de la alta sociedad cacereña con intereses comunes.

Aún descalza, sintiendo el calor del suelo térmico, va hasta su antiguo

despacho y busca el archivo de Álvaro Dávila. Solo tuvo cinco sesiones con él.

Faltó a la sexta y a la séptima y Montaña entendió que no le había gustado la terapia. Sin embargo, cuando Andrea se presentó de su parte, le extrañó. Si las

sesiones con Álvaro no hubieran sido de su agrado, no le hubiera recomendado a

una de sus alumnas. Entonces, no le quiso dar más vueltas y se limitó a enviarle

un afectuoso saludo a través de la chica.

Con la llave que tiene colgada en una de sus pulseras abre el armario en el que guarda los expedientes. «Álvaro Dávila», coge la carpeta con su nombre. No

pesa mucho, lo coloca sobre la mesa de despacho y busca el *pendrive* en el que están grabadas las sesiones. Enciende el portátil y enchufa el pequeño usb. Antes

de abrir el archivo, consulta las fechas de las citas, tuvieron cinco citas en un mes, todas en marzo. Las dos últimas en la última semana.

Pincha sobre el icono del *pen* y aparecen cinco archivos, cada uno con las correspondientes sesiones. Coloca el ratón sobre la sesión número tres y le da al

click. Transcurren unos segundos antes de escuchar el sonido de la cucharilla removiendo el azúcar del café que ella le ofrece siempre a sus pacientes.

Cierra los ojos y trata de revivir la escena, dos años y medio antes, en la misma habitación en la que ahora se encuentra. Álvaro está frente a ella, con zapatos deportivos de lona, pantalones utilitarios y chaqueta deportiva. Ha colgado en el perchero, que sigue en el mismo sitio que entonces, el casco de la

bicicleta y la mochila. Elige sentarse en el sofá, nunca se tumba en el diván.

Frente a ella, sostiene la taza de café, la mira sin decidirse a hablar. Montaña sube unas décimas el volumen del ordenador justo antes de escuchar su propia voz:

—*¿Cómo estás, Álvaro?*

—*Bien bien.*

—*¿Qué tal la en la Universidad?*

—*A tope en la facultad, tengo un montón de trabajo del que no puedo escapar, encima están próximos los finales y las horas de tutorías no son suficientes.*

—*¿Cómo lo estás gestionando?*

Recuerda la comedida sonrisa de medio lado del profesor y el encogimiento de hombros.

—*Como puedo, me temo.*

Sabía entonces y no tiene dudas ahora que el profesor quiere hablar de otro tema pero debe ser él quien lo traiga a colación. Es decir, es el paciente quien marca los temas que quiere resolver o de los que quiere hablar. Ella se mantiene al margen. Por suerte, no tarda mucho en sacarlo a relucir.

—*Mi familia me agobia —continúa el profesor.*

Montaña le mira con interés, como hace con todos los pacientes. Sabe que no se refiere solo a su familia de sangre. Permanece en silencio, atenta, esperando que él de rienda suelta a todo lo que necesita decir.

—*No sabría explicarle sin entrar en detalles. Todo debe tener un límite... es*

como si las cosas se tuvieran que hacer solo por estar dentro, llevándose por delante a quien haga falta.

—Álvaro, verá, no puedo imaginarme lo que supone pertenecer a su familia, ¿qué implica llevarse por delante a quien haga falta?

Se escucha un roce de telas, el hombre ha descruzado las piernas y aproxima su cuerpo hacia el escritorio desde el que ella le observa.

—Le estoy hablando de alcaldes, políticos, directores de banco, de museos, directivos de la Junta de Extremadura, de la Diputación...—la voz ahora es más

nítida.

Ella no es capaz de ver la importancia de las palabras del profesor. Los favores de la clase política y social están a la orden del día en todas las ciudades, en cada uno de sus estratos: clase alta, media, baja, clase política... En fin, no tiene muy claro el sentido de todo lo que el profesor le cuenta.

—Y la Iglesia.

—Hasta ahora — Montaña escucha de nuevo su propia voz en la grabación

—

no ha dicho nada que no ocurra en cualquier otra ciudad de España.

—Ya , es más que una secta¿no lo ve? Es una secta de poder.

—¿Qué la diferencia de cualquier otro grupo de poder?

—Que estás dentro desde el momento en el que naces y solo sales en el momento en que mueres.

—¿Usted quiere salir?

—*Me lo he planteado en muchas ocasiones, sí, más en los últimos meses.*

Ahí está el conflicto. Quiere dar el paso pero no se atreve. Lo supo entonces.

Lo sabe ahora. Es el tema sobre el que Álvaro quería hablar con ella.

—*¿Qué es lo que le ha hecho que se lo plantee?*

Se escuchan algunos pasos sobre la moqueta. Al profesor le gustaba caminar mientras hablaba.

—*Como le he dicho, ha habido muchos momentos a lo largo de mi vida en los que me lo he planteado.*

—*¿Lo ha comentado con alguien?*

—*¿Bromea?... (Silencio)... Todos están dentro, no puedo fiarme de nadie, usted tampoco lo haga. Ya se lo he dicho antes, disculpe que insista.*

Montaña permanece callada.

—*El dinero y el poder cambia a la gente. Nos vuelve más avariciosos, más codiciosos. La gente mata y muere por dinero. Incluso aquí, en una ciudad como*

esta, tranquila y entrañable para miles de turistas. Pero si vives aquí, como le pasará a usted, se dará cuenta de la envidia de la gente, de las castas y de los apellidos, esos apellidos que miran por encima del hombro a los demás.

—*Su apellido ¿no?*

—*Y el suyo.*

Montaña Solís recuerda la mirada que cruzaron ambos, en ese momento,

cuando Álvaro se refirió a su apellido. Entonces es eso, él sabe de ella y por eso

ha acudido a su consulta. Le mintió cuando dijo que quería a alguien nuevo, que

aún no hubiera sido corrompido por la ciudad.

—Yo no uso mi apellido —se escucha decir con vehemencia.

—Pero usted es una Solís y su familia también está dentro, no tenía ni idea ¿verdad?

De nuevo hay un silencio prolongado en la grabación.

—Usted pertenece y la reclamarán, tarde o temprano. Se hacen llamar el

Concejo de los Doce. No debería haber vuelto a Cáceres —los pasos cesan, el hombre se ha vuelto a sentar en el sofá—, es una secta, su familia y la mía están dentro. A unos y a otros se les han hecho favores, ¿o usted cree que el paso del Ave por Malpartida, justo por la finca que su abuelo casualmente compró a precio regalado fue fruto de la casualidad?

Montaña sabe de lo que le está hablando. Lo sabía entonces y lo sabe ahora.

Años atrás, sus abuelos compraron una finca de casi mil hectáreas a un precio irrisorio. Al año siguiente, el Ministerio de Fomento anunció la construcción de

las vías del Ave Madrid-Lisboa, un extenso tramo pasaría por la recién adquirida

finca, el justiprecio o indemnización que sus abuelos recibieron fue millonario.

Lo escuchó de niña, en una conversación entre su padre y su madre. Escuchó que

los vendedores fueron chantajeados y a los que se negaron a vender les dieron palizas de muerte. También escuchó que querían ponerla a nombre de su padre.

—*No soy yo la paciente, Álvaro, le agradezco su advertencia, pero es usted el que ha acudido a mí.*

—*Tiene razón, me he extralimitado. Solo quería que supiera que contarán con usted tarde o temprano, aunque no tenga relación con su familia. No debería haber vuelto...¿por qué lo hizo?*

«*Me asustaron*», piensa para sí.

—*¿Y usted? ¿Qué le impide abandonar la ciudad?* —pregunta intentando desviar el tema.

—*Estoy tan dentro que me buscarían hasta en el infierno. No he tenido hijos porque no quiero que ningún ser querido mío herede mi yugo.*

—*¿Tiene pareja o la ha tenido alguna vez?*

—*No, solo sexo, es una promesa que me hice, no he querido que nadie se vincule emocionalmente conmigo. Saben dar donde duele, lo he visto en otras*

ocasiones... —y mirándola de refilón, añade—: usted debería saber de lo que hablo.

—*¿A qué se refiere?* — no entendió las palabras entonces, tampoco las entiende ahora. Pero acabará entendiéndolas.

—*¿Por qué no ha ido a la policía?*

Escucha un apático suspiro.

—*No lo entiende, cuando digo que todos están dentro, es que todos están*

dentro.

—Ya, ¿hay alguien que haya querido abandonar la familia con anterioridad?

—Por supuesto que sí, no es lo usual, pero sí, ha habido otros antes que yo.

—¿Y qué pasó?

Suena un leve murmullo de cojines que se acomodan.

—Ya le dije que entras cuando naces y sales cuando mueres.

—¿Murieron? ¡Qué dice hombre!

A Montaña le parece impensable que en su ciudad, esa en la que había

pasado su más tierna infancia, esa a la que acaba de volver buscando la seguridad y la protección de lo conocido, puedan ocurrir asesinatos. Pero ahora

ya sabe que hubo una secta o hermandad entre los siglos once y quince y le resulta *extraño* que, a día de hoy, haya otro *grupo* que maneje los hilos de la ciudad. ¿Se tratará del mismo grupo?

La voz de Álvaro continúa sonando en la grabación, ajena a sus

pensamientos.

—No hace falta, ponga en internet palabras como «político accidente en Cáceres» o «diputado Cáceres accidente esquí» o «atropello directivo Cáceres»,

verá que son demasiados accidentes incluso para una ciudad tan pequeña como

esta.

Montaña se acuerda de haber tomado notas durante la sesión que nunca llegó

a contrastar. Las vuelve a tomar ahora.

—¿Entonces? ¿Qué opciones tiene?

—De momento ninguna, solo advertirle a usted que vuelva por donde ha venido, es probable que aún esté a tiempo.

— Se lo agradezco, ¿hay algún cabecilla? ¿alguien que mueva los hilos?

Sigue un largo silencio.

—Claro que lo hay y no podría imaginar quién es y hasta dónde es capaz de llegar. —Las palabras suenan hastiadas, entonces y ahora.

El archivo llega a su fin, la sesión de cuarenta y cinco minutos termina.

Montaña hace *click* en el aspa y cierra la carpeta. Aún le queda por escuchar las dos últimas sesiones, las dos primeras ya las escuchó la noche que regresó de

la comisaría.

Abre *Google* y teclea «diputado Cáceres accidente esquí». Las diez primeras entradas hacen referencia a tres diputados distintos, dos muertes en Sierra Nevada y una en la diminuta estación de esquí de Béjar, un pequeño pueblo salmantino al norte de Cáceres. Teclea de nuevo «político accidente en Cáceres»

y comprueba que se citan dos cargos políticos que habían tenido accidentes de tráfico por exceso de velocidad en las inmediaciones de la ciudad.

Por último, aunque ya no le hace falta corroborar las palabras que acaba de escuchar por boca del difunto Álvaro, teclea «atropello directivo en Cáceres».

De nuevo, las diez primeras entradas que arroja *Google* hacen referencia a la

muerte de tres diputados distintos en diferentes zonas de la ciudad. Las entradas

no hablan de sospechosos o de culpables encarcelados, se limitan a describir datos de los atropellos.

Ocho personas muertas en los últimos cinco años. Todas relacionadas, según Álvaro, con el llamado Concejo de los Doce.

Anota los apellidos en una hoja de papel, algunos de ellos pertenecen a familias nobles.

Se puede imaginar lo que Álvaro debió padecer desde la última vez que se vieron. Puede entender lo que supone pertenecer a ese Concejo. Le vienen a la

memoria unas palabras de Álvaro en una de sus citas, le dijo algo así como que

sus valores morales y principios entraban en conflicto con los intereses del Concejo, fue ahí donde empezó su calvario.

¿Qué es lo que podrían pedirle a ella? Teniendo en cuenta su trabajo y que algunos de sus pacientes es gente con renombre y con dinero, tal vez pretendan

ahondar en sus intimidades.

No volverá a Madrid, no puede, la inseguridad que sintió en aquella ciudad le hizo temer por su propia vida.

Hay más ciudades.

Pero empezar de cero otra vez se le hace cuesta arriba. Además, pese a todo, Cáceres ejerce un inexplicable influjo sobre ella.

El sonido del teléfono fijo la saca de sus cavilaciones. Se levanta del escritorio y se lleva el portátil con ella, para apagarlo correctamente mientras contesta la llamada. El recuerdo de la voz distorsionada de la noche anterior la

detiene en seco. Pero al momento piensa que también puede ser de la residencia

de su madre, la suelen llamar al fijo y al móvil cuando su madre tiene un día bueno.

Nunca se acuerda de comprar un teléfono con reconocimiento de llamada. Lo coge en la cocina, a la cuarta llamada.

—¿Montaña?

Una voz cariñosa y achacosa suena al otro lado. Montaña no la reconoce.

—¿Montaña, estás ahí? —vuelve a insistir la voz.

—Sí, ¿quién es?—pregunta con voz suave y desconfiada.

—Soy yo, querida, tu abuela Marisa.

Montaña se queda sin palabras.

—¿Abuela? —preguntaextrañada.

—¡Cariño! ¡Qué alegría! Pensaba que estarías en la consulta y me he dicho, voy a llamarla a casa por si acaso, como no tengo tu móvil.

Tampoco se lo ha pedido nunca.

—¿Cómo estás, abuela? ¿Todo bien?—Supone que habrá dado con el fijo en la guía telefónica.

—Oh sí ,querida, estamos muy bien tu abuelo y yo. Precisamente te llamaba para invitarte a comer, tenemos tanto de qué hablar...

«Y que lo digas», piensa Montaña.

—¿Sabes algo de tu madre?

Montaña calla. Su madre lleva años ingresada en una clínica para enfermos de alzhéimer en Zaragoza. Y su abuela por supuesto que lo sabe. Intuye que la

anciana está más al día sobre la situación de su madre de lo que deja entrever.

—Está muy bien, gracias.

—Bueno cariño, ¿te apetece venir a comer mañana?, tu abuelo y yo tenemos muchas ganas de verte y de ponernos al día. Sabemos que te va muy bien y que

mudaste la consulta a Cánovas, es mucho más práctico que trabajar en tu propia

casa todos los días.

En otras circunstancias, a Montaña le hubiera extrañado que su abuela, de ochenta y dos años, estuviera al día de sus particularidades. Pero teniendo en cuenta lo que ha averiguado en los últimos días, no le sorprende.

—De acuerdo abuela, os veo mañana.

—¡Qué ilusión hija! ¡Ya verás tu abuelo qué contento se va a poner!

—Hasta mañana abuela.

—Hasta mañana cariño.

Cuelga el teléfono y se queda mirando el ordenador.

A su abuela no le importa lo más mínimo su madre, no es hija suya. Su padre

falleció a causa de un infarto al corazón, hace ahora diez años de eso.

Siempre

fue el hijo favorito de su abuela, su madre había sido una rival con la que
batirse

eternamente para conseguir la atención de su hijo.

Todo lo más que su madre pudo hacer para sacar a su padre de las faldas de

su abuela fue llevárselo a Cáceres, tan solo a diez kilómetros de Malpartida.

A su

muerte, su abuela se desentendió de ellas.

Hasta ahora.

Las palabras en la grabación de Álvaro han sido todo un acierto.

Cuatro años después de la muerte de su padre, en dos mil once, su madre
enfermó de alzhéimer. No fue algo repentino, a ratos no recordaba y a ratos
tenía

momentos de pasmosa lucidez en los que ella misma buscaba información
sobre

el mal que la aquejaba. Montaña se la llevó a Madrid y tras un año de
agotadora

convivencia en la que su madre empeoró, visitaron la clínica de Zaragoza,
una de las mejores, según había averiguado su propia madre, para los
enfermos de alzhéimer.

Cuando Montaña físicamente no pudo hacerse cargo de ella, la ingresó en la

clínica. Todas las semanas iba a verla.

Había sido así hasta que se mudó a Cáceres, entonces sus visitas se habían espaciado: a una al mes.

En unos días tiene previsto viajar para visitarla.

Nunca volvió a saber nada de la familia de su padre. Nadie se interesó por ella o por su madre.

Hasta hace unos instantes.

Y la verdad, para su propio asombro, tiene curiosidad por saber de ellos.

Capítulo 17

Montaña está trabajando en el despacho de casa. En el móvil le acaban de entrar dos mensajes de Silvia, su compañera y amiga de Madrid. En uno le indica que la llame por Skype cuando vea el siguiente mensaje. El siguiente mensaje es un enlace en el que Montaña pincha. Al cabo de unos segundos, el enlace le lleva hasta un reportaje de una conocida revista en el que su abuela, Marisa Solís, es la protagonista.

El reportaje comienza con las siguientes palabras:

Marisa Solís no es una anciana al uso. A sus ochenta y dos años su mente conserva una lucidez extrema, acentuada por las experiencias vividas, propias y

ajenas. Sus actividades diarias consisten en meditar, practicar tai-chi, montar a caballo y compartir cenas y comidas con sus allegados.

En su finca «Hacienda La Tejedora» goza de la libertad que necesita.

La foto de un enorme salón, que Montaña recuerda vagamente, aparece a continuación y se describe como:

El espectacular salón es la joya de la mansión: especialmente proyectado para recibir comensales y diseñado con baldosas de mármol blanco traídas de

las canteras de Macael. Rincones acogedores, cubiertos con alfombras persas adquiridas en el mercado de Estambul, una espectacular chimenea encendida

durante todo el año salvo los meses de verano y una alargada mesa de comedor

con elegantes centros compuestos por flores de sus propios jardines, cambiadas

a diario. Los rincones, además de las alfombras persas, están amueblados por cómodos sillones de pana azul marino y mesas de centro. El toque de luz lo aportan enormes ventanales que enmarcan los jardines y las vastas extensiones

de terreno, olivos y encinas que pertenecen a la inmensa hacienda.

Unas fotos más de los animales y de las hectáreas de la finca, y el periodista añade:

En las comidas y cenas que suelen celebrar no falta el buen vino de la tierra,

los espectaculares quesos de sus propias queserías, el jamón de los cochinos de

sus dehesas y la cotizada carne de sus terneras y corderos. También las mejores

verduras de sus huertos. Y es que pocas personas pueden resistirse a una invitación de esta adorable mujer.

¿Adorable?

Su abuela posa vestida con una falda pantalón y botas de montar. Lleva la

melena rubia recogida en una pequeña cola de caballo y un coqueto sombrero.

Sonríe leve y artificialmente junto un caballo de cabeza refinada, frente amplia y

ojos grandes y expresivos.

El reportaje continúa:

Para mantener su estilizada silueta, Marisa, cabalga todas las mañanas con su yegua Esmeralda, un hermoso ejemplar adquirido a un misterioso jeque árabe.

En otra fotografía su abuela cabalga a lomos de la yegua y a lo lejos, un jardinero poda los arbustos del jardín.

En la pantalla de *Skype* ve que Silvia está activa. Pulsa su nombre y al instante aparece el rostro de su amiga con el fondo del despacho de la consulta

de Madrid.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué tal estás?—pregunta risueña desde el otro lado de la pantalla—, ¿todo bien?—, pregunta con preocupación al percatarse de la mala cara de Montaña.

—Más o menos.

—¿Has visto el reportaje de tu abuela?

—Sí.

—Esa mujer me fascina ¿sabes?

—¿Y eso?—pregunta Montaña sin disimular su desgana.

—Es bellísima, está estupenda para su edad... y el pedazo de finca que tiene, ¿no tienes el más mínimo interés en conocerla?

—Pues mira, justo me acaba de llamar esta mañana para invitarme a comer.

—¿Vas a ir a la hacienda?—pregunta en con una mezcla de emoción y asombro.

—Sí.

—Dios, mataría por poner un pie allí.

—Oye, ya sabes que no se portó bien con mi madre.

—Pues en la línea de todas las suegras, ¿no?

—No sé, Silvia, es todo un poco raro, están pasando cosas, no sé.

—¿A qué te refieres?

Montaña no contesta.

—¿Está relacionado con la regresión de Andrea?

—No lo sé, hace unos días me llamó Asbel, un ex paciente mío y profesor de Andrea ha sido asesinado.

—¡Dios mío, Montaña!

—Sí, así como te lo cuento. Estoy repasando las grabaciones de sus sesiones y joder, en su día pensé que estaba paranoico, pero ahora...

—¿Ahora?, Montaña, habla con el inspector Asbel, sabes que puedes confiar en él, es un buen hombre y además, Lola y yo (Lola es la otra socia del gabinete)

siempre hemos creído que estaba enamorado de ti.

—Por favor, Silvia, no me agobies, no sé para qué te cuento nada. La relación entre el inspector y yo es puramente profesional, más interesada por su parte, diría yo.

—Sí, claro, lo que tú digas.

—Por cierto, iré a ver a mi madre en unos días y creo que pasaré por el piso de Madrid, ¿puedes decirle a Marcia que le de una pasada?

Marcia es la mujer que limpia el gabinete y los pisos de cada una de las socias.

—Claro que sí, avisa cuando vengas y hacemos por verte. Lola y yo te echamos mucho de menos.

—Lo intentaré. Yo también os echo de menos.

—Prométeme que hablarás con Asbel.

—Oh venga, Silvia...

—¿Prefieres que le llame yo?

—¡No!

—Y mantenme informada de la comida de mañana ¡qué suerte tienes!

—Y que lo digas, muchos besos y cuídate.

—¡Un besote gordo!

No muy lejos del R66, alguien teclea un *wattsap* en el teléfono. Por suerte, esta vez la psicóloga ha hablado en el despacho que antes hacía las veces de consulta, donde está colocado uno de los *bichitos*.

«Se va a Madrid unos días»

Capítulo 18

Ha anulado las citas de la mañana, pero no puede anular las de la tarde. Su deber para con sus pacientes está por encima de su situación personal. Come un

poco de pasta en casa. La noche no ha sido fácil, se maquilla a conciencia y va a

la consulta. Pese a que cuenta con plaza de garaje en el sótano del edificio, aparca en el parking del obispo Galarza. Prefiere dar un paseo por la calle Pintores, ver escaparates y tomar un té frente a la iglesia de San Juan.

De niña, cuando su padre o su madre iban caminando a recogerla al colegio, solía merendar en alguna de las terrazas de la calle Pintores, o en el Kiosco de Cánovas. Tortitas con nata y caramelo y un vaso de leche para ella, descafeinado para su padre y un cortado para su madre.

Qué lejos quedan aquellas tardes.

Son las cuatro de la tarde y las calles están vacías. Se cruza con algunos turistas que bajan hacia la plaza y el casco antiguo.

Tiene la vaga sensación de que la observan, o es su imaginación sugestionada por la llamada distorsionada y por los sucesos de los últimos días.

No quiere obsesionarse, como en Madrid. La mayoría de los camareros de los bares y tascas han terminado con las comidas y se asoman a la calle. No hay peligro.

Sin embargo, está incómoda desde que ha salido del parking.

De origen medieval la Iglesia de San Juan Bautista en Cáceres se sitúa en la plaza del mismo nombre, a extramuros de la ciudad monumental. Es una de las

parroquias más populosas y en su día tuvo el nombre de San Juan de los Ovejeros, porque en la zona se asentaban los ganaderos trashumantes que

visitaban la ciudad. Está ubicada en un espacio encantador, con restaurantes y mesones donde degustar productos de calidad de la cocina extremeña.

Y también es el sitio ideal para tomar un aperitivo o un café, como es la intención de Montaña Solís que toma asiento en una de las esquinas a la sombra,

desde donde puede dominar toda la plaza. Aunque la temperatura no es muy elevada, se nota el sudor en la frente y en las axilas.

El camarero acude servicial a atenderla.

—Un té con hielo por favor.

El zumbido de una mosca le pasa varias veces cerca de su cabeza. A medida que va respirando, nota cómo se le pasa la paranoia.

El camarero vuelve con una bandeja que sostiene un vaso con hielo, una tetera de metal y dos sobres de azúcar, morena y blanca.

—¿Me trae una botella de agua fría por favor?

—Ahora mismo ,señora.

Tras darle un buen trago al agua, se siente mucho más relajada. Su mente le ha jugado una mala pasada, precisamente a ella, haciéndola creer que alguien la

observa.

Desde aquel rincón tranquilo, echa mano de su lógica y su lógica opina que está a salvo. No hay nada que temer. Ellos o ese dichoso Concejo entre los que

cree que están sus abuelos, según las palabras de Álvaro, aún no saben qué partido va a tomar así que no tienen motivos para hacerle nada. Pero...

Pero.

¿Está relacionada la llamada distorsionada con el Concejo? Es decir, ¿quien

le está pidiendo que saque datos de Andrea es el Concejo? ¿Y cómo saben que Andrea sabe? ¿Alguien vio a Andrea con el profesor? ¿O tal vez encontraron algo

que comprometía a Andrea entre las pertenencias de Álvaro?

—¡Joder! —El pulso de su mano derecha le ha fallado al verter el té en el vaso de cubitos de hielo y ha derramado parte del té sobre la mesa. Se apresura a

empapar servilletas antes de que el líquido resbale por la mesa. Su mente va a cien y debe calmarla, en menos de media hora tiene una cita con el primer paciente de la tarde.

Un grupo de turistas se sienta en otra de las mesas formando un poco de ruido. Montaña identifica el idioma, portugués. El mismo camarero sale a

atenderles con la misma rapidez que a Montaña. Se dirige a ellos en su idioma,

cosa que los portugueses agradecen, y les gasta un par de bromas.

La psicóloga se relaja y es entonces cuando se siente preparada para retomar su paseo hacia la consulta de Cánovas, a la que llegará en cinco minutos.

Recoge sus cosas, paga la cuenta en el interior del mesón y continúa calle arriba

hasta llegar al parque y entrar en el edificio donde se encuentra la clínica.

No debería haber dejado el coche tan lejos, cuando salga será de noche. Si le dejan un hueco entre paciente y paciente, irá a por él.

—Buenas tardes, doctora —saluda Montse, la recepcionista, cuando la ve salir del ascensor.

—Hola, Montse, buenas tardes, ¿qué tal todo?—saluda apoyando el antebrazo sobre el impoluto mostrador.

—Muy bien, la tarde está tranquila, de momento. —Apunta con la cabeza la sala de espera, vacía aún. Montaña sigue su mirada.

—Espera media hora y verás.

—Ah, doctora, por cierto, le quería contar algo — le comenta en tono de suspense mientras rebusca en la pila de periódicos de días atrás—, verá, el profesor este que encontraron muerto el otro día en la Torre Caleros, ¿conoce la

noticia?

A la psicóloga le pilla desprevenida.

—Sí, el profesor de historia... —responde con cautela.

—Álvaro Dávila —Montse le muestra la noticia, con foto incluida de Álvaro en una de sus conferencias —este hombre llamó para pedir cita con usted varios

días antes de su muerte: es, era, profesor de uno de mis hijos en la Facultad.

Montaña se queda muda.

—¿Qué dices? —Intenta tragar algo de saliva pero la boca se le ha quedado seca.

— Sí, sí, estoy segura, tanto Iris como yo lo tenemos apuntado, usted tenía la agenda a tope, le propusimos otro psicólogo pero se negó, así que le dimos cita

con usted para finales de Abril.

—¿Lo tienes anotado?

—Sí, claro, está incluido en sus citas de Abril.

—No, me refiero a los días en que llamó , ¿la hora?

—No sabría decirle... —dice como haciendo memoria—, llamó dos veces estando yo y una estando Iris. Lo comentamos hoy en el cambio de turno.

Montaña aún no sale del shock.

«¿Álvaro había intentado hablar con ella antes de ser asesinado?»

—¿Recuerdas si dijo algo más?

Montse desconfía un poco de su interés y de su perplejidad. Ella no puede saber que Álvaro había sido paciente suyo tiempo atrás, cuando pasaba consulta

en casa.

—No, solo quería tener una cita con usted ¿por qué lo dice?

Será mejor que cambie cuanto antes el *interés* por la llamada a *estupor* por la llamada.

—Es extraño ¿verdad? —pregunta vagamente.

—Sí, lo es.

El sonido del teléfono las distrae de la conversación. Montse descuelga y enseguida se pone a hablar con alguien, un paciente. Montaña aprovecha para escabullirse por el pasillo y meterse en su consulta.

Apuesta a que Montse hablará con la policía del tema, si es que no lo ha hecho ya.

Al final, va a tener que hacerle caso a Silvia : saca el móvil y busca el teléfono del inspector Asbel Oquillas.

Capítulo 19

A pesar de cómo empezó, la tarde en la consulta transcurre tranquila. Por suerte, un paciente cancela a última hora así que no tiene que hacer esperar mucho al inspector que puntual, la espera en la sala.

Utiliza la cámara del móvil para quitarse un poco el maquillaje. Se retoca con polvos translúcidos, un poco de cacao en los labios y lista para recibir al policía.

Se suelta el pelo y sale.

Él se levanta cuando escucha sus pasos. La observa mientras se acerca, su seguridad le intimida un poco, a veces, y le provoca tensión. Una mujer

interesante, como diría su antiguo compañero en Vitoria, quien sentía una

profunda admiración por el sexo femenino. No es esta tensión una sensación novedosa. Ya la ha experimentado antes, siempre que juegan en el terreno de la

psicóloga. Es decir, en cualquier sitio menos en la comisaría.

Montaña tiene ese efecto en él desde que se conocieran en Madrid, años atrás. Entonces él estaba casado con su novia de siempre y su deseo de que la vida pasara rápido no era algo que se esforzase en disimular. Ahora, después del

divorcio exprés, siente que tiene toda la vida por delante y que Montaña volviese

a la misma ciudad a la que él pidió ser trasladado... En fin, la vida te da sorpresas.

—Buenas tardes inspector —saluda afablemente la psicóloga, tendiéndole la mano.

La intención de saludarla con dos besos queda relegada a un mal disimulado segundo plano.

—Buenas tardes Montaña, ¿qué tal está?

—Bien gracias, pero no me hubiera importado acercarme a la comisaría.

—No se preocupe, me pilla de paso, además, en esta ciudad, las distancias tampoco son tan grandes ¿no le parece?

—Sí, aunque al final una se acaba acostumbrando a coger el coche para ir a cualquier sitio.

Fieles al acuerdo del último encuentro, continúan *usteándose*.

—Pase por favor —le indica que le acompañe a su consulta.

Aún quedan pacientes de otros profesionales deambulando por la clínica,

personas que acaban de salir de trabajar y es el único momento del día en el que

pueden ir a la consulta.

Es ella quien le franquea el paso esta vez y él acepta complacido. La

psicóloga tiene tiempo de echar un vistazo a su vestimenta, pantalones utilitarios

color cámel, zapatos Camper Pelotas y jersey azul marino. «Un hombre práctico», piensa.

—¡Vaya, menudas vistas! —admira el inspector dirigiéndose hacia el

ventanal que da al parque de Cánovas. De noche, las luces lo hacen aún más atractivo—. No me extraña que tenga lista de espera.

—¿Cree que mis pacientes vienen solo por admirar las vistas? —inquire con una mirada coqueta que no puede evitar.

Él se gira y con las manos en los bolsillos, se encoge de hombros.

—Yo pagaría por tener unas vistas como estas, si tengo que ser su paciente,

bueno ¿qué quiere que le diga? en comisaría hay más de uno que cree que estoy

loco.

—Pues no se hable más, a la salida pídale una cita a Montse y le espero por

Mayo ¿té o café?

El inspector se ríe del comentario y la arruga de su frente, esa que es casi nueva para Montaña, vuelve a surgir.

—Un poco de agua me irá bien, gracias.

—Claro, tome asiento por favor.

Montaña va hasta la pequeña cocina y sirve agua fresca en una jarra, saca dos vasos de un armario y vuelve a la consulta. El inspector está sentado en el sofá,

ella toma asiento en su otomana, como si fuera un paciente.

—Quería hablar con usted sobre algo de lo que me he enterado esta tarde.

El inspector la mira con prudente curiosidad.

Ella, como siempre, dirige la atención hacia su boca.

—Esta tarde, cuando llegué, Montse había visto en el periódico la noticia relacionada con la muerte de Álvaro —se detiene unos segundos para observar la

reacción en el rostro del inspector—, verá, ha recordado que trató de ponerse en

contacto conmigo días antes de su desaparición.

—¿Cuántos días antes exactamente?

—Dos o tres, lo hizo en tres ocasiones. Dos con ella y otra con Iris, la otra recepcionista.

—¿Tomaron notas?—pregunta con curiosidad el inspector.

—No, al parecer solo quería una cita, se la dieron para finales de Abril.

—¿Tiene idea de lo que podría querer hablar con usted?

Montaña niega con la cabeza.

—Ni idea — dice mirando primero hacia arriba y luego a la izquierda.

—¿Qué problemas tenía Álvaro cuando estuvo tratándole?

Tenía preparada la respuesta.

—Sufría una leve depresión. La ciudad y el trabajo le agobiaban, había perdido la ilusión por levantarse las mañanas y hacer todo lo que antes le procuraba bienestar.

—¿Y en solo cinco sesiones la recuperó? —pregunta el inspector sin darle importancia.

Pero Montaña sí le da importancia. Justo iba a contarle lo de la llamada con la voz distorsionada, pero cambia de idea.

Inexplicablemente.

Para ella.

—A veces los pacientes faltan a sus citas una vez, dos, tres y ya no vuelven.

Eso no implica que estén recuperados.—Hace un esfuerzo por controlar el tono

de voz y la expresión. No le ha sentado nada bien la pregunta del inspector, aunque sabe que la ironía no es su fuerte, no le ha gustado. Las palabras que expresa a continuación son suaves, pronunciadas con calma, como si fuera un paciente al que está tratando—. Puede implicar que la terapia no es efectiva o que el paciente tiene mejores cosas que hacer que venir a admirar mis vistas.

—Sin embargo, a usted le ha parecido extraño que tratara de contactarla varios días antes de su muerte, por eso me ha llamado ¿no?

—Sí, por eso usted es policía y yo solo una psicóloga.

El inspector recoge el guante y se retrepa en el sofá.

—No quiero hacerle perder el tiempo —dice Montaña a modo de disculpa, pero no puede disimular un ligero matiz de soberbia.

—No se preocupe, es importante que quisiera ponerse en contacto con usted. Tal vez sospechaba que alguien le vigilaba o temía por su vida.

—En ese caso, ¿por qué no habría ido a la policía? —pregunta inocente Montaña, aunque cree conocer la respuesta.

El inspector gira la cabeza hacia la derecha, como si consultara los libros que Montaña tiene ordenados en la estantería.

—Es una opción. Tal vez solo quería hablar con alguien. —Mira su reloj y, como si de repente se le hubiera ocurrido, pregunta—: ¿Tiene hambre?

La pregunta es toda una invitación y a Montaña le pilla por sorpresa.

—Eh, no, en realidad no he cenado...— «Vaya contradicción acabo de soltar », piensa.

—Podemos picar algo, si le apetece.

La voz del inspector también ha cambiado, súbitamente, un trago de saliva a mitad de la frase le delata.

—Dejé el coche en obispo Galarza, podemos tapear algo por la parte antigua.

—Perfecto.

Capítulo 20

Son casi las diez de la noche cuando abandonan la clínica bajo la curiosa mirada de Montse.

La noche está en calma y la temperatura es de unos unos quince o dieciséis grados. Una temperatura que, para esta fría ciudad, resulta agradable. No hay viento, quizá sea el preludio de la huidiza primavera. Pandillas de jóvenes atraviesan a paso rápido el parque de Cánovas en dirección hacia la Plaza Mayor,

o tal vez la calle Pizarro, sitios llenos de locales de copas y de discotecas.

—¿A qué edad se marchó?

Montaña se ajusta el fular al cuello, su garganta es delicada. Caminan por la parte derecha de la calle Pintores. No recuerda si la tradición dice que se sube por la derecha o por la izquierda, o al contrario.

—Con dieciocho, terminé COU y selectividad y me fui a estudiar la carrera, ¿y usted, por qué dejó Madrid?

Al inspector le fascina el tira y afloja que se traen desde que se conocen. ¿En serio no sabe nada de su divorcio? Es la primera vez que la invita a cenar. Algún

café que otro han compartido, pero solo por gajes del oficio y no más allá de la

máquinas de *vending* de las comisarías.

—Quería un cambio de aires, me separé y me vine.

Ella le mira, esta vez a los ojos, en realidad no sabía lo de su divorcio. Le agrada la idea.

—¿Por qué Cáceres? ¿Tiene familia aquí?

—La plaza de inspector estaba disponible, quería una ciudad tranquila, bonita y con un clima medio. Además, usted me había hablado muy bien de esta ciudad

—añade con picardía.

—Sí, la verdad es que pasear por el casco antiguo es una gozada. Está muy bien conservado.

—¿Y usted? Siempre me ha llamado la atención su especialidad en regresiones y nunca me he atrevido a preguntarle.

Montaña sonríe para sus adentros, tal vez Silvia y Lola tengan razón.

Tal vez.

—¿Esta noche se va a atrever? —Su voz suena espontánea, con un arrojo que en modo alguno siente.

—Pues sí, esta noche me veo capaz, ¿y bien?

No hace falta ser psicóloga para ver que el inspector es tan hábil como ella en cambiar de tema. Mira disimuladamente hacia atrás, parece que nadie les observe. Ni rastro de la sensación que le hizo sudar por la tarde.

—En realidad no es una especialidad, es una herramienta más de las tantas que hay en el mundo de la psicología.

—Ya, pero debe reconocer que está cargada de misterio.

Ella le mira autosuficiente por encima del hombro.

—Para nada. Es solo que apenas conocemos la mente humana y cuando

empezamos a indagar, pensamos que las cosas están más allá de nuestra comprensión. Es por eso que usted ha hablado de «misterio», el misterio es la mente, no la técnica.

—Ya, entiendo.

—Nuestro subconsciente acumula recuerdos a los que apenas tenemos acceso. Una regresión hecha por un buen profesional, puede acceder a algunos y

eso puede ayudar a resolver un trauma actual.

—¿Y qué hay de las vidas pasadas?

¿Es esta una pregunta trivial?

Montaña percibe un ligero interés por encima de una insustancial conversación para rellenar tiempo.

—¿Cree usted en la reencarnación?—pregunta ella.

—Me temo que aún no me he formado una opinión al respecto, ¿usted sí?

—Hay evidencias de que así es.

—Es una respuesta muy en su línea de psicóloga.

—Crear en la reencarnación responde a numerosos interrogantes, pero ahora dígame usted :¿Todo lo que ha visto en sus años de trabajo se corresponde a la

lógica terrenal o ha habido ciertas cosas que no ha podido explicar?

Asbel se sonríe, admitiendo el *touché* de la psicóloga. Sabe a lo que se refiere, hay cosas a las que él aún no es capaz de asignarle palabras.

—Stephen Hawking escribió en uno de sus libros que al final, siempre te topas con la mano de Dios.

—Umm, no soy seguidora de Stephen Hawking, es experto en levantar ampollas. Pero sí creo que la mente, el alma, la muerte y la influencia de otras vidas anteriores sobre nuestra conducta actual son misterios de los que la sociedad se puede beneficiar.

—Póngame un ejemplo.

Llegan a la plaza y Montaña propone la tapería «Puerta de la Estrella», un local agradable y acogedor, con unas vistas privilegiadas a la plaza y unas deliciosas croquetas de queso azul con nueces que se muere de ganas por volver

a comer.

Debe ser cuidadosa con sus palabras, pese a los años que hace que se conocen, no saben nada el uno del otro.

Todos están dentro.

Hay algo en él que, al mismo tiempo que le atrae, le provoca inquietud.

—Hay pacientes que sienten aversión hacia el sexo contrario, tanto mujeres como hombres. La mayoría de mis pacientes con este trastorno han sido tratados

con terapia de regresión —Montaña le da un sorbo a la copa de vino tinto que Asbel le acaba de servir—, no todos se remontan a vidas pasadas, un alto porcentaje no lo hace, las regresiones se pueden remontar a la época en la que nacemos, apenas recordamos nada de cuando teníamos dos o tres años.

Cuando ya casi han terminado las croquetas, el camarero aparece con un

plato de carrilleras de la tierra. Montaña espera a que se marche para continuar

hablando.

—¿Tiene idea de la cantidad de personas de las que algún progenitor ha abusado siendo apenas unos niños o incluso bebés?

—Hombre, por mi trabajo, alguna idea sí tengo, pero realmente, cuando eso ocurre... quiero decir, cuando una persona descubre con cuarenta años que abusaron de ella cuando era pequeño, ¿es efectivo?, entiéndame bien, yo creo que me sumiría en una depresión saber que algún familiar me había hecho algo

semejante.

Le escucha y al mismo tiempo no pierde detalle de sus modales en la mesa.

La servilleta descansa sobre sus muslos. Come bocados pequeños, con la boca cerrada. Se pasa la servilleta por los labios antes de beber de la copa. Nada de codos en la mesa. Distráido en la conversación, su rostro expresa claramente sus

sentimientos.

—Descubrir el motivo por el que no mantienes relaciones sexuales o por el que no te gustan, a pesar de tener al lado a una persona que te quiere, o que simplemente, te asustan los hombres. Dar con ese motivo es un punto decisivo para empezar a llevar una vida normal —añade ella.

—¿Lo consiguen?

—Aún no he conocido a nadie que no lo haya hecho.

Asbel sirve un poco más de vino.

—¿Y qué hay de las otras vidas? ¿Te ha pasado alguna vez?

Montaña se lleva la copa a los labios y bebe.

—Alguna vez sí.

—¿Aquí en Cáceres?

Ella niega con la cabeza.

—En Madrid.

—¿Y cómo lo haces? Quiero decir, ¿les das algunas indicaciones sobre la época o algo parecido?

La psicóloga se limpia los labios con la servilleta antes de hablar.

—No, yo únicamente les indicó cómo llegar al estado de relajación total, es la persona, su subconsciente o su mente quien elige la época.

—¿Es entonces algo fortuito?

—El terapeuta puede indicarle que busque algún suceso o situación que esté relacionado con su miedo o fobia actual. ¿Estás interesado en hacerte una? —
bromea, tratando de llevar el tema por otros derroteros.

El inspector ríe entornando los ojos.

—Tendré en cuenta tu ofrecimiento.

Montaña mira su reloj, son más de las once de la noche.

—Asbel, me vas a disculpar, pero es un poco tarde, mañana tengo un día completo.

—Sí claro, disculpa, a mí también se me ha pasado la hora.

Él insiste en pagar la cuenta y Montaña acepta a regañadientes.

Suben juntos las escaleras de la Calle Paneras hasta el parking y la acompaña hasta su plaza. Algo que Montaña agradece de buena gana.

—Gracias por la cena, inspector —dice mientras paga el ticket en la caseta.

—Ha sido un placer, si recuerda algo más sobre Álvaro Dávila coméntemelo por favor.

—Descuide.

Cuando se acomoda tras el volante, cae en la cuenta de que en toda la noche han hablado de Álvaro Dávila, tan solo le nombraron en la consulta. Toda la conversación ha girado en torno a su profesión y , en concreto, las regresiones.

Desde que conoce al inspector, jamás se ha interesado por esta rama de su trabajo.

Nada en el caso del profesor asesinado puede ser relacionado con este tipo de terapia.

—Inspector...—le dice antes de arrancar.

—¿Sí?

—Hay algo que querría pedirle, algo confidencial que me ha surgido en estos días. Verá, yo podría hacerlo, pero no quiero levantar ampollas.

—¿De qué se trata?

—Sería algo completamente extraoficial y, por favor, le pido que no me haga

preguntas...

—Montaña, ¿de qué se trata?—insiste el inspector, doblando el cuerpo hasta la altura de la ventanilla del coche —, sabe que puede confiar en mí.

—Es sobre «Hacienda La Tejedora», la que está en Malpartida.

—La de sus abuelos...

Montaña le mira extrañada segundos antes de caer en la cuenta de que están en una ciudad pequeña y Asbel es policía, ¿cómo no va a saber quiénes son sus

abuelos?

—Exacto, ¿podría averiguar a nombre de quién está?

Cuando el inspector abandona caminando el parking, otro coche también lo hace: con las luces apagadas toma el camino contrario.

Capítulo 21

—En suspensión.

—¿Cómo dice, inspectora?

—Lo que has oído, el caso está en suspensión —es la tajante respuesta de la inspectora jefe Elena Román cuando entra a su oficina seguida de cerca por Asbel.

—¿Han dejado el caso en suspenso?

Elena suspira y hace un amago de desmayo sobre la silla giratoria.

—Es lo que hay —sentencia entornando los ojos y cruzando elegantemente

una pierna sobre otra. Para ella la conversación ha terminado y así se lo indica

desviando la mirada hacia la pantalla de su ordenador.

Asbel se mesa el pelo de forma compulsiva.

—Por favor, empieza de nuevo.

La inspectora respira hondo inflando las mejillas, suelta el aire y le indica que cierre la puerta.

—¿Qué quieres que te diga? —le apunta con dedo acusador. El tono de voz es bajo, pero autoritario—, no voy a tolerar este comportamiento en público.

¡Asbel tus desacuerdos me importan una mierda!

—Joder Elena, perdona, es solo que no entiendo por qué suspenden el caso.

—No hay nada por donde tirar ¿puedes entender eso?

El inspector, nada convencido, camina acelerado de un lado a otro del despacho.

—¡Sí, joder!— replica irritado, pero al segundo se da cuenta de que tiene que mantener la calma—: Disculpa, es solo que siempre que ocurre algo así...

Ella le mira arqueando las cejas.

—Siempre que ocurre algo así ¿qué?— dice impaciente, alzando un poco la voz.

—Quiero decir, un asesinato en esta ciudad, gracias a Dios no hay muchos, se deja a la mitad y sobre todo si el muerto es conocido.

La inspectora jefe descruza las piernas y se levanta. Camina hacia la parte delantera de la mesa de despacho y se apoya sobre ella.

—Mira, Asbel, no hay ningún hilo del que tirar, no tenemos ni una mísera pista así que no podemos pasarnos los días haciendo conjeturas —hace una pausa para repensar lo que va a decir y darle más intensidad a sus palabras—: ¡Si

las órdenes son preparar el jodido dispositivo de Semana Santa, lo haces y punto! ¿Te ha quedado claro?

El inspector está a punto de contarle la conversación con Montaña la noche anterior, pero prefiere callárselo. Agacha las orejas y responde:

—Cristalino.

Acto seguido abandona el despacho con un portazo ante la atenta mirada de su compañero Ettore.

Capítulo 22

El obispo está en Plasencia inaugurando unos ejercicios espirituales en una de las propiedades de la Diócesis.

« Unos ojos menos ante los que aparentar», piensa Julio Céspedes, V.E., mientras observa desde su despacho cómo los jardineros cortan el césped. Él lo

ha ordenado.

El día amanece con unas nubes oscuras que presagian tormenta y la

temperatura no supera los doce grados. Inexplicablemente, prefiere los días nublados a los soleados. Los soleados le obligan a buscar sombra, los nublados

no. Le gusta poder mirar al cielo directamente, de tú a Tú.

Y es que su mente no para, tiene un esquema formado con los

acontecimientos de los últimos días y también, un ajedrez, aunque este descansa

bajo llave en el armario de su habitación privada en el Palacio Episcopal de Cáceres. Tampoco falta en su mente un esquema de los sucesos de las últimas semanas.

La red de pasadizos en el subsuelo de Cáceres es como una ratonera, en eso está de acuerdo con Antonio Ulloa, El Rey del Ladrillo, pero el tiempo transcurrido es intolerable. Está rodeado de señoritos comodones e incompetentes. Ya tendrían que haber encontrado algo.

Lo que quiera que sea, calcula que alcanzará un valor estratosférico en el mercado negro. Y ya no está el dichoso profesor para incordiar. Vía libre cien por cien. El muy cabrón había entrado en contacto con el mismísimo museo Vaticano en varias ocasiones, ¡a sus espaldas! ¿Qué pretendía? ¿Hacerse el héroe? El iluso pretendía que los tesoros y reliquias que ellos habían ido expoliando o encontrando, invirtiendo importantes cantidades de dinero y comprometiendo sus cargos públicos, ¡descansara en Roma con un fin puramente divulgativo!

¿Tenía idea aquel infeliz de sus compromisos? ¿Tenía idea de las consecuencias que su actitud podría traerle con los Terranova? ¿A qué coño estaba jugando? Después de todo lo que había hecho por él...

Es pensar en el pobre infeliz y le llevan los demonios.

Ahora toca esperar a que la psicóloga se posicione sin utilizar la artillería pesada. De momento, están probando con la *light*. Marisa Solís puede llegar a ser enternecedora en el papel de abuela, aunque no sabe qué le da más miedo.

La pregunta del millón es ¿de qué parte está la nieta de los Solís?

Por suerte, no tardará en saberlo. Espera impaciente una llamada desde Malpartida.

Capítulo 23

Braulio, el guardés de «Hacienda La Tejedora» cabalga cerca de la cancela de entrada, atento a cualquier ruido semejante al motor de un coche. Está impaciente por la llegada de Montaña. Hace más de diez años que no ve a la hija

de su difunto amigo Rodrigo. Le han prohibido que se acerque a ella.

Sintió la muerte de Rodrigo como quien siente la muerte de un hermano.

Crecieron juntos en la casa del pueblo. Él, siendo el hijo del chófer y de la criada; Rodrigo siendo el hijo de los señores. Aún así, no había ningún obstáculo

que impidiera su amistad, tan solo la mala envidia de los hermanos de Rodrigo,

que siendo este el primogénito, era el más querido por sus padres y por los trabajadores de la casa. Era afectuoso y muy cuidadoso en sus modales, prefería

comer con el servicio a comer en el comedor principal, pese a las regañinas de la

Señora Marisa.

Como buenos amigos que eran, Braulio estaba al tanto del chantaje al que el

Concejo sometía constantemente a Rodrigo.

Desde la loma de la colina, observa con recelo la cancela de entrada, no le gusta nada que los viejos hayan invitado a Montaña a comer.

Montaña repostó gasolina antes de salir de Cáceres.

Ha pasado la noche tratando de mentalizarse sobre lo que le espera al día siguiente. Necesitó la ayuda de un somnífero para conciliar el sueño. Menos mal

que la clase con Paola la ha despejado por completo. Aún se resienten algunos

de los músculos de su cuerpo que empiezan a protestar conforme se van enfriando.

En la consulta atiende a cuatro pacientes, una hora por paciente.

Pasa por la Pastelería Sueños, en Islas Filipinas, cerca del R66 y recoge una tarta de manzana, especialidad de la casa.

Son casi las dos cuando deja a un lado la carretera y toma el desvío que lleva a la finca de sus abuelos paternos.

En el campo, todo le resulta familiar.

Gira a la derecha por el sendero de grava y en apenas dos minutos la cancela de la finca le sale al paso. Sus abuelos la han dejado abierta. Reduce la velocidad.

El nombre está grabado en letras de forja : «Hacienda La Tejedora», bajo éstas, dos letras despiertan su curiosidad: «FF»

Levanta el pie del freno y atraviesa la cancela. Se pregunta si debe cerrarla, pero un jinete se acerca por su derecha y le hace gestos para que continúe. Se dice que será el capataz de la finca y estará avisado de su llegada.

Hay casi un kilómetro desde la entrada hasta el cortijo. Encinas y olivos forman el paisaje de cientos de fanegas de tierra. Los animales están más al fondo, caballos, vacas, ovejas, cabras, gallinas y hasta conejos. Todo forma parte

del negocio: potros, terneras, cabritos, huevos, queso, leche y la carne de conejo.

Trabajan casi treinta empleados en la finca, gente del pueblo que, a pesar de los

años, se ha mantenido al servicio de los Solís.

Cuando sus abuelos la compraron a precio irrisorio, los antiguos propietarios

procedían del gremio de los tejedores en Barcelona. En honor a su antiguo oficio, el cual les había ayudado a adquirir la hacienda en la década de los sesenta, la bautizaron con tan revelador nombre. A finales de los noventa, sus abuelos ocuparon la hacienda, como era tan popular en la provincia, dejaron el

mismo nombre y empezaron a vender los productos con la denominación

«Hacienda La Tejedora». Al menos esa era la versión oficial.

Rodea una fuente que se alza como centro de una pequeña rotonda y aparca

frente a la entrada principal. Saca la tarta del asiento de atrás y al girarse casi se le cae al suelo. Su abuela está plantada en la puerta, observándola en silencio. La

mira unos instantes antes de reaccionar. Ha previsto ese momento la noche anterior, varias veces, y tiene claro cómo debe actuar. Pero al ver a su abuela allí...La mujer es más imponente en persona que vista a través de las fotos de

una revista.

—¡Hola, cariño!;Cuánto tiempo sin verte!—dice saliendo a su encuentro con las manos tendidas—. Oh—exclama admirando el rostro de Montaña—, has heredado la suave belleza de tu madre y los ojos de tu padre. Tu cara es un hermoso contraste: los rasgos duros de la mirada se suavizan con las finas facciones que me recuerdan el rostro de tu madre.

—Hola abuela —saluda Montaña, un tanto conmovida por el recibimiento.

Marisa, que desprende un pesado olor a perfume, le propina dos sonoros besos, con cuidado de no estropear el pastel.

—Oh querida, no debías haberte molestado, tenemos repostería de sobra y eres la invitada.

Por más que su abuela se esfuerza, el abuso del bótox le impide gesticular de acuerdo con las palabras que formula. Sus ojos son pequeños y vivarachos, de párpados y pieles estirados hasta casi rozar las sienes. No es muy agradable, pero

Montaña sabe que para una mujer bella es muy duro envejecer.

Acceden al interior de la casa en silencio.

—Abuela —murmura girándose hacia ella—, disculpa mi reacción, hace tanto que no nos vemos y esta casa me trae recuerdos... —Montaña recorre con

la mirada el hermoso salón fotografiado para una revista, ese cuyo enlace por internet le llegó hace unos días, cortesía de su amiga Silvia—. Es todo tan extraño... —Sus ojos se empañan. Recuerda que de pequeña a ella le fascinaba

esa casa: tan grande, tan llena de pasillos y habitaciones ideales para jugar a perderse.

—Cariño, no te preocupes, es normal, te mentiría si te dijera que a mí no me ocurre lo mismo. Somos casi dos extrañas unidas por la sangre y por un hermoso

pasado, ¿te acuerdas de lo bien que lo pasabas aquí con tus primos?

—Recuerdo más la casa del pueblo, pero todo en esta mansión me recuerda a ella, supongo que será tu toque personal.

La abuela sonrío alzando la barbilla, también retocada por el bisturí.

—Tienes razón, tanto una como otra las decoré yo personalmente. Pero salgamos al porche, allí está tu abuelo , parece que el día quiere abrir.

Mientras caminan hacia el porche, la abuela le coge del brazo y le susurra con voz compungida:

—Somos muy mayores, querida, te echamos de menos.

Hay un leve asomo de culpabilidad en la mente de la psicóloga. Ella también se siente sola desde que su madre ingresó en la residencia, ¿o tal vez antes de eso? Al fin y al cabo, todos sabemos que la sangre tira.

Marcelo las observa desde el porche a través de una pared de cristal, la cual confiere a aquella parte de la casa una luz natural y acogedora.

La abuela le estrecha aún más el brazo contra su pecho y entran juntas en la estancia, como si fueran dos buenas amigas que, tras años de separación, acaban

de encontrarse.

Marcelo apaga el puro en cuanto las tiene enfrente.

—Hola Montaña, ¿cómo estás hija? —exclama tendiéndole la mano.

Montaña, aunque contrariada en un principio, le devuelve el saludo con un apretón fuerte, sin apartar la mirada de sus ojos. Es él quien primero la aparta, desviándola hacia el campo—. Si no llueve no sé qué vamos a hacer este año.

Montaña mira hacia el mismo punto que él. Respira profundo y procura que la mezcla de olores a encinas, caballos, castaños y flores silvestres la relaje.

Examina el porche en el que están, decorado con elegantes y fornidos muebles de ratán color antracita, salpicado con cojines color blanco.

—Estoy segura de que sabréis salir adelante.

—No creas, a nuestra edad cualquier cambio en la cadena de producción supone un contratiempo insalvable.

—Pero estoy segura de que moviendo los hilos adecuados, salváis cualquier contratiempo, ¿verdad, abuela? —Dispara las palabras volviéndose hacia Marisa, que sirve un poco de limonada en los vasos dispuestos en la mesita auxiliar.

Al escucharla, Marisa sonrío condescendiente, como quien no le da importancia. Mientras termina de servir la bebida, replica:

—Bueno, querida, tu padre solía decir que hay que tener amigos hasta en el infierno, no nos quejamos. Este es un sitio pequeño, por suerte o por desgracia

nos conocemos todos. Pero, siéntate por favor.

Montaña acepta el asiento que su abuela le ofrece, el sofá frente al campo.

Marcelo, que no es tan rápido en disimular la tensión como su esposa, se vuelve

a sentar en el sillón con algo de dificultad.

—¿Estás bien abuelo?

—Sí, es solo algo de reuma en las piernas —explica cuando termina de acomodarse.

Marisa hace lo propio al otro lado del sofá. Bebe un poco y, sin soltar el vaso, continúa:

—¿Qué tal está tu madre?—ahora sí suelta el vaso sobre la mesa—,¿sigue en Zaragoza?

Las palabras son pronunciadas con tanta delicadeza que logran conmover a Montaña.

—La verdad es que siempre está un poco peor, es irreversible, gracias por preguntar.

Los ancianos se miran entre sí. Marcelo toma la delantera:

—Para nosotros siempre será de la familia, Rodrigo la quería mucho.

Entiende que no podemos dejarla de lado. Estamos al tanto de su enfermedad —

dice pesaroso— lo sentimos mucho y rezamos a Dios para que cuide de ella y le

devuelva la cordura.

Montaña inclina la cabeza hacia un lado. Alarga la mano y coge su vaso de limonada. Le da un buen trago. Parece que el refresco le despeja la garganta.

—Os lo agradezco, de corazón. Ya sabéis como es esta enfermedad, hay momentos de lucidez y momentos de oscuridad—dice al tiempo que deja el vaso

sobre la mesa y degusta el azúcar moreno de la bebida.

—¿Vas mucho a verla?—quiere saber la abuela.

En ese momento la criada aparece con una bandeja de aperitivos: jamón ibérico, lomo, chorizo, queso y picos de pan. El olor despierta el estómago de la

psicóloga.

—Gracias Dolores—dice Marisa.

—Antes más—continúa Montaña —, desde que me mudé a Cáceres, la visito menos.

La abuela alarga su mano y la pone sobre la rodilla izquierda de Montaña. Es una mano huesuda , recubierta tan solo por pellejo arrugado y amarillo.

—Es normal querida, estás muy lejos y las carreteras son muy peligrosas. Si alguna vez quieres ir y no te apetece conducir, puedes coger a uno de nuestros chóferes, así podrás descansar durante el camino.

Ahora es Montaña quien pone la mano sobre la de la anciana.

—Te lo agradezco mucho abuela, tendré en cuenta el ofrecimiento. —

Levanta la vista de nuevo hacia el campo, al fondo, algunos hombres

caminan de

una nave a otra. Están atendiendo el ganado, ordeñando las cabras o las vacas —.

¿Y mis tíos? ¿Cómo están?

Marcelo coge una tira de jamón y un par de picos de pan. Montaña le imita.

—Estupendos, Javier en la Junta y Armando en el Ayuntamiento. Suelen venir todos los fines de semana a comer y a echar una mano en la hacienda.

Sabe de ellos por su madre. Menudos piezas están hechos. La mala suerte quiso que su padre muriera de un infarto. Su madre solía decir, en sus momentos

de lucidez y antes de la enfermedad, que si uno de los dos hubiera muerto en lugar de su padre, nadie lo hubiera sentido.

—Comed un poco más de embutidos, yo voy a decirle a Dolores que sirva la comida, nos ha preparado un bacalao dorado delicioso.

La abuela desaparece por la misma puerta acristalada por la que han entrado.

Al momento, el abuelo se revuelve incómodo en el sillón.

—¿Te duele mucho?—pregunta refiriéndose al reuma.

—Hay días y días...—responde el viejo volviendo la mirada hacia el mismo punto indeterminado que hace unos instantes.

Comen mientras conversan de cosas nimias como la cosecha de este año. El

calor temprano ha echado a perder buena parte de ella. El precio del aceite ha subido, algo que les beneficia. Han ampliado el abanico de clientes a los que

venden sus cochinos, además de abastecer toda Extremadura, venden a parte de

Andalucía y Castilla y León.

Dan gracias a Dios porque van a salvar el año, pese a la nefasta cosecha.

Apenas han hablado de su trabajo ni de la consulta. Decide tantear el terreno:

—Fue una suerte adquirir una finca con tantas posibilidades a un precio tan bajo, ¿verdad abuelo?—pregunta inocente que dispara sin abandonar la amabilidad de su voz y antes de meterse un trozo de queso en la boca.

El abuelo se muerde el labio. No sabe si proseguir con la comida o

contestarle. Se lleva el tenedor a la boca y traga rápido. Bebe un poco de vino blanco, lo degusta y se limpia la comisura de los labios, todo con exagerada lentitud. Marcelo, que parece no reparar en las alarmantes miradas de su esposa,

desconoce si tras la pregunta de su nieta hay alguna intención. Asiente varias veces con la cabeza antes de responder.

—Es una pregunta un tanto indiscreta ¿no crees? Pero es obvio que sí, hija, sí, fue toda una suerte.

—Y además, que luego te expropiaran una parte pagándote tanto dinero, menudo negocio ¿no? Supongo que le pasaría a más gente.— Montaña termina

de comer y deja los cubiertos en paralelo sobre el plato. Está pisando terreno peligroso. Pero merece la pena ver cómo reacciona la entrañable pareja.

A los dos viejos ya no les cabe duda de la intención de su nieta.

—Verás hija, tu abuela y yo no tenemos ningún inconveniente en responder a todas tus preguntas. No uses el sarcasmo: con nosotros no, por favor —dice con

tristeza—, sabemos de sobra todas las leyendas que corren por ahí.

—La gente es muy envidiosa—interrumpe Marisa con media voz.

—Te diré que sí —continúa el abuelo casi cortando las palabras de Marisa—, fue un negociazo y no, no le pasó a más gente. Al menos nadie ganó lo que nosotros ganamos. Ya sabes, si tienes los contactos adecuados en los sitios adecuados, las cosas te van mucho mejor —explica con actitud resuelta—, también se trabaja duro para conseguir esos contactos.

Marisa mira a su marido y luego a su nieta.

—¿Qué sabes de nosotros, Montaña?—pregunta mientras sirve un poco más de vino tinto.

La psicóloga la mira, está un poco confundida.

—No me sirvas más por favor, tengo que conducir —solicita a su abuela—, sobre vosotros sé que no me habéis invitado para hablar del rendimiento de esta

finca ¿me equivoco?

El abuelo va a decir algo, pero Marisa le silencia con un gesto. Bebe un sorbo de vino y tras limpiarse a toques pequeños con la servilleta, añade:

—Tienes razón, no es algo que te deba interesar, pero como preámbulo no está mal.— Son obvios los gestos que el botóx veta a su abuela, por suerte las

palabras llegan más allá que la expresión—.Te queríamos hablar de nuestra familia, no solo la de sangre, otra más amplia. —Marisa no pierde detalle de la

reacción de Montaña, trata de medirla, pero la chica permanece con semblante impasible. Aguarda y suspirando, empieza a decir—: Se trata de una tradición ancestral, que ha sobrevivido con el paso del tiempo.

—¿Y quienes la forman?—Montaña cruza los brazos.

—Somos doce familias cacereñas de nobles apellidos, es una tradición que se hereda de padres a hijos. En nuestro caso, tú serías la heredera.

—¿Yo?—pregunta extrañada ¿y qué pasa con Javier y Armando?

—También, la herencia es para todos los descendientes.

—Entiendo, ¿y en qué consiste pertenecer a esta familia?

—Se trata de intercambiar favores, nos ayudamos los unos a los otros.

Montaña tose, debido al humo del puro que el abuelo ha vuelto a encender.

—Lo siento, hija —se disculpa éste, apartando el puro hacia otro lado.

—¿Como que compres una finca sabiendo que se revalorizará por una expropiación?—continúa.

La psicóloga percibe por el rabillo del ojo el movimiento nervioso de los dedos de la mano izquierda de su abuelo sobre el reposabrazos del sofá. Sostiene

el puro con la derecha.

—Es un buen ejemplo —asiente la abuela encajando el golpe con

autosuficiencia—. No sé por qué tienes tanto empeño en el motivo de adquisición de esta finca. Hay cientos de casos similares en todo el país, recibimos un chivatazo y aprovechamos el momento, ¿acaso tú no hubieras hecho lo mismo?

—Hay quien dice que empleasteis métodos poco ortodoxos para conseguir que los propietarios os la vendieran.

—Cariño —continúa la abuela sin cambiar su expresión ante las palabras de su nieta —,no sé a qué te refieres a la gente le gusta hablar. Nuestra familia ha

sufrido robos de ganado, hemos perdido camiones enteros de pienso, ha habido

años en los que nuestras crías de pollos han enfermado sin motivo... sabemos que hay otros empresarios que no dejan de ponernos la zancadilla, siempre ha sido así. Tu abuelo y yo hemos salido adelante siempre, trabajando muy duro, ¿crees que nos importan lo más mínimo las habladurías?

—Nosotros solo entendemos de trabajo—apostilla el abuelo—, nunca hemos tenido tiempo para nada más, si quieren hablar, que hablen.

—Nos importa lo que tú creas —añade Marisa apartando la mirada y una lágrima se derrama por su mejilla—, Dios, es como si me mirases a través de los

ojos de Rodrigo. —Y rompe a llorar.

—Marisa, por favor, no empieces —suplica el abuelo alargando la mano para acariciar su hombro.

—Lo siento, la muerte de un hijo es algo que nunca se llega a superar.

—Lo siento abuela, —dice Montaña sacando un pañuelo de su bolso y alargándoselo.

—Gracias cariño.

Se empieza a levantar un poco de viento.

Dolores, la criada, retira los platos de la comida al mismo tiempo que otra de las criadas, más joven, entra con una bandeja cargada de postres y sorbetes de mandarina.

—Puedes dejarlos sobre la mesa y retirarte, nosotros nos los serviremos —le ordena Marisa. La criada inclina la cabeza y se retira.

—Contadme algo más de esa otra *familia*.

—No hasta que pruebes el sorbete de Dolores.

Montaña obedece. No es muy dulce, pero tiene un sabor a menta delicioso.

La abuela, complacida y algo más tranquila, continúa:

—Podrías tener más clientes en tu consulta, por ejemplo, y subir el precio haciéndote un nombre en toda la provincia, o incluso en toda Extremadura —

dice en un fallido intento de arquear las cejas.

—Eso no mejoraría la calidad de mi trabajo —apunta Montaña entre cucharada y cucharada de sorbete.

—Tal vez te obligaría a hacerlo mejor, cariño, nunca se sabe — dice en otro fallido intento de guiñar un ojo.

—¿Y qué podría ofrecer yo a cambio?

—Oh, cariño, eso nunca se sabe en presente, a cambio solo tienes que devolver favores que estén dentro de tus posibilidades.

—Aunque eso suponga, por ejemplo... no sé, digamos ¿violar el código deontológico?

Marcelo inclina la cabeza hacia delante, dedicándole a Marisa una mirada inquisitiva que en el lenguaje de los signos viene a decir: «¡Cuidado, *stop*, *warning!* »

—El código de honor y de deber de nuestro Concejo de los Doce, que así se llama, está por encima de cualquier otro código.

—La ley es un código, ¿también está por encima de la ley?—apunta hábilmente la psicóloga dejando el vaso del sorbete, ahora vacío, sobre la mesa.

—Querida, nuestra Concejo es la ley.

—¿Y qué normas lo integran?

—El deber de devolver los favores.

—Entiendo que es algo de por vida.

—Así es—asiente Marisa, reteniendo en su paladar la última cucharada de sorbete—, como la misma sangre, procedemos de un antepasado común.

—No estoy segura de querer entrar en vuestro Concejo.

Los abuelos vuelven a intercambiar una mirada, esta vez de precaución.

—Tu pertenencia a esta familia te obliga.

—¿A mi padre también?

—A tu padre y a tu madre también. Si tu madre no hubiera perdido la memoria, estaría dentro.

Montaña ladea de nuevo la cabeza.

—Abuela, no sé si me entiendes: ¿qué pasa si no entro?

El olor a café impregna de repente el porche. Dolores trae otra bandeja con una humeante cafetera italiana, una jarra de leche y un azucarero. Lo deja todo

sobre la mesa y carga con los vasos del postre en la bandeja, desaparece por donde ha entrado.

Marisa se toma su tiempo antes de contestar, mira tranquilamente hacia el campo y, sin volverse hacia su nieta, corrige con la voz más dulce, entrañable y

cariñosa que Montaña ha escuchado jamás:

—Querida, llevas la sangre de los Solís, estás dentro.

—Ya.

—Pero hija, no tienes que preocuparte, el Concejo te va a abrir puertas importantes, puede relanzar tu carrera haciendo de ti una psicóloga de renombre

—acerca su cuerpo hacia la mesa y coge la cafetera—:¿Café?

Montaña acepta. Marisa le llena media taza, hace lo mismo con la taza de Marcelo. Ella solo se sirve un poco en la suya.

—Tenéis que entender una cosa —prosigue la psicóloga—: llevo años sin saber nada de vosotros y de la noche a la mañana me llamáis para exigirme que

colabore o entre o me incorpore a una secta que con toda certeza me obligará a

hacer cosas que no quiero. ¿Y si voy a la policía? —Montaña piensa en Asbel.

—¡Montaña, por favor! ¡No es una secta! —la reprende Marisa, y con más

calma, continúa —: Entiendo tu postura, ¿acaso crees que no hemos pasado por

lo mismo? ¿En serio quieres ir a la policía? Te lo contamos por el vínculo que

tenemos, hace apenas unas semanas supimos que habías vuelto a Cáceres,

¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Tres años —responde Montaña con algo de culpa.

—También fue un shock para nosotros enterarnos de que estabas aquí y no nos habías dicho nada—argumenta el abuelo.

—Tu madre y yo nunca nos llevamos bien, admito mis estúpidos celos, pero eso nunca me ha impedido quererte y sentir el cariño que he sentido cuando te he

visto. ¿Acaso no recuerdas cuando cabalgábamos juntas? Eres la hija de

Rodrigo, ¡mi nieta!, y te he echado de menos, haré lo que sea por estar a tu lado

lo que me resta de vida.

Montaña se sirve un poco de leche.

—De acuerdo, abuela —hace una pausa deliberada, como pensando lo que va a decir a continuación —: te creo. Pero necesito que me digas la verdad, tengo

una paciente sobre la cual me han pedido que le extraiga información , ¿tenéis algo que ver con eso?

Los abuelos se miran, Marisa toma la palabra.

—Nos han sugerido que alguien muy importante del Concejo está interesado.

—¿Sabéis qué es lo que estáis buscando? —pregunta Montaña con más confianza.

—No quiero mentirte —admite la abuela reclinándose en el sillón y sosteniendo entre sus manos la taza de café—, pero no lo sabemos a ciencia cierta. Por lo visto son unos documentos muy antiguos, de un valor incalculable

por la época de la que proceden y por lo que esconden sus palabras.

—Y ¿qué vais a hacer con ellos en caso de que los encontréis?

—Imagina su valor en el mercado negro, querida, podría solucionar la vida de tus tres próximas generaciones —le dice buscando su complicidad.

Es en ese momento de calma y relajación cuando Marisa Solís tiene la certeza de que al final su nieta claudicará. Hay formas y formas de conseguirlo.

Como la brillante idea que se le ocurrió para hacerla regresar a Cáceres. Un susto por aquí, otro por allá, una amenaza telefónica hoy, un silencio al otro

lado

de la línea mañana... Solo hubo que infundirle inseguridad para conseguir que se

planteara la opción de volver a Cáceres. Aquello fue cirugía fina, de bisturí. Si

consiguieron algo así, lo que tienen entre manos es pan comido.

El sol empieza a caer, refresca lo suficiente como para seguir en el porche. La abuela sugiere que pueden tomar una copa en el salón principal, pero Montaña rehusa la propuesta. Es tarde y mañana tiene que trabajar.

Les felicita por la estupenda comida, todo riquísimo, pero está muy cansada.

Últimamente le cuesta dormir.

—Te lo pensarás ¿verdad, querida? Es una buena oportunidad para ti.

—Abuela, estoy encantada de haber venido, dadme unos días para pensarlo, solo unos días.

Se despiden con algo más de confianza que cuando se saludaron hace unas horas y los abuelos la acompañan hasta la misma puerta del coche.

—Cariño —dice la abuela con lágrimas en los ojos—, si decides no colaborar quiero que sepas que eso no cambiará en nada nuestro vínculo, eres mi nieta y

solo deseo tenerte a mi lado. Estoy orgullosa de la mujer que eres.

Montaña no puede evitar conmoverse por el sentimiento de su abuela.

—Dame un toque si vas a Cáceres —dice Montaña vacilante, pero sincera—,

podemos tomarnos un café.

—Oh, mi niña, cuenta con ello.

Deja el bolso en el asiento del copiloto y mete la llave en el contacto. Pone en marcha el motor y rodea la fuente. Siente la mirada atenta de sus abuelos desde la puerta principal. Arranca y levanta la mano derecha para decir adiós.

Vuelve por el camino de grava, conduciendo sin prisa.

La cancela está abierta y bien iluminada. La atraviesa y otro vehículo, un todoterreno viene en sentido contrario, en dirección a la hacienda, no hay otro sitio al que llegar por ese sendero.

Para poder cruzar, ambos tienen que apartarse hacia la cuneta, si es que en ese camino puede haber algo similar a una cuneta. Montaña espera el gesto del

conductor para agradecerse mutuamente la maniobra, pero en lugar de eso, el conductor se lleva la mano izquierda a la nariz, como si le picase, como si se avergonzara de algo. No gira la cabeza, no la mira. Tiene la sensación de que esquiva sus ojos. Ella no le da mayor importancia y continúa atenta a la calzada.

Vuelve de nuevo al camino que la lleva hasta el pueblo. Una vez allí, coge la carretera dirección Cáceres.

Con los ojos puestos en la carretera, su mente vuelve sin pretenderlo al hombre del todoterreno, ¿lo ha visto antes?, aquel perfil le resulta familiar.

¿Dónde lo ha visto?

Horas más tarde, Marisa sale de la casa y va a los establos. Marcelo aún continúa reunido.

La luna llena ilumina la noche, el cielo está limpio de nubes y huele a pasto.

Antes de entrar, se oye el relincho de los caballos que presienten su llegada

sin

haber pisado aún el establo. Lleva en las manos una bolsa con terrones de azúcar.

Abre la puerta, percibiendo enseguida el olor a creolina, han desinfectado los establos. Lo hacen una vez por semana, y todos los días cambian las camas, llenándolas de paja vieja y de serrín.

Atraviesa el pasillo central saludando a todos los caballos y yeguas, doce en total. Unos más viejos que otros. Les da terrones de azúcar a cada uno y cuando

llega al *box* de Esmeralda, su yegua árabe, el recibimiento es apoteósico. El animal comienza a chuparle la cara y a relinchar de felicidad. Marisa la acaricia

y besa al mismo tiempo.

—¡Hola preciosa! ¿cómo estás?, mi querida amiga, ¡qué te quiero yo!

Mientras la acaricia, piensa en Montaña y en su madre, y también en su difunto hijo. Unas lágrimas resbalan por sus mejillas. A lo largo de los años, Marisa solo se permite llorar delante de Esmeralda, es la única que le ofrece consuelo desinteresado.

Capítulo 24

El acceso al garaje está al lado de la puerta de entrada del edificio. Cuando

Montaña acciona el mando a distancia, por el rabillo del ojo percibe que alguien

está apostado en la puerta principal, se ha dado la vuelta y camina hacia ella. La

psicóloga acciona el cierre centralizado del coche y coge el móvil.

—¡Joder, Andrea! ¡Qué susto me has dado!

Le había dado su dirección personal a la chica, pero le pilló de sorpresa que se presente sin avisar.

—Lo siento, ¿estás bien? —le pregunta la recién llegada nada más subir al coche, mientras esperan que la puerta del garaje termine de abrir.

La chica impregna el coche de olor a colonia fresca, juvenil, de su edad.

— [Tak\[9\]](#), es solo que quiero que veas algo, no quería contártelo por teléfono, ni avisarte de que venía a verte.

—¿Y eso?

—No estoy segura si me siguen o no, tengo una sensación rara... como si alguien me observase.

Entran en el garaje y conducen por la planta hasta llegar a la plaza de Montaña. Aparcan y suben por el ascensor hasta el último piso. El rostro de Andrea luce demacrado, Montaña cree que por falta de sueño.

—¿Has comido?

—No, pero no tengo hambre, *nie martw sie*.[\[10\]](#)

—No me preocupes, anda, deja el abrigo en el perchero y vamos a la cocina, espero que te guste la tortilla francesa y el vino tinto.

La chica hace una mueca de impotencia, tiene hambre, pero también es tímida.

—Tampoco le hago ascos al pan.

—¿Aunque sea de ayer?

—El de ayer se puede tostar—dice con marcado acento eslavo, está cansada.

Saca una barra de pan de la despensa y se la ofrece para que la corte en rebanadas.

—Ahí está la tostadora, toda tuya.

Andrea alcanza un cuchillo y se pone a ello. Montaña coge los huevos del frigorífico y empieza a batirlos.

—¿Qué es lo que querías que viera?

—Voy a por mi abrigo —dice desapareciendo por la puerta que da al comedor—, ¡entré en el despacho de Álvaro!

—¿Pero qué dices?

La verdad es que Montaña también empieza a estar harta de aquella historia en la que se ha visto envuelta sin comerlo ni beberlo. Durante el camino de vuelta ha sopesado la idea de ingresar en el Concejo. Está cansada de estar sola.

No hay nada de malo en colaborar con ellos. Y su abuela... sería estupendo compartir algo de tiempo con ella.

—Ya habían entrado ellos, ¿sabes? —prosigue la chica desde el salón—.

Todo parecía en orden pero no, lo habían registrado.

La psicóloga la escucha desde la cocina.

—¿Ellos? ¿A quién te refieres?

Andrea regresa con un *pendrive* en la mano.

—No sé —dice torciendo la boca—, yo sabía cómo estaban colocadas las

cosas en las estanterías. Habían registrado entre las páginas de los libros y los archivadores y no los habían vuelto a poner en el mismo sitio. Y se habían llevado todos sus cuadernos de notas. (Se supone que ahí apuntó lo que le dijo

Andrea la tarde en la que fue asesinado y que ahora está en manos de Julio)

—Pero ¿cómo se te ocurre entrar?, te podían haber pillado...

—La mujer de la limpieza tiene una llave... ¿*amaestra*?

—Maestra o amaestrada —corrige Montaña.

—Una llave maestra para todos los despachos, se la cogí y se la devolví, ni se enteró.

—Andrea, ese despacho está cerrado por orden judicial, si te llegan a coger...

¡madre mía! —exclama Montaña preocupada por las consecuencias que hubiera

tenido.

—Bah, me aseguré bien, ¿tienes un ordenador para ver esto?

Montaña echa los huevos en la sartén, baja el fuego y va a su habitación a por el portátil. Lo pone sobre la mesa de la cocina, lo enciende y Andrea enchufa el

pen.

La chica le cuenta que la tarde en que fue a ver a Álvaro, la última antes de que lo asesinasen, se fijó en que junto a la tarjeta magnética que le acreditaba como profesor y que le permitía moverse por el campus con total libertad, había

colgado un pequeño *pendrive* metálico, de apenas dos centímetros de largo, que el profesor no dejaba de acariciar. Pendía del mismo cordón, con las siglas de la

Universidad de Extremadura impresas, del que pendía la tarjeta.

No había encontrado la acreditación en el despacho, donde era premisa que el

profesorado la dejase cuando terminaba la jornada universitaria. Entonces pensó

que quienes habían registrado el despacho se la habían llevado. Pero, tras comentarle al conserje su preocupación porque alguien ajeno al campus pudiera

utilizarla para acceder a sitios como el laboratorio, la biblioteca privada (en la

que se encontraban archivos históricos de gran valor) y otras dependencias restringidas, éste le comentó que el rector había dado orden de llevar la tarjeta a

la oficina de seguridad, donde se emitían, para así desactivarla.

—Ya sabes que no tengo muchos amigos en el campus —le comenta a

Montaña.

Pero en la oficina de seguridad hay un administrativo con el que, de vez en

cuando, coincide en la cafetería y que sin saber por qué, le habla de tonterías como meditación y el estado zen, que ahora está de moda. Así que entró en la oficina con dos cafés y con la excusa de saludarle. Le contó que días atrás había

entregado al difunto profesor un *pendrive* con un trabajo que le había llevado casi todo el semestre y que ahora tendría que volver a hacerlo para el profesor sustituto. El chico se lo tragó sin más, fue a la bandeja en la que acumulaban clips y *post its* y sacó el pequeño *usb*. Había sido más fácil de lo esperado, solo le había costado una cena con aquel pesado, algo que probablemente

nunca

sucedirá.

—No sabía que mintieras tan bien—le dice Montaña.

En los archivos de Álvaro descubren poco más de lo que ya saben.

El difunto profesor había estado investigando sobre los fratres y sobre el viaje de Pedro Fernandez de Castro a Tierra Santa. Lo recopilado en los

seminarios a los que solía acudir y cuyas notas tomadas están guardadas en una

carpeta, apuntan a que el Maestro había traído consigo algo relacionado con conocimientos que el propio Jesús de Nazaret había dejado por escrito. Murió antes de averiguar en qué consistían esos conocimientos. También tiene notas sobre lo que Andrea le había contado cuando hizo la primera regresión, en la que

ella se identificaba como Nuño. Hay además un plano de uno de los niveles, el

único para Álvaro.

—¿Crees que quienes estuvieron antes que tú están al tanto de esto?

—Esto está en *word*, estoy segura de que Álvaro no borró la copia de seguridad del disco duro.

Las palabras de Andrea explican por qué su abuela sabe lo que buscan. Los que entraron en el despacho de Álvaro eran del Concejo.

—Espera, ¿qué es esto?—dice de repente la chica, sacándola de sus pensamientos.

En la carpeta *Documentos* hay una subcarpeta al final que casi pasa

desapercibida, su nombre es *Archivo Histórico*. Pinchan sobre ella y encuentran varios archivos correspondientes a su colaboración en el Archivo Histórico de la

ciudad, hay varios documentos que hacen referencia al tesoro encontrado bajo el

Ayuntamiento, dos años atrás, más conocido como El Tesoro de los Cohen.

Y ya está.

Aquello es todo con lo que cuenta «la otra parte».

Más tarde, mientras cenan, Andrea deja caer las siguientes palabras.

—Me tienes que hacer volver.

Montaña ya lo había pensado, de ahí que no le sorprenda la petición.

Saben que hay tres niveles de pasadizos, al menos en el siglo once. No tienen ninguna certeza de que se conserven a día de hoy.

Y, sin embargo, algo le dice que tiene que hacerlo.

Alberga sus dudas sobre cómo llevarla hasta ese punto. Nunca ha hecho una regresión indicando a la persona una fecha concreta a la que tiene que remontarse.

—De acuerdo —contesta finalmente, tratando de disimular emoción en la voz.

Acuerdan la fecha a la que se van a remontar y las preguntas que una tiene que preguntar y la otra responder, ya inmersas en la sesión de hipnoterapia:

¿Cómo puedo llegar a ese manual?

¿Qué es lo mejor que puedo hacer con sus enseñanzas?

¿Por dónde accedo al tercer nivel?

Terminan de cenar en silencio. La cabeza de Montaña va de aquí para allá.

«Podría formar parte de la familia y vivir tranquila. Solo tengo que llegar hasta

ese manual y dárselos a mi abuela ». Y por otro lado : «Tengo que llevarla hasta el siglo once, tiene que volver a ser Nuño, no me veo capaz, otra vez».

Andrea se ofrece a fregar los platos mientras que Montaña recoge la mesa y coloca el pan, la sal y el servilletero en su sitio.

—¿En tu despacho?—pregunta la chica.

Montaña vacila.

—No, estaremos más cómodas en el salón.

Andrea se tumba en el sofá, imitando el modo de proceder en la consulta.

Entrecierra los ojos y apoya la cabeza en un cojín.

La psicóloga se sienta en una de las butacas de diseño, frente a ella. Coge la grabadora del bolso colgado en el recibidor y, como ya hicieran en anteriores ocasiones, se concentran en la respiración.

—Con cada exhalación, libera las tensiones y la ansiedad acumulada.

Al cabo de varios minutos, Montaña le indica que visualice sus músculos relajándose progresivamente: desde los de la cara y la mandíbula, pasando por los del cuello, los hombros, los brazos, la espalda y el estómago, hasta los

de las
piernas.

Andrea siente que todo su cuerpo se hunde más y más en el mullido sofá. Es una sensación similar al preludio de una tranquila noche de sueño, cuando sabes

que te quedarás dormido casi de inmediato. Una sensación maravillosa. Así, confiando en las palabras de Montaña, se relaja más y más.

— Visualiza una luz intensa, blanca, en lo alto de tu cabeza, dentro de tu cuerpo. La luminosidad relaja por completo todos los músculos, los nervios, los

órganos, tu cuerpo entero. Te lleva a un estado de paz cada vez más profundo.

»Poco a poco vas sintiendo más sueño, más paz. Diez, nueve, ocho, siete...a cada número entrarás en un nivel de relajación mayor».

Al llegar a uno, Andrea ya está en un suave estado de hipnosis.

Montaña acciona el *play* de la grabadora pero, esta vez, se extraña de que la chica conserve su acento eslavo.

Capítulo 25

Agustín, el chófer del obispo tiene la mañana entretenida. Aunque no está en su contrato, también se encarga de las pequeñas reparaciones que surgen en la residencia. Así que esta mañana la tiene ocupada cambiando el termo de uno de

los baños, en concreto el más cercano a la sala de estar de los vicarios. Con la

camisa remangada hasta los codos y la llave inglesa, escucha la conversación de

Julio, el vicario episcopal y Miguel, el segundo vicario.

Los dos hombres de Dios toman el aperitivo contemplando el jardín desde la ventana.

—Otra campaña de recogida de alimentos sería adecuada. La gente colabora en mayor medida que cuando se trata de dar donativos en efectivo. La familia Rodríguez, de la joyería, dieron casi veinte kilos de arroz y doce litros de aceite,

¿crees que hubieran dado el mismo importe en efectivo?, ni hablar, lo dudo, la comida es más vistosa. Salir del supermercado con un carro para ti y otro para la

iglesia es mucho —y aquí el segundo vicario enfatiza el *mucho*— más ostentoso que dar cincuenta euros en el cepillo de la iglesia, ¿tú qué opinas, Julio?

Julio Céspedes más o menos sigue a Miguel. Le sigue más o menos con *ya*,

ajá y claro, pero es evidente que su mente está en otra parte. En lo que va de mañana, ha salido un par de veces al pasillo y ha llamado a alguien por teléfono,

pero parece ser que nadie ha descolgado al otro lado.

—¡Joder!—le ha escuchado bramar el chófer desde el baño.

El segundo vicario continúa con su monólogo:

—Así que les dije que se podían quedar de forma transitoria en la Casa

Consistorial, hay baño y un par de camas. También una pequeña cocina de gas,

¿qué podía hacer?. Los cuatro me miraban como si fuera su última oportunidad

y, créeme, la era. Han viajado a pie la mayor parte del camino, ¿cómo pueden venir de un sitio tan remoto a parar a otro sitio tan remoto como este? Es algo que no me explico mi querido Julio.

La tarde anterior, una familia de rumanos había llegado a la parroquia en busca de cobijo y algo de alimento.

—Son cuatro bocas más, Miguel —apunta Julio—, vamos a tener que apretarnos el cinturón para llegar a fin de año.

—Tienes razón, Julio. Los camiones de Cáritas distribuyeron la recogida pasada entre las familias necesitadas de la Diócesis. Tuvieron que hacer malabarismos para que todas recibieran algo. Se recaudaron casi cuatrocientos kilos de comida y no fue suficiente. Estamos desbordados —el segundo vicario

sacude abatido la cabeza.

A Agustín, el chófer, le cuesta creer que a Julio le importen lo más mínimo los inmigrantes que llegan. Ha visto su expresión de asco al contemplar las caras

de los pobres, está seguro que si el nivel de vida que lleva en el obispado empieza a decaer, el vicario pica billete.

Suena la canción «Canção do Mar», de Dulce Pontes, en el móvil, la canción que interpreta en la banda sonora de la película «Las dos caras de la verdad», protagonizada por Richard Gere y Edward Norton.

—Disculpa, Miguel —se excusa el vicario.

Agustín ve cómo Julio sale de la sala de estar y sube una planta, va hacia su habitación. El servicio está fregando el piso, así que el vicario da media vuelta y

baja hasta el sótano. Agustín le sigue sigiloso. En el garaje, el vicario episcopal

abre la puerta de uno de los coches y se mete dentro.

El chófer agudiza el oído.

—Si me has hecho esperar es porque tienes buenas noticias —dice el vicario.

Transcurren unos segundos antes de que vuelva a hablar.

—¿Marisa?

El vicario tensa y destensa las manos, contrae los dedos apretando los puños y los estira en un gesto consciente.

—¿La convenciste?—vuelve a preguntar Julio.

Silencio. Parece que el vicario escucha atento las palabras de la persona que está al otro lado. Al cabo de unos minutos, vuelve a escuchar su voz.

—Esto... Marisa — dice de nuevo adoptando el tono conciliador que en muy pocas ocasiones saca a relucir—, sabes de sobra lo que nos jugamos. Es vital que

Montaña esté de nuestro lado. Lamento que estén sobre la mesa sentimientos...

digamos encontrados, entiendo tu zozobra, pero recuerda que todo es para un bien mayor. Estoy seguro de que a ella le conviene estar a nuestro lado, en nuestro Concejo, y que tiene tanto interés como nosotros en saber qué hay en

la

mente de la chica.

Tras unos instantes en los que parece que Julio escucha, de nuevo vuelve a hablar.

—La muerte de Álvaro ha sido un duro golpe para todos, estoy muy pendiente de su investigación, si hay algún avance me enteraré antes que el comisario, descuida. Tú procura ser la abuela que nunca has sido, ¿de acuerdo?

La conversación parece que ha terminado. Agustín escucha cómo el vicario abre la puerta del coche y murmura :

—Una noche larga para la Madre Marisa de Calcuta.

El chófer sube sigilosamente las escaleras, le resulta extraño no haber escuchado el cierre de la puerta del coche. Deja de caminar, atento a cualquier ruido.

Transcurren unos segundos antes de oír la puesta en marcha del motor y el crujido de la persiana enrollable de la puerta del garaje.

Capítulo 26

A la misma hora en la que el vicario episcopal, V.E., conduce dirección

Cáceres, seguido de cerca por el servicial chófer Agustín, en el piso-ático del R66 Montaña abre los ojos.

La noche ha sido tan intensa que apenas ha podido dormir. No dejó que

Andrea se marchara a casa y ahora ocupa la habitación de invitados. Suerte que

tiene costumbre de dejar todas las camas con las sábanas puestas, ninguna de las

dos hubiera tenido cuerpo la noche anterior de hacer una cama y no digamos buscar unas sábanas.

Así que mientras Andrea duerme plácidamente, Montaña va hacia la cocina,

se sirve una taza de té y, con la grabadora, de la que no se ha separado en toda la

noche, camina hacia el salón.

Se tumba en el sofá dispuesta a escuchar, por tercera vez, la grabación de anoche.

Cáceres, año 1492

Desde pequeña he sido testigo de las idas y venidas de mi padre. Mi casa estaba ubicada fuera de la ciudad amurallada porque así lo había dispuesto el

Real Decreto de 1478, que nos obligaba a trasladarnos al otro lado de la Plaza

Mayor.

Las calles General Ezponda, Plaza de la Concepción, la Calle de la Cruz.

Fue todo un drama. Una injusticia, en palabras de mi padre. Nosotros

éramos quienes más habíamos contribuido al heraldo público hasta el año anterior. Pagábamos cuatro mil doscientos maravedíes a las arcas reales de los

doce mil que recaudaban. La comunidad la formábamos poco más de

quinientas

personas, frente a los ocho mil habitantes que tenía Cáceres.

Mi padre, un conocido banquero, mandó construir una casa para la familia.

Mi tío, un sastre de renombre, hizo lo propio, pero más cerca de la Plaza Mayor, en la actual Plaza de Piñuelas.

Es 1492, el año en que los Reyes Católicos van a decretar la expulsión de los judíos cacereños.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Noa Cohen. Hija de Sergas Cohen y sobrina de Moshe Cohen. Son dos hermanos muy conocidos y queridos en la comunidad. No podremos llevar nada

con nosotros. Mi madre llora. Mis hermanas lloran y yo solo estoy pendiente de

mi padre. Mi padre está pensando. Sé que lo hace. Su cabeza es un hervidero de pensamientos.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho. He visto cómo se han aprovechado de nosotros, cómo nos han echado de la ciudad amurallada y ahora nos echan de esta región. No nos quieren porque nuestro símbolo es la estrella de David. Mi padre y mi tío han acumulado muchas riquezas a lo largo de los años. No podemos llevarlas con nosotros.

—¿Por qué?

—La Reina Isabel lo prohíbe. Mi padre habla con mi tío. Es preciso vender

las casas, malvenderlas, apunta mi tío. Debemos deshacernos de todo lo que no

podemos transportar. Mi madre dice que podemos convertirnos y quedarnos aquí. Mi padre se niega, jamás abrazará la fe católica y menos aún forzado, lo

ha visto, si nos quedamos, moriremos.

—¿Lo ha visto? ¿Dónde lo ha visto, Noa?

—Yo no lloro, observo—continúa sin hacer caso a la pregunta de Montaña

—. Nos prohíben sacar oro, plata, armas y caballos. Tenemos tres caballos. Me

duele mucho oír eso porque uno de ellos es mío, me lo regaló mi padre a la edad

de mi Bat Mitzvá. [\[11\]M](#) i padre me mira y dice que no me preocupe, que tiene acordado venderlo a una familia donde lo cuidarán muy bien, lo sabe, sabe que

será muy feliz. Sé que como yo, nadie lo cuidará y se me escapan varias lágrimas. Hablan de irnos a Portugal. Otra rama de la familia está allí. Mi padre y mi tío deciden que irán hacia ese país. La única salida es huir. Si nos quedamos y no nos convertimos, mi padre ha visto cómo la Inquisición nos matará.

»Mi padre y mi tío se van a un rincón de la casa, tras intercambiar unas palabras, ambos me miran y mi padre me reclama. Noa, hija, eres la mayor, ven

con nosotros. Les sigo por la casa hasta la cocina. Mi tío me mira y me acaricia la cabeza. Sé que es duro para ellos. Mi padre abre la puerta de la despensa y

entramos. Botes de conservas y sacos de harina se apilan en los estantes. Al fondo está la puerta de la fresquera, mi padre la abre y un olor mezcla de

carne, sal y ahumado nos da de lleno en la cara. Mi estómago ruge. Entramos en la pequeña habitación y bajamos por las escaleras que dan al sótano. Aquí

,tapadas con lienzos, están las carnes. Las untamos con salmuera para que se conserven. Es el sitio más fresco de la casa. Me pregunto qué hacemos aquí, y es entonces cuando mi padre quita unos lienzos que cubren una pared y aparece una pequeña puerta. La abre y se introduce por ella, mi tío le sigue. Yo voy tras ellos. Cierra la puerta, me ordena mi tío. Yo obedezco.

»Mi padre enciende un candil, le da otro a mi tío y este me lo ofrece. Los tres portamos candiles de grasa. Caminamos uno detrás de otro por un pasadizo estrecho. El suelo se inclina hacia abajo, estamos bajando. Llegamos a una especie de recodo. Este es el primer nivel, me indica mi padre. Veo que la galería se extiende hasta el fondo en una oscuridad que me parece no tener fin.

Lleva a la Plaza Mayor y conecta con varios palacios. Retrocedemos unos pasos

y mi padre mete los dedos índice y corazón en una hendidura de la pared. Como

si de una puerta corredera se tratase, algo se acciona y ante nosotros aparece

una abertura de unas cuatro cuartas. Mi tío me dice que es el acceso al segundo

nivel. Observo que siempre vamos siguiendo la pared veteada. Los tres entramos

y la puerta se cierra. Empezamos a bajar unos escalones de adobe. Llegamos así hasta otro rellano del que parten tres galerías. La número tres, en el sentido de las agujas del reloj es la que nos lleva al tercer nivel. Seguimos la galería en cuestión, caminamos unos trescientos pasos, de nuevo mi padre se para y acerca

su candil a la pared. Alzo mi brazo para iluminar con el candil el techo, hay vigas de madera. Mi padre toca la pared y procede de igual modo que en el nivel

anterior. En una hendidura apenas perceptible, introduce los dedos índice y corazón. Sin hacer apenas esfuerzo, abre una grieta de cuatro palmos, por la que entramos. Es la entrada al nivel tres.

Descendemos por una escalera, esta es más estrecha que la anterior.

Andrea empieza a respirar de forma acelerada.

—Tranquila, estás a salvo —Montaña escucha su propia voz en un susurro.

La chica empieza a jadear, sigue con dificultad para respirar. La psicóloga recuerda haberse preguntado en ese momento si la claustrofobia que en la

actualidad padece Andrea deriva de entonces. Como especialista en hipnosis, muchos trastornos actuales son ocasionados en la infancia ... pero ¿en vidas pasadas?

—Noa, tranquila —la llama por su nombre— estás a salvo—. Sigue

descendiendo detrás de tu padre y tu tío, ellos te van a mostrar algo importante.

Tras unos segundos, el cuerpo de la chica se relaja por completo. Su respiración se vuelve calmada y regular.

—¿Qué hacéis ahora?

—Seguimos bajando. En las paredes hay símbolos, cruces que ya he visto en otra ocasión.

—¿Cómo son las cruces?

—Son muy antiguas, de los hermanos fratres, dice mi padre. Tienen una espada en la parte más alargada, son de color sangre. Huele a humedad y a

tierra. Miro hacia arriba y temo que esto se desplome. Mi tío mira hacia atrás y me dice que no tenga miedo, que los pasadizos han sido reforzados. Mi padre dice que saldremos de la ciudad por los pasadizos, pero que no podemos

llevarlo todo con nosotros.

Silencio.

—¿Qué ocurre, Noa?

—Hemos parado, estamos como en un rellano, solo hay dos direcciones, la que traemos y la que tenemos enfrente. Continuamos por la que tenemos enfrente. Caminamos en silencio, hace mucho calor y tengo la ropa pegada al cuerpo.

Montaña recuerda que Andrea, en el mismo sofá en el que ella está tumbada, estaba sudando a chorros.

—A pesar del calor, siento una suave brisa en mi cara. Es agradable...

Silencio.

—¿Qué hacéis ahora?

—Seguimos caminando.

—Noa, ¿puedes ir un poco más adelante? ¿a dónde llegáis por ese pasadizo?

Silencio.

—Parece que es una galería ciega. Mi padre dice que estamos justo debajo de la casa de mi tío. Hace el mismo juego con la mano que antes. Palpa la losa e introduce los dedos índice y anular en sendos huecos, apenas perceptibles, pero

se asegura de que yo lo he visto y sé cómo hacerlo. Me indica que incline los dedos hacia un lado y otro para que la roca sienta la presión. Me pide que lo haga yo y obedezco.

Silencio.

—¿Qué ocurre Noa?

—No ocurre nada. (Silencio). Ahora sí, escucho un tenue sonido, como de engranajes, y lo que yo creía que era el final de la galería, da acceso a una especie de cueva enorme, parece que es natural.

—¿Recuerdas cómo has conseguido abrirla?

—Sí, se hace siempre igual, con los dos dedos...

—¿Qué ocurre ahora? ¿Estáis dentro de la estancia?

—Sí, estamos dentro. Hace mucho calor, hay una especie de laguna en medio con agua caliente. Mi padre me hace una señal para que vaya con él. Hay estanterías y dos baúles de hierro y madera. Abre una de las estanterías, está llena de objetos dorados: copas, joyas, monedas antiguas, todo fruto de su trabajo, según me dice. Cierra la primera estantería y abre la segunda, hay más

monedas. Son de la familia. De mi tío y de él, de todos nosotros y no podemos

llevarlas porque nos las quitarían antes de dejar el Reino de España. La Inquisición ha dado orden de que debemos abandonar la ciudad con las manos

vacías.

»Apenas tenemos cuatro meses para marcharnos. Mi padre ha cambiado

algo de este dinero por letras de cambio, pero sus antiguos compañeros banqueros, la mayoría italianos, nos cobran un interés altísimo. La salida de

plata y oro está prohibida. Además, casi la mitad del dinero que mi padre ha prestado a cristianos tiene un vencimiento posterior al diez de Agosto, fecha tope para marcharnos. Es dinero perdido. Lo que veo es la riqueza de mi familia

y tenemos que dejarla aquí»

—Has hablado antes de dos baúles de hierro, ¿puedes ver qué es lo que hay dentro?

—Sí, mi padre y mi tío me lo muestran. En uno hay exquisitas telas de seda y oro, traídas de Alejandría y de Oriente. Forman parte de un trato hecho por mi

padre. En el otro... el otro está lleno de unos rollos de pergaminos muy antiguos.

Mi padre dice que le ha llevado mucho tiempo recomponerlos y los ha conservado con sumo cuidado. Proceden de la época de Yeshua de Nazaret.

Nosotros no creemos en el Mesías, tal como se le conoce, pero se trata de una

especie de manual de gran valor, mantenido a salvo a lo largo de los tiempos.

Mi padre respeta las creencias de los hombres que han custodiado con anterioridad estos documentos.

—¿Puedes ver de qué tratan los documentos?

Silencio.

—Mi padre dice que es un manual con conocimientos ocultos dictado por el

mismo Yeshua. Algo que el Hombre-Dios quiso compartir con los humanos, pero

solo para ayudarlos.

—¿Os marcháis porque gracias a ese manual tu padre ha visto lo que podría pasaros?

—Sí, el manual ayuda a ver el pasado y el futuro, pero...

—¿Pero...?

—No podemos cambiar el futuro, solo estar prevenidos, esto es muy importante.

—¿Os lleváis con vosotros el manual?

—No, mi padre dice que si esto cae en las manos de la Inquisición lo destruirá en la hoguera. Lo considerará blasfemia y nos quemarán a todos.

Debe mantenerse a salvo hasta que los tiempos cambien.

Silencio.

Más silencio.

—¿Qué ocurre ahora Noa?

—Mi padre y mi tío opinan que una pequeña parte de nuestros bienes debe ser llevada a otro lugar. Un lugar que sea relativamente fácil de encontrar y que dé por satisfechos los saqueos que habrá en nuestras casas una vez nos hayamos

marchado. Observo cómo se sacan de sus vestiduras sendos sacos de tela y empiezan a escoger las piezas que van a dejar para los saqueadores.

Les ayudo a llenarlos.

Silencio.

—¿Qué objetos metéis?

—Monedas, telas de seda y algunas joyas, también un puñal en forma de cruz. Mi padre lo observa a la luz de su candil. No está seguro de su valor porque la hoja no es plana, es alargada, estrecha y aguda. La sección estrecha

termina en una punta muy aguda y rígida.

—¿Sabes cómo lo llaman?

—Es un estilete...o un puñal, mi padre dice que un puñal de misericordia.

—¿Me lo puedes describir un poco más?

—Tiene el mango muy elaborado, como si fuera de una sola pieza y la hoja tiene forma de diamante, es robusta y muy puntiaguda. Mi padre opina que no

tiene mucho valor y lo echa en uno de los sacos.

Montaña, al escuchar de nuevo las palabras de Andrea durante la regresión,

da al *pause* de la grabadora. Se levanta y va hacia el despacho, coge el portátil y vuelve al salón. Teclea en *Google* «Puñal de Misericordia». Al cabo de unos segundos, accede a la información y a las imágenes:

El estilete es un tipo de daga o cuchillo con una hoja muy larga y aguda de varios diseños, utilizada principalmente como arma punzante. Su sección estrecha, terminada en una punta muy aguda y rígida, permite que penetre muy

profundamente. La mayoría de los estiletes no son adecuados para el corte, incluso en aquellos casos en que cuentan con filo. Un típico estilete de diseño temprano tenía un mango de metal elaborado en una única pieza de fundición y

la hoja forjada a martillo hasta adoptar una sección transversal triangular sin

bordes afilados. Otros ejemplos posibles son las secciones redondas, cuadradas,

y con forma de diamante.

El estilete, que también recibiera el nombre de "misericorde" (misericordia), comenzó a ganar fama durante la Alta Edad Media, donde era utilizado como arma secundaria por los caballeros. Era utilizada para acabar con los caídos o

los oponentes gravemente heridos que contaban con pesadas armaduras y que no se esperaba que sobrevivieran. La hoja robusta y puntiaguda, podía

atravesar con facilidad la mayoría de las mallas de eslabones o encontrar su camino a través de las placas pectorales o las coyunturas de la armadura de un

caballero. Un oponente seriamente herido, con escasas probabilidades de

*supervivencia, recibía entonces un misericordioso "golpe de gracia" (en francés *coup de grâce*), de ahí el nombre de misericorde...*

Tiene algo que le ronda la cabeza. No es el amago de una idea, es la idea en

sí, la certeza. Busca en los contactos de su teléfono móvil el nombre del inspector Asbel Oquillas. Lo deja a mano, lo tiene localizado, pero antes acciona

de nuevo el *play* de la grabadora.

—¿Qué hacéis ahora?

Escucha de nuevo la voz de Andrea:

—*Mi padre y mi tío me dan instrucciones sobre cómo proceder si algún día*

logro volver a Cáceres. Debemos terminar el recorrido, subiendo los niveles hasta la casa de mi tío, así tendré dos opciones de entrada. Al salir al exterior, no hablaremos jamás de lo ocurrido, ni de los pasadizos del tercer nivel ni del

tesoro. La Inquisición tiene oídos por todas partes. No estaremos a salvo hasta

que estemos en Portugal.

—*¿Qué ocurre con el manual?*

—*Lo dejamos en la estancia de la laguna, en el cilindro original, la temperatura aquí abajo les protegerá del paso de los años.*

—*¿Podrías recordar cómo acceder a la estancia de la laguna?*

—*Sí, ahora sí, mas lo olvidaré cuando despierte, pero tú...*

—*¿Sí?*

—*Tú no lo olvidarás.*

—*¿Hay algo más que me quieras decir?*

—*Sí, tu padre quiere que sepas que el conocimiento de los dioses no está hecho para los humanos.*

Montaña escucha la grabadora y recuerda su desconcierto al oír estas últimas palabras. Es cierto que las personas hipnotizadas no recuerdan nada al despertar,

pero que dentro de la hipnosis una persona sea consciente de que está

hipnotizada y no va recordar nada al despertar, es extraño. Rebobina unos segundos y escucha la última frase:

«Sí, tu padre quiere que...»

Rebobina otra vez y acciona el *play*:

«...tu padre...»

¿ *Mi* padre o *su* padre?, piensa Montaña. Debe de haberse confundido, Noa se refiere a su padre, no al padre de Montaña.

Apaga la grabadora y se queda pensativa. No tiene ninguna duda sobre lo que hay bajo el suelo del Ayuntamiento. Es el tercer nivel, para ser más exactos, al

que se accede desde La Casa de los Trucos o desde el Ayuntamiento. Casi nada.

Busca en internet, recuerda de pequeña haber oído algo sobre un tesoro...El tesoro de la Casa de los Cohen y el buscador le devuelve la siguiente información en un enlace revelador:

En el siglo XIV, Cáceres estuvo habitada por varias familias hebreas del linaje de los Cohen. A alguna familia de este linaje perteneció en aquellos años la llamada Casa de los Trucos o el Palacio de los Galarza. Otra parte de los Cohen se dedicó a la industria y al comercio textil y fue una de ellas la que levantó la casona situada en la actual Plaza de Publio Hurtado, hablamos de la

«Casa del Tesoro». En 1492 los Reyes Católicos expulsaron a los judíos de España y esta familia, como muchas otras, tuvieron que abandonar el país.

Muchos de estos judíos terminaron exiliados en Portugal ó el norte de África.

Cuenta la leyenda que pensando seguramente en que algún día regresarían escondieron sus riquezas en esta casa, pero su vuelta jamás se produjo y el

tiempo se encargó de crear esta leyenda en torno a la casa y al tesoro.

En el siglo XIX (unos hablan de 1870 y otros de 1881) esta mansión señorial es comprada por el insigne investigador cacereño Publio Hurtado.

En 1991 el Ayuntamiento compró este edificio convirtiéndolo en las actuales dependencias municipales.

Durante los años en los que vivió aquí la familia Hurtado varios objetos fueron descubiertos en una estancia oculta, el hallazgo correspondería a varias

telas de seda que se deshicieron tras el contacto humano y a algunas armas que

más muertes causaron en la Edad Media, el extraordinario Puñal de Misericordia.

El teléfono de la cocina está sonando. Corre hacia él antes de que despierte a Andrea.

—¿Montaña?—es una voz risueña y familiar.

—Sí, soy yo.

—Buenos días, aquí la enfermera Bruna, de la residencia El Palmeral.

—¡Dame una alegría, Bruna! —la interrumpe emocionada.

—Pues te la voy a dar, preciosa, ¡tenemos un buen día: su madre está al teléfono, disfrute del momento!

—¡Gracias!

El contacto telefónico se interrumpe unos segundos. Las piernas le empiezan

a flojear y Montaña se sienta en uno de los taburetes de madera.

—¿Hija?

La voz de su madre suena tan nítida como antes de enfermar. Cierra los ojos y una angustia asfixiante le oprime el pecho; tiene que esforzarse en romper a llorar, pese a que las lágrimas llevan rodando por sus mejillas desde que escuchó la voz de Bruna.

—Mamá...

Capítulo 27

En la planta segunda del enorme complejo policial de la calle Pierre de Coubertin, el inspector Asbel Oquillas y el subinspector Ettore Neglia acaban de salir de una reunión extraordinaria. Se acerca la Semana Santa y el dispositivo de seguridad debe ser planificado con minuciosidad. El asesinato del profesor y la ausencia de indicios que les lleven hasta el asesino, son noticias diarias en los periódicos de la ciudad, lo que hace crecer la alarma ciudadana poniendo en solfa la actuación policial, en suspenso hasta nuevo aviso.

A pesar de llevar varios años en esta pequeña ciudad el inspector percibe un molesto un *run run* en su cabeza desde hace tiempo. Tiene la certeza de que existe una mafia a nivel local dentro de la ciudad. «¿Mafia? ¿En Cáceres?», se ríe para sí mismo. Incluso este pensamiento le parece exagerado. Quizá *Pequeña Logia* sea más apropiado. Sí, más cerca de lo que tiene en mente que *lobby*.

Le parece extraño que todos los puestos influyentes sean ocupados por personajes del mundillo noble de Cáceres. No todos son incompetentes, que podría ser, dado el carisma de este país, pero sí tienen en común esa seguridad y

esa tranquilidad de sentirse respaldados. Es como si sus actos, que los hay desde

los más nobles hasta los más mezquinos, no tuvieran ninguna consecuencia y actuasen a sabiendas. Gozan de inmunidad y lo saben.

Lo nota en los interrogatorios que ha tenido que hacer por denuncias, o en fraudes en los que ha aparecido alguno de estos apellidos. El comportamiento de

los susodichos, lejos de catalogarlo como temeroso o intranquilo, estaba años luz

tan siquiera de un leve pestañeo o de una mirada que denotase mentira.

Además de esta sensación, nunca ha podido demostrar la participación de algunos de estos nobles apellidos en ninguno de los casos en los que han sido imputados.

Estas pesquisas jamás las comparte con la inspectora jefe Elena Román.

Tampoco con su compañero el subinspector Ettore Neglia, cuya procedencia es

cacereña, a pesar del nombre. La madre es autóctona de Malpartida de Cáceres,

el pueblo señorial situado apenas a diez kilómetros. Así que nunca se sabe.

Por otro lado, le resulta extraño que, habiendo ocurrido hace apenas dos semanas el asesinato del profesor de arte, la investigación haya sido relegada a

un segundo lugar. El tema principal del *briefing* matutino ha sido el dispositivo de seguridad de la Semana Santa.

Tócate los cojones.

Ni que viniera Su Majestad el Papa. Es solo el obispo y es la misma perorata de siempre. En fin.

Su teléfono empieza a vibrar en el bolsillo trasero de los vaqueros sacándolo

de su ensimismamiento. Comprueba de quién es la llamada y en sus finos labios

se dibuja una sonrisa.

No esperaba ninguna llamada de Montaña y al ver su nombre en la pantalla,

Montaña Psico, se da cuenta de que en el fondo, y no tan profundo como él cree, deseaba que esto ocurriera. Le pide disculpas a Ettore y se encierra en su cubículo.

—Buenos días Montaña.

—Buenos días inspector, ¿qué tal está?

—Podría decirse que bien, teniendo en cuenta que llevamos dos semanas sin ninguna incidencia destacable.

—Me alegro mucho, le llamo porque quiero hablar con usted sobre el tema de Álvaro Dávila... supongo que no hay ningún avance, dado que no me han

comentado nada, tal como acordamos. —En realidad, Montaña, con los frentes abiertos entre Andrea y su visita a Malpartida, ni siquiera se ha acordado del trato que hiciera con el inspector la mañana en la que fue citada en comisaría por

la brutal muerte de Álvaro. Pero al llamarle y, a medida que se oye a sí misma en

el eco del teléfono, lo recuerda y por eso se lo suelta sin pensarlo.

El inspector suspira, pretendiendo parecer impotente.

—No he olvidado nuestro acuerdo — *tampoco a tí*—, pero... y le juro que me

avergüenza decirle esto, la investigación sobre el caso de Álvaro está en

aguas.

No tenemos nada.

A Montaña le extraña la respuesta, pero tenían un trato, quiere creer que no le oculta ninguna información. Le conoce desde hace tiempo y es una persona honesta.

—Precisamente, inspector, tengo algo que podría ayudarle.

—¿Nos vemos en mi despacho?—se apresura a decir Asbel.

Montaña lo medita unos segundos. Presiente la sombra del Concejo, algún miembro, algún colaborador en el edificio de la calle Pierre de Coubertin.

Y no está equivocada.

—Quizá mejor damos un paseo por el Parque del Príncipe.

—De acuerdo, ¿nos vemos en la entrada sur en una hora?

—Perfecto, nos vemos en una hora.

Cuando el inspector Asbel Oquillas abandona el edificio en su coche personal, aparcado en el parking interior solo para empleados y en fila calle abajo

la Avenida Isabel de Moctezuma, se cruza con unos cuantos coches, en concreto

con uno conducido por el vicario episcopal. Aunque se conocen, Asbel no reconoce el coche. Si se hubieran encontrado personalmente en aquella calle, pudiera ser difícil de explicar la presencia de este personaje en este lado de la ciudad. Dada la importancia que el Comisario le está dando a la Semana

Santa,

quizás su presencia no le hubiera extrañado.

Quizás.

Lo que sin lugar a dudas le hubiera extrañado, de haberlo visto, es el cambio de sentido que hace el coche conducido por el vicario episcopal y el posterior estacionamiento en doble fila, esperando a que el subinspector Ettore Neglia se

suba en el asiento del copiloto y enfilen dirección al Parque del Príncipe, seguidos de cerca por el coche en el que va Agustín, el chófer.

Y no es que el teléfono del inspector esté pinchado, imposible, los teléfonos de los cargos pasan controles semanales e incluso diarios para evitar que información confidencial llegue a oídos indeseados.No.

Más bien que el oído de Ettore es fino y ha escuchado la conversación. No sabe quién está al otro lado, pero desde el asesinato del profesor y la visita de la psicóloga a comisaría, el Maestro le ha ordenado que no le pierda de vista. Ha sido toda una casualidad que el vicario fuera camino de la comisaría con la excusa de revisar el dichoso dispositivo de seguridad.

Antes de salir para su cita con el inspector, en el ático del R66 Montaña despierta a Andrea.

La chica cada vez tiene menos de Señorita Sudadera XXL y Capucha Come-Cuello, ha dormido a pierna suelta.

—Dios...hacía siglos que no *dorrrmir* así —farfulla entre sábanas, con voz perezosa.

—Dormía, dormía —corrige Montaña—, supongo que la relajación inicial de

la hipnosis tiene algo que ver.

—¿Tú crees?

—Claro, el estado alfa al que te llevo en los momentos iniciales es el mismo que todos tenemos momentos antes del sueño y también al salir de él.

Las relajadas facciones con las que la observa son nuevas para Montaña. En los cinco meses, casi seis que llevan de terapia, no recuerda ver su rostro sin ojeras y sus hombros en posición normal, pues siempre llevaba la cabeza escondida entre ellos.

Tiene enfrente a una mujer... como diría, piensa, con más luz.

—¿Recuerdas algo de lo que viviste anoche?

Andrea lo medita por unos instantes.

—Recuerdo la claustrofobia que sentí, nada más.

—¿Sabes por qué la sentiste?

—Sí, sé que estaba dentro de la tierra...¿bajamos hasta el nivel tres?

Montaña asiente y una enorme sonrisa abarca todo el rostro de la joven.

—¿En serio?¡Dime por favor que sabes cómo hacerlo!

La psicóloga vuelve a asentir.

— ¡O Bo ž [e\[12\]](#) !

Montaña no sabe si ha hecho bien o mal en decirle a Andrea lo del nivel tres.

Pero, aunque su honestidad no pase por uno de sus mejores momentos, se lo debe. Y también le debe una explicación. No está segura si contarle todo.

Decide

contarle la parte referente al Concejo, para que la chica esté alerta. Pero no ahora.

Prefiere ocultarle lo que le va a contar al inspector Asbel Oquillas en una hora. «¡Mierda!» Mira el reloj. ¡No, en quince minutos! Menos mal que el parque le pilla cerca de casa.

Le pide a Andrea que se quede en el piso hasta que ella vuelva. No sabe si hay alguien vigilándola y si ven que la chica sale de su casa, es posible que intenten averiguar qué han estado haciendo.

—¡Siempre nos queda el *rollo bollo*!

Le grita la chica desde la cocina mientras Montaña se da una ducha rápida.

«Es una opción creíble», piensa mientras se enjabona.

Capítulo 28

El día en Cáceres, Ciudad Patrimonio de la Humanidad, es soleado pero frío, a pesar de ser cerca de las dos de la tarde. Nunca hace buen tiempo para la

Semana Santa, ni siquiera cuando el cambio climático está teniendo consecuencias en el resto del mundo. Hasta es posible que llueva por la tarde.

Aparca el todoterreno negro en una de las plazas reservadas de zona azul y hecha unas monedas en el parquímetro para una hora y media. Asbel ya ha llegado, lo sabe por su coche, un Toyota Prius aparcado unas plazas más allá.

Toca con disimulo el capó. Acaba de llegar prácticamente.

—¿Lleva mucho esperando inspector? —le pregunta conforme se acerca a la

Puerta Sur del conocido parque. Está guapo, piensa. Es guapo, vuelve a pensar.

Viste unos Levi's gastados, cortesía del tiempo, un barbour azul marino y el modelo Pelotas de Camper.

—Acabo de llegar.

Es honesto, juzga Montaña. Cualquier otro hombre le hubiera dicho que lleva veinte minutos esperándola. Y no hubiera mentido, ya que Montaña se ha entretenido, esos mismos veinte minutos, eligiendo el vestuario. *Solo en esta ocasión*, que quede claro.

Ambos se estrechan la mano de forma cordial, Montaña lleva una gorra de lana y un barbour exactamente igual que el de Asbel, solo que en color verde.

Parecen una pareja de pijos, a falta de niños pequeños, también con *minibarbours* y pantalón corto, como esas familias que acostumbran a pasear por Cánovas los domingos por la tarde, tras la salida de misa.

—¿Ha traído las fotos?

El inspector asiente.

En el último instante, antes de pasar veinte minutos eligiendo la ropa,

Montaña pensó que sería mejor que el inspector se llevara las fotos que el forense tomó de las heridas de Álvaro. Solo las de las heridas, no tiene ninguna

intención de volver a ver las espantosas imágenes de la muerte de su antiguo paciente.

—Quiero enseñarle algo —dice encendiendo su móvil y accediendo a la

información que sacó de internet la noche anterior cuando tecleó «Puñal de misericordia» en *Google*.

El inspector espera paciente a que se cargue la página.

Caminan por uno de los senderos de grava perdido entre los pinos. Algunas pandillas de estudiantes pasan la mañana tirados en el césped y fumando.

Cuando la página se carga, Asbel lee con tranquilidad la información que le suministra y revisa las fotos disponibles en la pestaña «Imágenes»

—¿Ves la forma en diamante de la daga?

—Sí.

Se sientan en uno de los bancos, el que está más limpio de los que tienen a su alcance, y él extrae del bolsillo interno de su barbour un sobre color cámel con

las fotos del forense.

Ambos observan las heridas. Las trece traspasan con una incisión en forma de diamante la carne del profesor.

—¿Cómo has llegado a esta conclusión?

«¿Por dónde empiezo?», se pregunta Montaña. Respira y empieza por el principio.

—¿Recuerdas nuestra conversación sobre la hipnosis clínica?

Asbel asiente. Y tanto que la recuerda. Aquella conversación en la tapería le despertó un profundo interés, además de unas ganas terribles de volver a quedar

con ella.

—Bien, lo que le voy a contar es información que pertenece a un paciente, pero dadas las circunstancias, creo que le va a ser de utilidad.

Montaña empieza por la regresión en la que Andrea era un muchacho

llamado Nuño en la época en la que los hermanos ocupaban Cáceres. El fatídico diez de marzo de 1173 en el que los cuarenta hermanos fueron degollados en la Torre Redonda.

—¿No fue en la de Bujaco? —interrumpe Asbel.

—No, ocurrió en la Torre Redonda y su elección no fue casual. El subsuelo de Cáceres está lleno de pasadizos y hay hasta tres niveles. En el nivel tres había

uno que comunicaba la Torre Redonda con una de las salidas de la ciudad.

Montaña calla unos instantes y medita sus siguientes palabras.

—Asbel, por inverosímil que te parezca la explicación que te voy a dar sobre cómo he llegado hasta la conclusión de que el arma homicida de Álvaro es un puñal de misericordia del siglo XI, por favor escúchame hasta el final, luego responderé a tus preguntas.

El inspector obedece. Es más sencillo creerla que ponerla en duda. Sus

palabras le dan un indicio, una línea de investigación que seguir. El arma homicida. Además, el enlace que le ha enseñado sobre el Tesoro de la Casa de

los Cohen es verídico. Por muy cogida con alfileres que le parezca la historia, reconoce que, cuanto menos, le puede llevar a algo. Está hasta las narices de la

planificación del dispositivo para Semana Santa. No le vendrá mal tener algo

más interesante que hacer.

—Mañana salgo para Zaragoza, estaré tres días fuera.

—¿Vas a ver a tu madre?

Ella asiente.

Acuerdan que durante el tiempo que esté fuera, Asbel se dedicará a hacer averiguaciones sobre ese hallazgo encontrado en los sótanos del Ayuntamiento.

Cuándo sucedió y a dónde fueron a parar los objetos que encontraron.

Montaña no le ha contado todo lo que sabe. Se ha guardado la parte relativa al Concejo. Confía en él pero podría perjudicar a sus abuelos.

El inspector, por su parte, se queda con las ganas de invitarla a comer, Montaña se tiene que ir rápido, debe hacer varios recados antes de salir para Zaragoza y además, pasarse por la clínica.

Quedan en verse a la vuelta. Para entonces, tres o cuatro días, Asbel cree que habrá encontrado alguna información sobre el paradero de la pieza.

Desandan el camino y salen por la Puerta Sur del parque, Asbel acompaña a Montaña hasta su coche, ésta acciona la llave de contacto y el policía le abre la

puerta. A Montaña le gusta el gesto. Se lo agradece.

Ambos se miran y por un instante Montaña tiene la certeza de que siempre han estado juntos. A pesar de haber estudiado psicología e hipnosis clínica, de haber hecho sus tesis y de haber sido testigo de cientos de experiencias en las que ella ha guiado a pacientes, siempre ha albergado dudas respecto a sí misma.

Sin embargo, esa mañana de comienzos de primavera, cuando Asbel le ha

franqueado el paso con la puerta de su coche tiene la sensación de haber vivido

ese gesto con anterioridad y de haberse encontrado con esos ojos, también con anterioridad, como si fuera algo familiar.

—¡Espere!—le dice cuando va a accionar el contacto—, casi se me olvida, ¿recuerda lo que me pidió la otra noche?

Montaña hace un esfuerzo, pero no recuerda.

—Me pidió que averiguase a nombre de quién estaba la finca de sus abuelos.

—Joder, casi se me había olvidado... —admite Montaña estupefacta ante la falta de memoria.

—En el registro consta como usufructuarios a sus abuelos y como actual propietario... Rodrigo Solís.

Montaña se tapa la cara con las manos y suelta un bufido. Ahora mismo se siente incapaz de procesar esa información. Asbel la observa preocupado, respira

y acerca su cara a la de ella.

—Quedamos en que no le haría preguntas al respecto y no lo haré,

Ella deja visible su cara y con mirada triste y cansada, le dice:

—Se lo agradezco de corazón.

—Me ha llamado la atención que sus abuelos sean primos hermanos —deja caer.

—Así es.

—No sé si preguntarle si fue amor a primera vista o fue interés en mantener el vínculo de sangre...

—¿Usted que cree?

Se despiden con un apretón de manos, ahora menos formal que antes, y acciona el contacto dando marcha atrás.

Mientras conduce hacia la clínica de Cánovas, decide que se llevará a Andrea con ella. Teme dejarla sola en la ciudad. Podría haber pedido a Asbel que le echase un ojo, pero estará más tranquila si se la lleva.

En uno de los semáforos llama al hotel que hay frente a la residencia de su madre y reserva dos habitaciones para dos noches. Una la pasarán en Madrid.

Después llama al móvil de Andrea. La chica responde y se oye el ruido del televisor de fondo, aseguraría que está viendo *Big Bang Theory*.

—Buenas, dormilona, ¿cómo llevas la mañana?

—Bien, estoy tirada en el sofá sin hacer nada —responde la chica con voz perezosa.

—Puedes coger alguno de los libros que hay en mi despacho, seguro que hay alguno de Stephen King — alude al genial escritor porque sabe que a la chica le

encantan sus historias de terror— que te puede gustar.

—Ay , Montaña, no me apetece nada ponerme a leer ahora, estoy viendo la tele y es todo lo que mi mente puede dar de sí hoy.

—Me parece bien. —Montaña está entrando en el parking subterráneo del edificio en el que está la clínica. —Te quería proponer algo...

—Adelante —conmina la chica con una pequeñísima pizca de emoción en la voz.

—Salgo mañana para Zaragoza, iré a ver a mi madre y estaré unos cuatro días fuera, necesito un copiloto que me dé charla durante el trayecto, ¿cómo tienes tu agenda?

Escucha la risa de la chica al otro lado.

—Creo que mi agenda no tiene nada que decir al respecto, pero necesito coger ropa de la residencia.

Montaña lo piensa y decide que es mejor que no, mejor que Andrea no pise su residencia universitaria, de momento.

—Andrea, mejor no, coge de mi armario lo que quieras, creo que es mejor que no aparezcas por la residencia por ahora.

En los últimos días ha tenido varias veces la sensación de que la observan.

No quiere que la vean con Andrea, necesita unos días para pensar cuál va a ser el

siguiente paso. No ha recibido ninguna llamada de su abuela preguntando por su

decisión, así que es posible que no estén al tanto de que la chica entró en su casa

la noche anterior y aún no ha salido.

Acierta.

Nadie sabe que Andrea está en su casa. Nadie sabe de qué ha estado hablando con el inspector. Pero el subinspector Ettore Neglia y el vicario episcopal sí están al tanto la cita que acaban de tener. De lo que no están al tanto estos dos es que Agustín les ha estado observando mientras ellos espiaban.

Capítulo 29

Desde que pasó la consulta a la clínica de Cánovas, acordó con los dueños que cada mes o mes y medio dispondría de tres días libres para visitar a su madre. A cambio, se comprometía a trabajar los sábados cuando así lo demandaran los clientes. Aun así, Montaña pasó por la clínica el día anterior para concretar con Montse qué pacientes podían esperar a su vuelta y cuáles había que derivar a otro de los psicólogos del centro.

Recorrer la A5, Autovía de Extremadura, dirección Madrid es una gozada. Si el día está despejado, como así es, puedes ver el hermoso paisaje lleno de campos verdes y cielos azules a ambos lados de la calzada. Es la primera vez que

Andrea realiza el trayecto y, pese al madrugón, no es capaz de cerrar los ojos. En

su país, Polonia, todo es blanco o gris.

—Es demasiado bonito como para perderselo.

—Aún nos queda la vuelta, duérmete anda.

En tres horas estarán en Xanadú, van a almorzar algo allí antes de entrar en Madrid. Andrea nunca ha estado y se muere de ganas por visitar el enorme parque comercial. Montaña quiere pasarse por su antiguo piso para ver que

todo

sigue como lo dejó. Y para airearlo. Quiere pasar la noche allí, todo depende del

tiempo que echen en el parque comercial.

Durante el trayecto, escuchan la música del pianista Ludovico Einaudi,

Andrea nunca lo ha escuchado y está encantada con el sonido. Ha puesto varias

veces *Una Mattina*.

—¿Qué edad tiene tu *matka*[\[13\]](#)?

Montaña, con la vista fija en la carretera, hace cálculos. No sabe con exactitud la edad de su madre. A veces incluso tiene que pararse a pensar la suya.

—Creo que cincuenta y siete.

—Es joven.

—Sí, lo es.

—¿Y cuándo empezó a tener pérdidas de memoria?

Montaña se encoge de hombros.

—En realidad no lo sé. Cuando yo me di cuenta, ella hacía tiempo que se lo había notado a sí misma, ¿me entiendes? —Andrea asiente—, a veces se

sorprendía sentada en un parque sin saber cómo había llegado hasta allí. O me llamaba la policía para decirme que mi madre se había perdido y la habían encontrado. Esos fueron los últimos meses que estuvo en casa, me asustaba

mucho la idea de que pudiera desaparecer y que le pasara algo.

—Muchas de las personas mayores que desaparecen son enfermos de alzhéimer. Debió pasarlo mal.

—Sí, lo pasó mal hasta que se fue haciendo a la idea.

Andrea la escucha sin perder detalle del paisaje.

—Antes de empezar a degenerar así —continúa la psicóloga— los síntomas eran más sutiles. Por ejemplo, ir conduciendo y durante unos minutos perder la

orientación. O no recordar cómo volver a casa después de unas compras. Pero lo

peor es que ella se dio cuenta, ¿sabes? Antes de que degenerase del todo ya había buscado varias residencias y había seleccionado la de Zaragoza. No supe

que ella había visitado por su cuenta la residencia hasta que no estuve allí para

internarla. Cuando la lucidez aún la acompañaba la mayor parte del día, ella misma se había encargado de todo.

—Supongo que para ella sería duro verse así.

—Sí, lo fue. Aún hoy sigue teniendo sus días buenos.

Montaña reduce la velocidad al pasar por un cartel en el que se avisa la presencia de un radar.

—Esos días las enfermeras me llaman y me la ponen al teléfono.

—Es un detalle por su parte.

—Sí, lo es, aunque es un detalle muy bien pagado —admite con pesar.

Conducen unos minutos más en silencio, hasta que Andrea pregunta de nuevo.

—¿Y por qué dejaste Madrid? Me fascina esa ciudad...

Montaña siente que llegadas a este punto de intimidad, puede contarle la verdad.

—¿La versión oficial o la personal?

— *Oba*[\[14\]](#)—responde la chica.

Montaña, cuyo vocabulario polaco cada vez es más versado, respira y traga saliva, haciéndose un poco la interesante.

—En fin, la versión oficial es que la gran ciudad me estresaba, que estaba harta de los atascos y del ritmo frenético en el que me veía envuelta todos los días. Quería saber cómo era la vida en una ciudad más tranquila y volví a la mía,

algo temporal, solo un descanso. Esa es la versión que le di a mis socias.

—¿Y la versión personal?

—Esa es la más dura, tuve un par de sustos y me entró miedo.

—¿Qué pasó?

—Me atacaron en dos ocasiones. Una vez llegando al portal de casa, noté que alguien venía detrás de mí, pero no le di importancia, creí que era un vecino. Un

tipo se me echó encima, no sé cómo me deshice de él y en lugar de intentar

abrir

el portal, eché a correr: a no ser que el tío corriera el kilómetro en cuatro minutos, no me cogería.

—¿Le viste la cara?

—Sí, se la vi, pero no pude describirla. No tenía ningún rasgo destacable. Un hombre de entre treinta y cuarenta años, moreno, cara redonda, ojos oscuros. No

recuerdo la ropa. Me fue imposible, me dio tanto miedo que solo pude pensar en

correr y correr, llegué hasta la comisaría más cercana y ...—de repente, Montaña

se calla. Su mente está a punto de hilvanar algo, de encajar unas piezas— le denuncié.—Termina la frase, pero sigue pensativa—. No puede ser...

— *Co si ę dzieje* [\[15\]](#)?

—La cara del otro.

Montaña acaba de recordar de qué le sonaba la cara del conductor del

todoterreno que se cruzó a la salida de la finca de sus abuelos. No podía ser. Si

no era él, se parecía una barbaridad a uno de los que le atacó.

—¿Le viste la cara?

La psicóloga prefiere no alarmar a la chica. Así que no le da importancia a lo que acaba de recordar.

—No, no la recuerdo.

—¿Y cómo volviste a casa?

—Llamé a un amigo y me acompañó. Al día siguiente blindé mi casa y empecé a tomar clases de defensa personal. Tenía miedo de salir a la calle, pero

me dije que era normal, que ya se me pasaría y que con las clases de defensa estaría mucho más segura. Hasta que me atacaron por segunda vez, en esta ocasión fue en el aparcamiento del bloque donde teníamos el gabinete. Estaba metiendo mis cosas en el maletero y alguien me agarró por detrás. Los muy cabrones siempre van por detrás. Recordé uno de los golpes que me acababan de

enseñar y le di un cabezazo con la parte de atrás del cráneo, no sé si le rompí la

nariz, pero gritó y me soltó, cuando me giré tenía las manos en la nariz y manaba

un chorro de sangre que no veas... Vino hacia mí y esta vez, en lugar de huir, le

di una patada en los huevos con todas mis fuerzas, lo dejé doblado. Busqué mi

bolso para coger el teléfono y llamar a la policía, pero el tío se levantó y con una mano en los huevos y otra en la nariz empezó a correr hacia la salida — este es al

que acaba de recordar o, al menos, le resulta familiar.

—¿Llamaste a la poli al final?

—No pude, empecé a asfixiarme, el pecho parecía que me iba a reventar del dolor que me entró. Me pareció que me desmayaba y llamé al 091. Creí que me

había inyectado algo, no sé, en algún momento. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en una cama de hospital. Tras la agresión, había sufrido un ataque

de pánico. No fue el último...y empecé a no poder controlarlos, así que decidí

poner tierra de por medio.

Andrea la escucha en silencio. Meses atrás o quizá semanas, no habría

podido imaginar a Montaña incapaz de controlarse. La seguridad y el autocontrol

emanan de ella de forma natural. Es el equilibrio personificado, eso hace que Andrea se sienta a salvo en su presencia. Desde el día en que la conoció, Andrea

supo que Montaña era una red de seguridad en su vida. Supo que sus fobias podían desaparecer solo con la ayuda de Montaña.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre un ataque y otro?—vuelve a preguntar.

—Un mes —Montaña lo recuerda a la perfección.

—¿No te resultó extraño que, de repente, sufieras dos ataques tan seguidos?

—Precisamente, creo que alguien estaba obsesionado conmigo.

—¿Algún *pacjenci*? [\[16\]](#)

Montaña niega y, por un instante, se le pasa por la cabeza que el segundo hombre, al que ella le rompió la nariz, le recordó al conductor del todoterreno con el que se cruzó en la finca de sus abuelos. Es más, le viene la imagen el recuerdo de que ella levantó la mano para saludarle, al esperar que le

correspondiera, el hombre se llevó la mano izquierda a la nariz, como si se avergonzara de algo, ¿se avergonzara o quería ocultar algo?

No puedo con esto ahora, se dice y desecha la idea rápidamente, es imposible que sus abuelos estén relacionados.

—¿Y tus compañeras? ¿Les pasó a ellas algo parecido?

—No, colaboré con la policía en la mini investigación y lo primero que examinamos fue el historial de todos los pacientes que habíamos tratado en el gabinete. Ninguno tenía indicios de agresividad ni de brotes psicóticos.

—¿Llegaron a averiguar algo?

Nones.

—La Comunidad de Madrid tiene un índice de agresiones a mujeres de los más altos de España, lo mío fue una aguja en un pajar.

—¿Probaste la hipnosis contigo?

—¿A qué te refieres?

—Que si pediste a una compañera que te hipnotizase y te llevara a esos momentos para ver si recordabas algo que pudiera distinguir al agresor.

—No, no lo hice, me daba pánico volver a vivir aquellos minutos.

—Ya...

—Tampoco sería necesario pedírselo a alguien, yo misma puedo grabar las preguntas que deseo hacerme y auto hipnotizarme, pero no, se lo pediría a alguna de mis socias.

—Venga ya , ¿en serio uno puede hipnotizarse a sí mismo?

—Sí, lo aprendí en el máster, es más sencillo de lo que parece. He tenido

profesores que ni siquiera necesitan de un audio externo para ser hipnotizados.

—¿Y cómo sabían si realmente estaban en trance?

—Se miden las ondas del cerebro, ahí no hay trampa ni cartón.

—Pues creo que deberías probarlo —resuelve Andrea toda convencida.

Montaña hace un bosquejo de sonrisa.

—Tal vez, cuando todo esto pase y recupere fuerzas.

—Es injusto que te veas obligada a cambiar tu vida por un puto salido que seguramente pasa todo el día viendo porno y jugando a videojuegos.

—Sí, lo es, no creas que no lo he pensado, pero una persona puede estar observándote durante meses y conocerte a la perfección. Tú ni te das cuenta, juega con ventaja y con el factor sorpresa. Ahora estoy más segura gracias a la

defensa personal, pero eso no quita que venga un chalado y te rocíe con cloroformo o algo similar o te deje inconsciente con un golpe en la cabeza.

—Y luego que te traten como una delincuente porque no recojas la caca de tu perro, como decís aquí: yo flipo.

—No sabía que tuvieras perro —bromea Montaña.

—No, pero es igualmente frustrante.

Una hora y media más tarde, las chicas cogen el desvío para el parque

comercial Xanadú, antes de llegar a Madrid. Al ser por la mañana, no hay mucha

afluencia de gente y en el parking hay sitio suficiente como para aparcar casi en

la misma puerta de entrada.

Para Andrea, también es la primera vez que entra en una superficie comercial tan grande y está fascinada. Su sorpresa aumenta cuando Montaña le señala las

dos pistas de nieve que hay a su izquierda y le advierte de que tendrán que dejar

el esquí para otro día.

Pasean por los enormes pasillos y hacen algunas compras en Zara, Mango y

H&M. Comen espaguetis negros con langostinos en uno de los restaurantes italianos y terminan en el Starbucks. *Caffe latte tall* para Andrea y té de verde *tall* para Montaña. Una *cookie* de chocolate para cada una y una botella de agua sin gas para el camino.

Guardan las bolsas en el maletero del coche y entran en Madrid por la M30, en dirección al parque del Retiro, donde Montaña conserva su piso.

Capítulo 30

Esa misma mañana, unas horas más tarde de que las chicas empiecen su viaje a Madrid, el inspector Asbel Oquillas navega por las páginas del Archivo

Histórico Provincial y del Archivo Municipal de Cáceres. Lo que le contó

Montaña ayer tiene sentido, pero ella también podría haber accedido a la misma

información. Se pregunta qué le pasa que recela de todo el mundo: de su compañero, de Elena, de la psicóloga, ¿empieza a estar paranoico?

Le ha enviado un mensaje a Elena, «estoy detrás de algo». La inspectora, a

pesar de la discusión sobre la suspensión del caso de Álvaro, le ha dado vía libre:

cuenta con su estima personal y sabe que Asbel es un policía serio. Así que antes

de meterse en la ducha, indaga un poco más. Pincha sobre la pestaña *Quiénes somos* del Archivo Histórico y se sorprende al descubrir la foto de Álvaro Dávila entre los integrantes. Pero se sorprende un poco más cuando, tras repetir la misma operación, descubre que Álvaro también está, o estaba, entre los

integrantes del Archivo Municipal. Y su sorpresa alcanza límites insospechados

cuando descubre que en la Comisión de Valoración del Archivo Histórico está también el difunto profesor de arte.

Busca en *Google* información sobre el Museo de Cáceres, si se encontró algo de valor histórico, es el sitio en el que seguramente estará recogido.

El Museo Histórico de Cáceres está ubicado en el casco antiguo y lo integran dos casas señoriales: La Casa de Las Veletas, en la que se albergan las secciones

de arqueología y etnografía, y La Casa de los Caballos en la que se aloja la colección de Bellas Artes. Desde 1989 su gestión está a cargo del Gobierno de

Extremadura, a través de la Junta. Correspondiendo su gestión a este organismo,

el Museo recibe en depósito todos los materiales y objetos arqueológicos procedentes de las intervenciones realizadas en la provincia.

Al inspector Asbel le parece que es un buen punto de partida. Duda que el

arma encontrada en el sótano del Ayuntamiento esté en el Museo, pero puede que haya estado en alguna ocasión.

Termina el café y va directo a la ducha. En menos de una hora está al volante de su Toyota Prius, dirección al parking del obispo Galarza. Emocionado por un

indicio que seguir, baja como una exhalación por General Ezponda, casi cae al suelo de un resbalón por las empinadas escaleras. Atraviesa la Plaza Mayor y ataja por el Foro de los Balbos, al lado del Ayuntamiento. En cinco minutos está

frente a las pintorescas gárgolas y los dos grandes escudos de la fachada principal de La Casa de las Veletas.

Son las once y media de la mañana, el museo está vacío, tan solo unos

mochileros, Asbel cree que son peregrinos que hacen el Camino de Santiago, deambulan por el bello patio de planta cuadrada sostenido por ocho columnas toscanas. No hace frío, pero la temperatura dentro del edificio es fresca debido a

la piedra y a las corrientes de aire.

«¿Por dónde empiezo?», se pregunta el inspector.

Va hasta el directorio y comprueba que el museo lo integran tres secciones que se distribuyen en salas: Arqueología, Etnografía y Bellas Artes.

¿Está en el sitio adecuado?

Busca alfabéticamente la palabra «armas». Hay una sección dedicada a las armas de la Edad Media en la Sala 8.

Cruza el patio dejando atrás a los dos peregrinos de pesadas mochilas y entra en la Sección De Arqueología. Sala 5, Sala 6, Sala 7, por fin la Sala 8. La sala

tiene las paredes cubiertas de vitrinas en las que se exponen cientos de armas. Armas del Paleolítico, Neolítico y Megalitismo. Armas de la Edad de los Metales. Armas de la Segunda Edad del Hierro. Armas romanas. Armas medievales. ¡Bingo!

Se detiene y observa concienzudamente las cuatro armas que se exhiben en la parte izquierda inferior de la enorme vitrina.

Hay una maza, una espada, una ballesta (bajo la cual reza una aclaración que a Asbel le llama la atención: *Difícil de manejar era un arma muy eficaz, que en*

1130 la iglesia prohibió su uso, salvo contra el infiel musulmán, tratándola de arma aborrecida por Dios e indigna para el cristiano) y un martillo.

Ni rastro del Puñal de Misericordia.

Se quita el barbour. Lee una a una todas las inscripciones que hay al pie de cada una de las armas expuestas en las cuatro vitrinas que cubren por completo

las paredes, y en la vitrina central que, a modo de mesa, ocupa el centro de la Sala 8.

Sabe lo que busca, pero está perdido y la letra impresa es tan pequeña que el trabajo al que está sometiendo sus ojos empieza a pasarle factura vía dolor de cabeza. Justo cuando se restriega los ojos para disminuir la fatiga, le parece leer

en algún lado el apellido «Cohen».

Se trata de un *Carcaj*[\[17\]](#) con flechas. Las palabras que rezan en la inscripción son:

Carcaj con flechas encontrado en estancias subterráneas bajo el actual

Ayuntamiento. Perteneciente al Tesoro de los Cohen, siglo XIV.

Cohen es el apellido de la familia judía de la que le habló Montaña. Fue en el Tesoro de los Cohen donde se encontró el Puñal de Misericordia. Mira a su alrededor y luego sale al pasillo en el que se encuentran las demás salas. Sabe que por su cuenta no va a encontrar nada. No quiere preguntar a la chica de Información.

Hay ordenadores dispuestos en cada una de las secciones. Tenía que haber empezado por ahí. Se dirige al más cercano y antes de teclear se ata el barbour,

que ya empieza a incordiarle, a la cintura, y teclea en el buscador: *Tesoro de los Cohen*.

Pasados unos segundos, en la pantalla aparece un listado de objetos. Hay como unos veinte.

Sedas de oriente, Sala 7-Sección Arqueología; armas, Sala 8-Sección arqueología; pinturas, Sala 17- Sección Bellas Artes.

El tesoro había sido diseccionado y sus piezas repartidas en las distintas salas, según su naturaleza. Repasa la lista varias veces, en ningún sitio se nombra arma alguna semejante a un puñal.

La chica de Información, vestida con pantalón azul marino y rebeca amarilla, anuncia que faltan diez minutos para cerrar el museo.

Después de todo, no ha sido tiempo perdido. Al salir, observa una pequeña vitrina en el centro del hall de entrada que le había pasado inadvertida al entrar.

Se acerca solo por curiosidad. Se trata de unos pendientes pertenecientes a otro

tesoro, el Tesoro de Aliseda, encontrados en 1920 y pertenecientes a la Edad de

Hierro, entre el año 750 el 218 a.C.

Sobre la vitrina, la frase que reza es *La Pieza del Mes*.

—Desde la apertura del museo, en 1931, todos los meses se destaca una pieza de valor encontrada en alguno de los tesoros de la provincia.

La chica de Información encargada de la atención al público se ha puesto a su lado y contempla la pieza que tienen enfrente. Asbel no la ha oído llegar, en parte por la suela plastificada de sus bailarinas planas. Aunque sí ha olido su perfume antes de que empezara a hablar.

Doña Begoña Información, es lo que se lee en la placa que tiene prendida sobre el jersey, a la altura de pecho izquierdo.

—Estoy haciendo una tesis sobre armas medievales, ¿tienen o han tenido alguna más que las cuatro que están en la Sala 8?

Es lo primero que se le ocurre. Doña Begoña Información no le conoce, ni él a ella. Apenas se toma tiempo para pensar.

—No, todo lo que tenemos está expuesto.

A Asbel le recuerda a una dependienta de grandes almacenes.

—Pero puede mirar —continúa Doña Begoña Información— en los archivos de la Biblioteca. El Museo posee una Biblioteca especializada con más de nueve

mil publicaciones científicas sobre Arte, Historia, Arqueología, Antropología y Museología, estoy segura de que allí encontrará suficiente material sobre armas

medievales.

Asbel no puede estar más de acuerdo con ella.

—¿Sería posible acceder a la Biblioteca?

Doña Begoña Información mira el reloj y a continuación a los dos mochileros que abandonan el Museo por la puerta principal.

—Es posible, pero no ahora, es la hora de cerrar. Puede volver esta tarde a partir de las cinco, le haremos una tarjeta provisional.

El inspector no ha sido consciente del tiempo, ¿ha permanecido dos horas y media ahí dentro?

—Verá, tengo que salir esta tarde para Madrid y estaré fuera casi dos semanas, ¿no podría dejar que echara un vistazo? Serán solo unos minutos...

—

Asbel se palpa el bolsillo derecho del pantalón y saca un billete de cincuenta euros.

Doña Begoña Información, por su aspecto, poco acostumbrada a recibir dinero con tanta facilidad, cambia de posición, y le indica a Asbel que la acompañe a una de las esquinas de la sala. Justo debajo de una cámara de vigilancia. Así evita ser grabada cuando coge el billete y lo introduce en el bolsillo de su rebeca.

—Espere —le indica.

La chica cierra la puerta de entrada y habla por la emisora con alguien. Asbel

supone que al otro lado está la persona encargada de la otra parte del museo,
La

Casa de los Caballos.

—Venga conmigo.

Le toma los datos en el mostrador. El inspector se identifica con un carné de identidad falso, el que suele utilizar para casos así, en los que se puede ver comprometido si enseña su verdadero carné de policía. No es algo ilegal, está consentido y consensuado con sus propios superiores.

Una vez rellenada la ficha, acompaña a Doña Begoña Información.

Atraviesan el patio de las ocho columnas y se dirigen hacia una amplia escalera

cuyo acceso permanece vetado por una gruesa cadena de hierro. Un cartel con la

inscripción «Sólo personal autorizado », cuelga de la gruesa cadena. La chica quita la cadena y la vuelve a dejar en su sitio cuando ambos pasan al otro lado.

Suben en silencio las escaleras de mármol vetado y llegan a la segunda

planta. Una enorme sala llena de libros, en su mayoría con encuadernaciones antiguas, les sale al paso. La sala ocupa toda la segunda planta.

Hay mesas y sillas dispuestas por todas partes y un ordenador en cada mesa.

Doña Begoña Información mira su reloj por segunda vez delante de Asbel.

—Mi trabajo consiste en leer una ficha que usted debe rellenar con los libros o los archivos que quiere e ir a por ellos. El tope por persona y día son cinco.

Asbel va a decir algo pero ella le interrumpe.

—Si quiere hacerlo usted mismo, puedo ir a comer y volver en dos horas, antes de que venga mi compañera, serán cien euros más —le informa resuelta.

El inspector se queda boquiabierto. La señorita aprende rápido.

—De acuerdo, te doy cincuenta ahora —sonríe, sacándose otro billete del mismo bolsillo que antes — y cincuenta dentro de una hora.

La chica coge el billete, se lo guarda en el otro bolsillo de su rebeca y desaparece por las escaleras.

Asbel no pierde tiempo y se sienta en la mesa con ordenador más cercana. Lo enciende y mientras espera que la pantalla aparezca con no sabe qué, mira a su

alrededor. Los libros están ordenados alfabéticamente por secciones y las secciones también están ordenadas alfabéticamente.

La pantalla del ordenador se ilumina y aparece una cajita con una pequeña lupa a la derecha. Teclea la palabra «Cohen». A ver qué sale.

Para su sorpresa, aparecen unos diez registros.

Vuelve a teclear «Tesoro Cohen».

Los archivos se reducen a la mitad.

Sin dilación, Asbel teclea «Puñal Cohen».

Los archivos se reducen a uno solo.

Coloca el ratón sobre el archivo y pincha. El ordenador le indica: Sección T, Estantería C, Fila 3.

Asbel se levanta y empieza a buscar la sección T, cuando la encuentra busca la estantería C y hace lo propio con la fila 3. Busca Cohen y allí está. Un documento de unos veinte folios plastificados y con la cubierta forrada también

de un material, a ojos de Asbel, incorruptible al paso del tiempo.

Hojea las páginas, llenas de fotografías e inscripciones. Una de las fotos se corresponde con las imágenes que Montaña le mostró ayer. Así que sí se

encontró un Puñal de Misericordia en el Tesoro de los Cohen. Siente un pequeño

pinchado de emoción en el estómago. Montaña tenía razón y ella lo ha sabido a

través de las regresiones de la chica. Admite que una parte de él desconfiaba de

la veracidad de todo aquello, pero...

Pero.

¿Y si ella ha seguido los mismos pasos que él antes? Su mente de viejo policía siempre guarda un rincón para la duda. Su corazón le dice que no, Montaña no miente. Y ahora, si el puñal no está en el Museo ¿dónde está?

No le queda más remedio que esperar a Doña Begoña Información.

Solo faltan veinte minutos que dedica a pasear por los pasillos de la curtidada biblioteca.

A las cuatro de la tarde, escucha el crujido de la puerta de madera de la entrada, Asbel ya está en el patio y camina hacia el hall, donde se encuentra con

la chica.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

—He encontrado algo aunque no mucho.

—Créame que lo siento, le va a salir caro el día... —deduce la chica aludiendo a los cincuenta euros que aún le quedan por recibir.

Asbel vacila. Sonríe, esta vez con pesar, y corrige:

—No crea, dígame, si hay algo que no está y debería estar, ¿cuál podría ser el motivo? —La chica adopta un aire serio, desconfiado—. Oh, tranquilícese, no me refiero a usted, solo quiero saber si los objetos se han movido alguna vez o se

han prestado a otros museos, es posible que algo no se devolviera.

—Lo que me pregunta ¿tiene que ver con su tesis sobre las armas de la Edad Media?

—En realidad tiene más que ver con lo caro que me puede salir el día.

La chica capta la indirecta.

—Todo lo que se deja o se recibe prestado sigue unas normas estrictas de inventariado.

—¿Sería posible acceder a las instituciones o coleccionistas a los que se le ha prestado algo?

La chica duda. Y después de unos instantes va hacia su escritorio y tras el mostrador de información, teclea algo en el ordenador. Unos segundos después,

la impresora se activa y escupe un folio. Doña Begoña Información coge el folio

y , como ya hiciera una hora antes, se resguarda de las cámaras de grabación.

Alarga el folio hacia Asbel con la mano derecha mientras que extiende la izquierda a la espera de su recompensa.

Al inspector no le queda otra que cumplir con su parte del trato.

Coge el folio, lo dobla y se lo guarda en el bolsillo delantero de su camisa,

bajo el jersey de lana que lleva. Se despide de la chica y abre la pesada puerta de

salida

—Vuelva cuando quiera —le dice Doña Begoña Información antes de cerrar la puerta con el familiar crujido.

Es una pena que todos los días no tenga visitas como esta.

Capítulo 31

Montaña visita a su madre puntual como un reloj durante tres o cuatro días

cada mes o mes y medio. Siente una especie de desasosiego en el estómago siempre que piensa en su situación. Le hubiera gustado continuar con la vida tal

y como era antes de que su madre empeorase. Pero la realidad es que para continuar con su madre como hasta entonces, tendría que haberla llevado con una correa a todos los sitios, o haber dejado de trabajar para atenderla y no puede

permitírselo. Tampoco era vida para la mujer.

Además, está el hecho de que su madre, en sus momentos de lucidez, arregló

todo para ingresar en la residencia por voluntad propia. Algo que dejó a Montaña

sin palabras durante un tiempo, ¿cómo una persona con semejante enfermedad puede tener la suficiente lucidez como para hacer algo así?

Puede.

La llamada de ayer le hizo albergar esperanzas. Siempre que su madre tiene un día bueno, un día en el que la recuerda a ella y es consciente de dónde está y

qué es lo que le sucede, para Montaña es como si nada hubiera ocurrido. Como

si fuera a volver del trabajo y se encontrase a su madre haciendo la comida en casa. O como si su madre fuera a aparecer por la consulta e invitar a las tres socias a comer. En realidad, cada vez que su madre tiene un día bueno, le hace

perder el hilo de su vida y cada vez empieza a hacersele más duro volver a recuperarlo.

Casi a la misma hora en la que Asbel abandona el Museo de Cáceres o Casa de las Veletas, las chicas llegan al piso de Montaña.

El edificio está al final de la calle Goya, frente a una de las entradas del parque. Posee dos plazas de garaje además de un trastero. La última vez que bajó

al trastero fue antes de abandonar Madrid, tres años atrás. Tampoco es que bajase

mucho cuando vivía allí. Le da miedo. Le recuerda demasiado a alguna película

de terror vista hasta el final por pura dignidad. Así que aprovechando que Andrea está con ella, deciden bajar a buscar unos abrigos de invierno guardados

por desuso. Les serán útiles para el frío polar que, a pesar de la época del año en

la que están, también hace en Zaragoza, según la previsión meteorológica.

Las telarañas han hecho su agosto en los rincones del pequeño cuarto. Hay dos estanterías en la pared del fondo. Pilas de cajas ocupan las paredes laterales.

Maletas viejas con ropa se amontonan en las esquinas. Un armario de Ikea hace

las veces de ropero.

—Están ahí —indica Montaña señalando el armario.

La puerta se abre rechinando como si las bisagras estuvieran despertando. El armario está a rebosar de abrigos, edredones, mantas y almohadas. Todo lo que

durante años Montaña fue desechando pero que nunca se atrevió a tirar, por si las

moscas.

Las dos miran el interior.

—Elige uno de los plumíferos, son a prueba de fríos polares.

—Ya lo creo —exclama Andrea alargando la mano y cogiendo uno de ellos, color verde oliva.

—Igual te está un poco justo, pero es mucho mejor que los que traemos y no es plan de comprar uno nuevo teniendo esto.

—Sí, claro, menuda tontería, ¿y todas estas cajas? —pregunta mirando

alrededor.

—Libros, cds, dvds, electrodomésticos obsoletos. Por cierto, a ver si encuentro una tostadora, la que tenía era de última generación y vino conmigo en

la mudanza, recuerdo que guardé por aquí la vieja.

Montaña se arrodilla frente a unas cajas y empieza a abrirlas y volverlas a cerrar cuando no encuentra lo que busca.

—Tiene que estar por aquí.

—¿Necesitas mi *pomoc*[\[18\]](#)?

—No, no te preocupes, te vas a llenar de polvo...

Sigue buscando sin éxito, revolviendo todo. Hace por lo menos cinco años que la guardó y no recuerda dónde. Atrae hacia sí una de las cajas, la que está más escondida bajo el último tramo de las estanterías. La abre con las puntas de

los dedos para no mancharse con el polvo acumulado sobre la tapa, está

segurísima de que la tostadora se esconde dentro. Pero no, no es el pequeño electrodoméstico lo que está dentro. El interior de la caja está repleto de libros,

revistas y dvds sobre el alzheimer.

—Pero ¿qué coño...?

Extiende en el piso los estuches y las revistas: «Las Alteraciones

Psicológicas y del Comportamiento en la Enfermedad del alzhéimer», «Síntomas

del alzhéimer», «Fases del alzhéimer»,«Así son los enfermos de alzhéimer», «Comportamiento de los enfermos de alzhéimer», «El día a día de un enfermo de

alzhéimer», «¿Tiene usted alzeheimer?». También hay libros de psicología y de ciencias del comportamiento. Películas como «Alguien voló sobre el nido del cuco», «Siempre Alice», «Cuidadores», «Cuando llega el alzeheimer», «La caja de Pandora»...Pero lo que más llama la atención de Montaña son los recortes de

periódico. En concreto uno:

Varios estudios en Estados Unidos sugieren que, de los trastornos psiquiátricos evaluados, el 7% son falsos.

En los casos de delito las personas que fingen rondan del 12% al 15% de los casos, agregan los especialistas. Otros consideran que la cifra asciende a 22%.

Si bien los métodos no son infalibles, expertos han concebido una serie de pruebas cada vez más sofisticadas para identificar declaraciones falsas(esta frase aparece resaltado con rotulador fluorescente) . Eludir la detención "requiere de un fingidor de enfermedad muy habilidoso", asegura Resnick...

—¿Estás bien?

Montaña vuelve en sí con la voz de Andrea. El hallazgo la ha dejado confundida. Si la caja no es suya, que no lo es, solo queda la opción de que sea

de su madre. Recoge todos los objetos esparcidos por el suelo y deja la caja en

su sitio.

—Sí sí, estoy bien, ¿pasamos de la tostadora?

—Claro —Andrea ha visto lo que había en la caja y ha percibido la reacción de Montaña. Aún no sabe el motivo de su confusión, pero tanto le da la tostadora. El sitio no es nada agradable—, siempre que tengas una sartén nos podemos arreglar.

Cogen los abrigos, apagan la luz y echan la llave. En el ascensor no cruzan palabra. La mente de Montaña es un hervidero de pensamientos que se cruzan como coches en la autovía que acaban de dejar. No quiere preocupar a Andrea,

pero en su cabeza empieza a formarse una duda. Una gran duda.

Capítulo 32

Es por la tarde, y el sol primaveral luce con timidez iluminando la ciudad medieval.

Dado que en los últimos días han aumentado sus visitas al casco histórico, Asbel admira la belleza de las calles del Cáceres antiguo. Calles, palacios y casas solariegas están magníficamente conservados a través del tiempo.

«Hermosa ciudad para vivir», piensa mientras camina por las calles

empedradas. Le suenan los apellidos que, orgullosos, lucen esculpidos en los escudos familiares, presentes y desafiantes, sobre los arcos de medio punto que

dan entrada a las casas : Solís, Carvajal, Mayorazgo, Ulloa, Golfines...

Golfines.

Son casi las cinco y media de la tarde, aún falta un poco más de media hora

para que el Palacio cierre sus puertas. Ha sido un día intenso. Tras salir del Museo, fue a picar algo en una de las tabernas de la Plaza Mayor donde en

una

de las esquinas, ya más tranquilo y sosegado, pudo echar un vistazo al folio que

Doña Begoña Información le acababa de entregar.

Por descarte, y como el Palacio Episcopal está cerrado, decide echar un

vistazo al siguiente de la lista. El Palacio de los Golfines: ubicado en el corazón

del casco histórico de Cáceres. A medio camino entre la Plaza de Santa María y

la Plaza de San Jorge.

Tras años de trabajo, una conocida fundación ha conseguido abrirlo al

público. Se trata de un Palacio que se construyó entre los siglos XV y XVI.

Gracias al listado que Doña Begoña Información le acaba de brindar

gustosamente, Asbel sabe que el Palacio fue uno de los edificios que custodiaron

parte de los objetos y piezas del Museo durante la reforma que se acometió entre

2006 y 2007.

Es una suerte contar con internet y al 3G del teléfono: Asbel sabe que el Palacio cuenta con un Archivo Histórico digitalizado de última generación en el

que está documentado todo lo relacionado con el Palacio y su fundación. La mayor parte de este archivo está expuesto en una de sus salas y es de acceso público.

Solo quiere saber si alguna de las piezas del Tesoro de los Cohen fue custodiada temporalmente por los dueños de Los Golfines mientras el Museo era reformado.

Deja atrás la Plaza de Santa María y el edificio de la Diputación y llega a la plaza del mismo nombre que el palacio. Antes de entrar admira la fachada, de estilo plateresco, característica principal de todos los edificios que conforman el conjunto monumental. La tendencia generalizada en aquellos años no eran palacios ricos en filigranas. Más bien construían casas fuertes que protegieran de ataques que pusieran en peligro la integridad de la familia. Practicidad.

El teléfono le pita, otro mensaje más de Ettore preguntándole dónde estaba.

El inspector lo ignora, como ya ha hecho con los otros cuatro.

Traspasa la puerta de entrada y al momento siente el mismo frescor que hace unas horas había sentido en el museo. Otra chica uniformada con pantalón azul

marino y una chaqueta amarilla le da las buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿podría indicarme dónde puedo encontrar el Archivo Histórico?

—Claro que sí, caballero. Está en la segunda planta: la habitación que ocupa el centro del piso.

Asbel le da las gracias y con el barbour en la mano sorteja como puede varios

grupos de turistas que, audioguías en mano, deambulan como zombis por la planta baja.

—¡Disculpe, caballero!

Asbel se vuelve, esperando que no le hayan reconocido.

Es la chica de amarillo. Se dirige hacia él y en voz baja, cosa que Asbel le agradece, le informa:

—Debe abonar cinco euros por la entrada.

Lejos de abochornarse, Asbel ha salido de muchas, pero muchas peores, suelta una risotada que acaba por contagiar a Doña Toni Información. La acompaña hasta el pequeño mostrador, donde le expide una entrada con la insignia de la fundación y una fotografía de la benefactora. Asbel busca en su maltrecho bolsillo en el que por suerte, aún le queda un manoseado billete de cinco euros.

—Gracias, caballero, la misión de la fundación es el servicio a la sociedad apoyando la formación de la juventud a través de nuestro programa de becas, la

investigación científica y el apoyo al medioambiente.

Asbel pone cara de interés, aunque en realidad poco le importa. Agradece el discurso a Doña Toni Información y vuelve a esquivar a los mismos turistas que

antes para llegar a las escaleras que dan acceso a la planta segunda. Una vez allí,

se dirige hacia la habitación central en la que varios ordenadores, unos cuatro, están dispuestos en una mesa redonda, con sillas.

Observa que a ningún turista le ha dado por visitar la sala.

Se sienta frente a uno de los ordenadores y selecciona los años sobre el que quiere efectuar la consulta, y dos mil nueve.

Ordenados por meses aparecen doce archivos. Tiene que ir uno por uno, pues en el folio obtenido en el Museo, no se especifica la fecha exacta. Descarta Enero, Febrero, Marzo, Abril y Mayo. Se detiene en Junio. Es en este mes donde

se registra la custodia de los objetos procedentes del Museo. Hay un pequeño archivo en *pdf* en el que están registrados de forma detallada todo lo que entró en los Golfines.

Se trata de una fotografía por lo que no puede utilizar el buscador. La letra es minúscula, al menos, puede ampliar la imagen. El listado contiene casi trescientos registros. Intenta echar un vistazo por encima buscando la palabra Cohen.

Imposible.

No encuentra nada que se salga de ojo. Debe ir uno a uno y no perder más tiempo.

Una hora más tarde y tras tres repasos al archivo, no encuentra nada. Con un incipiente dolor de cabeza, se despide de Doña Toni Información y sale del Palacio en dirección a la hermosa Plaza de San Jorge. Se sienta en uno de los bancos y se masajea las sienas mientras contempla la estatua del santo dando muerte al dragón. En algún sitio había leído que la gente solía pasar hasta dos horas sentada en esa plaza.

El siguiente de la lista es el Palacio Episcopal.

Llegado a este punto, Asbel no puede ir tan rápido. Debe reflexionar. Todo el Palacio, salvo la planta baja, es residencia del obispo y su acceso está restringido, por lo que no puede acceder como un simple turista. Solo en su condición de policía podría hacerlo, lo que supondría alertar a sus jefes, además

de tener que poner al corriente al propio obispo sobre el motivo de su investigación.

Ya no le queda duda sobre que el Tesoro de los Cohen fue custodiado en el Palacio Episcopal porque el tercer palacio, el de los Carvajal, recibió toda la colección de Bellas Artes. ¿Cómo podría tener acceso a esa información?

De camino a casa, se le ocurre una idea y decide pasar por la comisaría, pese a que no le pilla de paso. Desea no encontrarse con nadie para no tener que dar

explicaciones y poder hacer lo que se propone. Desde el coche, busca en la agenda del móvil el teléfono de la inspectora jefe Elena Román. Mientras espera

que descuelgue al otro lado de la línea, piensa cómo abordar el tema que tiene entre manos, si acaso Elena le ayuda.

Tras cuatro tonos de llamada, una voz jovial responde al otro lado.

—Buenas tardes, inspector, más te vale que te haya cundido el día.

—Buenas tardes, inspectora, — Asbel le devuelve el saludo imitando su peculiar acento extremeño, algo que a ella no le hace mucha gracia aunque de vez en cuando, le devuelve la broma haciendo lo propio con el acento vasco de

Asbel —el día creo que ha sido fructífero, pero aún no he terminado.

—Vaya novedad, ¿qué pasa? Supongo que llamas porque necesitas algo, ¿me equivoco?

—En realidad nada complicado, solo un número de teléfono.

—La complicación depende del propietario, dispara.

—El obispo de Coria-Cáceres...

Transcurren unos segundos antes de que Elena responda.

—¿Es por el dispositivo de Semana Santa? ¿Se nos ha escapado algo?

Asbel percibe un tono de alarma en su voz.

—No, no tiene nada que ver con eso. Es por un tema personal.

—¿Te estás planteando tomar los hábitos?

El inspector no está de humor para seguir a Elena y tiene prisa por empezar a atar cabos.

—¿Podrá conseguirlo?—le pregunta con apremio.

—Sí, vaya, no te preocupes, si alguien pregunta es por el dispositivo, veré qué puedo hacer. Ah, por cierto, tienes muy preocupado a tu compañero Ettore.

—Ya sabes qué contarle, espero a que me digas algo, muchas gracias por todo.

—Oye, espero que sea algo que merece la pena .

—Yo también, jefa, yo también.

Se lo piensa mejor y decide no pasar por comisaría, no tiene ganas de dar

explicaciones a su compañero.

Si Elena averigua algo, le llamará.

Y no se equivoca pues apenas se baja del coche para comprar algo de cena , escucha el sonido de entrada de un *wattsapp*. Es Elena y le envía un número de móvil.

Capítulo 33

El piso está limpio y en orden. Montaña ha avisado a Marcia, la mujer que limpia el gabinete de psicología, para que limpie el piso unos días antes de que

ella llegara. Silvia y Lola, sus antiguas socias, tienen una llave y se la han dejado para que haga el trabajo.

«¿Ha sido Marcia la que ha escondido esa caja en el trastero?»

«No divagues, sabes que esa caja no es de Marcia, es de mi madre», se dice.

No puede evitar sentirse defraudada por una vida que nunca resulta ser como la imaginó.

Nada de paseos por el Retiro y comidas dominicales. Nada de padres mayores con los que discutir nimiedades sobre tu vida. Nada de adorables abuelos a los que estrujar en abrazos cariñosos.

En fin.

Piden comida china y cenan viendo la televisión, la opción menos cargante son las reposiciones de *Big Bang Theory*. Montaña no quiere comerse la cabeza con películas, series de detectives o informativos y Andrea es fan de Sheldon Cooper.

—¿A qué hora saldremos mañana?

Montaña no lo ha pensado, pero no le apetece madrugar. Prevé una noche larga, con rendimiento a última hora, así que no cree que salgan antes de las once. Por un momento piensa en dejar a Andrea en Madrid e ir ella sola a ver a

su madre, pero rápidamente desecha la idea. La chica estará más segura a su lado, aunque en este momento desconozca si en ese lado también está su madre.

—Duerme tranquila, yo te despierto si aún estás frita cuando me levante.

— *Dobranoc*[\[19\]](#), jefa.

Andrea intuye un nubarrón en la mirada de su psicóloga, pero también intuye que no es el momento de preguntar. Para ella, el contenido de la caja del trastero

no reviste nada anormal. La madre de Montaña, en sus momentos de lucidez, preparó su futuro en la clínica. Es lógico que también quisiera saber cómo sería

su vida futura bajo el yugo de la enfermedad.

Montaña le da un cariñoso beso en la frente y, tras tirar los restos de comida en el cubo de basura, se va a su habitación. Marcia también se ha ocupado de vestir las dos camas, esta mujer está en todo.

Una hora después, cuando todo está en silencio. Recibe un *wattsap* :

« *Ábrenos* ». Descalza, va hasta la puerta de entrada y la abre. Silvia y Lola, sus socias y amigas del gabinete de psicología, la abrazan efusivamente. Montaña se

deshace en llanto cuando las ve.

Dos tazas de tila más tarde y con todo lo acontecido sobre la mesa, Silvia es la primera en dar su opinión:

—Sé directa con tu madre.

—¿Pero creéis que me ha podido mentir?

Las dos socias se miran. Eso es un sí en toda regla. Montaña agacha la cabeza y contempla la taza que sostiene entre las manos.

—Espera un segundo —dice Lola—, yo creo que una mentira de ese tamaño debe tener un motivo de igual tamaño.

—¡Oh venga, Lola! ¡Es su hija! Podía haber contado con ella, nosotras fuimos testigos del desgaste que le supuso.

—¡Joder pues precisamente por eso! A mí no me cuadra.

—Por favor —interrumpe Montaña—, no habléis como si yo no estuviera aquí.

Las chicas se disculpan.

—¿Y si huye de algo?—pregunta Lola, las dos amigas miran interrogantes a Montaña. La pregunta queda sin respuesta, pero la mente de Montaña tiene una:

¿puede estar huyendo su madre del Concejo y de sus abuelos?

Silvia niega rotundamente con la cabeza.

—No lo justifica, Lola, y lo sabes. Las dos conocíamos a tu madre, Monti —dice arrodillándose y poniéndose a la altura de su amiga—, sinceramente

pienso

que hubiera contado contigo, yo creo que no finge. Es muy difícil mantener una

mentira así tantos años.

—Para nada —corrige Lola, negando—, mira el caso de David Rosenhan, [\[20\]](#)

Las tres guardan silencio.

—Se quemó con aceite hirviendo, yo tenía que bañarla y limpiarle el culo,... me vio sufrir, sabe que sufro —dice Montaña intentando reprimir su enfado.

—Tranquila, cariño, estoy segura de que no finge, tu madre no tiene corazón para eso —le dice Silvia tratando de consolarla.

—A no ser... —interpela Lola.

—¡Lola, por favor!—le reprende Silvia sin levantar la voz.

—¡Déjame hablar coño! ¿Y si estás equivocada? Joder, creo que la cosa es bastante seria como para que tengamos en cuenta las dos posibilidades ¿no?

—¿A no ser qué? ¿Lola? ¿Qué ibas a decir?—quiere saber Montaña.

—A no ser que te esté protegiendo de algo.

Bajo el edredón, Montaña se acurruca y dos lágrimas caen por sus mejillas.

No llora por su madre. Lloro por ella misma. Por todo lo que ha pasado delante

de sus narices y ella no ha visto, por lo oscura que se ha vuelto su vida en apenas

unas semanas. Tiene una sensación de vacío en la boca del estómago. Las chicas se marcharon hace media hora, despidiéndose con cariñosos abrazos. No era

consciente de lo que las echaba de menos hasta ahora. Es una suerte contar con

ellas, aunque ha preferido guardarse para sí la parte del Concejo y sus abuelos.

Por inercia, como cada noche antes de dormir, consulta el teléfono para ver los emails que han entrado, en su mayoría suelen ser de pacientes y ex pacientes.

Tiene un *wattsapp* de Asbel:

«Cita con el obispo en Plasencia, avisa cuando podamos hablar»

Está demasiado cansada como para llamar al inspector. Además, en su cabeza no cabe más información por hoy.

Antes de quedarse dormida recuerda los últimos días de su madre con ella. Se quemó la muñeca con aceite hirviendo, sus desapariciones y posteriores vueltas a

casa acompañada de la policía, sus dificultades para ir al baño...

Que Dios la perdone pero ¿es posible que estuviera fingiendo?

Y por lo tanto, ¿que esté fingiendo?

Capítulo 34

Desde la noche anterior tenía pensado cogerse el día libre, otra vez.

A primera hora de la mañana, ha avisado al la inspectora jefe, aludiendo

asuntos personales. No es que le haya hecho mucha gracia, pero los miembros de

las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado cuentan con una serie de días de

libre disposición, no tienen que dar explicaciones a sus superiores por disponer

de ellos.

La niebla densa le acompaña durante todo el trayecto desde que salió de

Cáceres, le cansa conducir así. Acuden a su mente los recuerdos de su vida en el

norte de España, los inviernos largos, fríos y lluviosos. Los días grises, sucediéndose uno tras otro como si no hubiera estaciones.

En el camino hasta Plasencia, a poco más de una hora de Cáceres, repasa mentalmente las notas de su cuaderno. Gracias a la eficacia de Elena, pudo localizar al obispo y hablar con él.

—Buenas noches, Su Excelencia, soy el inspector Asbel Oquillas, de la comisaría de policía de Cáceres.

—Buenas noches, inspector —la voz es afable, distendida, con un toque cariñoso que a Asbel le recuerda a su abuelo—, dígame en qué puedo ayudarle.

—Verá, estoy llevando a cabo una investigación y creo que su ayuda sería de gran estima.

—¿De qué se trata?

El inspector carraspea.

—Si me disculpa, preferiría no hablarlo por teléfono y le agradecería que fuera discreto, aún no sabemos quién puede estar implicado. —Se da cuenta de

que ha hablado en plural, siendo él el único que sigue con la investigación, pero

no rectifica.

—Bien —conviene el hombre dubitativo—. ¿Y qué es lo que sugiere?

—Podríamos vernos en un sitio intermedio, si yo voy a Coria es posible que levante sospechas en la Diócesis y si usted viene aquí... no sé qué será peor.

—Quedemos entonces a mitad de camino, ¿Plasencia?

A Asbel le parece perfecto, él ya lo había contemplado.

—De acuerdo, en el Parque de los Pinos, ¿lo conoce?

—Claro que sí, nos vemos frente al estanque de los patos.

—Perfecto, Excelencia, le agradezco enormemente su atención y su colaboración.

—Iré con mi chófer, espero que no sea molestia, hace años que no conduzco y mañana no va a ser el día.

—¿Es de confianza? —El policía tiene sus dudas, intuye que mientras menos gente esté al tanto del encuentro, mejor.

—Agustín es mi mano derecha: pierda cuidado, por favor.

Entra por la Avenida de Salamanca, deja atrás el acueducto y gira a la izquierda, dirección Avenida de la Hispanidad. Aparca el coche bajo la

sombra

de dos enormes castaños. Consulta su móvil, ningún mensaje de Montaña desde

el último que le escribiera la noche anterior. Le gustaría saber si han llegado bien a Madrid, aunque ya deben estar camino de Zaragoza.

No conoce el coche del obispo, tampoco al obispo en persona, aunque sabe qué aspecto tiene. Han quedado a las diez en el quiosco frente al estanque de los

patos. La noche anterior tuvo la sensación de que el obispo apenas se alteró cuando le dijo quién era y lo que quería: hablar con él de una forma discreta sin

que nadie en el obispado supiera de su encuentro.

El obispo vendría en uno de los coches de la diócesis conducido por su chófer, Agustín, cree que le dijo. Asbel acepta, no del todo convencido, pero ¿qué opciones tiene? Si él se desplaza a Coria su visita no pasará tan desapercibida y alguien de la diócesis podría reconocerle. No le queda otra que

confiar en la discreción del chófer.

Termina de fumar un Marlboro sentado en uno de los bancos del parque.

Cinco minutos pasan de las diez. Cuando levanta la cabeza, dos hombres están

frente al quiosco y le miran. Uno de ellos se da la vuelta y desaparece, el otro, camina hacia el banco en el que está sentado.

Es él, el obispo. Lo sabe porque le ha visto cientos de veces, en fotografías y en persona, esto último de lejos. No hay nada en su vestimenta que indique que

es religioso. Nada en su vestimenta, pero sí en sus manos. El anillo episcopal en

el cuarto dedo de la mano derecha le delata.

—¿Es usted Asbel Oquillas? —le pregunta al acercarse.

El inspector se levanta, le muestra su placa y le estrecha la mano. En otras circunstancias hubiera hecho el gesto de besar el anillo, pero es mejor dejar las

realidades al margen y vivir en apariencias al menos por unos minutos.

Los dos hombres se sientan en el banco y contemplan el estanque. Es Asbel quien, tras observar las Reebok negras del obispo, rompe el silencio.

—Su Excelencia, disculpe mi llamada de anoche, debe pensar que estoy loco.

—No se preocupe, lo único que pienso es que debe ser algo importante como para que usted me haya llamado en estas circunstancias. Cuénteme por favor, he

rezado durante todo el camino para que no sea nada grave.

El inspector sabe, antes del encuentro, de los esfuerzos del obispo por mantener la diócesis impecable. Sabe de su lucha contra la pobreza en

Extremadura y de su apoyo incondicional a todas las organizaciones

relacionadas con niños, drogodependientes y presos rehabilitados. Su Excelencia

es de los obispos más queridos y populares que han pasado por la Diócesis.
Por

todo, entiende la preocupación del hombre.

—La verdad es que no sé evaluar la importancia. Ya le dije que estoy en una investigación, no sé a dónde me llevará pero necesito un punto de partida y un

camino.

—Y aquí estamos, supongo.

—Así es. —El policía observa cómo el hombre de Dios sigue con la vista fija en el estanque, apenas le ha mirado a la cara—. No quiero abusar de su tiempo,

hace unas semanas un profesor de la Universidad de Cáceres fue asesinado de forma brutal con un arma peculiar. Mire, por la forma de las heridas, creemos que fue un arma como esta —Asbel le enseña fotos en su móvil del Puñal de Misericordia, el obispo lo coge entre sus manos y observa la imagen desde distintos ángulos.

—Sé lo de Álvaro, es una pena y he rezado por su alma, ¿se trata de una reliquia medieval? —pregunta refiriéndose a las fotos que le muestra Asbel.

El obispo no expresa ninguna emoción por la que pueda conocer o *reconocer* el arma.

—Creemos que es del siglo once o doce, pertenece al pequeño tesoro encontrado en la Casa de los Cohen.

—Oh, sí, bajo el Ayuntamiento, conozco la leyenda, me apasionan todos los sucesos relacionados con la historia de Cáceres, es un patrimonio muy rico.

El policía asiente.

—Como le decía, el tesoro actualmente es expuesto al público en el Museo de Cáceres, pero durante unas obras se trasladó al Palacio Episcopal, ¿lo recuerda? Fue en 2007.

El obispo busca en su memoria, afortunadamente, lo encuentra rápido.

—Sí, lo recuerdo. Recuerdo que los conservadores del Museo nos lo pidieron y sí, les cedimos la planta baja del Palacio, ya sabe que en la primera se encuentran nuestras dependencias.

—Cuando los objetos fueron devueltos al Museo, este puñal no estaba entre las piezas devueltas.

El obispo se gira hacia él y lo mira a los ojos por primera vez. Asbel puede advertir su enorme iris y la sorpresa de su expresión.

—No se inquiete, es todo lo que sé. Querría pedirle, si puede ser, y dentro de las limitaciones de su cargo, si podría averiguar algo. Creo que algún trabajador del Palacio se quedó la pieza, sé que no volvió al museo.

—Entiendo, ¿y cree que esto puede estar relacionado con la muerte del profesor?

—Por lo pronto, solo está relacionado con un robo, veremos si también se puede relacionar con un asesinato.

El obispo se retuerce las manos de forma tranquila. Por el frío, piensa Asbel.

Se equivoca, se las retuerce siempre que tiene un mal presagio. Una pequeña sospecha está a punto de convertirse en realidad. Pero él no es consciente del motivo que le provoca ese gesto.

—Déjeme unos días, a ver qué puedo averiguar. No recuerdo quién de los vicarios se ocupó del asunto. Deme unos días, por favor —repite mientras se incorpora y sacude los pantalones.

Asbel le imita.

—Le agradezco el tiempo, Excelencia. —Le tiende la mano y se miran a los ojos.

El inspector no puede ver más allá de los enormes iris.

El obispo sí.

Ve más allá. Ve una amenaza.

No le gusta nada el asunto. Al menos, *el inspector parece una persona discreta.*

Asbel observa la espalda del obispo que se aleja en dirección al quiosco, luego gira a la izquierda y desaparece de su vista.

El obispo abre la puerta trasera del coche y entra. Agustín, que le ha visto llegar, ha accionado el contacto y en cuanto Su Excelencia se acomoda en el asiento trasero, da marcha atrás y salen de nuevo a la Avenida de la Hispanidad.

—¿Todo bien? —pregunta echando una mirada por el espejo retrovisor. El chófer, con más de veinte años de experiencia, de los que diez los ha pasado con

el hombre que lleva atrás, sabe que algo no va tan bien como antes de llegar al

parque. La risueña cara de Su Excelencia ya no está tan risueña.

El obispo mira por la ventanilla de cristales tintados hacia el lado del parque.

—No lo sé, ¿recuerdas el año en el que los del Museo nos solicitaron la planta baja del Palacio de Cáceres para exponer parte de los objetos?

Agustín hace memoria, en aquella época llevaba dos años al servicio del obispo.

—Sí, era por unas obras o algo así, lo repartieron entre Los Golfines y el Palacio de Carvajal, sí lo recuerdo, Excelencia.

—Bien, pues hubo algo que, según el inspector, no se devolvió al Museo.

—¿Es por eso por lo que le ha citado de forma tan discreta?

—Falta un puñal perteneciente al Tesoro de los Cohen, ¿has oído hablar de él?

Agustín asiente. Al igual que su actual jefe, es lector empedernido de la historia de Cáceres. Conoce a la perfección todo lo relacionado con las casas de

los Cohen, los tesoros y los pasadizos que servían para comunicarse entre ellas y

con el resto de la ciudad.

—Se trata de uno conocido como Puñal de Misericordia, pertenece al siglo once o doce, es un arma medieval.

—¿Es muy valiosa?

—Supongo que sí, pero no quería hablar conmigo de eso —colige el obispo, medita durante unos segundos si decírselo o no a Agustín, pero ¡qué diablos! Es

su hombre de confianza—. Al parecer cree que es el arma utilizada para

cometer

un asesinato, ¿recuerdas hace unas semanas la noticia sobre un profesor de arte

asesinado en una de las torres del casco antiguo?

Agustín vuelve a asentir en silencio.

—Se trataba de Álvaro Dávila, cree que puede ser el arma que se utilizó. La hoja del puñal está construida en forma de diamante, así son las heridas que tiene

el pobre hombre, que en paz descansa —y al decir estas palabras el obispo se santigua y reza por el alma del difunto, de cuyos libros es ferviente seguidor.

—¿Y dónde cree que está el arma?

—Ahí precisamente es donde quiere que le ayudemos. Hemos de averiguar quién tenía acceso a los objetos, quién inventarió, no sé, cualquier cosa que averigüemos le será de utilidad.

Agustín mantiene la vista fija en la carretera. Llegan a un semáforo en rojo y echa el freno de mano antes de decir:

—Excelencia, a propósito del inspector...

—¿Le conoce?

—Me temo que sí —dice el chófer con pesar.

Antes de dormir esa noche, Agustín, en su cuarto, conectado a internet, lee toda la información relativa al asesinato del profesor. También ve fotografías del

famoso puñal. Hay algunos archivos en el disco duro que le están vetados,

solo

tienen acceso a ellos los vicarios y el obispo. No importa, sabe todo lo que tiene

que saber (o eso cree) sobre lo que acontece en el Palacio Episcopal.

Recuerda lo inoportuno que fue para la Diócesis tener que ceder la planta baja al museo, lo recuerda a la perfección porque el vicario encargado de atender

las solicitudes de los responsables del Museo de Cáceres fue el vicario episcopal,

Julio Céspedes. Durante las dos semanas que tardaron en acondicionar la planta baja y parte del sótano estuvo viviendo en la ciudad monumental.

El vicario estaba empeñado en supervisar personalmente todo lo que entrara o se cambiara de sitio.

Todas las estancias fueron provistas de cerraduras cuyas llaves eran

custodiadas por Julio. Según él, había numerosos objetos de valor como para dejar que obreros y peones deambularan por el Palacio como por su propia casa.

Nadie abría una puerta sin su consentimiento.

Tanto cuidado extrañó en su día a Agustín, pero las órdenes del obispo eran tajantes. Ya en aquel año el chófer se había convertido en la sombra del vicario,

a petición del propio obispo.

Diez años después, frente al ordenador, Agustín apunta fechas en su pequeño cuaderno de anillas, el mismo en el que lleva el registro de los consumos de

gasolina de los coches del Obispado, y se va bostezando a la cama.

Sin saber por qué, anota la fecha de la muerte del profesor. Aún no sabe que su intuición ya ha conectado dos fechas en el pequeño cuaderno.

Así, por la mañana, se levanta con la urgente tarea de consultar el cuaderno.

Pasa las hojas una y otra vez. No sabe lo que busca. Las mira por una cara, las

mira por otra. Sigue igual. Mira fechas, la del asesinato del profesor. Sigue revisando. Nada.

Como todas las mañanas, va al garaje y anota el consumo de gasolina de los coches allí aparcados. De repente ve algo en sus notas. Hay una fecha hace dos

semanas que le llama la atención. El consumo de gasolina bajó y ni él ni el resto

de los chóferes cogieron el coche en el que el indicador de la gasolina había descendido. Recuerda que en su día pensó que según el cuenta kilómetros,

cuatrocientos kilómetros más, alguien había ido y vuelto a Cáceres. No le dio importancia. Solo lo apuntó, por si alguien preguntaba.

Mira la fecha.

El corazón se le acelera.

La vuelve a mirar.

¡Coño!

Tranquilo, tranquilo, se dice una y otra vez mientras camina hacia las dependencias del obispo.

Capítulo 35

«El Palmeral», la residencia en la que está ingresada la señora Garrido, la madre de Montaña, presenta un aspecto magnífico. Rosa no tanto, aunque tiene

el rostro pintado de forma delicada y el pelo bien peinado, como siempre. Los rayos del sol entran por la ventana, son algo más de las once de la mañana. A través de la ventana, Montaña puede ver cómo otros ancianos juegan al mini golf, pasean o echan una partida de cartas. El jardín está cuidado con esmero.

No puede evitar la emoción de ver a su madre. Rosa reconoce a su hija.

Ambas se abrazan y besan. Montaña le coge la mano con ternura.

—¿Cómo estás hoy, preciosa?

Rosa Garrido escruta el rostro de su hija y sus labios despliegan una sonrisa.

La vuelve a besar. La estrecha con fuerza sobre su pecho.

—Montaña, ¡qué bien que has venido! —A la mujer se le saltan las lágrimas, en unos segundos, llora desconsolada—. Montaña, lo siento, siento estar tan mal.

—Shhh, no digas tonterías, mamá, estás estupenda. —Vuelve a abrazar a su madre y, con la mirada en la almohada, empieza a soltar el discurso que ha venido ensayando desde que Andrea y ella salieron de Madrid. La chica está descansando en el hotel frente a la residencia—. Mamá —dice separándose de ella y mirándola fijamente, tratando de escrutar cualquier movimiento que pueda

confirmar lo que lleva torturándola desde el día anterior—: tenemos que hablar.

Rosa Garrido le mantiene la mirada con una mueca de expectación y temor al

mismo tiempo. Montaña decide dar un rodeo antes de ir al grano.

—¿Tú conocías la existencia de los Doce?

Las dos se observan en silencio. Montaña repara otra vez en el pelo de su madre, lo tiene cuidado y hermoso. Sin embargo, un leve temblor le aparece en

el labio inferior.

—¿Lo sabías, mamá?

La madre aparta la mirada de Montaña y la dirige hacia la puerta de entrada.

Alerta por si alguien entra.

—Te han «sugerido» que lo mejor es unirse a ellos ¿verdad?—susurra la mujer con una mirada mezcla de temor y ansiedad.

Montaña se separa de ella y la mira asombrada.

Intenta discernir si solo se trata de un día o de un instante bueno o si siempre ha sido así.

Rosa interpreta como un sí el silencio de su hija y rompe a llorar

estrepitosamente, al tiempo que se levanta de la cama y cierra la puerta de la habitación. Al regresar, se sienta en una de las butacas y , abatida, esconde la cara entre las manos.

—¡Nunca nos van a dejar en paz! ¡Nunca! ¡Maldita seas Marisa! ¡Maldita seas!

—Mamá por favor tranquilízate, por favor... —suplica Montaña.

—Acabaron con tu padre —declara con vehemencia, mirándola fijamente a la cara, con el rostro devastado por las lágrimas y sofocado por la respiración agitada—, y ahora no pararán hasta hacer lo mismo contigo. O estás con ellos o, simplemente, no estás.

Montaña recuerda que Álvaro pronunció las mismas palabras en su consulta.

—Fingir que yo también tengo alzhéimer nos delataría a las dos ¿no? —Es una nota de humor que Montaña trata de poner a la situación. Aún no hay enfado ni reproches.

Aún.

La madre la mira y vuelve a ocultar el rostro entre las manos.

—Lo siento, lo siento, era la única salida, además del suicido... puedo imaginar cuánto sufriste Montaña, lo sé, yo estaba ahí, pero mientras yo permaneciera viva y cuerda, podrían amenazar o chantajear a la una con la otra, ellos hacen cosas así...

Montaña se arrodilla y su cara queda a la altura de la de su madre.

—Pensé en suicidarme, pero entonces supe que irían a por ti sin ningún reparo y que, probablemente, acabarías muriendo, si no por ti misma, ellos lo harían. Tienen un lema *Fer de Fer*, significa *pertenencia de por vida*. A veces también lo representan con dos letras «f» mayúsculas, *FF*. Creí que si fingía esta enfermedad, no podrían chantajearnos, yo conservaría la vida y tú, en Madrid, no

les harías ninguna falta. Su feudo está allí.

—Mamá, hace poco más de tres años que volví a Cáceres.

La madre la mira alarmada. Temerosa. Asustada. No sabía nada, al principio le extrañó que su hija no la visitase tan a menudo como antes. Pero luego pensó

que, en realidad, ella era un carga muy pesada.

—¿Cómo? ¿Por qué...? ¿Por qué hiciste eso?

—Tuve miedo, me dieron un par de sustos y me marché.

—¿Qué te ocurrió, cariño?

Montaña le cuenta los dos episodios de agresión que sufrió estando en

Madrid. La madre la escucha en silencio, sin abrir la boca. Cuando termina de hablar, Rosa comenta algo que no descoloca tanto a Montaña como ella hubiera

imaginado:

—Debes saber que son capaces de hacer cosas así para conseguir lo que quieren. En este caso, querían que volvieras a Cáceres y desde luego, fue lo más

efectivo.

—Pero ¿estás segura de lo que dices? —le interpela Montaña.

—Es más, pongo la mano en el fuego a que fue tu abuela quien ideó el plan.

—¿Mi abuela? Mamá, he estado con ellos, son...

—¿Encantadores? ¿Entrañables? ¿Enternecedores? Dime: ¿te hicieron sentir

culpable por estar alejada de ellos estos años?

A Montaña no le queda duda de que el hombre que la atacó por segunda vez es el mismo que hace unos días entraba en la finca de sus abuelos.

Rosa asiente con impotencia y pesar.

—Debes hacerles falta por algo. Conociendo a los ineptos de tus tíos,

imagino que Marisa y Marcelo temen dejarles su sitio en el Concejo. Eres lo único que les queda...Lo único sensato e inteligente, como tu padre. La obsesión

de tus abuelos era que tu padre fuera el elegido de la familia, ahora lo es tu abuela, pero él se negaba a sucederla una y otra vez. Él era inteligente y sagaz,

se los llevaba a todos a su terreno con facilidad. Nunca quiso pertenecer al Concejo y ellos nunca dejaron de hostigarle para que lo hiciera. Quería que le dejaran tranquilo, estábamos a gusto con su trabajo en la Caja de Ahorros.

Teníamos suficiente para vivir, no necesitábamos de la cadena de favores.

Porque a estas alturas —prosigue con forzada e irónica sonrisa—sabrás que los

favores no son gratis...

—Sí, lo sé mamá, ¿y qué hay de los hermanos de mi padre?

—En tus tíos predominan los instintos en lugar de la lógica, algo que en más de una ocasión ha comprometido a tus abuelos, —la madre hace una pausa, elige

las palabras que va a decir y continúa —:¿qué te han pedido?

—Quieren que les de información de una paciente.

Las dos se incorporan, ya no es necesario que Rosa finja esfuerzo para levantarse.

—¡Sucias alimañas!—dice la madre con desprecio.

Caminan hasta la ventana y contemplan a algunos residentes jugando al golf.

—¿Desde cuándo existen los Doce? —pregunta Montaña, por algún sitio hay que empezar.

La madre mira hacia a unas compañeras que juegan a las cartas, ella les suele acompañar cuando tiene momentos lúcidos. Perdón, cuando finge tener momentos lúcidos. Entorna los ojos, haciendo un esfuerzo por recordar, quiere explicarle todo a su hija.

—Existe desde siempre, se remonta al siglo XIII, cuando un hombre llamado Gómez Tello ocupaba la alcaldía de la ciudad, él y los Doce Hombres Buenos, como se hacían llamar entonces, formaban el antiguo Concejo de la ciudad de Cáceres.

»En el Concejo de los Doce han participado, antes y ahora, los linajes más notorios y fuertes de la ciudad. En sus encuentros y sesiones, la autoridad, formada por el Alcalde y los Doce, procedía a ir solventando todos los desencuentros, pleitos, diferencias de criterios, riñas, peleas, discrepancias vecinales y cualquier tipo de conflicto que sucediese en la villa. También comparecían los acusados de asesinato, querrela, robo, alevosía y violación.

»El objetivo primero del Concejo, como puedes ver, era ejercer el Poder Judicial, tal como lo conocemos hoy. Y así fue durante los siglos venideros,

hasta que en el siglo XV o XVI, no recuerdo muy bien, la misión empezó a desvirtuarse. Nunca se llegó a conocer el motivo real, es algo que no ha quedado

registrado en ningún sitio, ningún historiador se ha hecho eco de este suceso, pero la experiencia nos lleva a pensar que obedeció a una de estas dos razones, o

a las dos: dinero o poder»

—¿Vosotros llegásteis a pertenecer?

La madre niega repetidamente con la cabeza.

—Nunca, jamás, no pudieron someternos, tu padre era muy fuerte. Nunca

hicimos nada que pudiera comprometernos, utilizaban cualquier descuido para

chantajearnos. Y él lo tenía muy claro. Preferíamos vivir por nuestros propios medios antes que estar a expensas de los caprichos de otros.

—¿Y qué hay de la finca de los abuelos? Está a nombre de papá. Él debió firmar algo —dice Montaña con todo el tacto que puede.

La madre la mira solemne:

—Dudo que tu padre firmara nada, eso no es posible.

Montaña descansa su hombro derecho en la esquina de la ventana. Mira a su madre y luego hacia fuera.

—¿Mueven tanto dinero como parece?

—Más de lo que te puedas imaginar: es una red, todos los organismos

públicos están contaminados, no hay nada que se mueva en la provincia sin que

ellos le hayan dado el consentimiento... siempre a cambio de algo, una deuda pendiente. Llevan todo a rajatabla: a quiénes han favorecido y quiénes les deben

favores. Es como un banco solo que en lugar de activos y pasivos, tienen deudas

y favores. Si te han hecho volver es porque te necesitan y no van a parar.
¿Qué le

pasa a tu paciente?

—Es una chica —empieza a decir Montaña— a la que trato desde hace unos meses. He probado con ella la hipnosis regresiva y de alguna forma, no sé cómo,

volvió a varias vidas pasadas. La información que tengo es que bajo el subsuelo

de Cáceres hay al menos tres niveles de pasadizos y que en el nivel tres está escondido algo muy valioso. Hasta donde yo sé, ellos desconocen la existencia

de más de un nivel. Hubo un asesinato, de otro paciente mío hace unas semanas,

también era profesor de la chica. Todo está relacionado, el difunto, mi actual paciente y la información obtenida en sus regresiones. Es todo lioso, pero tiene

su lógica.

La madre resopla y coge una revista con la que empieza a abanicarse.

—Julio estará que trina...

—¿Julio? ¿Quién es Julio?

Rosa no se extraña de que no le conozca.

—Es el Maestro de los Doce, el que ha heredado el papel de Alcalde. Es un fanático de reliquias y tesoros antiguos, tu padre y yo pensábamos que tenía algún trastorno mental.

—¿Y por qué permiten que sea Maestro?

—Él mueve los hilos, tiene contactos por todos sitios. El mercado negro es su segunda casa, hace tratos con la *Bratvá*^[21], con americanos, la yakuza... con todo tipo de mafias. Lo que llega a sus manos, provenga de donde provenga, lo

coloca rápidamente en el mercado negro y el resultado de la transacción es abonado a las familias casi al instante. La venta de reliquias y objetos de valor es una de las principales fuentes de financiación de los Doce. —La madre calla por

unos segundos, y a continuación añade—: Si lo que has encontrado pertenece a

la época de Jesucristo y pertenece a Él mismo, debes tener mucho cuidado, seguro que ya tiene un comprador que ha dado una señal y está ansioso por recibir la reliquia. Si no consiguen lo que quieren, Julio es capaz de todo.

—¿Hasta de matar?

La madre asiente. Valora si decir lo que tiene en la punta de la lengua. Es sobre el padre de Montaña y su muerte. Pero, tras pensarlo mejor, prefiere no decirle nada. Conoce a su hija y sabe cuánto amaba a su padre, si le dice que cree que Julio Céspedes mató a su padre, irá directamente a enfrentarse con ese

hijo de puta. Ni le cuestionaría que durante los diez últimos años le mintiera diciéndole que su padre murió de un infarto. Para ser francos, esa es la versión

oficial, pero Rosa tiene sus dudas y nunca se las ha trasladado a su hija.

—¿Y qué hay de los abuelos? —pregunta Montaña—. ¿No podemos contar con ellos?

—¿Con esos dos depredadores? —Rosa suelta una carcajada de hastío—. No cuentes con ellos, no confíes en ellos. Les puede el dinero y el miedo a Julio.

Marisa adoptará la pose de mujer resuelta y cariñosa que tiene que hacer lo que

debe, aunque te diga que te quiere y que eres su sangre, la avaricia es su punto

débil o fuerte, según como se mire —chasquea los labios y niega con la cabeza

—, las personas no cambian con ochenta años, solo tienen miedo de verse solas

y Marisa es experta en despertar compasión. Ten cuidado con ella, si tiene que

elegir, no se va a quedar contigo.

Montaña le cuenta a su madre la conversación con sus abuelos la tarde que fue a comer a Malpartida.

—Nada es gratis, cariño, y con ellos los intereses son muy altos. Yo no soy quien, y ahora que has descubierto mi engaño, no valgo nada ante tus ojos, solo

soy una vil vieja mentirosa, cobarde y asustadiza. Puedes tomar el camino que quieras. Si te soy sincera —Rosa no reflexiona lo que va a decir a continuación,

le sale sin más—: Yo también dudaría, es más fácil unirse a ellos que resistirse.

Ya comprobarás lo persuasivos que son... —la madre calla de repente.

—¿Pero?

—Pero no son infalibles, tú eres mucho más inteligente que yo y que tu padre y que ese psicópata reprimido de Julio Céspedes. Podrías...

—¿Sí?

—Podrías averiguar el modo de darle la vuelta a todo.

—Pero si tienen comprado hasta a la policía y están metidos en la política...

—Montaña, no todo lo que vale en esta vida tiene un precio. No pueden comprar a todos, en todos sitios hay gente con honor, poca y cada vez menos, pero aún quedan.

De nuevo, la misma frase que Andrea le dijera días atrás.

—Honor sin valor no me sirve, ¿o cómo te explicas que hayan estado haciendo y deshaciendo en la sombra hasta nuestros días? —Montaña chasquea

los labios negando con la cabeza—. Yo no tengo valor, mamá, no puedo con esto

—un escalofrío recorre su cuerpo y siente cómo el vello se le pone de punta, la

madre la abraza—, estoy cansada, parece que todo lo malo de la vida está reservado para mí.

Rosa se separa de ella y la mira directamente a los ojos. La mirada, otras

veces perdida, ahora irradia una fuerza y un vigor que hacen estremecer a la misma Montaña.

—Has estado a merced de las circunstancias. Te asustaron y saliste huyendo. Te dicen que hagas esto y lo haces, ¿crees que así te dejarán en paz?

—Pero... —Montaña no sabe a dónde quiere ir su madre, ¿le está echando en cara algo?—, es que el truco del alzhéimer ya está cogido —le dice con vehemencia.

La madre baja la cabeza un segundo, para después subirla y con porte altivo continuar diciendo:

—No sé si fue la mejor solución o la peor, durante unos años hemos vivido tranquilas. Si he cuestionado tus actos, discúlpame. Tú y tu padre fuisteis mis dos valores codiciados por el Concejo. No supe jugar mis cartas, yo sí que no estaba preparada. Pero tú... ¡tú tienes una mente privilegiada que ve más allá del presente! ¡No permitas que jueguen contigo!

Capítulo 36

De regreso al hotel, Montaña da un rodeo, necesita un poco de tiempo para asimilar la conversación que acaba de tener con su madre. Aún no es capaz de

poner nombre a lo que siente.

Le duele que su madre fingiera la enfermedad delante de ella, fueron meses muy duros en los que, por la noche, y cuando su madre estaba dormida, ella

lloraba a solas en su habitación. Meses en los que pasaba el día en un sin vivir,

pendiente del teléfono, de una llamada que denunciase que su madre se había vuelto a escapar o algo similar.

No llegó a odiarla, pero cuando se marchó a la residencia, sintió un gran alivio. Su vida empezó a rodar de nuevo, al menos por unos meses, hasta que la

culpa por no haberse podido hacer cargo de ella empezó a consumirla. Ahí estuvieron sus compañeras, Silvia y Lola, para ayudarla a salir de la depresión en

la que estaba empezando a caer.

Y ahora resulta que todo fue una farsa. Una treta para esconderse de la secta

en la que estaba metida la familia de su padre. ¿Secta? La imagen de sus abuelos

le viene a la cabeza, *no puede ser*. Hasta la fecha, la única mentirosa es su madre.

¿Fue necesario hacerla pasar por aquello? Rotundamente no. No fue

necesario, las cosas se podían haber hablado sin llegar a tomar medidas tan drásticas.

Lo había hecho para protegerla. Tal vez tenía razón.

Tal vez.

Quizás ella hubiera hecho lo mismo.

Quizás.

De nada sirven los reproches. No a estas alturas del partido. Pero, ¿tan mal lo

estaban pasando sus padres con el Concejo y, sin embargo, la finca de Malpartida estaba a su nombre? Él tuvo que consentir de alguna manera. ¡Dios,

desconfía de todos! Si pudiera saber la verdad...

«¿Todo bien?»

Es un *wattsapp* de Asbel. Recuerda el mensaje de la noche anterior, estaba demasiado cansada y consternada para llamarle. Ahora sí puede hablar con él, marca el número del inspector desde el fijo de la habitación. El inspector descuelga al segundo tono.

—¿Sí?

—Asbel, soy yo.

—Ah, buenos días... ¿estás bien? —hay un deje de preocupación en su voz que a Montaña le complace. También advierte que la ha tuteado.

—Buenos días, inspector, todo está bien, anoche estaba demasiado cansada para hablar, ¿qué tal con el obispo?

—Tengo algo, Montaña, algo importante...

—¿De qué se trata?

Asbel le resume sus visitas al Museo de Cáceres y al Palacio de los Golfines, de ahí llega hasta el Palacio Episcopal y a su reunión con el obispo en el Parque

de los Pinos en Plasencia, frente al estanque de los patos.

—¿Crees que el puñal está en manos del Obispado?

—No exactamente, al parecer prepararon el Palacio Episcopal para que todo

estuviera controlado en todo momento. La planta baja fue acondicionada para exhibir los objetos del museo. Sin embargo, según me cuenta el obispo, las cerraduras de la planta baja y el sótano fueron amaestradas. Solo hay una llave

que abre las puertas de esas dos plantas. Y sigue así hasta la fecha.

Montaña está un poco espesa.

—¿Qué relación tiene eso con el puñal?

—Disculpa Montaña, me estoy enrollando. Lo importante aquí es que ese tema fue puesto en manos de una persona de confianza del obispo. Esta persona

se encargó de todo lo relacionado con el Museo y fue esta misma persona quien

hizo que todas las estancias de las plantas inferiores fueran cerradas de forma que nadie pudiera acceder a ellas sin su conocimiento.

Los dos se quedan en silencio durante unos instantes.

—Asbel, ¿sabes de quién estamos hablando?

—Del vicario episcopal, se llama Julio Céspedes.

Montaña se lleva la mano derecha a los labios y suelta un «Joder» sin pensarlo.

—¿Qué ocurre, Montaña? ¿Le conoces?

—¡Ay Dios! Acabo de tener una conversación con mi madre, Julio Céspedes es el Maestro de los Doce del Concejo...

—¿Maestre? ¿Los Doce?

Es el momento de poner al día al inspector sobre el Concejo de los Doce.

Al cabo de unos minutos, las palabras de Asbel son:

—Vaya con el día lúcido de tu madre ¿no?

A Montaña le pilla por sorpresa el comentario.

—Sí, yo también estoy sorprendida —arguye y cambia de tema al instante—:

¿Qué podemos hacer?

—Contamos con el apoyo del obispo, él no está metido, pero de momento hemos de ser cautos. Cualquier paso en falso y podríamos seguir el mismo camino de Álvaro.

—Entiendo, para serte sincera... —duda si decirle lo que le va a decir, no quiere mostrarse vulnerable, pero qué más da—, estoy asustada Asbel. No

sabemos quién está dentro, mi madre dice que tienen un lema, *Fer de Fer*, significa algo así como *pertenencia de por vida*. También con dos letras «f» en mayúsculas.

Las palabras de Montaña hacen que Asbel, que camina envuelto en un aura de adrenalina por la Avenida Isabel de Moctezuma, se pare en seco. Ha visto esas iniciales en algún sitio. En más de una ocasión. Pero es incapaz de recordar

dónde, cuándo y a quién. De todas formas, la llamada al recuerdo ya se ha producido en su cerebro y cuando menos se lo espere, le vendrá.

Y tanto que será así.

—¿Asbel? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, es solo que al decirme lo de las letras... creo que las he visto,

además de en el Palacio de los Golfines, las he visto en otro sitio.

—Yo recuerdo haberlas visto en la cancela de entrada de la finca de mis abuelos, en Malpartida de Cáceres.

—Es un dato importante, así podremos saber si alguien está dentro o no.

—No creo que todo el mundo lleve algo así.

—Yo tampoco, pero quien lo lleve, está dentro, ¿hasta cuándo estaréis por ahí? Ups, por cierto, ¿qué tal Andrea?

—Volvemos mañana directamente, sin pasar por Madrid. Y Andrea está perfecta, muy animada.

—Me alegro, ¿nos vemos a tu vuelta? —nada más terminar de decir lo que ha dicho, el inspector piensa que se ha pasado de confianza.

—Asbel, ¿puedo pedirte otro favor?

—Claro que sí —responde el inspector solícito.

—¿Podrías comprobar si hay micrófonos en la consulta y en mi casa?

La línea se queda en silencio.

—¿Inspector?

—Sí, sí, disculpa, ¿sospechas algo?

—¿Recuerdas el incidente que te comenté?

—¿Con los dos acompañantes de Álvaro en la foto de la comisaría?

—Exacto... creo que su finalidad era otra.

—Pero ¿qué interés podrían tener en escuchar a sus pacientes?

Montaña no responde.

—De acuerdo —dice el inspector—, sin preguntas por ahora.

—No sabe cómo se lo agradezco. Hay una llave de mi casa en el segundo cajón de la mesa de mi consulta. Avisaré a Montse para que le deje entrar, nos

vemos a mi vuelta.

Montaña retoma los pensamientos donde los dejó antes de que el whatsapp de Asbel la interrumpiera. En teoría, sí hay una forma de acceder al pasado...

Capítulo 37

Los preparativos de Semana Santa requieren la presencia del vicario episcopal en Cáceres. Agustín al volante, pendiente de la carretera y del asiento

trasero, en el que Julio no deja de enviar mensajes desde su teléfono móvil.

Aunque le ha quitado el sonido, el chófer está atento a todos sus movimientos.

—Dime, Agustín, ¿te llevas muy bien con el obispo verdad?—pregunta el vicario sin venir a cuento.

—Es una persona excelente persona.

—Ya —contesta Julio mirando por la ventana—, ¿qué vas a hacer estos días en Cáceres?

—Solo estar a vuestro servicio, señor.

—Tengo una agenda muy apretada, pero no te voy a necesitar para nada.

Estaré entre El Palacio Episcopal, La Catedral de Santa María y la Casa de la Iglesia. Me moveré a pie.

El chófer permanece inalterable, como siempre.

—Señor, estaré en el hotel por si requiere mis servicios.

Capítulo 38

A la misma hora en que las chicas abandonan el hotel frente a la residencia de enfermos de alzhéimer «El Palmeral», Rosa termina de arreglarse, esta vez sin ayuda de nadie. Ha hecho unas llamadas y en breve vendrán a buscarla para

no volver.

Ponerse a prueba y descubrirse miserias, suele ser todo uno. La conversación con su hija la ha convencido de que era hora de salir de su madriguera.

La noche ha sido larga, pero resolutiva.

Su hija está en peligro y lleva así mucho tiempo: desde que dejó Madrid, algo que ella desconocía. Está casi segura de que fueron ellos quienes la obligaron a

dejar el anonimato de la ciudad y volver al redil. A ese del que con tanto trabajo

le costó salir a ella.

A primera hora de la mañana ha ido al despacho de la directora,

aprovechando uno de sus *momentos lúcidos*, y le ha comunicado que su tutor legal les enviaría en breve un burofax autorizando la salida de la residencia.

Ella

acaba de ratificar ese burofax con su firma y su particular rúbrica.

Su reflejo en el espejo le devuelve a una desconocida. Bruna está librando, el

resto de enfermeras no la van a reconocer, eso es lo que pretende. Viste vaqueros, botines con suela de goma y un parka oscuro. Es la misma mujer que ayer apenas podía incorporarse en la cama, solo que hoy aparenta veinte años menos. Lo único que teme es que la directora, la única persona que sabe de su

salida, informe a alguien de los Doce.

Sale a la puerta de la clínica y sube rápido al taxi que ella misma pidió hace unas horas.

—Vamos a Madrid, a la calle Goya esquina con El Retiro.

Durante las tres horas que dura el trayecto, Rosa se cerciora de que aún tiene activas las tarjetas de débito y crédito, sobre todo estas últimas, ya que tiene que alquilar un coche. Comprueba que funcionan y reserva un coche en la oficina de

Hertz más próxima al parque.

«Una cosa menos».

Anota en el móvil las dos o tres cosas importantes que tiene que coger del piso de Montaña: carné de conducir, linternas y pilas.

Aún le quedan tres horas de viaje hasta Madrid, además del posterior trayecto hasta Cáceres.

Está tranquila pues sabe que Montaña va delante en la autovía, ella va detrás.

Se asegurará personalmente de que nadie jamás vuelva a tocar a su familia.

Decide echar una cabezada en el taxi antes de llegar a Madrid. En el fondo, Marisa y Marcelo son un mal menor. En realidad, todos los miembros del

Concejo de los Doce son males menores, totalmente prescindibles.

Si le cortas la cola a una cobra, esta se regenera. Eso pasa con los Doce, la

sucesión está asegurada con la descendencia, unos mueren y otros les suceden en

el cargo. Pero la cobra tiene una cabeza, ¿qué pasa si le cortas la cabeza?

Muere.

Capítulo 39

Tras el viaje de vuelta de Madrid, Andrea descansa en su residencia de

estudiantes. Montaña la ha dejado hace apenas una hora, a regañadientes. No se

fía ni un pelo de nadie. Quería llevársela de nuevo a su piso del R66, pero la chica insistió y no le quedó otra que dejarla. Además, la psicóloga estará en la

clínica hasta las nueve o las diez de la noche.

Durante el trayecto, Montaña la ha puesto al día de todo lo que sabe sobre el

Concejo de los Doce, sobre el vicario y sobre las intenciones que tienen. Al igual

que ella, Andrea cree que la necesitan, así que no hay nada que temer. Además,

la residencia está llena de gente. Pero...

Pero.

Cuando se dispone a darse una tonificante ducha, Andrea recibe una llamada desde recepción. Alguien pregunta por ella. Le extraña que sea algún compañero

de facultad. No tiene muchos amigos. Seguro que es Montaña.

Baja por las escaleras y ve que no es la psicóloga.

¿Algún compañero de facultad?

El desconocido está de espaldas, como hojeando alguno de los folletos publicitarios que se exponen en los atriles.

—Hola —saluda la chica reticente.

El desconocido se vuelve y Andrea piensa que se ha equivocado. Justo

cuando va a marcharse, el hombre, con una cicatriz en la nariz, le clava un arma

en las costillas, presionándole con disimulo, y le ordena que camine hasta el coche que tiene aparcado en la misma calle de la residencia. Andrea obedece sumisa y presa del pánico. Aquello no presagia nada bueno. Salen a la calle y caminan unos metros hacia un todo terreno color negro. Está empezando a

llover. Lleva el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros. Si pudiera llamar a

Montaña... Pero es imposible, es de pantalla táctil y no puede acceder ni a los contactos ni a las llamadas perdidas sin mirarlo. También puede echar a correr o

gritar, pero sus piernas le pesan tanto que las arrastra. Las ideas pasan por su mente y al segundo ya las está desechando.

Si esto tiene que ver con el Concejo, sabe que su vida es un bien que conviene cuidar.

Cuando llegan al coche, otro hombre sale del asiento del copiloto y le abre la puerta trasera.

—Por favor...

Es alguien de aspecto normal, jersey Lacoste y pantalones de pana. Le indica que entre de forma educada. Andrea, en un intento por despertar su compasión, le mira con las lágrimas a punto de salirse de los ojos. El hombre ni se inmuta.

La chica entra en el coche sin oponer resistencia, consciente de que una vez que

se cierre la puerta, no tendrá ninguna oportunidad.

Sin embargo, cuando se sienta, nota de nuevo la molestia del teléfono en el trasero. Mientras que sus captores entran en el coche, ella coge el Iphone, lo desbloquea, pulsa el icono verde con el teléfono en blanco rodeado de un círculo

también blanco. Tiene tiempo de enviarle varios *wattsapp* a Montaña:

«Me llevan en 1 todoterreno neg»

«2 hombre»

«1armmma»

Pulsa el icono de mandar ubicación. Pero, justo en ese momento, se da cuenta de que ha pasado demasiados segundos sin prestar atención a los dos hombres.

El del asiento trasero se gira y le asesta un golpe con la culata de la pistola.

Ahora todo es oscuridad.

—¡Llevamos tres putos días de retraso!—dice una voz por el manos libres.

Andrea está semi inconsciente: la cabeza le duele y tiene la nariz pegada al asiento del coche.

—Sí, Maestro, pero no hemos estado parados,— replica uno de los hombres.

La chica se toca la sien, le escuece, tiene sangre en los dedos.

Las conversaciones van y vienen. Aunque está mareada y a punto de perder de nuevo la consciencia, escucha:

—Los Terranova están nerviosos y no me gusta, tenemos reunión esta noche, pero antes quiero estar a solas con la judía.

—Despierte.

Andrea no quiere despertar. Su sueño es demasiado bueno como para interrumpirlo. Estaba en su casa, ella era muy pequeña, y se sentía el centro de

atención de sus padres. Sofá, televisión, papá a un lado y mamá al otro. Los tres

hundidos en el mullido sofá, bajo una confortable manta de lana. Se siente tan segura que no desea abandonar esa escena. Quiere estar así, recostada en el costado de su madre, siempre. Pero de pronto, unas manos le sacuden los

hombros. El sueño se esfuma junto con la agradable sensación de seguridad.

Hay un hombre frente a ella. Oculta su rostro con una máscara que le suena,

pero no sabe de qué.

Aturdida, recuerda lo sucedido desde que iba a darse una ducha en la residencia hasta que la llamaron de recepción, y comprende que está en peligro.

Tiene los pies y la manos atados a una silla. Un estremecimiento hace que se encoja aún más dentro de su ropa. Le duele la cabeza, pero eso es lo de menos.

Está paralizada contemplando al hombre que tiene en frente, sentado en una silla

de madera, como la suya.

Lleva las manos cubiertas por unos guantes de goma. Y la observa en silencio. Un silencio aterrador.

Pasan minutos que a Andrea le parecen horas. En ese momento le viene a la cabeza lo que ha leído en algunas novelas, si los secuestradores se cubren el rostro para que no los vean, es porque no tienen intención de matarla. Recuerda

que si son del Concejo, es posible que su vida no esté en peligro. El pensamiento

le consuela, en parte.

En parte.

Asesinaron a su profesor.

— *Señorrr...*, —se atreve a decir arrastrando una perezosa erre.

El de la máscara suelta una carcajada estentórea que sobresalta a la chica, lo

que provoca que la risa del hombre arrecie. La rodilla derecha de Andrea empieza a temblar y no es capaz de controlarla.

Cuando las carcajadas remiten, se arma de valor y vuelve a hablar.

—¿Qué es lo que quiere?—Y esta vez vocaliza con precisión todas las consonantes.

El hombre aproxima su cara a la de la chica, que se estremece al comprobar los diminutos iris que se ocultan tras los dos agujeros de la máscara. Cierra los

ojos y nota una opresión en todo su pecho. Empezar a tiritar. No se atreve a mirar qué es lo que tiene a su alrededor, ni dónde está la puerta.

—Quiero saber... —susurra su interlocutor con voz perezosa.

La voz le recuerda el siseo de una serpiente. La respiración de Andrea se vuelve más frenética.

—¿Qué... qué... qué es lo que quiere saber? —se escucha tartamudear.

El hombre se echa hacia atrás de la silla y cruza brazos y piernas en un gesto teatral.

—Oh —gruñe adoptando la pose de un padre cuando regaña a su hija—, no me digas que no lo sabes. Tú y esa psicóloga sabéis perfectamente *qué...*

qué es lo que quiero. Sí, no me mires con esos ojitos de cordero, sé que no es ninguna santa señorita Judía Cohen. —Ahora la acusa con un dedo—: Lo que quiero saber es muy simple.

Descruza las piernas, abriéndolas un poco más del ancho de sus caderas,

apoya los brazos sobre ellas y entrelaza las manos. Acerca de nuevo la parte superior del tronco hacia Andrea. Ésta ve de nuevo los iris que hay tras la máscara. El gesto de indignación anterior, mitad cómico, mitad espeluznante dadas las circunstancias, la ha sosegado en parte.

En parte.

La frenética respiración de antes, ahora es un poco más tranquila, pero su rodilla continúa temblando. Mantiene firme la mirada, no quiere perderlo de vista ni un instante.

Los ojos de la chica, deseosos de saber qué es lo que podría suponer su libertad, instan al de la máscara a no demorarse más, aunque para él sea un placer contemplar al corderillo asustado que tiene enfrente.

—Quiero saber algo que tú sabes y que has vivido... a ver, *pichoncita*, dime

por qué aún no hemos encontrado el legado de los Cohen —las palabras vuelven

a ser pronunciadas con la voz susurrante y perezosa que aterran a la chica. El de

la máscara lo sabe.

La mente de Andrea despierta. El que tiene delante es del Concejo, no hay duda. El Concejo tiene una reunión esta noche, lo ha oído. Se lo ha oído a él, la

voz que les hablaba a sus dos secuestradores era la del hombre que ahora tiene

enfrente.

«¿Sabrán que Montaña también lo sabe?»

Resuelve que tiene que ganar tiempo y no puede andarse con rodeos.

Resuelve que el individuo que tiene enfrente, o está adoptando un papel o, de lo

contrario, no está completo.

«¿Es el Maestro el psicópata del que le habló Montaña hace unas horas?»

—Yo no recuerdo las sesiones de hipnosis. No sé lo que digo.

De nuevo el interlocutor suelta otra estridente carcajada. Pero esta vez le propina un bofetón a la chica. Andrea siente calor en su boca y ganas de escupir.

El oído le duele a rabiar. Escupe sangre. Las lágrimas le brotan y se mezclan con

la sangre de su mandíbula.

Ahora recuerda que la máscara es la de la película *V de Vendetta*.

—Me subestimas—hace una pausa, girando la cabeza alrededor, como si fuera observado por un público imaginario, y añade—: peor para ti.

Y en otro susurro perezoso le dice:

—No me pongas a prueba *judía* de mierda—pronuncia la palabra judía con marcado acento eslavo.

—Lo si... si...ento... —farfulla Andrea como puede, con la boca

ensangrentada. El dolor del oído no la deja pensar con claridad. Saben lo de sus

regresiones por Álvaro, claro, tuvieron acceso a sus archivos o a sus notas, debió

ser así.

—¡Pues esfuérate en no sentirlo más! Ya he perdido mucho tiempo con vosotras, te lo volveré a preguntar, esta vez al oído, en ese que tanto te duele, para que no pierdas detalle ¿sí?

—No, no, no, no por favor... —Andrea no quiere perderle de vista. De nuevo su respiración se vuelve frenética. Puede oler el aliento del hombre que se

filtra a través de la pequeña incisión que hay en la máscara, en la boca. Huele bien, a perfume caro. Andrea se intenta sacudir, pero con las manos y los pies atados es imposible. Su captor le sujeta con fuerza la cabeza y es como si

cientos de agujas se le clavasen en el cráneo.

—Dime, ¿por qué no lo he encontrado aún?

Las sienas le van a explotar.

—Señor..., —es la voz de otro hombre. Hay otro hombre en la habitación, eso insufla a la chica algo de esperanza.

—¡Cállate, imbécil! —le ordena el de la máscara con un grito que retumba en los oídos de Andrea, cuya mente recupera en segundos un poco de lucidez. Si le

confiesa el motivo por el que ellas creen que no ha encontrado nada, ya no habrá

ninguna razón para mantenerla con vida. Pero haga lo que haga, está sentenciada. No tiene sentido prolongar su agonía.

¿Por qué no le hizo caso a Montaña y se fue con ella?

Con la cabeza aún presa entre las manos enguantadas de su captor, murmura

casi sin aliento y con las sienes a punto de reventar:

—Hay varios niveles, está en el tercer nivel...

La presión de la cabeza disminuye y siente un repentino alivio.

—¿Tres niveles?— el de la máscara se retira, extrañado, luego vuelve a acercarse—:¿Cómo se accede?

—No lo sé —balbuce lloriqueando

—¡Claro que lo sabes judía de mierda! ¡Y me lo vas a decir!

—No no no no...no lo sé, se lo juro... es todo a lo que llegamos. —Siente de nuevo las manos del desconocido sobre sus hombros.

—¡Me subestimas otra vez!

La silla de madera es un péndulo entre las manos del hombre de la máscara que la zarandea con violencia de lado a lado. Andrea piensa que esto es el fin.

—Señor —interrumpe de nuevo el otro hombre—, nos están esperando.

—¡Dímelo judía de mierda! ¡Dímelo!

La fuerza del último empujón es tal que, en realidad, solo puede ser el último.

La silla cae hacia atrás con ella encima. Nota el calor de la sangre del bofetón

anterior en su garganta y la cabeza ardiendo como si cientos de alfileres se le clavasen. En los últimos segundos, antes de chocar contra el suelo, Andrea tensa

todos los músculos de su cuerpo y contrae la espalda cuanto puede, procurando

que el golpe no le rompa el cráneo.

—¡Hija de puta! ¡Lo sabías! ¡Lo sabías!

De lejos, la chica oye las voces. Es una buena señal, aún está viva. Se da cuenta de que el psicópata habla en pasado. Otra buena señal, él piensa que está

muerta o inconsciente. Los pasos de los dos hombres se alejan, suena el giro de

un bombín, un rayo de luz en línea recta ilumina la habitación en la que Andrea

yace en el suelo. Puede ver un pasillo iluminado y poco más, porque el de V de

Vendetta cierra dando un portazo.

No escucha el cierre de la llave.

Capítulo 40

A las nueve de la noche Montaña termina con el último paciente.

Se acerca al ventanal y comprueba que aún sigue lloviendo, lleva horas así, desde que entraron en Cáceres.

Durante el viaje de vuelta, Montse la llamó para confirmarle que el inspector

Asbel había pasado por la consulta y que tenía citas programadas para esa misma

tarde. Razón por la cual no ha podido consultar el móvil, mantenido en silencio

en el bolsillo lateral de su bolso. Está agotada a más no poder y se muere por llegar a casa, ducharse y ponerse el pijama. Pero la garganta se le seca

cuando,

tras ponerse el abrigo y coger el bolso, lee los mensajes de Andrea.

«Me llevan en 1 todoterreno neg»

«2 hombre»

«1armmma»

Se sienta de nuevo en su butaca y, nerviosa, llama a Asbel. Aguarda

respirando con dificultad los seis tonos de llamada antes de que salte el buzón de

VOZ.

—¡Joder!

Prueba con el teléfono de Andrea, está apagado o fuera de cobertura.

Esconde la cabeza entre sus brazos. Todo parece una pesadilla. De repente le viene un pensamiento horrible:

«¿Estarán torturando a Andrea?»

Se dice que no, que esa época ya pasó, que está en Cáceres, en pleno año dos mil diecisiete. Pero recuerda las palabras de su madre, la conversación que tuvieron el día anterior. Ese Julio Céspedes es un psicópata.

Es entonces cuando se le ocurre llamar a su madre a la residencia, quizá ella sepa dónde se la han podido llevar.

Marca el teléfono de la recepción y se queda helada con la noticia.

Busca en sus contactos el teléfono de su madre, ese que le compró cuando su

madre *perdió* el anterior, y prueba. Al segundo tono, su madre descuelga al otro lado y sin darle tiempo a responder, le grita:

—¡Madre mía! ¿Qué coño estás haciendo?

—Montaña, cariño, ya no podía seguir escondida por más tiempo, voy camino de Cáceres.

—¿A qué? ¿A inmolarte?

Silencio al otro lado.

—A ayudarte, a estar contigo.

—Se han llevado a Andrea.

—¿Qué? ¿Pero cuándo? ¿No estaba contigo?

—Tengo el último *wattsap* de esta tarde a las seis, nada más dejarla en la residencia después del viaje, ¿sabes dónde puede estar?

La madre duda.

—¿Qué sabe ella?

—Todo menos lo de tu falso alzhéimer, claro.

—¿Has llamado a la policía?

—Sí, llamé a Asbel, pero no me coge el teléfono.

—Mejor, no sabemos quién puede estar dentro.

—¡Asbel es mi amigo, mamá!

—Cielo, no confíes en nadie, por favor, yo he pasado por eso...

Montaña no para de rascarse la cabeza y morderse el puño

—¿Dónde crees que puede estar?

La madre piensa por unos instantes. Conduciendo por la autovía tiene la sensación de que ya ha estado en esa situación antes. Ya ha pasado por ese sitio,

con el miedo metido en el cuerpo, pensando en Julio.

—No lo sé, igual se la han podido llevar a algún cortijo en el campo o puede estar encerrada en cualquier sitio. Espera a que llegue, por favor, quédate donde

estás, estoy a punto de entrar en Cáceres.

¿Esperar? Montaña no está dispuesta a hacer semejante cosa. El tiempo juega en contra. Sabe qué es lo que ellos quieren y solo ella sabe dónde encontrar lo que buscan. Andrea no recuerda nada. No puede recordar nada que ella no le haya contado.

Solo haciendo la llamada que tiene que hacer sabrá en qué bando está cada uno. Es consciente de que, una vez hecha, no habrá vuelta atrás.

Le reenvía los mensajes de Andrea a Asbel y le insiste en que la llame en cuanto pueda.

PARTE TRES :La noche más larga

Capítulo 41

Tras dejar a Andrea inconsciente o medio muerta en la habitación contigua,

Julio Céspedes se dispone a presidir de nuevo la reunión de los Doce.

Pero antes de entrar, accede a otra dependencia, un pequeño aseo.

Se despoja de su máscara y se mira al espejo. El aspecto es lamentable. Tiene la cara sudada y los mechones de pelo se le pegan a la frente y a las sienes. La

judía le ha exasperado. Sí, exasperado es la palabra, pese a que le tiemblan las

manos. Abre el grifo y se moja la cara una y otra vez, también la nuca. Siente el

sudor cayéndole por la axila y también por la entrepierna. Los ojos, sin embargo,

le centellean más vivos que nunca.

«Putos cobardes»

Es él quien tiene que hacer siempre el trabajo sucio, a pesar de que le encanta, para qué negarlo, lo que no le gusta es el efecto que le provoca la catarsis en la que entra cuando sabe que puede golpear a alguien hasta matarlo.

No puede explicarlo, es un subidón de adrenalina que le hace sentir vivo, fuerte,

capaz de todo. Un hombre. Un verdadero hombre.

Si su padre le viera ahora... ¡ja! no se reiría de él ni le cuestionaría como cuando era pequeño.

Alcanza la toalla de manos y se seca la cara.

«Soy un hombre muy poderoso», se dice, y no le falta razón. Tiene socios importantes, que le consideran un mecenas del arte, como los Terranova

italianos. Sabe mover las piezas en el mercado negro y también mantenerlas ocultas hasta que un bulo, la bolsa o cualquier rumor que, a veces él mismo hace

correr, las revaloriza. En los círculos europeos es apreciado.

El Legado de los Cohen es su salvoconducto para dejar la vida de vicario episcopal. Está cansado de esas doce familias avariciosas y con ínfulas de nobleza castellana. Él nunca ha pertenecido a ellas, pese a ser el Maestro, pese a

ser quien mueve los hilos. Él ha sido su pastor. Punto. Eso es lo que se esperaba.

Ha hecho crecer sus ahorros y su patrimonio, gracias a él son más ricas ahora de

lo que eran hace veinte años.

Lo sabe, sabe que lo saben.

Pero él no es noble, y puede ver desprecio en sus miradas. Sin embargo, el dinero y el poder ayudan a correr un tupido velo. Nunca han tenido un titiritero

que moviera los hilos como él, y nunca lo tendrán.

Se seca la nuca. Aunque es tarde y todos deben estar esperándole, sube a su

habitación en la primera planta, se cambia de ropa y deja la máscara en la caja fuerte, junto a su más preciada reliquia. Echa un vistazo al ajedrez dispuesto sobre la mesa y aparta de la partida al peón que lleva la foto de Andrea, lo deja

en el mismo sitio que el alfil que llevaba la foto de Álvaro Dávila.

El espejo del armario le devuelve una imagen más agradable que la que

contemplara en el aseo del sótano. Ahora ya no es el de la máscara de Guy Fawkes. Ahora es Julio Céspedes, el vicario episcopal, al que todos rinden pleitesía, ansiosos de saber hasta dónde ha llegado.

— *Fer de Fer*, señores —dice la voz del de la máscara.

— *Fer de Fer* —responden lo que parece un grupo de personas.

¿Son los miembros del Concejo? Andrea ha logrado liberar sus manos y salir de la habitación. Encorvada por el golpe en la espalda y con la cabeza a punto de

estallar, se ha escondido en lo que parece la cocina, una estancia frente a aquella

de la que provienen las voces.

—Señores, he de decirles que estábamos equivocados, el subsuelo de Cáceres no solo tiene un nivel —empieza a decir de nuevo el de la máscara—, tiene al menos tres niveles por debajo y lo que buscamos está en el nivel tres.

Hasta Andre llega un murmullo.

—¡Llevamos meses buscando en el sitio equivocado. Gastando recursos, no solo en maquinaria, sino también en sobornos, para poder excavar con total libertad e impunidad en un sitio tan protegido como Cáceres! ¡Y todo para nada!

—Pues menos mal que se te ocurrió la idea de secuestrar a la chica, Maestre

—dice otra voz.

Andrea se resbala por la pared hasta sentarse en frío suelo de la cocina, recoge su piernas y las abraza. El temblor de la rodilla aún está latente, pero ya

no es visible.

—Sí, menos mal que al menos uno de los trece usa la cabeza... pero no sabe mucho más—continúa el de la máscara, al que se refieren como Maestre.

—¿Sigue viva?—pregunta otra voz masculina.

—¿Me tomas por un asesino, Matías Godoy?

—No, Maestro —objeta, haciendo un esfuerzo para controlar la voz—, es solo que si la dejamos libre, podría irse de la lengua.

—No me ha visto la cara y nunca volverá a ver a los dos que fueron a por ella.

Andre tiembla. Intenta incorporarse, tiene que salir de ahí, pero sus extremidades están agarrotadas.

—¿Y cuál es el plan?— pregunta una voz femenina.

—Necesitaremos un nuevo taladro hidráulico para llegar hasta el nivel tres¿Sabemos por dónde se accede?

—Probaremos con la misma entrada para el nivel uno, por lo que he leído en los libros, es muy difícil que tengan accesos distintos. Si el acceso es el mismo,

que estoy seguro de que lo es, deben tener pequeños rellanos desde los que se alcanza el siguiente nivel, y así sucesivamente.

—De acuerdo, les diré a mis chicos que busquen algo similar a un descansillo.

—Diles que localicen todos los puntos del nivel uno donde haya un rellano. Iré yo personalmente a comprobarlo —ordena el Maestro y a continuación añade, pensativo—: Debe ser un espacio de no más de dos o tres metros cuadrados.

Andrea, pese a su lamentable estado, agudiza el oído.

—Los Terranova se están impacientando —de nuevo es la voz del Maestro —, esperan en Roma, desde allí, será trasladado a Estados Unidos en valija diplomática y de ahí a Panamá. Casi al mismo tiempo, un marchante chino viajará a la ciudad de Panamá, es el comprador.

—Pero, ¿sabemos qué es lo que buscamos y en cuánto está tasado? —la pregunta es echa por la misma voz femenina de antes.

—Querida, Marisa, sabemos que es un documento anterior al año treinta y tres de nuestra era, algo oculto.

—Pues me extraña que Álvaro tuviera tanto recelo en ocultar unos simples manuscritos, Julio, qué quieres que te diga —replica la mujer.

—A mí también, querida, a mí también. Veremos si hay algo más, se trata de algo ocultado por los fratres y posteriormente por los hermanos Cohen, conociendo la historia de Cáceres como la conozco, estoy seguro de que se trata de algo más.

Suena un teléfono móvil y a continuación escucha de nuevo la voz femenina:

—¿Cómo estás, cariño?

En ese momento, la luz de la cocina se enciende y el hombre de la cicatriz entorna la puerta.

—¿Y tú de dónde te has escapado?— le dice con la silueta recortada por la luz.

Andrea siente un calor entre sus piernas y, a continuación, frío. Se ha orinado encima.

Capítulo 42

Nada más colgar con su madre y viendo que Asbel no le devuelve las llamadas, Montaña marca el número de teléfono de «Hacienda La Tejedora», en Malpartida.

Ni Marisa ni Marcelo están en casa. Montaña le pide a la sirvienta el teléfono móvil de su abuela y ésta se lo da sin reparos.

—¿Cómo estás, cariño? —es la voz dulce y cariñosa que a Marisa tan bien le sale. Así que su abuela sabía que era ella, *debe tener su teléfono guardado en los contactos*.

Montaña respira hondo. No sabe si quiere saber la verdad.

—Hola, abuela, estoy bien. Quería saber una cosa.

—¿Sí?

—¿Cómo conseguiste que mi padre firmara la escritura de propiedad de la finca?

La abuela no responde. Transcurren unos segundos hasta que Montaña vuelve a preguntar:

—Abuela —dice templando la voz—: Dime que Andrea no está muerta.

El silencio se hace al otro lado. El significado implícito de este silencio lleva

aparejada una única respuesta.

Marisa lo sabe, está dentro.

Montaña también lo sabe y tiene ganas de acortar ese vacío en la línea telefónica y gritarle «¡Yo sé dónde está lo que buscáis! ¡No la toquéis!», pero necesita confirmar la casta de la que está hecha la madre de su padre. Esa que le

habla con palabras dulces, la misma que le enseñó a montar a caballo. Quizá es

porque hasta este momento, Montaña ha dudado de su madre. Pero la vacilación

de Marisa y los instantes que transcurren, además del susurro de una voz masculina al fondo, le despejan toda duda.

—Abuela, eres una hija de puta.

—Ven sola a La Casa de los Trucos, la puerta lateral estará abierta. —El tono cariñoso y entrañable ha desaparecido. Ahora es frío, distante. Autoritario.

—No iré hasta que me digas dónde está Andrea.

—Cariño—dice volviendo al tono cariñoso—, si no vienes, nunca lo sabrás.

Capítulo 43

Casi se muere del susto cuando tras colgar con su abuela, le entra una llamada de Asbel.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy, ¡tienen a Andrea!

—He visto tu mensaje.

—Asbel, he hablado con mi abuela , tengo que ir La Casa de los Trucos, ¿sabes cuál es?

—Sí, la Casa de la Iglesia, ni se te ocurra ir sola ¿me oyes?

Silencio.

—¿Dónde estás?—pregunta ella.

—Ahora en comisaría, acabo de llegar de tu casa.

—Alguien habló con mi abuela mientras estaba al teléfono y le indicó dónde podría encontrar a Andrea.

—¿Crees que está en ese edificio?

—No lo sé, desde esa casa se accede a los niveles subterráneos, creo que si les llevo hasta lo que buscan, la dejarán libre.

—Montaña, estate quieta, ¿cómo sabes que aún no la han matado?

Ettore, en la mesa contigua, no pierde puntada de la conversación telefónica de Asbel.

—No lo sé, llama al obispo, pregunta por sitios donde pueda estar el vicario... oye tengo que dejarte.

—Montaña ¡no vayas! ¡Espera a que llegue!

—¡Llama al obispo!—es lo último que le dice antes de colgar.

El inspector, incrédulo, mira la pantalla del móvil. Sí, le ha colgado.

Nervioso, buscan en sus contactos el teléfono del obispo.

El hombre descuelga al segundo tono. Se alarma con lo que escucha y le indica al inspector que contacte con Agustín, la sombra del vicario en Cáceres.

Capítulo 44

Tras colgar con Montaña, Rosa pisa a fondo el acelerador del Mini Countryman de gasolina que ha alquilado. El coche es un cohete y recorre a toda

velocidad los kilómetros que separan Madrid de Cáceres. Busca el contacto en la

agenda del móvil, un contacto que siempre se cuidó de conservar, y pulsa sobre

el nombre de Julio Céspedes.

—Pensé que nunca volvería a ver este nombre en la pantalla —dice el vicario nada más descolgar.

—Ya ves, los designios del Señor son insondables.

—Insondables y asombrosos, mi querida flor, ¿Cómo estás, Rosa? ¿Tan mal te trataban en la clínica esa que has tenido que dejarlos? O no, todo lo contrario,

te han tratado tan bien que recuperaste del todo la memoria, ¿es eso, verdad?

—Tú y tu sentido del humor, tan cínico... no podía ser de otra manera, ¿sabes? Creo que estoy teniendo un *deja vu*.

—¿En serio? ¿Y cómo es la cosa?

—Verás —reflexiona respirando hondo—, estás chantajeando a mi hija igual que lo hiciste con su padre: o con vosotros o la matáis ¿voy bien, señor Maestro?

La risa estentórea de Julio se escucha al otro lado.

—No vas muy desencaminada, va a ser que de repente te vino la memoria, aunque dado el pastón que costaba el psiquiátrico ese en el que estabas, merece

la pena que hayas recobrado el juicio.

—Podría explicar a un paleta como tú la diferencia entre la locura y el alzhéimer, pero me llevaría un buen rato, así que ¿por qué no me dices qué quieres y abreviamos?

—Ja ja ja, pues el paleta como yo quiere a tu hija, la psicóloga Doña Indecisa.

—Sigues jugando en tu mundo.

—Sabes que me deleito añadiendo nombres que digan algo más de la personalidad de cada uno, me parecen poco significativos los simples que nos ponen al nacer.

Rosa acaba de entrar en la provincia de Extremadura. Aún le quedan unos cuarenta minutos para llegar a Cáceres. Necesita ganar un poco más de tiempo.

—¿Y cómo te deberíamos llamar a ti?

—Maestre es el nombre que realmente me define.

—¿Y qué tal el de asesino? ¿Ladrón? ¿Hijo de puta? ¿No crees que esos

añaden más significado a tu simple nombre?

—Soy un asesino de conciencias y un ladrón de libertades, ¿acaso es eso un crimen?

—¿Cínico? ¿Hipócrita?

—Rosa, no te pases, cuando tú vas yo he vuelto dos veces, ¿aún no te has dado cuenta?

—No le hagas daño a la chica, ella no sabe nada.

—Llegas exactamente ummm... veamos, sí, justo, mi reloj me chiva que llegas exactamente con una hora de retraso, me refiero a tu petición. Si me hubieras llamado antes... —vacila—, no, tampoco, le hubiera hecho lo mismo.

—¿La has matado ,cabrón?

—Ay, Rosa, Rosa, Rosa, no sabes lo que he podido hacer con ella. Igual me la he llevado a cenar. Siempre poniéndote en lo peor.

—¿Qué quieres de mi hija? —Rosa se ve obligada a reducir la velocidad cuando entra en el tramo de radares. Tiene los nervios crispados.

—Quiero a tu hija y lo que sabe.

—Yo sé lo que ella sabe, sé lo del tercer nivel y cómo dar con lo que buscas.

—Oh, esto es demasiado incluso para mí. No te creo del todo pero sabes que me encanta jugar. Anda y ven a La Casa de los Trucos, la puerta lateral estará abierta. Ni qué decir tiene que dejes al margen a la policía.

—Estaré allí en una hora.

—Que sea media.

Veinte minutos después y bajo el diluvio universal, Rosa coge el primer desvío hacia Cáceres Norte y callejea hasta llegar al parking del Obispo Galarza.

Sin salir del coche, prueba las pilas que cogió en el piso de Madrid. Las linternas

funcionan. Perfecto.

No va directamente a su cita por la Calle General Ezponda, eso habría sido un suicidio. Va a la Plaza de la Concepción y entra en la Biblioteca Municipal, la

que abre veinticuatro horas para los estudiantes. La lluvia la ha empapado. Baja

hasta el sótano y entra en el cuarto de contadores, sigue la línea recta hasta una

de las puertas que dan a la galería húmeda y entra.

Conoce el camino de memoria. En el afán previsor de su marido, se recorrían el subsuelo de la ciudad palmo a palmo. La cosa pintaba mal para ellos en aquellos años y no estaba de más contar con sitios donde esconderse y desde los

que poder acceder a cualquier sitio que necesitasen. O simplemente huir.

Antes de morir, a Rodrigo le retuvieron varias veces contra su voluntad.

Tenían todo planeado para huir, pero la repentina muerte de su marido dio al traste con todos los planes y la única opción que vio para ella fue fingir alzhéimer.

Rosa se introduce en la galería húmeda y de ahí baja hasta el primer nivel.

Mira su reloj, desde donde está, hay diez minutos hasta La Casa de los Trucos.

Empieza a andar alumbrando sus pasos con una de las linternas. El primer y segundo nivel, pese al asfixiante ambiente, siempre han estado en muy buen estado.

Una vez bajo La Casa, sube al hall y espera algún movimiento. Se queda desconcertada cuando instantes más tarde ve a su hija acompañada de Julio y sujeta por dos de sus sicarios.

—¿Están abiertos los conductos de ventilación?

—Sí ,jefe —responde uno de los hombres con las manos cruzadas sobre los cojones.

Se refiere a los conductos que llevan el aire a los pasadizos.

Rosa presta atención y escucha:

—La esperamos cinco minutos más y nos vamos —ordena el Maestro, se refiere a ella—, tú te quedas vigilando la puerta y si viene, ya sabes, no me fío de esa loca.

Capítulo 45

De poco le vale a Asbel contactar con el chófer. Se hospeda en el Hotel Don Fernando, en la misma Plaza Mayor y hace horas que ha perdido de vista al vicario. No obstante, Asbel le recogerá después de pasar por la clínica y recoger

a Montaña.

Ettore se ha empeñado en acompañarle, así que dejan el coche en doble fila frente a la clínica de Cánovas, y el subinspector se queda dentro mientras que Asbel sube a recogerla.

Montse, la recepcionista, le informa de que Montaña hace como unos veinte minutos que abandonó la clínica.

—¡Mira que es cabezota!

—¿No te ha dicho a dónde iba? —le pregunta Ettore desde el asiento del piloto.

—No, vamos al Hotel.

Debido a la copiosa e inesperada lluvia, el tráfico es lento y pesado.

Callejean con el coche oficial por las estrechas calles que les llevan al hotel. El

subinspector cambia el limpiaparabrisas de lento a rápido.

—¿A quién vamos a recoger?—pregunta Ettore fingiendo que no ha escuchado la conversación con el obispo.

—A alguien que nos puede ayudar.

—¿Le conoces?

—No —Asbel responde confiado, aún no sabe que acaba de meter la pata.

Están parados en un semáforo y Asbel repara en la mano de su compañero.

—¿Siempre llevas ese anillo? —le pregunta cuando reanudan la marcha. Se

refiere al sello de oro que lleva en el dedo meñique de la mano derecha. Es en ese preciso instante en el que le viene a la cabeza dónde ha visto el símbolo de la

doble f, *FF*.

—Es un regalo de mis padres —responde el subinspector.

Bajo ese sello, tatuado en la piel, Ettore lleva el símbolo de pertenencia de por vida del Concejo.

Justo cuando llegan al hotel, el inspector entiende por qué se ha empeñado en acompañarle. Pero no tiene mucho tiempo para reaccionar.

En el ascensor, de camino a la habitación del chófer, Ettore aprovecha un descuido de Asbel para asestarle un golpe con la culata de su revólver. Le deja inconsciente. A rastras con él llega hasta la habitación de Agustín y llama a la puerta.

Al abrir, el chófer se queda petrificado al contemplar la escena.

—¿Es usted el inspector Asbel?—pregunta temeroso.

—Sí, encantado de conocerle —responde Ettore tendiéndole la mano.

—¿Quién es?

—Alguien que me acaba de atacar.

Pero Agustín sí conoce a Asbel, le ha visto en dos ocasiones. Y también a Ettore, es el acompañante del vicario el día que espiaban a Ashel y a una mujer

en el Parque del Príncipe.

—Joder, pase por favor —le apremia al tiempo que le invita a entrar—, deje

que le ayude. Ettore así lo hace y juntos dejan a Asbel en una butaca.

—Así que conoce a mi jefe —observa Agustín apuntándole con el arma que acaba de quitarle al inconsciente inspector.

Ettore, sorprendido por la agilidad del chófer, alza las manos.

—Oh vamos, ¿es necesario todo esto? Debemos irnos, la psicóloga está en apuros y hay una chica secuestrada.

—Ya, insisto ¿quién es usted?

—Ya se lo he dicho, soy el inspector Asbel, estamos perdiendo el tiempo.

—¿Ah sí? ¿Y quién es él? Deje la pistola en el suelo y dele una patada hacia mí, haga lo mismo con el móvil.

—El obispo se va a enfadar bastante con usted, lo sabe ¿no?

—¡Haga lo que le digo de una puñetera vez!

Ettore obedece de mala gana y le lanza la pistola y el móvil de una patada.

—Muy bien, ahora salga al balcón —le indica con la pistola.

—Pero ¿qué dice? ¿Sabe que ahí fuera está diluviando?

Agustín asiente.

—Salga al balcón y quédese *quietecito*.

Asbel empieza a venir en sí.

—...Las ...aves...de...oche... —balbucea.

—¿Qué dice?

—Llaves...coche...

—Ya le ha oído, deje las llaves del coche en el suelo.

Ettore obedece de mala gana y sale al balcón. El chófer cierra la puerta por dentro y corre al lado de Asbel.

—¡Inspector! ¡Asbel! ¡Despierte, hombre!

Al maltrecho inspector le va a estallar la cabeza.

—Agustín..., —susurra.

—Vamos, levántese.

—¿Dónde está?

—¿Su compañero? Cogiendo una pulmonía en el balcón, ¿quiere que llame a la policía?

Asbel lo niega. No sabe qué es mejor, tampoco sabría con qué cargos podría ser imputado Ettore. Aunque con toda probabilidad podría caerle algo por el artículo 570 del Código Penal: pertenencia a organización criminal y a grupo criminal.

—Con que nos aseguremos de que no podrá salir en un par de horas, es suficiente.

Agustín comprueba que el balcón está cerrado y, además, cierra con llave también las contraventanas, respondiendo a la furibunda mirada del subinspector

con otra mirada aún más furibunda.

—¿Dónde le vio por última vez?— pregunta Asbel desde el aseo mientras se echa agua fría en la cabeza.

—Le dejé en el Palacio Episcopal esta tarde, nada más llegar, creo que no ha salido de ahí. Llevo apostado tras el balcón desde entonces y no ha bajado a la

plaza, eso no quita que haya utilizado otras calles.

—O los pasadizos —el inspector se nota más despejado.

Agustín le mira extrañado. Conoce la historia de Cáceres y la existencia de pasadizos, pero siglos atrás ¿Ahora? Le devuelve al inspector su pistola y él se

queda con la de Ettore y con su teléfono.

Andrea puede estar en el Palacio Episcopal. No es seguro, pero puede ser.

Salen a la calle bajo la mirada de Ettore que, desde el balcón del último piso del hotel, les sigue impotente. Gracias a la lluvia, la plaza está desierta.

Asbel telefonea a Montaña varias veces y el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Su angustia aumenta por momentos, pero sabe que encontrar a Andrea

es lo primero.

En lugar de acceder por la calle principal, acceden por una de las calles secundarias, por la de las Tiendas. El Palacio solo tiene un acceso visible.

Agustín saca las llaves del bolsillo y abre la puerta. La planta baja, dedicada a la atención al público está vacía.

—Si alguien está aquí, el mejor sitio para esconderlo es en una de las

habitaciones del sótano —le informa el chófer.

Capítulo 46

Rosa es ahora una observadora atenta. Desde su rincón oscuro, tiene todos los sentidos en alerta. Es cuidadosa hasta con su propia respiración. En cuanto el

sicario desaparece de su vista, sale disparada hacia los pasadizos.

Baja hasta el sótano por el que momentos antes ha subido y enfila por una galería que se extiende hasta el fondo. Parece que no tiene fin, pero sí lo tiene,

Rosa la conoce. Es la que lleva al primer nivel, el que conecta La Casa de los Trucos con la Plaza Mayor y con varios palacios, entre ellos el Episcopal. Pero el

grupo que la precede no va en dirección a este último.

Ha logrado acercarse más a ellos, está en forma gracias a los ejercicios de rehabilitación de la clínica, y se mantiene a una distancia prudencial.

Desde su posición, le parece ver que la primera es su hija, seguida del sicario y por último Julio Céspedes. Mira el móvil y aunque no hay cobertura, lo pone

en silencio para evitar sorpresas.

La comitiva se detiene en el primer rellano, desde el que parten dos galerías.

Montaña mira a un lado y a otro, como buscando algo en las paredes. Las roza

con la yema de los dedos. Los hombres la observan, pero Julio Céspedes, vicario episcopal, no se caracteriza por la paciencia.

—¿No sabes cómo seguir, Montañita? —la interpela.

—Nunca he estado aquí.

—Ya ya, esperemos a bajar un poco más, a ver si haces memoria. En vuestra familia la memoria va y viene ¿verdad?— inquiera con gesto expresivo—. Me

recuerdas a tu madre y a tu padre.

—¿Usted conoció a mi padre?

—Uy , y tanto, tan obstinado como tú, veo que no has aprendido nada.

—¿Y qué se supone que debería aprender?

—Pues muy fácil, si no estás con nosotros, simplemente...

—Dejo de estar —termina por él la frase—, ¿se inventó usted la *frasecita*?

El vicario se ríe estentóreamente.

—Serías una buena torre, aunque de momento tendrás que dar la talla como peón. Y la frase no es mía, es de tu abuelita Marisa. Sí, no me mires extrañada.

—De mi abuela no me extraña nada, no se confunda con la luz.

—Ah, pues en ese caso, que no te extrañe si te damos donde más duele... — y como quitándole importancia , continúa—: Hacemos cosas así, ya sabes.

—¿Con cosas así se refiere, por poner un ejemplo eh, a las trece puñaladas de Álvaro con el Puñal de Misericordia?

¡Pero bueno! De torre nada, la psicóloga Montaña alias Doña Indecisa

¡sería toda una reina!

La cara de Julio lo expresa todo, pese a la oscuridad.

—Así que sí, usted lo mató y con el Puñal ¿era necesario ensañarse?

—Bueno ,verás —responde Julio encogiéndose de hombros y apuntando con la linterna a la cara de Montaña— en el Concejo somos doce más uno.

—Una excusa perfecta, sois todos unos asesinos.

—Claro, y arderemos en el infierno, venga ¡camina!

Pero Montaña no camina, apunta con su linterna la pared y retrocede unos pasos. Hay una pequeña hendidura. Imperceptible para quien no sabe lo que busca. Introduce los dedos índice y corazón ante la atenta mirada de los dos hombres.

Aguardan.

No sucede nada.

Justo cuando Julio va a soltar una barbaridad, se escucha un pequeño ruido.

La pared cece. Los tres observan cómo ante ellos aparece una abertura de unos

treinta centímetros. Suficiente para pasar al otro lado.

—Vamos —resuelve Montaña, los hombres la siguen con dificultad, sobre todo el sicario, cuya prominente barriga debe encoger para poder pasar a través

de la grieta.

Han accedido al segundo nivel.

Cuando los tres entran, Rosa se acerca con la linterna alumbrando al mínimo.

Acerca el oído a la abertura y escucha cómo se alejan los pasos. Se desliza hasta

el interior sin dificultad. Nada más pasar, la grieta se ha vuelto a cerrar con un

ruido que solo ella, al estar más próxima, ha percibido. No podrán volver por el

mismo camino.

Se queda quieta, busca orientarse por el sonido de los pasos. Se conoce a la perfección todos los recovecos del primero, pero no llegó a conocer del todo el

segundo nivel.

—Esta parte ni la han pisado, menuda panda de ineptos —murmura en voz

alta el vicario. Se refiere a las expediciones que han hecho los empleados de El

Rey del Ladrillo, no hay ni rastro de ellos por allí. En el otro sector del nivel dos, el que ellos conocen, las herramientas de obra se apilan en las galerías. Aquí está

todo inmaculado, como si ellos fueran los primeros que pisan esa zona.

Rosa se da cuenta de algo mientras avanza. Es un pequeño detalle, pero sabe

que Montaña lo está usando. Están siguiendo solo las paredes veteadas, a veces a

la izquierda y a veces a la derecha. Siempre siguen la que tiene una veta de color

marfil que destaca del color pizarra.

Montaña llega hasta otro rellano del que parten tres galerías. Se para en seco

y recorre con el haz de su linterna todo el espacio alrededor. Intenta no pensar en lo claustrofóbico del sitio. Está sudando, se lo nota en la cara, en el pelo pegado

a la nuca y en las axilas. Sus acompañantes también, de hecho el Maestro parece

cercano al ataque de corazón. *Ojalá.*

Montaña gira sobre sus talones, una vez, dos...

Recuerda la regresión de Andrea.

La número tres, en el sentido de las agujas del reloj es la que nos lleva al tercer nivel.

Una, dos, tres... Se introduce por la tercera, que es algo más baja que la que traen. Alumbra con la linterna a ambos lados de la pared y localiza la veta en la

pared izquierda.

«Vamos bien», se anima.

Siguen la galería, vigilados de cerca por Rosa y su linterna, ahora apagada.

Apenas les separan treinta metros. Caminan unos cuatrocientos pasos. La linterna de Montaña alumbra el techo.

Están descendiendo y, paradójicamente, el aire que hasta ese momento era enrarecido, empieza a ser fresco. Por algún sitio se filtra. Su nariz reconoce el perfume de su hija y el de Julio. Un perfume muy caro el de éste, ¿es que a

nadie

en el obispado le extraña que este hombre use un perfume tan caro?

Rosa calcula que deben estar más o menos a la altura del Ayuntamiento, es decir, de la casa del Tesoro de los Cohen.

Montaña se vuelve a parar en seco alumbrando las paredes y el techo. Se fija detenidamente en la pared vetada. No ve nada, no hay ninguna hendidura ni nada similar. Gira sobre sí misma y recorre el camino desandado, despacio, examinando palmo a palmo la pared vetada. Cree que Andrea dijo trescientos metros, no cuatrocientos.

—¿Pero qué estás buscando, idiota? —le grita Julio irritado.

Ella no responde. Sigue observando la pared concienzudamente.

—Busco algo semejante a una especie de hendidura en la roca.

—¡Por Dios! Es una pared muy irregular y llevamos recorridos al menos dos kilómetros, ¿así estamos ahora?

—Sí, pero hemos seguido la única pared vetada, no todas lo son, ¿es que no se ha dado cuenta, señor vicario?

Los hombres dirigen sus linternas a las paredes, cerciorándose de lo que acababan de escuchar.

¿Una pared vetada?... Puede que tenga razón.

—La hendidura que busco está en esta franja.

Rosa escucha desde la distancia, pero no puede buscarla, otro haz de luz les alertaría de su presencia. Al mantenerse quietos, se ha acercado bastante. Lo

único que puede hacer es encontrar una grieta en la pared. Advierte que la piedra está templada. Palpa la pared poco a poco hasta que, a la altura de su cabeza, encuentra una pequeña hendidura.

Montaña, por su parte, empieza a darse por vencida. Nunca ha estado allí, solo sabe lo que escuchó de la regresión de Andrea ¿y si se lo inventó? Lo de la

pared vetada puede ser una coincidencia, algo que sabe por sus estudios.

Rosa alza la mano derecha y la introduce por la zona vetada de la pared en

la que se encuentra la hendidura. La presiona. Nada. Espera unos instantes. La presiona con más intensidad y *voilà*, la pared cede. El corazón le da un vuelco y algo similar les ocurre a los tres expedicionarios que la preceden pues se han girado y la alumbran con sus linternas.

—¿Mamá?¿Pero qué haces aquí? —grita Montaña, caminando hacia ella y abrazándola con desesperación.

Se oyen aplausos que retumban contra las paredes de piedra.

—¡Hombreeee...! Esto si es toda una sorpresa,¿no crees que es un poco tarde para recuperar el tiempo perdido? —les dice Julio con ironía. Se le está acabando la paciencia y, pasando a una expresión más severa, les ordena sin miramientos—: Vamos, las damas primero.— Con su arma les indica que entren

por la nueva abertura.

Capítulo 47

—Por aquí.

Asbel sigue al chófer.

Se escuchan como una especie de sonidos, alguien está arrastrando algo.

El sótano del Palacio no es un sótano al uso. Se trata de una planta más, en la que están ubicadas la cocina y una serie de habitaciones. Más bien salas de reuniones. En una de ellas, la que Agustín y Asbel están a punto de abrir (Agustín tiene una copia de todas las llaves del Palacio, incluidas las del sótano

que el vicario guarda con tanto celo pero que él se las ingenió un día para hacerles una copia, *por si las moscas*, le ordenó el obispo) hay trece asientos y una mesa ovalada. También otra puerta. Prueban a abrirla, pero no pueden, se debe abrir desde dentro.

Otra de las puertas es un aseo. El inspector observa que hay salpicaduras de agua en el seno del lavabo, alguien lo ha usado no hace mucho tiempo.

La cocina está frente al aseo. Entran y advierten que hay trece vasos de agua, medio vacíos y vacíos por completo.

—Aquí ha habido una reunión de trece personas —observa Asbel haciendo una minuciosa inspección visual.

Es como si algo de madera se arrastrase por el suelo. Abren unas cuantas puertas más y comprueban que el interior está vacío. Pero se siguen escuchando

los ruidos.

—Venga por aquí.

El inspector sigue al chofer por un pasillo más estrecho que el anterior. Al final, hay otra puerta. Los ruidos provienen del interior. El chófer prueba con una

de las llaves y esta gira en el bombín. La puerta se abre.

Lo que ven les deja sorprendidos. En el suelo, atada a una silla de madera,

Andrea se arrastra hacia la puerta. Asbel corre hacia ella mientras le grita a Agustín que llame a una ambulancia. La chica tiene la cara destrozada, la nariz

partida y la mandíbula desencajada. La llama por su nombre «Andrea» y ella entreabre los ojos. Al verle, intenta contener las lágrimas pero no puede.

Las lágrimas de dolor no se contienen por nada ni por nadie.

—Me *dierrron* duro, inspector... —farfulla con su acento, sin esforzarse en mejorar la pronunciación.

—Ya estás a salvo, pequeña, una ambulancia viene de camino.

—El *sukinsyn*[\[22\]](#) llevaba una máscara del cómic ese...

—Shh, tranquila, no hables, te voy a desatar, ¿puedes andar?

—Le dije lo de los tres niveles —dice con culpa casi agónica.

—Shh, guarda tus fuerzas para respirar.

—Me hice pis encima —dice sollozando avergonzada.

—Shh, tranquila, es normal, cuando estamos asustados perdemos el control, no te preocupes ¿vale?

Ella se encoge de hombros y sigue sollozando.

Asbel palpa sus costillas y sus extremidades, la chica no se queja. Al parecer sólo le han destrozado la cara. Sólo. La desata y carga con ella cuidadosamente

escaleras arriba, hacia la planta baja. La pobre niña no puede dejar de llorar, el

inspector la arropa con sus brazos, está temblando. Puede notar el doloroso latido de su corazón.

Mientras esperan la ambulancia, Asbel deja a la chica con Agustín y sube al piso superior, haciendo caso omiso de la advertencia «Solo personal autorizado».

Cinco habitaciones ocupan la primera planta.

Julio Céspedes es el niño introvertido del seminario procedente de una familia humilde que ha llegado a manejar el cotarro en toda la provincia. Tiene

contactos por toda Europa y trata con mercenarios y traficantes de obras de arte.

Sin embargo, tanto su despacho en el Obispado como en el Palacio Episcopal, es

un espacio extremadamente austero, sin ostentaciones. ¿En qué invierte este hombre todo lo que gana? El resto del Concejo está claro, ¿pero Julio?

Asbel reconoce la habitación del vicario por un paquete de cigarros a medio terminar sobre el escritorio y un mechero con un grabado «FF», *Fer de Fer*. El lema del Concejo que también está grabado en la fachada del Palacio de los Golfines.

Además del mechero, hay un Mac.

Contempla con estupor el tablero de ajedrez con las piezas personificadas.

Hay una foto de una persona sobre cada pieza, es gente de bien de la ciudad. Él

los conoce. Andrea y Álvaro Dávila, un peón y un alfil respectivamente, están fuera del tablero. Montaña y él también son peones, pero están dentro

de la macabra partida.

Escucha el sonido de la ambulancia acercándose.

Con la serenidad que caracteriza a la gente del norte y el temple acumulado durante años como inspector, se abstrae del ruido de las sirenas y examina la habitación con ojo avizor.

Tras unas cortinas, hay un armario empotrado. Abre la puerta forzando la cerradura y encuentra una caja fuerte disimulada entre las sotanas y los trajes de chaqueta. Debe medir treinta centímetros de largo por unos veinticinco de ancho.

Es de las electrónicas y con llave. Sin pensarlo, carga con ella y con el Mac hacia la salida. Una vez allí, habla con el chófer:

—Agustín, debo llevar esto a la comisaría, en una hora me reuniré con usted en el hospital, por favor, cuide de la chica —y mirando a Andrea le dice—: Saldrás de esta, pequeña, te veo en un rato.

Observa cómo tras una cortina de lluvia, la ambulancia se aleja en dirección al Hospital Virgen de la Montaña.

No dispone de mucho tiempo, así que baja a toda velocidad, que no es mucha dado el peso que carga y el golpe recibido en la cabeza, las escaleras del Arco de la Estrella. Llega hasta el coche oficial, mete en el maletero la caja y el Mac y sale pitando rumbo a la comisaría.

Ettore le observa desde el balcón y le lanza unos cuantos improperios.

—¿Elena? —llama a Elena Román, la inspectora jefe, la necesita —, te veo en el laboratorio en diez minutos. Tengo algo importante.— Y cuelga dejando a

la mujer con la palabra en la boca.

No es que se haya olvidado de Montaña, pero necesita dejar la caja y el Mac en el laboratorio, que la abran y le saquen información del ordenador.

Capítulo 48

Siguen caminando, Montaña y Rosa primero, una detrás de otra y a continuación Julio y su acompañante. Solo llevan dos linternas encendidas, por

ahorrar. Montaña lleva una y el vicario otra.

Vuelven a descender. El aire en ese nivel es muy escaso y aumenta la dificultad para respirar, sobre todo para Julio. Rosa puede sentir el aliento frenético del cura en su boca. El suelo está lleno de charcos, debe haber agua cerca, un pozo o algo similar.

Llegan hasta un descansillo que da a una escalera. Descienden. En las paredes hay símbolos, cruces y espadas dibujadas con sangre. Montaña sabe que

pertenecen a los fratres, lo recuerda perfectamente de la regresión de Andrea.

Reconoce el fuerte olor a tierra y humedad que describió cuando era Noa, la hija

de uno de los hermanos Cohen.

Bajan hasta un rellano con dos aberturas, la que traen y la que tienen enfrente. La única pega es que si quieren seguir, tendrán que meterse en un agujero de apenas un metro y medio de diámetro. Montaña siente que su corazón

se le acelera por momentos, una fuerza y una seguridad antes desconocida para

ella está empezando a invadirla. Percibe que está próxima a algo. ¡Ha encontrado

el camino gracias a la regresión de Andrea!

Rosa, sin embargo, lucha por controlar su ira. Empieza a asaltarle la certeza

de que no saldrán vivas de ese sitio y vacila antes de seguir a Montaña por el diminuto pasillo. Julio, que la conoce desde hace años, avanza hasta ponerse a su

altura.

—Entra —le ordena a punta de pistola.

Rosa aguarda a que Montaña esté dentro del pasadizo, tiene que encorvarse.

Cuando la ha perdido de vista, en un gesto rápido, le quita la linterna a Julio y echa a correr todo lo rápido que puede encorvada por el agujero.

—¡Corre, Montaña, corre!—grita todo lo alto que puede.

En un instante las dos mujeres han desaparecido de la vista de los hombres.

El sicario saca su linterna, dispuesto a disparar a la oscuridad del pasadizo, pero

Julio le para en seco.

—¡Moriremos sepultados, idiota! ¿Crees que estos pasadizos resistirían la vibración?

—¡Julio, —es la voz de Rosa desde algún recoveco de la oscuridad—, te advierto que si oigo tus pasos detrás nuestro disparo!

El vicario, que no está dispuesto a rendirse a la primera de cambio, aunque está al borde del colapso, se despoja de los zapatos y obliga a hacer lo mismo a

su acompañante.

—Así no nos escucharán —le dice. Y echan a andar por la ratonera en la que están metidos.

Unos metros más adelante, Rosa apaga la linterna, para no gastar batería y siguen dando vueltas, o eso creen, en lo que parece un laberinto sin salida. Por

momentos tienen la sensación de retroceder. De vez en cuando se paran a escuchar si las siguen.

Nada.

Solo escuchan el sonido de sus fatigadas respiraciones. Están empapadas en sudor y hace rato que dejaron sus abrigos tirados en algún punto del laberinto.

—¿Crees que Julio es capaz de seguirnos tal como está?

—Creo que morirá intentándolo, es de los que mueren matando. Nunca abandona, su ambición es desmedida y seguramente tiene un comprador

impaciente que le espera y que ya le habrá dado un adelanto.

Continúan caminando, volviendo la cabeza hacia atrás de vez en cuando.

—Por aquí —indica la psicóloga.

—¿Por qué por ahí?

—Allí —dice la psicóloga señalando lo que parece el final de una de las galerías.

Las dos mujeres miran con atención hacia lo que parece un punto luminoso.

Es una luz natural, no procedente de una linterna o de un móvil. Alguien la sostiene en alto.

A Rosa se le hiela la sangre.

—Nos han encontrado —dice con pavor.

—No son ellos —apunta Montaña parándose en seco.

—Si no son ellos, ¿quiénes son?

—No lo sé, lo vi al otro lado del agujero, por eso me metí. Lo he estado siguiendo.

El desconcierto es patente en la mirada de Rosa, ella solo veía la espalda doblada de su hija.

—¿Y si nos hace daño?

—Bueno, hemos despistado a los que de verdad nos iban a hacer daño gracias a eso —repite Montaña señalando hacia la luz.

—¿Eso?

No hay respuesta, Montaña echa a andar tras la tenue luz. Rosa mira hacia

atrás desconfiada y sigue a su hija. Aún encorvadas, se mantienen a una distancia de unos diez metros de la luz.

Poco a poco perciben cómo el techo va alzándose sobre sus cabezas y empiezan a caminar erguidas. Llegan hasta una estancia de unos veinte o treinta

metros cuadrados. Es algo natural en la misma roca, una especie de gruta o cueva con una pequeña laguna en el centro. Montaña sonrío satisfecha, tal como

escuchara a Andrea en la regresión en la que era Noa, allí está el agua.

¿Y la luz?

La luz proviene de un pequeño candil. Uno exactamente igual al que

Montaña tuvo en sus manos días antes en la Plaza Mayor, hecho a mano por una

artesana. Un candil de metal.

El portador del candil está encendiendo varias antorchas de aceite que hay colgadas en las paredes de la gruta. Madre e hija le observan sin intercambiar palabras. Rosa cree que no tiene más líquido con el que sudar, justo ahora que

está temblando de miedo.

Están debajo del Ayuntamiento.

Treinta o cuarenta metros por debajo, para ser más exactos.

Cuando la luz empieza a alumbrar la estancia y a envolverlas, toman consciencia de la presencia que tienen delante. Es una presencia de amor incondicional, de paz y serenidad. Una presencia familiar para ellas...

—Rodrigo..., —logra articular Rosa antes de sufrir un desmayo.

Capítulo 49

—¿Qué ha pasado? —es el saludo de la inspectora jefe Elena Román cuando ve aparecer a Asbel por la puerta del laboratorio cargado con una caja fuerte y un

portátil—. Dios, ¡estás empapado!

—Ahí fuera está cayendo el diluvio universal —le informa Asbel mientras deposita la carga en una de las mesas—, necesito que abráis esta caja y accedáis

a este pc.

Uno de los técnicos se pone las gafas que lleva colgando y se acerca a examinar la caja.

—Me imagino que no tienes la llave —le dice con sorna al inspector.

—Ni la contraseña de esto —otro de los técnicos se ha acercado y ha abierto el Mac.

Asbel se sienta abatido en una de las sillas giratorias y niega con la cabeza.

—Es de seis gorjas y doble paletón, la puerta y el marco son de acero de seis milímetros de espesor —es el primer técnico el que habla, el de las gafas—, los

bulones deben ser laterales, de unos veinte milímetros.

—¿Podéis abrirla? —pregunta Asbel con un deje de impaciencia en la voz.

El de las gafas se las quita y le dirige una mirada de autosuficiencia:

—Por supuesto: es de las que se abren hacia la izquierda, danos diez minutos.

—¿Y qué hay del ordenador?

El otro técnico mira la pantalla de inicio en la que le solicita una contraseña.

—Me temo que para esto van a ser algo más de diez minutos — lamenta recostándose en el respaldo de su silla giratoria.

Elena echa las manos sobre la espalda de Asbel y le da un par de palmadas.

—En lo que calientas el cuerpo con un café, ellos abren la caja, anda, vamos

—le dice.

—Prefiero quedarme.

La inspectora jefe se acerca y le dice al oído con voz familiar pero firme:

—Y yo, que he pedido un favor a los chicos para que no se vayan a casa *prefiero* que vengas conmigo a tomar un café.

No le queda otra que aceptar. Además, está muerto de frío y el café le ayudará a entrar en calor. Dejan atrás el laboratorio, que está en uno de los sótanos de la comisaría y suben hasta la primera planta, donde está la cafetería

del personal.

—¿Y bien? —le pregunta Elena, con los brazos cruzados, nada más entrar en el ascensor.

La pregunta, aunque escueta, está clara.

—No estoy seguro de lo que hay dentro, pero creo que es algo relacionado con el asesinato del profesor.

—¿Del chico de los Dávila?

Asbel asiente.

—Joder, más te vale que sea algo así para justificar al comisario las horas extra de esos dos —ladea la cabeza, refiriéndose a lo dos técnicos del laboratorio.

Salen del ascensor y caminan por el pasillo desierto hasta la cafetería, en la que varios compañeros de servicio les saludan.

—Venga, tampoco es para tanto —aduce Asbel—. Dos cafés con leche, por favor.

—Marchando, inspector —replica el camarero.

—Bueno claro, lo dice el que no ha tenido que llamar al comisario para pedir ampliación del turno, por cierto ¿dónde está Ettore?

Asbel rehúye la mirada.

—¿Qué quiere decir eso?—pregunta ella con semblante serio.

—Me atacó —Elena parpadea incrédula—, es una larga historia, confía en mí: de confirmarse mis sospechas sobre lo que hay en la caja, le van a caer unos

cuantos años.

La inspectora se queda de piedra. Va a decir algo pero se lo piensa mejor.

Rasga un sobre de sacarina y la vierte en el café, remueve con una cucharilla. Se

lleva la taza a los labios, da un sorbo y cuando siente que el líquido ya ha llegado al estómago, dice:

—Oye mira, no estoy para *juegucitos*, si te equivocas en algo de lo que dices sabes de sobra que me pueden sancionar en el mejor de los casos, o retirar del servicio —acto seguido mira su reloj y enciende la grabadora del móvil ante

la atenta mirada de Asbel—: Si empiezas desde el principio yo misma te ayudo

con el informe.

No le falta razón a la inspectora. Si no hay nada en la caja, no tiene nada con lo que acusar a Ettore, tan solo el testimonio de Agustín.

La noche empieza a ser muy larga. Húmeda y larga. Decide sobre la marcha que no es necesario dejar constancia de cómo llegó a la conclusión de que el arma homicida podía estar en esa caja. En realidad no es una conclusión, sino una probabilidad. Empieza la historia por unas horas antes, cuando recibió los mensajes de Montaña y su posterior llamada

—Esta tarde recibí la llamada de una amiga, habían secuestrado a una chica.

Justo cuando va a contarle lo del ajedrez de la habitación del vicario, el teléfono de la inspectora suena, interrumpiendo la grabación. Elena descuelga.

—Los del laboratorio han abierto la caja —le informa atropelladamente a Asbel al tiempo que le cede el auricular. Éste lo agarra como si le fuera la vida

en ello.

—¿Qué hay dentro?—pregunta el inspector saliendo como un cohete de la

cafetería.

La voz del técnico titubea al otro lado.

—Es algo... ¿Cómo le diría? Rocambolesco: una máscara igual que el de la peli *V de Vendetta* y una especie de puñal estrecho, sí—dice como si estuviera inspeccionándolo—: alargado y estrecho.

Asbel se detiene en seco y respira tratando de que entre en sus pulmones la mayor cantidad de aire.

Capítulo 50

Montaña puede sentir una suave y cálida la luz. A medida que se adentra en ella es como si su conciencia humana, poco a poco, la fuera abandonando.

—Mi niña.

Las palabras suenan en su cabeza. No hay conversación verbal. La luz la reconforta. Su conciencia humana desaparece y es como si simplemente su conciencia se abriera a una nueva dimensión en la que se siente más cómoda.

Una dimensión que le es familiar.

Así, logra decir:

—¿Papá?

Recuerda las palabras de la segunda regresión en la que Nuño-Andrea decía que ya no era el guardián del legado.

—¿Eres tú eres el guardián?

—Sí —es una respuesta no pronunciada que Montaña escucha en su cabeza.

Su madre está en el suelo, la ha cogido a tiempo y ha evitado que se golpee contra las losas del suelo. Se lleva la mano al corazón.

—No te preocupes, ella está bien —las palabras, de nuevo, en su cabeza—, acércate, quiero que veas algo.

Montaña obedece sin vacilar. Es como si la luz la abrazase y se introdujese en ella a medida que camina. Permite que la sensación la invada por completo.

Tras tomarse unos segundos, dice sin necesidad de hablar.

—Me gustaría obtener algunas respuestas.

Camina hasta llegar a una roca en la que hay dispuestas unas veinte hojas de papel junto a un cilindro.

—Abre este libro por la segunda mitad, concéntrate en su lectura y tus respuestas serán contestadas

Mira hacia la presencia y en su cabeza vuelve a escuchar:

—Por la mitad.

Siente que la luz está en ella. Alarga la mano y toca las hojas, siente la aspereza del papel, coge la mitad la deposita en paralelo. No hay letras que leer...

—Concéntrate —de nuevo la voz resuena en su cabeza, ella obedece.

—*No podemos dejar nuestro imperio en manos de esos dos retrasados.*

—*Cielo Santo, Marisa, son tus hijos, pueden demandarnos.*

Sus abuelos están sentados en el mismo porche donde comieron días atrás con ella.

—No si le pasamos la finca a Rodrigo —resuelve su abuela sin vacilar.

—¿Qué? ¿Cómo podríamos hacer eso?

—Le diremos que si accede, el Concejo se olvidará para siempre de Rosa y de su hija.

—¿Crees que aceptará?

—Hará lo que sea por esas dos.

Montaña levanta la cabeza de los folios, la presencia sigue a su lado. Siente que la abraza y vuelve a escuchar:

—Concéntrate.

Están de nuevo en el porche. Parece que la acción ha avanzado en el tiempo.

—¡Ese era el trato, madre!

—¡Oh, Rodrigo! ¡Es por el bien de nuestro linaje!

—¿Acaso quieres que todo por lo que hemos luchado caiga en saco roto?— pregunta su abuelo y en su mirada Montaña advierte furia.

—¡Me da igual! Prometisteis no tocar a mi familia; mi esposa y mi hija están fuera de todo esto.

—Pero vamos a ver —continúa Marisa—, ¿qué más da? Ella se casará algún día y formará una familia, ¿qué hay de malo en que sea con un miembro del Concejo?

—¡No toquéis a mi familia!—son las amenazantes palabras de su padre.

En ese momento Montaña sabe que su padre ha hablado con la policía. Es una información que le viene a la mente.

—Además, será una unión que yo mismo me encargaré de bendecir —el que habla no es otro que el vicario episcopal.

A la mente de Montaña llega otra información: el vicario sabe lo que su padre ha hecho.

—No lo entendéis —dice Rodrigo de pie, mirando el campo, como despidiéndose de esas tierras—, esto se acaba aquí. —Sentencia saliendo por la

puerta de cristal hacia el salón, dispuesto a abandonar la casa para siempre.

Montaña percibe su ira y su frustración. Pero también ve cómo Julio le sigue y lleva algo en la mano. Cuando Rodrigo se percata de que alguien le sigue, es

tarde.

—¡Nooooo!—grita la psicóloga llevándose las manos a la boca. Pero es

tarde, Julio se abalanza hacia Rodrigo empuñando el Puñal de Misericordia y lo

hunde una y otra vez en su garganta y en su corazón.

Su padre cae agonizante en un charco de sangre en el salón de alfombras persas que años más tarde su abuela exhibirá orgullosa en una revista.

Las lágrimas resbalan por el rostro de Montaña, pero la escena aún no ha terminado.

Ahora se ha trasladado al comedor del piso de Gil Cordero:

—¿Sí?— *su madre descuelga el teléfono en el salón— tranquilízate, Marisa, ¿Rodrigo está bien? ¿Qué ha pasado? ¿Qué...? ¿Un infarto?*

Montaña se limpia las lágrimas con el dorso del jersey.

—No tengo más preguntas —dice sin hablar mirando a la presencia—, te echo mucho de menos.

—Yo también —escucha en su cabeza.

La luz se hace cada vez más densa y siente que su luz y la de la presencia, son una.

—Ahora centra tu atención en el comienzo de esos folios.

Montaña obedece y vuelve a dejar los folios en la posición inicial.

—Empieza por el principio —continúa la voz en su cabeza—, pero antes debes recordar que aunque puedas acceder al conocimiento de los dioses, solo podrás prevenir el futuro, *no intentes cambiarlo, hija.*

Capítulo 51

—¡Mamá, despierta! ¡Mamá!

Poco a poco, Rosa empieza a volver en sí

—¿Qué pasa, hija? ¿Qué ha ocurrido?—dice tratando de enfocar la vista.

—Te desmayaste.

Aturdida, la mujer intenta recordar.

—Había una luz...

—Vamos —apremia Montaña, ayudándole a incorporarse—, tenemos que salir de aquí, está lloviendo mucho.

El peso de Rosa cae sobre el hombro de Montaña y empiezan a caminar.

Entran en un pasadizo distinto al que han usado para llegar a la gruta. Al cabo de unos metros de ascenso, notan cómo una brisa les refresca la nuca.

—Tenemos que ir siempre en el sentido de la brisa —ordena Montaña.

—¿Y eso? ¿Estás segura, hija?

—Sí.

—¿Lo sabes por las regresiones?

—Más o menos, mamá, confía en mí por favor, la lluvia va a arreciar.

En la primera regresión que le hizo a Andrea, Don Suero Rodríguez le indicaba a Nuño que siguiera en contra de la brisa. Ahora, Montaña sabe que no

deben ir en contra de la brisa.

—Vamos —dice cogiendo a su madre del brazo. Rosa camina con un poco más de seguridad.

Tras unos cien metros, se dan cuenta de que no han ascendido nada, por lo que entienden que aún están en el nivel tres. Hay más agua filtrándose por las paredes y los charcos del suelo son cada vez más grandes.

Llegan hasta lo que parece una especie de rectángulo de pie encajado en la roca. Ahí se termina el pasadizo, aunque hay una especie de agujeros de unos quince centímetros de diámetro en la parte superior.

Empujan y nada. Vuelven a empujar con más fuerza y por fortuna la roca cede unos centímetros. Lo intentan de nuevo y le ganan unos centímetros más.

Lo justo para pasar de lado. Montaña intenta ver qué hay al otro lado con la linterna, pero no logra ver nada.

Hay que arriesgarse. Ella pasa primero, con dificultad y su madre la sigue, con un poco más de dificultad, pues tiene algo más de volumen que la hija.

Encienden la segunda linterna y alumbran con ambos haces a todos los lados.

Techo, suelo, izquierda, derecha. Es una estancia llena de polvo y con enormes

cadenas enganchadas a la pared. Se ve que ha sido rehabilitada, pero está abandonada. También hay enormes barricas de madera.

Un escalofrío recorre el cuerpo sudoroso de Rosa, que aún no se ha repuesto del todo del desmayo.

—¿Qué es esto? ¿Una sala de tortura?

Montaña observa con atención a su alrededor, recorriendo las paredes con el haz de su linterna.

—Creo que esto es la cripta, deben haberla vaciado para recuperarla —

Montaña recuerda que en la primera regresión, Nuño sellaba la cripta antes de echar a correr por el pasadizo del que ellas acaban de salir.

La madre la mira extrañada y pregunta horrorizada:

—Jesús, ¿hay cadáveres?

La psicóloga niega.

—No es la cripta de una iglesia, mamá, es la de un palacio, la usaban para almacén o para encerrar prisioneros, de ahí las cadenas. Creo que estamos debajo

de La Torre Redonda. Tiene que haber unas escaleras por algún sitio.

Rosa busca unas escaleras y al momento anuncia:

—Aquí hay unas, o lo que queda de ellas.

Las escaleras están en muy mal estado, pero la estructura aún está intacta.

—¿Crees que aguantará?—pregunta.

Montaña apoya el pie sobre el primer escalón y deja caer suavemente todo su peso. Hace lo mismo con el otro pie, que apoya sobre el segundo escalón.

Rosa

la observa atenta. Parece que sí, que la estructura resiste.

La hija alarga la mano hasta la madre, esta la coge y comienza a ascender.

Suena un golpe seco.

—¡Joder!—grita Montaña, deteniendo el ascenso y llevándose las manos a la frente.

—¡Hija! ¿Estás bien?

El techo es demasiado bajo y la frente de Montaña acaba de chocar contra una viga.

—Sí, sí, es solo un golpe, mantén la cabeza baja, mamá —le indica señalando el techo. La madre obedece.

Suben muy despacio, revisando dónde ponen cada pie, pues algunos

escalones parecen estar a punto de derrumbarse. Montaña ya ve la puerta, la misma por la que Don Suero y Nuño bajaron en la regresión de Andrea. Madre e

hija terminan el ascenso y se sueltan la mano.

—Déjame ver—dice Rosa apuntando la linterna hacia la frente de Montaña.

La viga le ha raspado la piel y tiene un poco de sangre —, ¿te duele?

—Un poco.

La puerta tiene un tirador, Montaña lo coge y tira de él.

Nada. Las dos empujan hacia el lado contrario. Nada. Aporrean la puerta y gritan desesperadas:

—¡Socorro! ¡Ayuda!

—¡Aquí abajo!

El eco de sus voces retumba por toda la cripta.

—¿Y ahora que?

Sin saber qué más hacer, fatigadas y extenuadas, se sientan una en el último

escalón, la otra en el penúltimo. Nada más hacerlo, sienten un alivio placentero

en las piernas.

—Tengo la garganta seca—se queja Montaña.

—Y yo. —Rosa se vuelve hacia ella. Ahora que parece que tienen un

momento de tranquilidad, decide preguntar lo que le ronda la cabeza—:¿Tú lo viste igual que yo?

Montaña sabe a qué se refiere.

—Sí —contesta.

—¿Era él?—pregunta la madre con lágrimas en los ojos. Lágrimas que Montaña no puede ver por la oscuridad, pero que adivina.

—Creo que era su espíritu, mamá —desde el escalón en el que está, Montaña abraza el cuello de su madre y besa sus cabellos—, nos ha salvado.

—¿Y Julio?

—No nos hará daño—dice Montaña mordiéndose el labio.

Las dos se quedan en silencio. Una pensando en la sensación que tuvo antes de perder el conocimiento y la otra con la mente puesta en las escenas que acaba de ver.

—¡Joder, espera!

Rosa se saca el móvil del bolsillo y comprueba si tiene cobertura, aliviada ve que en la pantalla, junto a las letras de Movistar, hay dos puntos.

Montaña hace lo mismo con su móvil y casi se le saltan las lágrimas al ver que su teléfono también tiene cobertura, además de un mensaje de Asbel:

«Andrea está bien, estamos en el hospital Virgen de la Montaña»

Al leerlo, Montaña rompe a llorar. Marca su teléfono bajo la atenta mirada de su madre.

—¡Montaña!—la voz de Asbel al otro lado—, ¿estás bien?

—Dime que está viva por favor —dice entre sollozos.

—Sí, tranquila, está bien, solo están haciéndole unas pruebas —le dice para tranquilizarla—, ¿dónde estás?

Ella se calma un poco al escuchar la noticias.

—Creo que estamos en el sótano de la Torre Redonda del Palacio de los Carvajal, ¿puedes enviar a alguien? Hay una puerta que no podemos abrir. Asbel se muerde la lengua para no echarle en cara que no le hiciera caso y le esperase en la clínica. En lugar de eso, dice:

—No te preocupes, ahora mismo va para allá una patrulla, ¿quién está contigo?

Montaña mira a su madre.

—Mi madre, ya te contaré, ¿tú qué tal estás?

—Voy para el hospital, Andrea está allí con Agustín, el chófer del obispo, ¿sabes qué?

Silencio.

¿El chófer del obispo?

—Dime.

—Tenemos el Puñal.

Capítulo 52

Julio está a punto de desfallecer. Han perdido a la madre y a la hija, les llevan tanta ventaja que, fuera de todo pronóstico, está tentado de tirar la toalla.

Están siguiendo las paredes veteadas, tal como dijo la psicóloga, aún así, llevan horas dando vueltas y a veces tienen la sensación de retroceder. Menos mal que una brisa se ha introducido en los pasadizos y les alivia. Hace tiempo se

volvieron a calzar los zapatos, *para nada*, piensa, hay charcos por todas partes y han pasado por varios tramos en los que el agua les llegaba hasta la rodilla. El

agua se filtra por las paredes. Deben estar cerca de algún manantial subterráneo.

Tienen la ropa pegada al cuerpo.

—Caminemos en contra de la brisa, nos llevará hacia alguna salida.—La suave brisa les ha dado una esperanza, quizá puedan salir de esa ratonera con vida.

Caminan durante media hora más y la brisa les lleva hasta un charco.

Apuntan con las linternas hacia la oscuridad y comprueba desesperanzados y abatidos que el charco ocupa todo el pasillo: el agua es oscura y siniestra.

—¿Qué hacemos? —pregunta temeroso el sicario.

Julio apunta otra vez el haz de la linterna hacia el pasillo, infla las mejillas y suelta el aire.

—La brisa viene en esa dirección, es la única forma de salir de aquí —dice resignado.

Los hombres se adentran en el charco. La sensación no puede ser más

desagradable: el agua enlodada penetra por sus zapatos empapando calcetines primero y pantalones después. Hay piedras sueltas por el suelo que parecen haber sido arrastradas, *¿arrastradas?*

— Maestro, ¿no le parece extraño que el agua corra en dirección opuesta?

Julio no responde.

Deben continuar con la brisa de frente, en la cara, solo así encontrarán la salida.

A cada paso, el suelo se vuelve más blando e inestable. La sensación es repulsiva.

Solo han caminado veinte metros y el agua ya les cubre por la cintura. Julio, a quien la impresión del agua subiendo por sus genitales casi le hace vomitar, se

vuelve y alumbra el camino recorrido.

Avanzan tan lento que les da tiempo a advertir cómo el nivel del agua está subiendo.

El sicario se detiene y observa al Maestro.

—¿No cree que es mejor que nos volvamos?

—¡Acaso tú serías capaz de recordar el camino!

El sicario niega.

—Imbécil.

El vicario cree que la brisa les llevará hasta la próxima salida, se niega a dar media vuelta. Además, los manantiales de aguas subterráneas no suelen ser tan

profundos.

Siguen avanzando.

Solo hay una cosa que no acaba de entender el vicario. Si se trata de un manantial... ¿Por qué el agua no está tan fría?

Es una pena que nunca llegue a saber que el agua no procede de ningún manantial, sino de la Ribera del Marco y que debido a la lluvia, el caudal está subiendo peligrosamente.

Capítulo 53

En menos de quince minutos, madre e hija escuchan voces al otro lado de la puerta.

—¡Estamos aquí!

—¿Señora Solís? ¿Montaña Solís?

—¡Sí! ¡Por favor sáquenlos de aquí!

Tienen que esperar un poco más, ya que el cerrojo está provisto de un candado para el que no hay llave. Así que deben taladrarlo. Los minutos pasan

lentos, pero las dos mujeres están aliviadas.

—¿Les decimos que hay más gente abajo?—susurra Rosa.

Montaña la mira fijamente a los ojos, a la luz de la linterna, y convencida responde:

—No será necesario, mamá.

En ese momento se abre la puerta y la silueta de un policía, con uniforme negro, aparece recortada por la luz.

—¿Están bien, señoras?—pregunta tendiendo su mano hacia Montaña

primero y luego hacia su madre.

Las mujeres, una vez fuera, se abrazan emocionadas. Están sudorosas y malolientes, pero les da igual.

—¿Qué hacían ahí abajo?—quiere saber otro de los policías.

Madre e hija se miran.

—¿Nos pueden llevar junto al inspector Asbel?—pregunta Montaña.

—Claro que sí, señora, está en el hospital.

Salen a la calle, bajo la lluvia.

—Lleva así toda la noche —comenta uno de los agentes.

A ellas no les importa mojarse, después del calor que han pasado bajo tierra.

Respiran repetidamente bocanadas de aire fresco, ante la curiosa mirada de los agentes. No pueden explicarles el agobio que supone estar ahí abajo y notar que

te falta el aire por momentos.

—¿No tendrán un poco de agua?—pregunta Rosa.

—No, señora, pero podemos acompañarlas hasta un bar.

—No, preferimos que nos lleven al hospital.

Las dos suben al asiento trasero del coche oficial y dejan atrás el casco antiguo.

Durante el trayecto, los policías conversan entre ellos, ajenos a las dos mujeres.

—¿Accediste a ese manual?—pregunta Rosa en un tono bajo.

—No, no me dio tiempo, te desmayaste, me asusté y el nivel de la laguna empezó a subir.

—Si salimos de esta, ¿qué haremos?—y al decir estas palabras, apoya su cabeza sobre el hombro de su hija.

Montaña se mira las uñas, están negras, llenas de suciedad. He aquí la pregunta del millón. A la que no puede contestar como quisiera.

—Tú tienes el dinero de tu padre —continúa Rosa—, y ya no tendrás que pagarme más residencia, así que puedes empezar de cero fuera de aquí —dice acariciándole el pelo enredado y lleno de polvo.

—¿Y tú?

—Ay hija, vamos a ver si salimos de esta noche y ya vamos viendo, ¿no te parece?

La recepcionista del hospital les indica que Andrea Cohen está en la Uci.

—Debe haber entendido mal el nombre—replica Montaña—, a Andrea solo le estaban haciendo unas pruebas.

—A ver, Cohen, con hache intercalada—la chica consulta de nuevo el ordenador y levanta una mirada compasiva hacia las dos mujeres que tiene enfrente—, me temo que no, Andrea está en la Uci.

El cerebro de Montaña le desconecta de la boca. No puede articular palabra.

Baja la cabeza y rompe a llorar desconsoladamente.

—¡Mamá, por Dios! ¿Qué le han hecho?

La madre la abraza con fuerza e intenta calmarla.

—Vamos a llamar a Asbel.

Tras salir del laboratorio, Asbel va al hospital Virgen de la Montaña, para ver cómo se encuentra Andrea, Agustín le mantiene informado en todo momento.

Por ahora, la chica está en la Uci.

Elena ha enviado a una patrulla a recoger a Ettore. Va directo al calabozo, y allí se quedará hasta que sea sometido a un interrogatorio al día siguiente.

Interrogatorio que, por supuesto, llevarán a cabo ella y el propio Asbel.

Deja el coche en el parking y corre hacia la entrada, para resguardarse cuanto antes de la lluvia.

En la sala de espera está Agustín, quien le informa de que el obispo está de camino.

Asbel le cuenta lo que han encontrado en la caja fuerte.

—¡Santo Dios! —exclama el chófer santiguándose—, no era trigo limpio, lo sabíamos, pero desconocíamos hasta qué punto. El obispo, a pesar el cariño que

le tiene, nunca se ha fiado de él —niega con la cabeza mientras habla—, debimos haber actuado antes. Espero que no le queden secuelas a la chica.

—Discúlpeme, Agustín, bajo un momento a por Montaña y su madre, acaban de llegar.

—Por supuesto, si quieren vayan a la cafetería a por algo que les caliente el

cuerpo, con esta lluvia va a coger un catarro, yo le llamo si hay novedades.

—Gracias, ahora volvemos.

Capítulo 54

—¿Qué le han hecho? —le pregunta Montaña desesperada nada más ver salir al inspector del ascensor.

—Tranquila,¿pero de dónde habéis salido?

Asbel observa las ropas sucias y mojadas de las dos mujeres, los rostros sudorosos y el cabello cubierto de polvo.

—Del infierno — responde Rosa, de una forma tan seria que Asbel piensa que es verdad.

—¿Está consciente?, dime eso al menos —insiste Montaña, desmadejada por completo.

—Sí, sí, está consciente. Tiene hematomas en la cara y ahora mismo le están haciendo un escáner para ver si tiene más daños en el cuerpo, pero creemos que no. Se puede mover bien.

La psicóloga se lleva las manos a la boca.

—Esto es una locura.

—¿Dónde estabas? ¿Qué te ha pasado? Disculpe, usted debe ser...

Rosa se adelanta y le tiende la mano.

—Soy Rosa, la madre de Montaña.

Él la mira extrañado, aún así, corresponde educado al saludo.

—Es una larga historia.

—La mía también —repite él—, propongo que mientras esperamos a que Andrea salga de la Uci, nos las contemos tomando algo caliente. Agustín está con ella.

Montaña le mira interrogante y desconfiada. Justo cuando va a abrir la boca, el policía la interrumpe:

—Es el chófer del obispo, quien por cierto, va de camino a la comisaría —y mirando el reloj, añade—: tenemos media hora para ponernos al día.

Esta vez son las dos mujeres quienes le miran interrogantes.

—Venga, vamos, ahora os lo cuento todo.

Nada es tan apetecible en una noche de tormenta como un café caliente y unas tostadas. Sobre todo cuando estás empapado o has recorrido el subsuelo de

Cáceres. Y nada es tan reconfortante como entrar en una cafetería y sentir el calor del local y el aroma del café.

—Necesito un cigarro —comenta Rosa.

—Mamá, estamos en un hospital, confórmate con café y tostadas.

—¿Quién empieza?

Asbel le dedica una mirada a Rosa.

—Lo último que supe de usted es que estaba recluida en una clínica, con un alzhéimer galopante que apenas la dejaba caminar—dice el inspector

tomando

un sorbo de café—, creo que podríamos empezar por ahí.

Madre e hija intercambian una mirada. Toca hablar a la madre, así que esta le cuenta lo ocurrido desde la visita de Montaña hasta el reciente encuentro en el nivel dos.

El hombre escucha, atento e imperturbable. Claro que, lo que él va a contarles va a la zaga de lo que está escuchando.

—Debo admitir que su hazaña *de esta noche* demuestra lo valiente que es.

A Rosa no le pasa inadvertida la puntualización de las palabras «de esta noche», ya admitió su culpa la tarde de ayer, tras la visita de su hija.

Montaña termina sus tostadas y continúa con el relato desde el encuentro en el nivel dos hasta la llegada al hospital. Sin dejar atrás la salida de la cripta, gracias a la rápida intervención de los compañeros de Asbel.

—¿Cómo encontrasteis la salida?

Las dos mujeres guardan silencio.

—Oh, ya, por la regresión ¿no?—bromea el inspector.

—Justo —conviene Montaña—, por las regresiones. Y ahora te toca a ti.

Asbel bebe un poco de agua y empieza a relatarles cómo llegó hasta Agustín y lo que ocurrió con Ettore. Se ahorra entrar en detalles sobre cómo encontró a

Andrea y también sobre el ajedrez con figuras personificadas, entre las que

estaban todos, en las habitaciones de Julio en el Palacio Episcopal.

—¿Y el obispo colabora contigo sin más?—pregunta Rosa.

Asbel les explica que en realidad hacía tiempo que el obispo sospechaba de

Julio. Pero lo que realmente le sacó de dudas fue que la misma noche en que mataron al profesor Álvaro Dávila, su chófer de confianza se percató de una bajada del depósito de gasolina en uno de los coches. Se habían recorrido exactamente los kilómetros de ida y vuelta a Cáceres desde Coria, la sede del obispado. Nadie pidió permiso para coger ningún coche. Nadie le dio

importancia; el chófer se limitó a informar.

Hasta que Asbel le llamó para reunirse en Plasencia.

El obispo le contó a Agustín lo de la muerte del profesor semanas atrás.

Agustín investigó y llegó a la conclusión de que la fecha de la muerte de Álvaro

coincidía con la fecha en la que el consumo de gasolina bajó los kilómetros justos de ida y vuelta a Cáceres. Además, Julio Céspedes había estado al cargo

de la custodia de los objetos del Museo en el Palacio Episcopal. Fue ahí donde se

perdió la pista del Puñal de Misericordia.

—¿En qué año custodiaron los objetos? —quiere saber Montaña.

—En 2007 —responde Asbel.

—Es el año en que murió papá —dice mirando a su madre, quien, extrañada,

le devuelve la mirada—. ¿Van a comprobar si hay restos de sangre de Álvaro en

el arma?

—Así es —responde Asbel asintiendo al mismo tiempo—, lo he dejado en el laboratorio.

Montaña alza la cabeza hacia el techo, como si consultara con alguien sobre la conveniencia o no de decir lo que va a decir. Deja la taza de café sobre la mesa y agarra con delicadeza las manos de su madre.

—¿Qué ocurre, cariño?—pregunta preocupada la madre.

—Es posible que también encuentren restos de sangre de mi padre.

Capítulo 55

La noche no acaba de terminar. Rosa, Asbel y Agustín, van para comisaría.

Rosa tiene que prestar declaración y Asbel quiere estar presente en la declaración del obispo y en la confesión de Ettore. Así que madre e hija se despiden bajo el diluvio universal.

—Prométeme que te irás a un hotel a dormir, no se te ocurra ir a casa, no es seguro —le advierte Montaña.

—Descuida, hija, en cuanto salga me iré a descansar.

Las dos se funden en un abrazo, como si fuera el último.

Montaña pasará por la comisaría por la mañana.

Andrea ha sido trasladada a planta y acaba de recuperar la consciencia, la acompañará durante toda la noche.

—¿Crees que nos *encontrarran*?—pregunta Andrea en un indefinible acento

eslavo mezclado con calmantes. Su cara está llena de magulladuras y una venda

le cubre medio lado de la cabeza—. Es una bestia.

—No, no volverá a molestarnos más.

La chica va a decir algo, pero está muy cansada.

—Shh —le dice Montaña llevándose los dedos a los labios y acariciándole el pelo—, descansa preciosa.

—Les escuché hablar.

—Ya me lo contarás, ahora descansa.

—Escucha, hablaban de los Terranova... *disian* que estaban nerviosos.

A Montaña le hace gracia la pronunciación de Andrea. Su agotamiento es evidente.

—Vale, no te preocupes, veré quiénes son, tú ahora descansa.

—Oí *nombrrres*... Matías Godoy, *Marrisa*...

—¿Marisa?

—Sí, ¿tú *conosess*?

Montaña duda si responder, la chica necesita reposo.

—¿*Conosess*?— insiste Andrea.

—Es mi abuela, pero no te preocupes, descansa —le dice ante la mirada de asombro de la chica.

—¡No— dice suplicante, agarrándola con fuerza por la muñeca—, tengo que

contarrte todo lo que escuché!

Capítulo 56

Las alcantarillas están desbordadas y el agua corre a raudales por la calle cuando Rosa deja la comisaría de Pierre de Coubertin. Ya en el Mini

Countryman, Rosa se cambia la ropa mojada .Para ella el día que sigue a la noche tan larga, va a ser aún más largo.

Un odio profundo, que creía enterrado, ha resurgido con más virulencia en los últimos dos días.

Y una rabia que, en otro tiempo debía controlar por respeto a su marido, ahora brota con tal intensidad que raya la paranoia.

Lo tiene claro. Esta vez, Rosa va a permitirse dar rienda suelta al odio y la rabia.

Nada es gratis, esa frase tuvo que escucharla cientos de veces de labios de sus suegros.

Horas antes, mientras abrazaba a su hija de la manera más tierna que una madre puede hacerlo, le vinieron a la cabeza las palabras perfectas para replicar

a Marisa:

«Mi sufrimiento tampoco es gratis»

Aparca el coche en la Avenida Gil Cordero y corre saltando entre los charcos

hasta el portal del piso que durante mucho tiempo fue su hogar. Introduce la llave y sube por las escaleras en silencio, no quiere que ningún vecino se alarme.

Llega hasta el tercero, introduce la llave en la cerradura blindada y empuja la puerta que siempre solía atascarse.

No hay tiempo para los recuerdos, enciende solo la luz del pasillo y va hasta el dormitorio que compartía con su marido. Abre el armario, el altillo es un poco

alto para ella. Arrastra la banqueta que hay a los pies de la cama y se sube en ella. Al fondo está la caja. La atrae hacia sí y se baja de la banqueta.

Coloca la caja sobre la cama y ,al abrirla, sus ojos no dan crédito a lo que ven. Mira a su alrededor, enciende todas las luces de la habitación. Observa atenta. Todo está en su sitio.

Vuelve sobre sus pasos con el corazón a punto de salirse por la boca.

Enciende todas las luces del salón, la sangre le repiquetea en las sienes, sus ojos

escrutan cada milímetro de la estancia hasta que reparan en el suelo del recibidor. Allí hay un poco de barro y lo que parecen unas huellas de agua

¿suyas?

Frenética, se acerca, y comprueba que no solo están sus huellas.

Se serena y, sin pretenderlo, alza la mirada y sus ojos se posan en el colgador de llaves del recibidor. Ella iba a coger el llavero de cuero de Rodrigo, en el que estaban las llaves de la «Hacienda La Tejedora», con la clave de la alarma escrita

por detrás.

Pero el llavero no está.

Capítulo 57

Según abandona la ciudad, Montaña teme que el acceso a la finca sea intransitable. El todoterreno es alto, pero nada que ver con los coches que se

utilizan para transitar por esos parajes. Sin embargo, a medida que se aleja de Cáceres, la lluvia empieza a remitir. Tanto es así que en Malpartida no cae ni una

gota, y tiene toda la pinta de haber sido así en las anteriores diez o doce horas.

Apostada entre la maleza, observa la verja de entrada. Es alta, pero no infranqueable, tal como la recuerda. Bajo el letrero de hierro forjado «Hacienda

La Tejedora», las letras «FF» no pueden ser más acertadas.

Mira su reloj, quedan unas horas para el alba.

Coge impulso y poco a poco, un pie tras otro, va subiendo hasta bajar por el otro lado.

La finca tiene perros guardianes, pero no por la parte de la casa, sino por la parte donde tienen el ganado, la quesería y la granja de pollos.

Se desliza por las rejas como una sombra y empieza a caminar entre las encinas, en dirección a la casa.

Tarda casi veinte minutos en recorrer el kilómetro que separa la cancela de entrada de la casa. Le parece escuchar cascos de caballo del guardés, y se para

en seco, con el oído alerta.

Nada. Es su imaginación. Pero no quiere arriesgarse.

Desea sorprenderles. Ellos jamás esperarían que se presentase en su propia casa. En una mansión así no es fácil de entrar, ya que si las medidas de seguridad

de la verja de entrada son vulnerables, las de la casa de los dueños son infranqueables. A menos que tengas las llaves y la clave de la alarma. Y, por supuesto, que los dueños no la hayan cambiado en los últimos diez años.

Cuando su padre murió, tenía una copia de las llaves de la casa de sus abuelos, además de la clave de la alarma escrita en el llavero de cuero.

Así que sí, es fácil entrar en una casa así cuando tienes la llave y la clave de la alarma.

Por eso, cuando Montaña llega a la habitación en la que los dos viejos están

durmiendo plácidamente, se enciende un cigarro sentada en la otomana de piel frente a la cama de matrimonio. Con la mano derecha sostiene la beretta, eso sí,

bajo el cojín de la butaca.

Entre nubes de humo, consume la mitad del cigarro. El olor empieza a despertar a Marcelo, que se revuelve incómodo en la cama.

—Marisa...¿qué haces?—pregunta con voz pastosa.

Marisa ni se inmuta, la vieja del rostro de cera debe tener el sueño bastante profundo.

—Marisa,¿estás fumando? —insiste extrañado.

—¿Qué? —responde la otra de mala gana.

—Que si estás fumando. —Y al mismo tiempo que pronuncia estas palabras, el viejo enciende la luz de la lampara de noche. Se incorpora y se frota la nuca

con la palma de la mano, bajo la atenta mirada de Montaña. Observa a Marisa,

que yace a su lado dormida con cara angelical.

Olfatea el aire, es tabaco. Desplaza la mirada de un lado a otro de la habitación, hasta que ve una silueta. No la reconoce al instante, pues la silueta está en la parte de la habitación a la que apenas llega la luz que Marcelo acaba

de encender.

Montaña le observa desde su sitio, y disfruta. Se le viene a la cabeza el libro de Oscar Wilde, «El retrato de Dorian Gray», mientras que Marisa se ha pasado

la vida intentando salir airosa al paso de los años, entre bisturís y cremas de La

Praire, los años se han cebado con su abuelo, y ¡de qué forma!. Bolsas de un dedo de ancho le cuelgan bajo los ojos. La frente surcada de profundas arrugas y

las orejas..., las orejas parece que nunca han dejado de crecer. Esa misma noche

ha visto cómo eran antes...

—Buenas noches, abuelo —le dice con voz firme y calmada mientras le da una lenta calada al pitillo.

Desde su sitio, unos siete metros les separan, el viejo se esfuerza por enfocar la mirada. Finalmente coge las gafas de la mesilla y antes de ponérselas le devuelve el saludo :

—Buenas ,hija—dice aclarándose la voz.

La ha reconocido. Aún no la ve, pero sabe que es ella. Se pone sus gafas de

montura al aire, y no aparta la mirada de la de su nuera al tiempo que se sienta

en la cama. Marisa sigue grogui.

—¿Qué haces aquí?—pregunta con un brillo maligno en la mirada.

—¿Tú qué crees?

—Que estás igual de loca que tu madre.

Montaña se ríe desganada.

—En ese caso, tal vez haya venido a hacer una locura.

—¿Tú? No te atreverías, siempre has sido una pobre niña desgraciada y

asustadiza, un cero a la izquierda, igual que tu madre. —Pronuncia esas palabras

tratando de reflejar desprecio, pero la velocidad con la que las suelta dejan entrever un ligero temor.

—Pues este cero a la izquierda te va a mandar al otro lado.

Hay algo en las palabras de Montaña, algo en su actitud y en su tono de voz

que alertan al viejo. La mujer dulce y cariñosa con la que comieron hace unos días, no tiene nada que ver con la que tiene enfrente.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? Te daré todo lo que me pidas —y al pronunciar

estas palabras, se nota viejo y cansado, es la misma perorata de siempre, dinero y

dinero.

—Si te postras ante mí y me adoras —termina la frase por él con un deje de

amargura—. ¿Y si te pido tu vida? ¿Qué me dices? —Apaga el cigarrillo en el suelo con el tacón de su bota.

El viejo aprovecha el descuido para levantarse y caminar hacia ella, con considerable esfuerzo por el reuma que afecta a sus piernas. Montaña, que no ha

soltado la *beretta* desde que saltó por la cancela, le apunta de inmediato al corazón.

—Quieto, imbécil, ¿tienes prisa por morir?

En realidad no quiere cargárselo tan pronto. Su intención es asustarlos un poco más, a los dos, quiere ver el miedo en sus ojos. Las miradas desencajadas.

El temblor en sus manos. La frustración. Todo lo que su padre sufrió durante los

años que estuvieron a su merced. Quiere que experimenten el mismo terror que

él cuando lo retuvieron. Cuando no sabía si saldría vivo. Ellos lo sabían, sabían

lo que Julio le estaba haciendo a su padre. Ellos consintieron que él lo matara.

Así que como el idiota del viejo sigue pensando, o eso cree ella, que su nieta

es una pobre loca desgraciada y asustadiza, continúa acercándose sin tan siquiera

molestarse en levantar las manos.

A Montaña no le queda otra que disparar cuando el viejo se abalanza sobre ella.

El sonido es amortiguado en parte por el cojín con el que cubre el cañón, y en parte por la insonorización del dormitorio. Le da de lleno en el corazón y no es

que sea buena tiradora, es que el viejo estaba a menos de dos metros de distancia. Cae de rodillas ante ella y cuando va a rematarle, la voz de Marisa la

distrae:

—¡Montaña! ¡Qué has hecho! —La mujer está sentada sobre la cama, horrorizada, con las manos tapándose la boca.

Montaña la mira a ella y luego le mira a él. Los ojos del viejo están vacíos, los labios separados empiezan a cubrirse de una espuma rosada. La sangre mancha varios sitios de la parte de arriba de su pijama. Está tumbado de espaldas, mirando al techo y la espuma rosada burbujeando en sus labios. ¿Ha ido a su encuentro? ¿Quería que le disparase?

—¿Le has matado?—pregunta la anciana arrastrándose por la cama hacia donde Marcelo agoniza.

—Creo que le queda poco, ¿te he despertado, abuela?—pregunta irónica Montaña con un mohín en la boca.

La anciana se queda paralizada. Es un rostro estirado y brillante, aparentando treinta años menos sobre un cuerpo pesado y fofo, vestido con un camisón blanco. Mira a su nieta indecisa, con la boca abierta. No reconoce en ella a la inocente estúpida con la que comieron hace unos días. Recorre todos los rincones de la habitación con taimados ojos de víbora acorralada y, segundos más tarde, como si fuera consciente de que no hay escapatoria, se ahueca el

pelo

y mira desafiante a la mujer que tiene enfrente.

—¿Me vas a matar, Montaña?

—Sí —responde tajante.

—Pero antes querrás respuestas ¿verdad? —pregunta con sonrisa fina y tensa.

—No las necesito, abuela. Solo dime una cosa, ¿qué se siente?

Marisa se sacude el pelo hacia atrás y estira los hombros orgullosa, como si fuera una niña pequeña jugando sobre su cama.

—¿Qué se siente? ¿Cuándo, querida?

—¿Qué sentiste al ver cómo mataban a tu hijo?

—¿Quién te ha dicho esa barbaridad?—pregunta la abuela horrorizada—.Ha sido tu madre ¿verdad?

Montaña continúa inmóvil. La observa desde arriba. Ella está de pié, su abuela en la cama.

—¿Acaso no estábais tú y mi abuelo presentes cuando Julio le clavó un Puñal de Misericordia en la garganta y en el corazón?

La abuela retrocede asustada y desconcertada.

—N... n... no es posible que sepas eso.

—¡S... s... sí es posible!— replica Montaña imitando su voz asustada.

—Ha sido Julio, él te lo ha confesado.

—No, abuela, Julio está muerto.

La abuela mira hacia la puerta.

—Inténtalo —la reta Montaña.

—¡Mientes! ¡No sabes mentir!

—Soy psicóloga, ¿crees que no sé mentir?—sonríe artificialmente.

—Ya sé —dice la abuela—, lo has visto...

Montaña no responde.

—Lo has visto —dice tratando de descifrar algo en el inexpresivo rostro de su nieta—, siento que las cosas acaben así hija —ahora su tono ha cambiado, se

ha vuelto dulce y entrañable—. Ojalá yo hubiera sido más fuerte para poder enfrentarme a Julio, pero ¿qué podía hacer? Antes de nosotros fueron nuestros padres quienes pertenecieron al Concejo, y nuestros abuelos antes que ellos. Es

el destino al que nos vimos abocados. Yo nunca quise la muerte para mi hijo, le lloré ¿sabes?, le lloré en silencio, sin que sus hermanos me vieran. No podía dejar que supieran de mi debilidad.

—Siempre hay opciones, abuela —le corta tajante.

—¡Qué vas a saber tú, estúpida niña mimada! —La mira como si fuera una niña incomprensible—: No tienes idea de la presión que supone llevar nuestro apellido y estar dentro.

—Ay, abuela, la que no sabe mentir eres tú. No me importa que pretendas entretenerme hasta que llegue la policía o hasta que el guardés aparezca. Mi

destino está sentenciado y seré yo misma quien llame a la policía si para cuando

acabe contigo aún no ha llegado.

—No tiene que ser así, hija, podemos utilizar ese manual para nuestro bien,

¡Dios mío! ¿tienes idea de lo que podemos llegar a conseguir?—y en su mirada

empieza a abrirse paso un pequeño destello de avaricia—. Yo tengo los contactos

de Julio.

—Mira por dónde, yo también los tengo.

Las palabras desconciertan a Marisa, pero solo por unos instantes. Se vuelve a sacudir el pelo y dice:

—También puedo pagar por mis pecados en la cárcel...

—Oh, venga por favor, saldrías enseguida, si es que llegas a entrar.

—Bien, en ese caso, puedes disparar —dice con dignidad la anciana.

—En realidad no lamentas para nada la vida que has llevado ¿verdad?.

Se miran por última vez.

—Nada es gratis, querida —su voz es un graznido, ni rastro de su habitual tono condescendiente. Pero sus ojos se horrorizan al ver el inexpresivo rostro de

su nieta: blanco como la muerte. Y no es hasta ese preciso momento cuando Marisa es consciente de que su vida termina aquí.

La *beretta* salta dos veces en la pequeña y sucia mano de Montaña; le dispara

a bocajarro en la frente.

Justo cuando va a llamar al cero noventa y uno desde el mismo teléfono de la habitación, Rosa con la cara desencajada entra en en el dormitorio acompañada de Braulio.

—¡Hija, qué has hecho! —le grita cuando llega.

—Al menos ellos lo vieron venir—dice con la mirada perdida y en su mente se dibuja la escena de Julio asesinando por la espalda a su padre con el puñal.

Los pájaros empiezan a cantar sobre las copas de las encinas. Es un bonito amanecer del mes de abril, la nubes se han dispersado y la tormenta de la noche

ha pasado definitivamente. Rosa sale de la hacienda en el asiento trasero de un coche policial, con las manos esposadas.

Epílogo

De: rosagarrido68@gmail.com

Para: msolis@yahoo.es

Querida hija:

¡Gracias por los libros que me enviaste! Ahora mismo voy por el segundo,

¿cómo sabías que la serie me iba a gustar tanto? Y eso que la novela romántica

nunca fue mi fuerte...

Entre las líneas encuentro el sosiego que mi alma necesita. También al

escribirte. Es como una especie de terapia que me recuerda que aún tengo una conexión con la vida. Tú eres esa conexión.

Sobra decir que no tienes ninguna obligación de leer mis emails, el desahogo de una pobre vieja no tiene que importunar tu vida.

Quiero que sepas que tanto Asbel como su compañera Elena fueron encantadores conmigo. Me trataron con delicadeza, pese a que yo exigí un trato

normal. Confesé ante ellos sin reparos todo lo que había ocurrido. Todo lo que

sabía sobre el Concejo de los Doce, y el Maestro Julio Céspedes, vicario episcopal. Les conté dónde se reunía el Concejo. Cómo los miembros entraban

por la galería que unía el Palacio Episcopal con La Casa de los Trucos. Todas las

familias se jactaban de hacer obras de caridad, lo que les daba la excusa perfecta

para acceder a la Casa de la Iglesia, como también se llama La Casa de los Trucos. Desde el *hall* principal se perdían hasta el sótano y de allí al nivel uno, que es el que comunicaba ambos edificios. Asbel ya había estado en la sala que

utilizaban para las reuniones, la de los trece asientos.

Fui sospechosa de la desaparición del vicario y su acompañante, pero ya

sabes que los cuerpos aparecieron ahogados días después en la orilla de la Ribera

del Marco. Las lluvias de aquella noche debieron hacer crecer el nivel y los dos

murieron ahogados en los pasadizos.

No me resultó extraño que la muerte de Julio fuera tratada como un accidente

de caza. Los periódicos dijeron que eran aficionados a la caza y que por descuido se adentraron en una zona pantanosa, con arenas movedizas. Ya ves que tengo acceso a internet. Qué quieres que te diga, la gente no habló, no

sospechó. El escándalo del Concejo no podía tocar la Iglesia, sé que era una petición del obispo. Lo que no alcanzo a saber es ¿a cambio de qué?

Mis acusaciones a las doce familias cayeron en saco roto, ¿recuerdas que yo

acababa de salir de un psiquiátrico?. Eso sí, camuflado como un caro retiro para

descansar, lo que no sonaba tan mal pero que todos sabían qué era en realidad.

Además, acababa de asesinar a tus abuelos. Dos ancianos indefensos, sí, para ellos eran dos respetables e indefensos ancianos. Conocidos y respetados en toda

la ciudad y parte del país.

¿Acaso los locos no se esfuerzan en demostrar lo cuerdos que están?. Pues heme allí, tratando de convencer a tres escépticos policías de que la ciudad y toda la provincia estaba regentada por un respetable grupo de mafiosos capaces

de hacer las mayores atrocidades con tal de conseguir su objetivo: ser más ricos.

Misión imposible. Los esfuerzos de Asbel y de Elena por respaldar mi historia cayeron en saco roto.

Así que dejé de esforzarme, no tenía credibilidad. Era una pobre loca asesina.

No sé si toda la mierda llegará a salir algún día.

No me cabe duda de que estás al corriente de las visitas de Asbel. A través de él supe que hallaron restos de sangre de Álvaro y de tu padre en el puñal que encontró en la caja fuerte del vicario. Siempre sospeché que la muerte de tu padre no había sido por causas naturales.

También sé lo de la máscara, una de las veces en las que tu padre fue retenido, me contó que Julio apareció con esa horrible cosa. Disfrutaba con el efecto aterrador que esa máscara causaba en su víctima. Te dije que era un sádico.

Cambiando de tema: no puedes imaginar mi querida niña el alivio que supone pasar los días encerrada entre cuatro paredes de hormigón sin tener que

fingir esa horrible enfermedad, ni soportar interminables jornadas de rehabilitación. Me ducho yo sola, como sola, voy al baño sola... Las cosas más

rutinarias de la vida cotidiana suponen todo un descubrimiento para mí.

¿Y sabes qué es lo mejor? Que mis piernas no tiemblan cada vez que me

llaman por teléfono o recibo alguna carta. Julio ha muerto, Marisa y Marcelo también. Así que lejos de perder mi libertad, la he recuperado, aunque te suene

absurdo. La monotonía no es para mí una segunda condena.

Te cuento un poco : nos levantan a las siete y media y bajamos a desayunar.

Hago yoga y leo. Después comemos y volvemos a las celdas hasta las cuatro y

media, yo aprovecho para echarme una siestecita. ¿Me crees si te digo que nunca

he conseguido dormir tan plácidamente como en prisión? Paradójico ¿verdad?

A las siete tenemos otro recuento, cenamos y sobre las ocho y media o nueve volvemos de nuevo a las celdas, hasta la mañana siguiente. Para mí está siendo

una verdadera cura.

Ya sé que lo hemos hablado pero, a veces tengo remordimientos por no haber actuado antes. Tú no podías saber, pero yo sí sabía de lo que Julio era capaz. Me pregunto si el obispo también lo sabía.

Te quiero mucho, querida hija, cuídate.

Alcalá de Guadaira, Sevilla, a 1 de Marzo de 2018

Si me preguntas cuál está libre de pecado, ninguno debería tirar la primera piedra.

—Señora, por favor, suba la ventanilla.—Montaña obedece a la azafata y poco a poco, la clara luz del sol invernal empieza a entrar en el avión.

«Señores pasajeros, les comunicamos que estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional de Fiumicino. La temperatura en Roma es de unos nueve grados, hay un ligero viento de componente sur y el cielo está totalmente

despejado. *Air Italia* les agradece que hayan volado con nosotros, esperamos verles pronto y les deseamos una feliz estancia en la ciudad eterna».

Montaña consulta su agenda, en los últimos seis meses ha estado más

ajetreada que de costumbre. A su lado, Andrea duerme plácidamente. Se despedirán en cuanto aterricen, pero solo por unas semanas.

Andrea tomará un vuelo hacia Cracovia, va a visitar a su familia. Apenas tiene secuelas del incidente con el vicario, gracias a la cirugía y a la terapia con la que ella la está tratando.

—¿*Nerwowa*[\[23\]](#)? —pregunta al tiempo que se despereza somnolienta.

Montaña le coge la mano con afecto y responde imitando su acento eslavo:

—*Nie*.[\[24\]](#)

—¿Qué tal tu madre?— pregunta señalando el papel que tiene Andrea sobre la mesita plegable.

—Está bien, como siempre.— Dobla el folio con el email de Rosa impreso y lo guarda en el bolso.

Aunque su madre y ella han hablado, no lo han hecho cara a cara. Aún no ha podido darle las gracias por su sacrificio. Es algo que lleva en el alma y que no

es capaz de hacer: no hay vida suficiente como para agradecerle que esté en la

cárcel por ella.

—*¡Dame la pistola!*—le ordenó su madre con los ojos inyectados en cólera en cuanto entró en la habitación de sus abuelos.

Montaña, indecisa y nerviosa, no sabía qué hacer. El cuerpo de su abuela estaba sin vida sobre la cama y la sangre empezaba a empapar las sábanas.

—¡Que me la des coño!— le dijo con una voz diferente, le arrancó la pistola de su mano y la limpió a conciencia con su ropa—. Braulio, salid por detrás, rodead la finca y llévala bordeando el muro hasta su coche. En el camino de vuelta, llama a la policía, di que has escuchado disparos en la casa de los señores.

—Rosa, no lo hagas, por favor...—le suplicó el guardés.

—Estoy acostumbrada a estar encerrada —dijo mirando de soslayo a su hija

—, no me va a suponer ningún trauma.

—Mamá...—la voz de Montaña era de súplica, pero su mirada seguía perdida.

—Hija, ya has sufrido bastante—dijo dándole un fuerte abrazo—, prométeme

que vendrás a verme...—Rosa percibió que su hija seguía en shock. No podían

entretenerse mucho —y mirando a Braulio, le ordenó tajante —: Marchaos ya,

por favor.

Braulio la cogió del brazo y la obligó a bajar las escaleras. Casi a mitad de trayecto, dos disparos más sonaron. Entonces pensó que su madre había rematado a sus abuelos, pero no fue así. Su madre necesitaba manchar sus manos

con pólvora para que no hubiera dudas sobre su culpabilidad.

Le molesta un poco que su madre le eche en cara que no va a verla, que es solo Asbel quien la visita.

La gente olvida rápido. Su madre, por ejemplo, olvida que durante cinco años la visitó puntual, casi todas las semanas cuando estaba en Madrid y una vez al mes cuando se trasladó a Cáceres. Se le olvida, por ejemplo, lo que sufrió ella por su mentira. Las noches sin dormir, el estrés del día a día, la preocupación, el

dinero gastado ,«su dinero», en viajes y tratamientos, y todo era mentira.

Irá a verla cuando esté preparada, hay tiempo. Más adelante, incluso, la sacará de la cárcel, sus antecedentes con el alzhéimer le dan la cobertura perfecta

para alegar enajenación mental. Pero todo a su tiempo, lo primero es lo que tiene

entre manos. Llevan meses preparando el encuentro.

Se mira en el reflejo de la ventana. No queda ni rastro de la mujer asustada y huidiza de meses atrás. Lo percibe en cómo la gente se relaciona con ella. Posee

la autoridad y el aplomo de una mujer realizada. Y lo mejor es que ella apenas

recuerda a la psicóloga temerosa que iba a clases de defensa personal y que controlaba que todas las puertas estuvieran siempre cerradas, sobre todo en su casa.

Posa la mirada en Andrea, la estudiante polaca de Erasmus que ha desechado por completo las sudaderas XXL, ahora las lleva de su talla y deja ver una envidiable figura. Le encanta asistir a clase la jornada completa y, de vez en

cuando, queda con algunas compañeras. Resalta sus enormes ojos azules con lápiz *kájal* y el halo de perenne tristeza que la acompañaba ha sufrido el mismo destino que las sudaderas y la ropa ancha.No ha vuelto a sentir

ataques de pánico

ni claustrofobia en clase. Poco a poco empieza a ser la joven que corresponde a

su edad.

Coge el móvil y escucha por enésima vez el mensaje de voz que Asbel le envió nada más despedirse de ellas en el aeropuerto:

«Cariño, espero que lo paséis fenomenal en Cracovia, me acordaré de ti todos los días...y todas sus noches»

La voz cálida y vibrante de Asbel le provoca un estremecimiento. El hombre de su vida, piensa, no sabía que estaba tan enamorada de él. Sabe que algún día,

no muy lejano, empezará a contarle la verdad.

En la agenda, Braulio le ha programado una reunión en la que ahora (y siempre lo fue desde que muriera su padre) es su casa, la «Hacienda La Tejedora».

El salón de cuya decoración Marisa se ocupó personalmente, está ahora presidido por una enorme mesa ovalada, con trece sillas, doce iguales y una distinta, más ancha, más alta, más cómoda.

Y es que el dinero y la ambición lo pueden todo. ¿Quién dijo aquello de que la ambición de poder y de dinero era el gran mal del mundo? Quienquiera que

fuese, se quedó corto, también son un arma de la que valerse.

Un arma que le viene muy bien para tener controlado a todos los miembros del Concejo.

Y otro arma que le ha venido de perlas para controlar al Obispo: el silencio.

El escándalo del corrupto vicario no ha salpicado la diócesis porque no ha habido escándalo. A cambio, el obispo y Agustín no han abierto la boca sobre lo

que saben acerca del Concejo. Ya se lo contará a su madre cuando tenga ocasión.

Las puertas del avión se abren y los pasajeros van saliendo en fila.

Esperan por ella y por el cilindro. Con algo tenían que premiar la paciencia de Don Flavio Terranova. Pero no es el cilindro original, es otro muy parecido y

con un contenido similar. Desde Roma será trasladado a Estados Unidos en valija diplomática y de ahí a Panamá. Casi al mismo tiempo, un marchante chino

viajará a la ciudad de Panamá, es el comprador. Tal como dejó atado el anterior

Maestre.

Andrea viaja en tránsito y no puede abandonar la zona restringida del aeropuerto. Se despiden con un cariñoso abrazo antes de llegar a la sala de recogida de equipaje.

—Ten cuidado, nos vemos en Madrid en dos semanas—le dice la chica con voz preocupada antes de alejarse por el pasillo.

Han quedado en Madrid, allí volverá a reunirse con sus amigas, Silvia y Lola,

para ponerse al día de *casi* todo. Las psicólogas están deseando conocer a la famosa Andrea.

Montaña lleva equipaje de mano y sale rápidamente hasta la zona pública, donde un cartel con su nombre en letras de imprenta la reclama.

—¿Es usted la *signorina* Montaña Solís?—pregunta una chica menuda, con gafas redondas y cola de caballo.

—Sí.

—Encantada de conocerla, *io sono* Claudina, la secretaria del señor Terranova, nos espera un coche, permítame su equipaje.

Montaña le cede la maleta y conecta los datos del móvil. Mientras sigue a la pequeña mujer hasta la salida, le entra una llamada de trabajo.

—Buenos días señorita, Solís.

—Buenos días, Braulio, ¿todo bien?.

—Eh sí, sí —carraspea antes de volver a hablar, acerca de nuevo el auricular a sus labios—: verá, una operación de última hora: los Ulloa han comprado un

terreno para construir viviendas y necesitan financiación.

—Ajá...

—¿Le parece si ascendemos a alguno de nuestros directores de oficina bancaria a jefe de zona?

—El acuerdo es *negocios que repercutan en el bien de toda la sociedad* —

replica la ahora psicóloga a tiempo parcial.

—Una parte importante serán viviendas de protección oficial —explica la voz suave y sombría al otro lado.

—¿No puedes esperar a que yo esté allí?— dice sin perder de vista a Claudina, que la espera ante la puerta de un elegante Jaguar negro.

—Les urge firmar...

—De acuerdo, pero solo por esta vez ¿entendido?, me ocuparé personalmente de que el cincuenta por ciento sea vivienda de protección oficial.

Al colgar, sus pensamientos vuelven de nuevo hasta su madre y a la noche en que asesinó a sus abuelos. Siente que debe contarle toda la verdad aunque, por el

momento, la conciencia le está dando una tregua. Por que ¿cómo contarle que ella supo lo que iba a suceder ?

Notas de la autora

El Legado de los Cohen es una obra de entretenimiento y como tal debe

leerse. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos reflejados en la historia se han empleado con fines estrictamente literarios. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es enteramente accidental.

Algunos de los apellidos de las familias nobles que se nombran aún existen; sin embargo, el uso que de ellos se hace en la novela atiende a la más pura invención.

Te animo a visitar este precioso rincón del mundo lleno de historia y belleza.

Te dejo un aperitivo en [mi web](#) y si quieres información sobre la ciudad, no dudes en escribirme a hola@mgemamarin.com

Quienes visiten el Paseo de Cánovas buscando la clínica de Montaña, no la encontrarán. Sí podrás pasear por la emblemática ciudad antigua y visitar La Concatedral de Santa María, besar los pies de San Pedro, tomar un mojito y escuchar música soul en el carismático Corral de la Cigüeña, sentarte en las escaleras de la Plaza Mayor bajo el Arco de la Estrella y recostar tu espalda en la

Torre de Bujaco mientras se pone el sol.

Si has leído el libro, tienes que venir a Cáceres.

Agradecimientos

Numerosos blogs y webs se hacen eco de la historia de esta hermosa ciudad, mi más estimable agradecimiento a :

<http://norbacaesarina.blogspot.com.es/>

<http://cacereshistorica.caceres.es/>

<http://alfonsosolerhistoria.blogspot.com.es/>

<http://www.fratres-de-caceres.es/>

Y a ti, lector. Mi más sinceras gracias por haber confiado en mí y adentrarte entre las páginas de este libro hasta el final. Deseo de corazón que su lectura te

haya hecho pasar un rato agradable. Gracias.

[\[1\]](#) Quieta y callada

[\[2\]](#) Resorte

[\[3\]](#) Buenas noches

[\[4\]](#) La **máscara de Guy Fawkes** es la representación de un conspirador inglés,

[miembro de la Conspiración de la Pólvora, un intento de volar la Cámara de los](#)

[Lores en Londres en 1605, conocido como Guy Fawkes. El uso de la máscara como efigie tiene largas raíces como parte de las celebraciones de la noche de Guy Fawkes.](#)

Se describe como una representación estilizada de un rostro con una sonrisa sobredimensionada, mejillas rojas, y un amplio bigote con las puntas hacia arriba

en ambos extremos, una barba vertical puntiaguda y delgada.

La máscara, diseñada por el ilustrador [David Lloyd](#), llegó a representar un amplio grupo de protestas a raíz de que se usara en la película [V de Vendetta](#).

Después de aparecer en los foros de Internet, se convirtió en un símbolo bien [conocido para el grupo hacktivista Anonymous, siendo utilizada en el Proyecto](#)

[Chanology, movimientos de ocupación, protestas antigubernamentales](#)

y [antisistema](#) en todo el mundo.

[\[5\]](#) Jazmín

[\[6\]](#) Perfecto

[\[7\]](#) Resorte

[8] No me jodas

[9] Sí

[10] No te preocupes

[11] Mayoría de edad, 12 años para las mujeres

[12] ¡Ay Dios!

[13] Madre

[14] Ambas

[15] ¿Qué ocurre?

[16] Paciente

[17] Bolsa o caja en forma de tubo, generalmente ensanchada en su parte superior, que se empleaba para llevar flechas; se llevaba colgada del hombro izquierdo mediante una correa, para poder coger las flechas con la mano derecha.

[18] Ayuda

[19] Buenas noches

[20] *El psicólogo estadounidense David Rosenhan les enseñó a cinco personas sanas cómo fingir alucinaciones y así obtener acceso a cinco hospitales psiquiátricos del país.*

Todos fueron admitidos y diagnosticados con trastorno psiquiátrico, tras lo cual empezaron a actuar otra vez de forma normal. Poco a poco, todos negociaron su salida de la institución con la condición de que admitieran haber

estado mentalmente enfermos; la mayoría recibió un diagnóstico oficial de esquizofrenia.

Al escuchar sobre este experimento, los empleados de un hospital universitario dijeron que a ellos no les podían tomar el pelo tan fácilmente. Y desafiaron a Rosenhan a que enviara a cualquier farsante, ya que ellos lo detectarían.

En un período de tres meses, el hospital aseguró haber descubierto a 41 impostores y a otros 42 sospechosos, de un total de 193 casos. Pero Rosenhan confesó que no había mandado ni a un solo «paciente».

A pesar de ser criticado por intentar promover diagnósticos falsos, el estudio fue ampliamente valorado por poner de manifiesto problemas en instituciones mentales y haber acelerado el movimiento para reformarlas.

[\[21\]](#) Mafia roja rusa

[\[22\]](#) Hijoputa

[\[23\]](#) ¿Nerviosa?

[\[24\]](#) No